

VIVIAN GREEN

# LA LOCURA EN EL PODER

De Calígula  
a los tiranos  
del siglo XX

 *Editorial El Ateneo*

VIVIAN GREEN

# LA LOCURA EN EL PODER

De Calígula a los  
tiranos del siglo XX

Traducción de  
Julieta Barba y  
Silvia Jawerbaum

 *Editorial El Ateneo*

Título original: Madness of kings  
Traductores: Julieta Barba y Silvia Jawerbaum.  
Editado originalmente en inglés por Sutton Publishing  
con el título "Madness of Kings"  
©Vivian H. H. Green, 1993, 2005

Derechos mundiales de edición en castellano  
© 2006, Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo  
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina  
Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199  
E-mail: editorial@elateneo.com

1ª edición: julio de 2006

ISBN-10: 950-02-5902-8  
ISBN-13: 978-950-02-5902-6

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Editorial El Ateneo  
Diseño de interiores: Mónica Deleis

Impreso en Verlap S.A.  
Comandante Spurr 653, Avellaneda,  
provincia de Buenos Aires,  
en el mes de julio de 2006.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

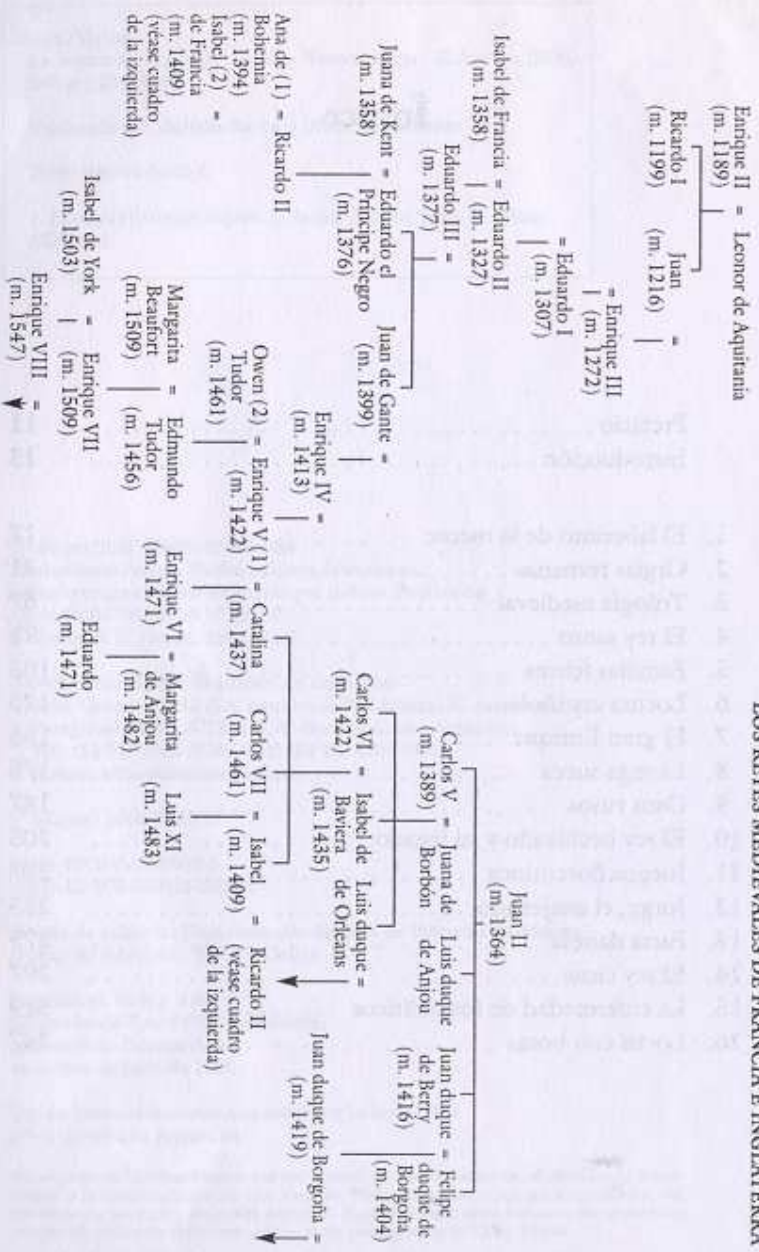
Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopia, digitalización u otros métodos, sin el permiso escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

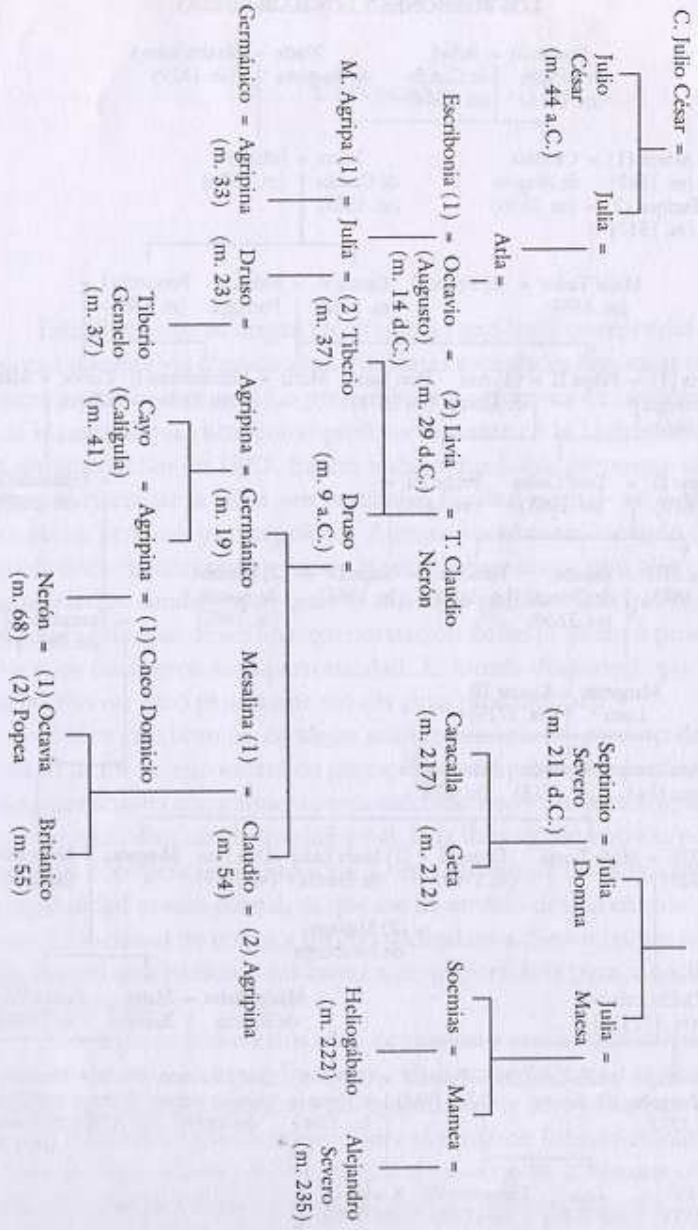
# Índice

Prefacio.....	8
Introducción .....	9
1. El laberinto de la mente .....	13
2. Orgías romanas .....	28
3. Trilogía medieval.....	55
4. El rey santo .....	75
5. Familias felices .....	84
6. Locura española.....	100
7. El gran Enrique .....	125
8. La saga sueca .....	141
9. Osos rusos.....	151
10. El rey hechizado y su legado .....	166
11. Juegos florentinos.....	191
12. Jorge, el enajenado .....	204
13. Farsa danesa .....	221
14. El rey cisne .....	239
15. La enfermedad de los políticos .....	256
16. Locos con botas .....	278

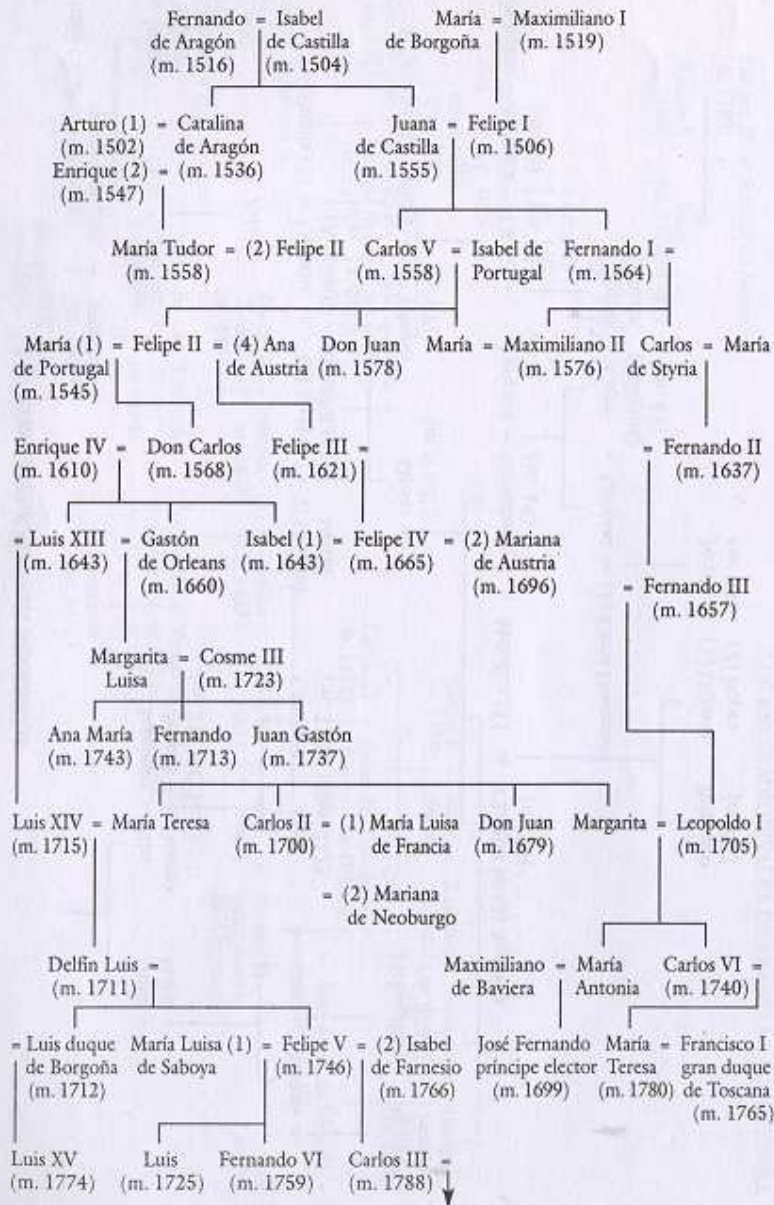
LOS REYES MEDIEVALES DE FRANCIA E INGLATERRA



## LOS EMPERADORES ROMANOS



### LOS BORBONES Y LOS HABSBURGO



# Prefacio

Este libro tiene su origen en un trabajo que envié en repetidas ocasiones durante los últimos años a distintas sociedades históricas británicas y estadounidenses. Lo presenté por primera vez en la conferencia inaugural que dicté como profesor visitante en la Universidad de Carolina del Sur en 1982. En ese trabajo, me había propuesto investigar el efecto de la salud -en particular, la salud mental- en la historia de las personas y en la política. Aunque tomé como ejemplo el caso de unos cuantos reyes y reinas, la tesis de base era que no sólo existe una relación fundamental entre la salud y la política, sino que la conducta política puede ser una exteriorización de los problemas personales y los trastornos de la personalidad. El interés despertado por esta hipótesis me hizo pensar que valía la pena profundizarla.

Si bien este libro es, en algún sentido, un estudio pionero del tema, el lector no encontrará en sus capítulos disquisiciones médicas, ya que carezco del conocimiento especializado necesario para embarcarme en ellas, sino un análisis informal de la interacción entre la personalidad y los procesos históricos. Como trabajo de investigación, su originalidad es sólo parcial, ya que me he servido de una enorme cantidad y variedad de textos y fuentes secundarios. Sin embargo, los argumentos que presento no carecen de importancia para la sociedad contemporánea.

A lo largo de todos estos años de enseñar y escribir, he aprendido mucho de mis colegas y discípulos. Quisiera agradecer a la doctora Susan Wormell por su lectura del capítulo sobre el rey Enrique VIII, y a la doctora Christine Stevenson y al profesor Johan Schioldann-Nielsen por ayudarme a desentrañar el misterio de la historia clínica del rey Cristián VII de Dinamarca. Agradezco especialmente al doctor Anthony Storr por su lectura del primer manuscrito de este libro y por sus valiosos comentarios, y a mi amigo William Scouler por sus útiles críticas constructivas.

Vivian H. Green  
Burford, Oxon  
1993



# Introducción

Para la mayoría de los historiadores, las fuerzas que moldean el flujo de la historia, manifestadas en el auge y la caída de las civilizaciones del mundo, son sobre todo económicas y sociales, religiosas y políticas, tanto por su forma como por su contenido. Las cuestiones referidas a la salud individual y colectiva tienen un papel menor. Sin embargo, cuanto más aprendemos sobre el pasado, más evidente se hace que las epidemias, por ejemplo, han tenido una influencia significativa en el desarrollo de los acontecimientos políticos, sociales y económicos, y en la distribución demográfica, y que la salud ha sido un factor importante y hasta determinante en la construcción de la historia.

Tal como aparece en *El libro de los reyes* y como menciona el historiador griego Heródoto, la invasión de Israel comandada por el rey asirio Senaquerib en el siglo VII a.C. se vio frustrada por una peste. De acuerdo con la descripción que hace Tucídides de la Guerra del Peloponeso, en uno de los momentos críticos del conflicto, entre los años 430 y 428 a.C., una epidemia -no se sabe si fue tífus, viruela, muermo, leptospirosis, tularemia o alguna enfermedad desconocida- asoló a la polis de Atenas y diezmo a su población. Tucídides cuenta que, de los cuatro mil hoplitas que participaron en la batalla de Potidea, murieron mil cincuenta, es decir, el 26 por ciento. La peste bubónica arrasó con Bizancio en los años 542 y 543 d.C., circunstancia que retrasó los planes del emperador Justiniano de reconquistar Italia, y una enfermedad desconocida a la que se denominó con el genérico de "peste" despobló las Islas Británicas en el 664, poniendo en riesgo el futuro de la naciente Iglesia cristiana anglosajona. La peste negra, que se desató en 1347 y devastó a Europa en dos años, fue una epidemia de tipo bubónico y similar a una septicemia o una neumonía por sus efectos: redujo a un tercio la población de algunas regiones del Viejo Continente, con consecuencias terribles para la economía, la política y la vida social. Entre otras, provocó una escasez de mano de obra, disminuyó las ganancias de los terratenientes, alivió en alguna medida el sistema feudal de servidumbre y generó reacciones sociales violentas. Hasta bien entrado el siglo XVII -el último brote epidémico ocurrido en Europa fue la gran peste de Marsella de 1720-1721-

la peste fue una característica endémica y regular de la vida urbana, que traía consigo la muerte y el caos, en especial durante el verano.

Efectos igualmente nefastos tuvo en la población la viruela, que, desde el siglo XVI hasta que se descubrió la vacuna, golpeó a ricos y pobres por igual, con una alta tasa de mortalidad. Esa enfermedad tiene una importancia histórica especial, ya que llegó al continente americano con los colonizadores y los esclavos africanos, grupos que la transmitieron a los habitantes aborígenes de las colonias españolas y portuguesas, que hasta ese momento no la conocían, con la consiguiente reducción en la cantidad de pobladores y el trastorno de la vida económica de la región. En el siglo XIX, la enfermedad que se propagó por Europa fue el cólera, del que hubo seis grandes epidemias y dos brotes menores entre 1817 y 1902.

Los efectos de todas esas epidemias no fueron sólo poblacionales, económicos y sociales. Para los contemporáneos, las enfermedades eran también una lección moral. Cada brote de una peste era una manifestación de la ira de Dios en un mundo de pecadores, una respuesta a la soberbia humana, que no respetaba el orden natural ni el divino. Así, cualquier epidemia provocaba una acción social, pero también una reacción moral, como puede observarse en el caso de la lepra, enfermedad muy común en la Edad Media. Los leprosos eran seres marginales, a quienes se obligaba a vivir en leprosarios, alejados de sus familiares y seres queridos, y a vestir un traje especial y llevar consigo una campana para advertir a los transeúntes de su presencia. Esas precauciones no hallaban su justificación en la mera creencia de que la lepra era contagiosa, sino también en el supuesto de que se trataba de un castigo divino por haber pecado, supuesto que encontraba fundamento en las Escrituras y en la tradición judía. Así, los hombres medievales creían que los leprosos eran personas entregadas a los placeres carnales cuya incontinencia sexual pecaminosa aparejaba la enfermedad como castigo.

Algo similar ocurrió en el siglo XVI con la sífilis, que ya existía en la Edad Media como un tipo de treponematosi, pero que adquirió especial virulencia en la Edad Moderna, supuestamente traída del Nuevo Mundo. Se creía que la sífilis era una enfermedad enviada por la Providencia para contener, como si fuera una brida, las ingobernables pasiones de la sensualidad, o para rectificar, como un látigo, su gratificación. Una reacción similar ha generado el sida en algunos sectores, cuyas consecuencias históricas aún no han sido evaluadas en profundidad. Basta recordar las palabras del político conservador Patrick Buchanan, representante de la Mayoría Moral: “El sida es la recompensa de la naturaleza por haber violado sus leyes”, “la voluntad de Dios”, “el que las hace, las paga”.

Si las enfermedades físicas han tenido efectos tan importantes y catastróficos en la historia de la humanidad, ¿qué podemos decir de los trastornos mentales? Las enfermedades de la mente no son contagiosas, claro está. Los casos de grupos de personas que son víctimas de una misma alteración mental o psicológica son raros, si bien ha habido algunos. Los flagelantes medievales, por ejemplo, que buscaban aplacar la ira divina golpeándose hasta hacerse sangrar con látigos de cuero que tenían clavos en las puntas eran, con toda probabilidad, víctimas de un frenesí religioso en masa rayano en la psicosis. Constituían un caso de histeria colectiva, por no decir más. Otro fenómeno medieval del mismo estilo es el de los seres danzantes, que se desplazaban de un lado a otro bailando en trance y a los gritos, clamando por la liberación de los demonios que los atormentaban y las alucinaciones que los asediaban. Para sus contemporáneos, estaban locos, poseídos por el diablo. Hoy sabemos que pueden haber sufrido de ergotismo o “fiebre de San Antonio”, una enfermedad originada por la ingesta de alimentos contaminados por micotoxinas (toxinas producidas por hongos parásitos), o por abuso de medicamentos que contengan esa misma sustancia. El ergotismo está causado fundamentalmente por el *ergot* o cornezuelo *Claviceps purpurea*, que contamina el centeno y, con menor frecuencia, otros cereales. Las sustancias activas en las micotoxinas son polipéptidos derivados del ácido lisérgico. Los efectos del envenenamiento pueden traducirse en alucinaciones y convulsiones, que es lo que los contemporáneos observaban en la conducta de los “posesos”. En tiempos contemporáneos, hubo un brote de ergotismo en Pont-St-Esprit (Francia) en 1951, con las mismas características perturbadoras que habían visto los medievales. Otro caso de trastorno psicológico colectivo es el que ocurrió con la tribu ik, de Uganda, en la década de 1930. Según los informes de aquella época, los ik se volvieron “unos psicópatas fríos, egoístas y aislados del mundo” cuando las tierras que solían utilizar para la caza fueron convertidas en una reserva natural. En el pasado existieron algunas extrañas sectas religiosas -aún quedan vestigios de ellas- proclives a lo que puede definirse como desórdenes psicológicos colectivos, a veces con consecuencias sociales desastrosas, tal como lo demuestran el suicidio en masa de novecientos miembros de la pequeña secta del Templo del Pueblo, en Jonestown (Guyana) en 1978, y la tragedia de Waco (Texas) de 1993, protagonizada por David Koresh y sus seguidores, pertenecientes al movimiento davidiano.

El alcance de este libro, sin embargo, es mucho más limitado. Aquí analizaremos la vida de algunos gobernantes del pasado que han sido tildados de “locos”, la naturaleza de su “locura” y las consecuencias de sus

trastornos para la historia de sus respectivos países. ¿Padeían de insania esos gobernantes o el adjetivo “loco” fue un mote que les pusieron sus enemigos haciendo referencia a algún defecto de su carácter o de su gobierno? En el caso de haber estado locos de verdad, ¿fue la locura una enfermedad permanente, esporádica o progresiva? ¿Cómo se manifestó en cada uno de ellos, en su forma de pensar y de actuar? ¿Es posible, dadas las limitaciones con las que tropezamos, el carácter dudoso de la evidencia disponible y la cantidad de tiempo transcurrido, encontrar y explicar el origen de la enfermedad y realizar un diagnóstico acertado? ¿En qué medida la mala salud física y la falta de cordura de los soberanos, dictadores y políticos a los que nos referiremos, afectaron su capacidad de raciocinio y su aptitud para tomar decisiones? Y, por último, ¿hasta qué punto sus traumas personales determinaron sus políticas públicas?

## El laberinto de la mente

“Te lo suplico, Nuncle -dice el bufón al rey Lear-, dime si un loco es un rey o un vasallo”. “Un rey -le contesta Lear-, un rey”. Consternado por la angustia que le provoca la ingratitud de sus hijas Goneril y Regan, en la agonía de su mente perturbada, adornada por las flores silvestres de la fantasía en lugar de una corona de oro, “herido hasta los sesos” -como él mismo describe su enfermedad-, Lear continúa siendo el rey:

Sí, sí, rey hasta el último centímetro:  
Cuando miro, veo cómo tiemblan los súbditos.

Lear se enfrenta a la paradoja que aqueja a todos los reyes locos: la dificultad de reconciliar la locura que perturba el equilibrio mental con la acción de gobernar, de la que son responsables por su investidura.

Por supuesto, ha habido reyes cuyo desequilibrio mental los ha obligado a renunciar a sus responsabilidades y acceder a designar un regente o vicerregente para que gobernara en su lugar. Por ejemplo, Federico Guillermo IV de Prusia, después de las dos apoplejías que sufrió en 1857; el rey Otto de Baviera, hermano de Luis II, a quien se mantuvo en una reclusión ininterrumpida durante un reinado de casi treinta años; la emperatriz Zawditu (Judith) de Etiopía, que tuvo como regente al futuro emperador Haile Selassie; y el padre del emperador japonés Hirohito, Taisho (Yoshihito), durante los últimos años de gobierno.

Sin embargo, la mayoría de los reyes de quienes se suele decir que estaban desquiciados sólo sufrieron ataques esporádicos de demencia, o no padecieron de una locura tan severa que los imposibilitara para ejercer la autoridad. Incluso los mandatarios con sus facultades mentales seriamente dañadas, como Carlos VI de Francia o Cristián VII de Dinamarca, siguieron como jefes de Estado, al menos en teoría. En el caso de Jorge III, por ejemplo, los ataques que pasaron a la historia como insania fueron intermitentes y, entre uno y otro, el monarca exhibía un

comportamiento normal. En cuanto a Enrique VI de Inglaterra, aunque evidenció cierta debilidad mental, en especial en los últimos años, estuvo en estado crítico menos de dos años, y su reinado duró treinta y nueve. Erik XIV de Suecia sufrió un brote de esquizofrenia agudo y violento, pero fue relativamente breve y al parecer se recuperó.

¿Y los reyes que no padecían de una locura clínica sino que sufrían algún tipo de desequilibrio mental o tenían personalidades algo anormales, y por ello sus contemporáneos los llamaron “locos”? En esos casos, nos enfrentamos con una cuestión que surge cada vez que se plantea el tema de la locura y que es necesario aclarar antes de referirnos a la locura de los distintos reyes. Se trata, justamente, de la definición del término “locura”. ¿Qué quiere decir que alguien está loco? ¿Es la locura una enfermedad o una ruptura de las normas de conducta y las convenciones del pensamiento de una época determinada, de un engranaje de la maquinaria social? ¿Podemos decir que los locos son personas que han elegido mirar el mundo y sus problemas de un modo diferente de sus contemporáneos y que por eso quedan fuera de la sociedad y ponen en tela de juicio la naturaleza de la época en la que viven? En un libro muy interesante sobre el tema, *A Social History of Madness* [Historia social de la locura], Roy Porter escribe: “Lo que dicen los locos es iluminador porque nos muestra el mundo a través de una lupa, u opone un espejo frente a la lógica (y psicológica) de la sociedad cuerda. Los locos ponen en primer plano los límites de la racionalidad, la naturaleza humana y lo que se entiende por normal, y ponen a prueba esos conceptos”. Más adelante, agrega: “Categorizar la locura es, en primera instancia, un acto social, un constructo cultural, [...] un distintivo que se coloca a ciertas personas que exhiben un conjunto de características y afinidades cuya definición es subjetiva, pero que en el fondo no son más que un poco o muy ‘diferentes’ o ‘raras’”. No conviene descartar demasiado rápido este tipo de abordajes de la locura, aunque más no sea por el hecho de que el límite entre la cordura y la locura está lejos de ser claro. Cuando escribió *Anatomía de la melancolía*, en 1621, Robert Burton sabía que, de hecho, era así:

Veamos al loco expresando su rabia  
con miradas de furia, una visión horrenda,  
desnudo y encadenado,  
grita a los cuatro vientos, no sabe por qué.  
Observémoslo: como en un espejo,  
nuestra ira se retrata  
en su imagen. No se inmuta con nuestra presencia;  
entre él y nosotros, no hay diferencia.

Todos tenemos la disposición necesaria para entrar en el mundo de la locura, aunque apenas permanezcamos en los bordes durante un tiempo breve, como cuando cedemos a un brote de ira, pues, si bien es posible enviar impulsos eléctricos al cerebro para estimular la ira, todavía se desconoce cómo se produce ese sentimiento. No sorprende entonces que los reyes angevinos de Inglaterra, tan dados a los accesos de furia, hayan recibido el calificativo de “posesos”. En el siglo XVII, el obispo Hall observaba: “Es raro el hombre en el que no hay ningún tipo de locura”. Y Charles Darwin dijo una vez: “Mi padre solía decir que hay una gradación perfecta entre las personas cuerdas y las insanas y que todos somos insanos en algún momento de nuestras vidas”. En *Crimen y castigo*, el médico de Raskolnikov comenta: “En ese sentido, todos actuamos como locos, con la pequeña diferencia de que aquellos a quienes llamamos ‘chiflados’ están un poco más locos que el resto. Las personas normales son difíciles de encontrar, es cierto”.

No obstante, sería quijotesco creer que la locura no existe. Puede ser objeto de diversas interpretaciones, pero es real. No se sabe a ciencia cierta si es una enfermedad o no, cuáles son sus causas o si puede curarse, pero la locura es una condición que ha acompañado a todas las sociedades. Como término descriptivo, se refiere a una amplia gama de conductas: desde el loco que no puede cuidar de su persona y debe por eso permanecer internado e incluso sujeto, si es proclive a la violencia injustificada, hasta las personas que sufren de algún tipo de psicosis o neurosis tan inocuas que, a efectos prácticos, se las considera normales. Todavía no hay consenso respecto de si es correcto llamar “loco” a un psicópata o un sociópata. Incluso si, para la ley o según criterios psiquiátricos, un psicópata no puede clasificarse como psicótico, no hay dudas de que padece algún tipo de anormalidad.

En general, la locura constituye un desvío de las normas de conducta en lo que respecta a las ideas, las actitudes o las acciones. Sin embargo, sus ingredientes son muy variados, no sólo porque es difícil definir qué es la normalidad, sino también porque las conductas anormales son de muy diversos tipos. La característica más evidente del loco es lo que podríamos definir como irracionalidad. En el siglo XIII, el jurista inglés Henry de Bracton comparó a los locos con las bestias salvajes, carentes de raciocinio. En la época de Jacobo I de Inglaterra, sir Edward Coke escribió que un lunático era “un hombre que a veces está en su sano juicio y a veces, no [...]. El término técnico es *non compos mentis*, que significa que no es dueño de su entendimiento”. Según la describe Hobbes en el *Leviatán*, “lo que los hombres llaman locura es tener pasiones más fuertes

y vehementes que las que se ven por lo común en los demás”. Emil Kraepelin, pionero de la ciencia psiquiátrica, llegó a la conclusión de que la irracionalidad y la pasión eran la marca de la locura. Sin embargo, sería una simplificación incorrecta afirmar que la irracionalidad es el aspecto más evidente de la locura, o incluso una condición necesaria. Con su análisis de los escritos de personas insanas, Roy Porter muestra que los locos son capaces de expresar sus ideas y sentimientos y, muchas veces, esa capacidad para comunicarse echa luz sobre su condición y sobre el mundo en el que viven.

Podríamos decir que hay orden en la locura, pero los locos tienden a seguir una lógica propia que parte de premisas falsas o distorsionadas. En un libro de texto muy antiguo se presenta el caso de un hombre que creía que tenía la mitad inferior del cuerpo hecha de vidrio, por lo que temía que se le rompiera, un delirio similar al que persiguió al rey Carlos VI de Francia y a muchos otros. Otro caso es el de un hombre que pensaba que estaba hecho de manteca y, por lo tanto, corría el riesgo de derretirse. El libro menciona un tercero, el de un habitante de Siena que no orinaba por temor a inundar la ciudad; para curarlo, el médico le mandó que incendiara su casa, y “entonces el paciente fue a orinar allí y la protegió de las llamas”. Los locos pueden tener una conducta y un discurso racionales y ser conscientes de sus problemas, pero siempre queda un residuo de irracionalidad con el que la mente normal no puede entablar un diálogo.

En la práctica, la locura parece un terreno desconocido, y quienes lo habitan (ya sea como residentes permanentes o como visitantes temporarios) nos resultan seres extraños. Por eso, hasta no hace mucho se los trataba como parias. Es cierto que los locos tienen un contacto fluctuante y fugaz con la realidad y que cruzan la frontera que separa la realidad de la ficción. Miran el mundo patas arriba, como a través de un calidoscopio. Su patrón de pensamiento e imaginación se altera, son volubles, pasan de la excitación a la apatía en cuestión de minutos, y a veces actúan con violencia sin motivo aparente. Ya en el siglo XIII, el médico Gilberto Anglico describió los síntomas característicos que presentan los dementes: depresión, falta de apetito, insomnio, jaqueca, miedos irracionales (por ejemplo, miedo a que se caiga el cielo) y alucinaciones. Con el surgimiento de la psiquiatría como especialidad científica, se inició la sistematización y racionalización de la conducta y los patrones de pensamiento de los locos; no obstante, el síntoma esencial de la demencia es el estilo de vida extraño y alienado, irracional, que afecta de la misma manera al rey y al hombre común.

Si bien hay elementos de esa condición que han sido explicados y categorizados, descubrir las causas representó una tarea difícil para los



médicos de otras épocas, y lo sigue siendo para los contemporáneos. En el pasado, surgieron varios interrogantes: ¿era la locura una enfermedad de origen orgánico, como las dolencias físicas? ¿Sus causas eran sobrenaturales, algo así como un rayo enviado por los dioses o la manifestación de la divina providencia? ¿O se trataba de un trauma moral originado en conflictos internos? Aún hoy, los especialistas no han logrado desentrañar por completo la cuestión.

Quienes buscaban una explicación con cierto fundamento físico, la encontraron en la patología humoral que, desde tiempos de Hipócrates, en la segunda mitad del siglo V a.C., pasando por Galeno y Rufo de Éfeso, en el siglo II d.C., hasta el Renacimiento, fue aceptada casi sin cuestionamientos. La locura, como la mala salud del cuerpo, era producto de un desequilibrio en los humores que condicionaba el temperamento de los hombres.

El cuerpo del hombre -escribe el enciclopedista español del siglo VII Isidoro de Sevilla- está formado por cuatro elementos. La cualidad de la tierra está representada en la carne; la de la humedad, en la sangre; la del aire, en la respiración; y la del fuego, en el calor vital. Además, la división cuaternaria del cuerpo humano representa los cuatro elementos. La cabeza está asociada con el firmamento, pues allí se encuentran los ojos, como si fuesen las dos luminarias: el sol y la luna. El pecho se relaciona con el aire, porque el aliento que sale de él se asemeja a los vientos. El abdomen es como el mar, ya que su colección de todos los humores es como la de las aguas en el océano. Los pies, por último, son comparables a la tierra debido a su sequedad. Y la mente está situada en la fortaleza superior, como Dios en los cielos, desde donde lo observa y lo controla todo en lo alto.

Los cuatro elementos no sólo se utilizaban para describir la naturaleza de la constitución física sino para explicar aspectos del temperamento humano. El exceso de cualquiera de los humores era la causa de las enfermedades físicas o mentales. En particular, un exceso de bilis negra producía un temperamento melancólico, y por consiguiente, locura. Se pensaba que los vapores subían al cerebro y afectaban sus funciones, que se localizaban de la siguiente manera: en la parte anterior del cerebro se ubicaban las funciones sensoriales; en la zona central, el razonamiento; y en la parte posterior, la memoria. Cualquier desequilibrio en alguna de ellas alteraba la función mental debido a un recalentamiento del cerebro.

Con el paso del tiempo, el abordaje de los problemas médicos fue adquiriendo características de una disciplina científica; sin embargo, la teoría de los humores tardó en desaparecer. “La melancolía o bilis negra es un humor frío y seco, denso, oscuro y definido; cuando se calienta por demás, se vuelve maligna y da lugar a la locura”, propone Valentino en su *Epitome of the whole course of physicke* [*Compendio del curso completo de Física*], escrito en 1612.

No obstante, siempre ha habido quienes pensaban que, ya sea que la causa se encontrara en la constitución del temperamento del hombre o no, el inicio de la locura no podía explicarse exclusivamente desde la física sino que había que recurrir al lenguaje de lo sobrenatural. La locura, entonces, estaba dada por la posición de los astros o por la voluntad de los dioses. Los locos debían su condición a fuerzas externas, eran “posesos”, víctimas de poderes que controlaban la mente y generaban confusión. *Quem Jupiter vult perdere dementat prius*, es decir, “Antes de destruir a un hombre, Júpiter decide trastornarlo”, como lo expresa el poeta y diácono de Peterborough del siglo XVIII, James Duport. La locura era considerada por algunos un castigo divino. Nabucodonosor, el rey tirano de Babilonia, fue condenado a vivir en un estado de locura salvaje; los dibujantes medievales lo representaban desnudo, hirsuto, un loco que se alimentaba sólo de hierbas silvestres. En la opinión de cronistas de la época, Juan Sin Tierra estaba “poseído”, *plenus daemonio*. De Carlos VI de Francia y Enrique VI de Inglaterra se creía que estaban embrujados. A Carlos II de España le decían “El Hechizado”, apodo que oblitera el contexto peculiar en el que el deteriorado rey representó un papel protagónico. Por el contrario, a veces la locura se ha considerado un signo de la gracia divina: las voces que escuchaban los locos quizá fuesen la voz de Dios. La historia de los santos cristianos y de los venerables de otras religiones está plagada de casos de hombres y mujeres con trastornos psicológicos profundos cuyas palabras expresaban, en realidad, la voz de la divinidad. Eran visionarios o profetas cuyos conjuros incoherentes o incomprensibles -por hablar en lenguas desconocidas, por ejemplo- encantaban al público y eran fuente de admiración o adulación.

Los primeros médicos de la historia trataban la locura igual que las enfermedades físicas; los remedios que recetaban eran parte de un conjunto limitado de recursos, como las sangrías, las purgas y los enemas, que esperaban que restablecieran el equilibrio de los humores. “Para purgar la bilis y la melancolía que suceden a una pesadilla -recomienda Chaucer-, por amor de Dios, ingerid un laxativo, como el laurel, el agave, la fumaria o bayas de saúco”. Como la locura se localizaba en el cerebro, los cirujanos practicaban incisiones en el cráneo con el fin de aliviar la presión

cerebral mediante el drenaje de fluidos y vapores tóxicos que corrompían ese órgano vital. A Carlos VI de Francia le hicieron una trepanación craneal, tratamiento al que también Enrique VI parece haber sido sometido. A don Carlos de España le realizaron una operación similar. En su *Livre de Seyntz Medicines* [*Libro de ciencias médicas*], escrito en 1354, Enrique, duque de Lancaster, aconseja colocar un gallo rojo recién muerto sobre la cabeza de quien sufre ataques de furia, porque la sangre caliente del ave en la cabeza absorbe los vapores dañinos que afectan el cerebro. En el siglo XVII se aplicó un tratamiento parecido, pero con una paloma en lugar de un gallo, al gran duque de Toscana Fernando de Medici y a Carlos II de España, con la creencia de que era beneficioso para la salud física y mental.

En la Edad Media, era común pensar que la locura era causada por agentes sobrenaturales, entonces, se confiaba más en los remedios relacionados con la cura de males psicológicos y espirituales que en aquellos utilizados para tratar los problemas físicos. Claros ejemplos son las misas, las reliquias sagradas y los exorcismos, que alejaban a los malos espíritus. Si Jesús había expulsado demonios, la práctica era justificada. San Cutberto curaba a los enfermos afectados “por la presencia de espíritus abyectos” mediante la plegaria, la imposición de manos y el exorcismo, según Beda el Venerable. Una mujer demente poseída por el demonio, que gemía y lloraba sin cesar, se curó cuando tocó las riendas del caballo del santo. San Guthlac, contemporáneo de San Cutberto, curó a un joven que, en un ataque de locura, había matado a otro con un hacha y después se había mutilado. En su biografía de San Guthlac, Félix cuenta que el santo rezó y después “sopló el aliento del espíritu de la salud sobre la cara” del joven, a quien lavó e hizo ayunar; así alejó al agente del mal que lo poseía. El exorcismo también se usó con los reyes, como fue el caso de Carlos VI de Francia y Carlos II de España. En el primero, todos los rituales extraños, exorcismo incluido, no surtieron efecto; en el rey de España, el exorcismo funcionó, al menos por un tiempo.

El uso de reliquias sagradas en la cura de los débiles mentales fue una costumbre muy frecuente durante toda la Edad Media. A fines del siglo XII y principios del XIII, en los primeros años del santuario de San Bartolomé, en Londres, hubo numerosos casos de curaciones con reliquias, según consta en los registros. Uno de ellos fue el de una prostituta de Londres, que evidentemente había perdido el juicio, pues revoleaba los ojos, decía obscenidades y se arrancaba el vestido; cuando la ataban, ella se las arreglaba para soltarse. Un día decidieron llevarla al santuario: fue un verdadero santo remedio. Curas del mismo tipo en hombres y mujeres

aparecen en los registros del santuario de Thomas Becket, en Canterbury, y en los del rey Enrique VI, en Windsor.

En la Edad Media, a menos que fuesen violentos, a los lunáticos no se los apartaba de la comunidad sino que quedaban al cuidado de su familia. En la pieza medieval *Le Jeu de la Feuillée* [*El juego de las acciones locas*], al principio, el loco aparece como un hombre violento e indecente, pero después de que el sacerdote lo trata con una reliquia sagrada, el hombre regresa a su casa muy tranquilo. Los pacientes psiquiátricos del Bedlam, nombre con el que se conoce al hospital de Bethlehem, en Londres, podían salir, a menos que fuesen muy peligrosos.

Es lógico que tarde o temprano se establecieran hospitales donde internar a los débiles mentales que no podían valerse por sí mismos. Uno de los primeros hospicios de esa clase fue el de Geel, en Bélgica, en el santuario de Santa Dymphna, una irlandesa a quien el padre asesinó en un ataque de ira, santa patrona de los desequilibrados mentales. En el siglo XIV, Robert Denton fundó una institución en All Hallows, en Barking, para tratar a sacerdotes y laicos “que sufren ataques súbitos y pierden la memoria”.

En cambio, a partir de fines del siglo XVII, no tanto por razones médicas sino por motivos sociales, el tratamiento psiquiátrico fue cambiando hasta llegar a la etapa que, en *Historia de la locura en la época clásica*, Michel Foucault denomina “período de reclusión”. Los locos eran separados de la comunidad e internados en clínicas especializadas. Se fundaron manicomios privados, por lo general administrados por el clero como una forma de aumentar sus ingresos, en los que, a veces, los tratamientos eran sensatos y benevolentes. Pero poco a poco fue instalándose la idea de que los locos tenían que ser “controlados”, es decir, había que sujetarlos por su propio bien. En 1864, el médico Thomas Willis escribió: “Como primera medida, es necesario intimidar, encadenar y golpear al paciente, además de administrarle medicamentos. [...] Por otra parte, para curar a los locos no hay nada más eficaz que lograr que sientan un respeto reverencial por quienes los atienden, a los que deben ver como sus torturadores. [...] Los dementes violentos se recuperan más rápido cuando se los castiga y se los mantiene en habitaciones estrechas que cuando se los trata con medicamentos”. A fines del siglo XVIII, el rey Jorge III fue víctima de un tratamiento de estas características.

A partir de esa época, la terapia fue más humana y compasiva; la internación y el control siguieron siendo factores clave en el manejo de los insanos. Como la prisión y el asilo de pobres, el manicomio era el sitio donde la comunidad encerraba a quienes no encajaban dentro de la norma. Las casas de locos eran centros de control social para encerrar a

los enfermos detrás de altos muros y aislarlos del mundo exterior. Roy Porter relata que “mientras que en 1621, para [Robert] Burton, la casa de locos era principalmente una metáfora, para la época de la Comisión de la Casa de los Comunes de 1815 -año en que se promulgó una ley que establecía la creación de manicomios públicos y en que la comisión ordenó realizar una investigación sobre esas instituciones- ya era una realidad”.

A fines del siglo XIX, con el nacimiento de la psiquiatría, surgieron nuevos conceptos sobre las enfermedades mentales, a pesar de lo cual, a finales del siglo XX, la locura seguía siendo un enigma. En la década de 1890, Emil Kraepelin diferenció la psicosis afectiva o maníaco depresiva - en la que el paciente era víctima de una alternancia de estados emocionales de la que podía recuperarse- de lo que él denominó demencia precoz, un trastorno incurable grave. En realidad, la diferenciación no es la más adecuada porque no se trata de una demencia propiamente dicha que provoque daño cerebral progresivo ni aparece a edad temprana, como indicaría la palabra “precoz”, pero Kraepelin estaba en lo cierto al señalar que el trastorno era grave. Caracterizado por delirios, alucinaciones y alteraciones del razonamiento, más adelante recibió el nombre de esquizofrenia, término acuñado por el profesor suizo Eugen Bleuler. La clasificación y el diagnóstico de los trastornos mentales han progresado mucho desde la época de Kraepelin, como se observa en el extenso catálogo de trastornos de la personalidad que aparece en el volumen del *Manual Diagnóstico y Estadístico* (Estados Unidos, 1980).

En ese escenario se debe ubicar la locura de los reyes, para cuyo estudio los historiadores están en franca desventaja debido a la escasa, y a veces distorsionada, documentación existente. Los conocimientos de que disponen los especialistas modernos -estructura molecular y funcional del cerebro, ondas de actividad cerebral, función de las hormonas cerebrales, cambios en la actividad enzimática y el metabolismo celular, reacciones cutáneas y movimientos oculares, entre otros- no existían en la época de los monarcas locos. Las evidencias de su locura no son concluyentes; a veces resultan ambiguas y las fuentes son tendenciosas. Por ende, siempre hay que recurrir a las especulaciones para desentrañar la madeja.

Los reyes y reinas locos fueron víctimas de enfermedades mentales comunes, cuya causa puede ser una disfunción cerebral, provocada por traumas en el momento del nacimiento o en etapas posteriores. Cuando se produce un trastorno degenerativo que daña la corteza cerebral, el individuo se desinhibe y tiende a ser agresivo. El traumatismo de cráneo que sufrió el hijo de Felipe II, don Carlos, en 1562 bien podría ser la causa de la naturaleza progresiva de su enfermedad, a lo que habría que añadir el daño cerebral congénito que tenía.

Existen enfermedades físicas que potencian el desarrollo de enfermedades mentales. La encefalitis letárgica, por ejemplo, enfermedad infecciosa aguda del sistema nervioso central, provoca cambios mentales duraderos; entre ellos, alucinaciones visuales, táctiles y acústicas, acompañadas de dolores de cabeza, irritabilidad e insomnio, todos síntomas característicos de la esquizofrenia. En la década de 1920 hubo un brote de encefalitis; los niños infectados por el virus mostraban conductas destructivas. Es posible que la encefalitis haya sido el mal que acosó al emperador Calígula y al presidente Woodrow Wilson. La epilepsia del lóbulo temporal tiene efectos similares. Los zares rusos Iván el Terrible y Pedro el Grande habían padecido enfermedades graves antes de manifestar los primeros síntomas de desequilibrio mental.

Los estadios avanzados de la sífilis se asocian a veces con la demencia paralítica, con el consiguiente deterioro de la capacidad física y mental. La sífilis puede haber sido la causa del desequilibrio mental de los zares Iván y Pedro, y del rey Luis II de Baviera, pero no hay pruebas concretas que permitan asegurarlo. Lo mismo se ha dicho de Benito Mussolini y de Adolf Hitler, casos en los que tampoco hay evidencias concluyentes.

En la actualidad, los especialistas creen que la locura de Jorge III fue consecuencia de una enfermedad metabólica, la porfiria variegada, que, según algunos autores, afectó a muchos de sus antepasados y descendientes.

Cuando no existen causas físicas directas, el colapso mental se origina en el sistema nervioso central. Ciertas variaciones en la organización cerebral, determinadas genéticamente, llevan a alteraciones de la personalidad que predisponen a los individuos a padecer trastornos mentales. Una crisis nerviosa no surge de la nada, sino que manifiesta una tendencia que ya existía en el sistema nervioso central. No sabemos si responde a factores genéticos, pues aún no se han localizado los genes y los cromosomas responsables de la esquizofrenia y del trastorno bipolar de la personalidad; no obstante, sin duda debe haber factores genéticos que determinan el desarrollo de muchos síndromes psiquiátricos, como veremos en el transcurso de este libro. Es probable que la predisposición a las enfermedades mentales se dé por la interacción de distintos genes y no por efecto de un único gen. Asimismo, resulta difícil determinar si los hemisferios cerebrales tienen una incidencia diferenciada en la aparición de estos trastornos. Se ha propuesto que las voces que oyen los pacientes cuando sufren alucinaciones, como fue el caso de Juana de Arco, son producto de funciones alteradas del hemisferio derecho. Es importante tener en cuenta que la aparición de un desequilibrio mental refleja tendencias preexistentes cuyo origen se remonta al momento del

nacimiento o incluso de la concepción. La locura nunca se da si no existe algún componente previo que acentúe o distorsione las reacciones normales. Según Gordon Claridge, “los distintos rasgos del carácter predisponen a padecer distintas clases de enfermedades mentales. Las personas desarrollan el tipo de trastorno psiquiátrico o la forma de aberración a la que las predispone su temperamento básico”. Por esa razón, la infancia y la adolescencia tienen una importancia crucial en la historia clínica posterior. Si supiéramos más acerca de la relación entre los reyes locos y sus padres y de la crianza de esos monarcas, tendríamos acceso a las claves que explican su desequilibrio mental. Los problemas personales que debieron enfrentar Eduardo II y Ricardo II, su bisnieto, se comprenden mejor a la luz de su herencia y la educación que recibieron.

Aun cuando la aparición de una insania refleje una predisposición a padecerla, es necesario que exista un estímulo externo que actúe como disparador, como es el caso del estrés, el factor que operó en Enrique VI de Inglaterra y Erik XIV de Suecia. En algunos enfermos, la neurosis es una vía de escape para evadirse de los traumas y las dificultades de la vida cotidiana, y en ciertos casos, como observa sir George Pickering, estimula la creatividad. Luis II de Baviera huía de la crisis política que lo rodeaba sumergiéndose en la música de Wagner y construyendo castillos fastuosos. Por otra parte, la locura puede activarse por un deseo de satisfacer una necesidad interna, real o imaginaria, o de ocultar un conflicto interno intolerable. Cualquiera que sea la clase de trastorno, desde una enfermedad mental leve hasta un colapso que lleva a la incapacidad, siempre se requiere un contexto disparador.

En el caso de los monarcas locos, lo más probable es que las enfermedades mentales por excelencia hayan sido la esquizofrenia y el trastorno maniaco depresivo, cuyos síntomas son semejantes. “Esquizofrenia” es un término que abarca todo un espectro de cuadros de distinta gravedad. Como su nombre lo indica, se trata de una disociación de facultades mentales básicas, como el habla, el movimiento y las emociones. “Es una escisión de las funciones psíquicas con fragmentación de la personalidad” y no debe confundirse con la personalidad múltiple. Su aparición se evidencia por medio de cambios significativos en la manera de pensar, hablar y comportarse. Claridge la describe como “una interacción caótica entre la persona y su ambiente, manifestada a través de variaciones en la excitabilidad, cambios de humor, fluctuaciones en la atención, distorsiones en la percepción de la realidad y alteraciones en el pensamiento y el habla que afectan la comunicación”. En sus formas más pronunciadas, la esquizofrenia puede presentar alucinaciones, visión de imágenes extrañas, discurso incoherente y reacciones emocionales

exageradas. La paranoia esquizofrénica se manifiesta por medio de actos violentos, como en el caso de Carlos VI de Francia, Erik XIV de Suecia y Cristián VII de Dinamarca.

En sus formas más moderadas, la esquizofrenia es un mal temporario; sin embargo, aunque el paciente se recupere, siempre queda alguna secuela mental o emocional. Carlos VI tuvo épocas de cordura en las que tomó las riendas del gobierno, aunque sus facultades mentales estaban debilitadas. Erik XIV logró recobrar el juicio, pero antes de morir sufrió una recaída. Cristián VII tuvo períodos de lucidez, sin embargo, durante la mayor parte de su largo reinado, que duró más de cuarenta años, no fue una persona completamente normal. Esta enfermedad puede tener manifestaciones intermitentes a lo largo de los años o presentarse una única vez. Si se convierte en una condición crónica, genera la desintegración de la personalidad. La tendencia a desarrollarla se debe a factores genéticos y a una determinada disposición del sistema nervioso central, factores que interactúan con el entorno familiar y social. Con excepción de los casos más extremos, la esquizofrenia no lleva a una pérdida total de contacto con la realidad sino a tener una visión distorsionada o parcial de ella. Además, por lo general, los esquizofrénicos son conscientes de lo que les pasa.

Otros reyes locos fueron maníaco depresivos con distintos niveles de gravedad. Durante mucho tiempo se creyó que la depresión, la melancolía, del griego *melan xolos*, era causada por la bilis negra o *atra bilis*. No fue sino hasta 1899 que Emil Kraepelin introdujo el término “insania maníaco depresiva” para describir las formas más severas de la depresión, una de cuyas tantas víctimas fue Samuel Johnson. De hecho, la depresión puede adoptar formas que incluyen desde una condición emocional alterada breve y superficial hasta un estado tan vinculado con la constitución psíquica que es necesario tratarla. En los casos más severos es difícil distinguirla de la esquizofrenia. En un principio, la depresión se manifiesta como una forma leve de aletargamiento, con fluctuaciones en el estado de ánimo o ciclotimia, incapacidad de tomar decisiones, mala memoria y desinterés. En sus manifestaciones más agudas, los pacientes depresivos se sienten confundidos, dicen incoherencias, sienten temores y tristeza, y a veces padecen problemas gastrointestinales.

Es muy probable que en sus últimos años, Ricardo II haya sufrido una depresión moderada. Juana de Castilla era maníaco depresiva. En sus formas más graves, la enfermedad se asocia con alucinaciones y delirios, como ocurrió en el caso de Juana. La religiosidad, junto con un fuerte sentimiento de culpa y miedo al castigo divino, puede ser la causa o la consecuencia de la depresión, como lo prueba la experiencia vivida por



Felipe V de España. Los maníaco depresivos pasan de un estado de gran excitación a uno de depresión profunda, manifestada por medio de la inacción y la pasividad, como en el caso de Enrique VI.

En cuanto a las neurosis o trastornos de la personalidad, cuyo rango se extiende desde la normalidad hasta la psicosis, los efectos son menos serios. No se trata de verdaderas manifestaciones de insania, pero en ocasiones tienen consecuencias perturbadoras y hasta fatales para quienes las padecen. La función cerebral se altera en cierta medida, aunque la situación es más bien comparable con una luz titilante que con una lamparilla quemada. Se trata de síndromes que están en el límite entre la cordura y la locura, y se manifiestan a través de miedos irracionales o angustias sin motivo aparente, fobias y neurosis, cuyos efectos son difíciles de distinguir de los de las enfermedades mentales. Uno de esos síndromes es el de la personalidad fronteriza (o *borderline*), de la que, según se dice, Hitler fue un ejemplo, si bien no hay pruebas suficientes para demostrarlo. Los que padecen ese desorden pierden en parte el control de la realidad. A veces, esos trastornos se disparan por algún conflicto difícil de resolver; por ejemplo, un deseo desmesurado imposible de satisfacer. En las personas que ocupan altos cargos gubernamentales, los trastornos de la personalidad disminuyen la capacidad para ejercer funciones de responsabilidad, y si para un ciudadano común la situación es tolerable, para un hombre de Estado puede ser desastrosa.

A todo lo dicho, falta añadir un área menos definida en la que los individuos muestran signos de una personalidad anormal, pero no parecen sufrir una enfermedad mental. Los psicópatas y los sociópatas no forman parte del grupo de pacientes insanos desde el punto de vista clínico, pero, tal como lady Caroline Lamb aseguró de lord Byron, pueden parecer locos, malignos y peligrosos. Esa clase de personas quizá no padezca ninguna enfermedad mental y, a primera vista, es capaz e inteligente; aun así, sufre perturbaciones y alteraciones de las funciones cerebrales. Los psicópatas son sumamente egocéntricos, viven de acuerdo con sus propias reglas y no les importan los demás. En algún sentido, se aíslan del mundo exterior y son incapaces de sentir afecto, muchas veces como reacción a carencias sufridas en la infancia y la adolescencia, siendo el rechazo de los padres el factor etiológico fundamental. Sus sentimientos hacia los demás son superficiales y les cuesta establecer vínculos de pareja sólidos. Tienen una conducta flexible y dirigen sus acciones al cumplimiento de lo que consideran sus objetivos básicos. Su discurso es coherente, pero en realidad sus palabras no reflejan sus sentimientos. Son expertos en manipular a los demás y en convencerlos de sus buenas intenciones. Fracasan en el proceso de socialización, no sienten culpa ni

remordimiento, no son personas de fiar y en general son agresivos y muy irresponsables; en definitiva, tienen una naturaleza antisocial.

Los psicópatas también pueden ser ambiciosos, brutales, despiadados y violentos, aunque no necesariamente sean delincuentes. Se los encuentra en todos los niveles de la sociedad. Ha habido gobernantes y príncipes que tenían rasgos psicopáticos pero no eran psicópatas; por ejemplo, el emperador Tiberio, don Carlos de España, Pedro el Grande de Rusia y el dictador ruso José Stalin. No es fácil darse cuenta de quién es en realidad psicópata, menos aún cuando se trata de personajes del pasado. “Igual que el cáncer -afirman Magid y McKelvey respecto de la psicopatía-, crece sin que nadie lo note. Crece en los recovecos internos de la mente. Su origen se remonta a la primera infancia. Es el sida del mundo de la salud mental”.

En qué consiste la “locura de los reyes” y en qué medida esa locura afectó a los pueblos gobernados son los temas principales que trataremos en los capítulos siguientes, que forman parte de un análisis de la personalidad en el que, entre otras cosas, se muestra cómo la atmósfera de una corte real teñida de intrigas y sospechas se convierte en el escenario adecuado para la aparición de ataques de locura, en especial en reyes jóvenes, inmaduros e influenciables. Veremos que las presiones políticas pueden crear las condiciones necesarias para el desarrollo de las enfermedades mentales y que la recuperación aparente a veces oculta un deterioro profundo.

Los efectos de las acciones aberrantes de los mandatarios en la historia de los pueblos son más difíciles de descubrir. Si bien son las grandes figuras, como Alejandro Magno o Napoleón, las que cambian el curso de la historia, la personalidad de cualquier gobernante puede desencadenar una crisis política. Calígula y Nerón dejaron su huella en el imperio romano. La personalidad de Juan Sin Tierra fue un elemento esencial en el surgimiento de los gravísimos conflictos que marcaron su reinado. Los desórdenes que caracterizaron el reinado de Eduardo II llevan la marca de la personalidad del rey. Ricardo II podría haber evitado el derrocamiento, la prisión y la muerte por asesinato si hubiese sido otra clase de persona. La debilidad mental de Enrique VI fue un componente básico en la guerra civil conocida como la Guerra de las Dos Rosas. De modo similar, la locura de su abuelo, Carlos VI de Francia, tiene relación directa con las divisiones internas que durante tanto tiempo hicieron estragos en el reino. La locura de Erik XIV fue un proceso crítico para la persona del rey y para su país. Las enfermedades de Juana de Castilla y don Carlos tuvieron relevancia para el imperio español, como la tuvo la mala salud de reyes posteriores, por ejemplo, Carlos II y Felipe V. La locura

de Jorge III precipitó una grave crisis política. La historia de Dinamarca se vio afectada a fines del siglo XVIII por la insania del rey Cristián VII.

En otros casos, las alteraciones de la personalidad de los gobernantes han tenido consecuencias más leves en sus reinos; por ejemplo, los trastornos de Juan Gastón de Medici, el último gran duque de Toscana, o las anormalidades de Luis II de Baviera, que no ejercieron una influencia muy significativa en la escena política. En el caso de los zares rusos Iván el Terrible y Pedro el Grande, es difícil llegar a una conclusión definitiva, pero no puede negarse que sus ambiciosas políticas fueron de fundamental importancia en la historia de Rusia. En el siglo XX hemos sido testigos de cómo el desequilibrio de una sola persona -un dictador- afectó la vida de millones de personas, por no decir del mundo entero. Sirvan como ejemplo la psicopatía de Stalin, los delirios de Hitler y la senilidad de Mao-tse-tung. Hasta se ha sugerido que se necesita tener una disposición maniaca para ser buen gobernante. Sea como fuere, la personalidad de los políticos sigue siendo uno de los factores clave de la historia. Como observa el historiador francés Charles Petit-Dutaillis: “El recurso más importante de la monarquía es la capacidad personal del rey”.

## 2

# Orgías romanas

Los emperadores romanos ejercieron su dominio en un vasto territorio, que se extendía desde la inhóspita isla de Britania y las peligrosas fronteras del Rin y el Danubio hasta las cálidas costas del norte de África y los desiertos del Cercano Oriente. Si bien los emperadores se jactaban de aplicar las máximas de lo que llamaban gobierno constitucional, en verdad ansiaban representar la ley divina. La dignidad que se les confería tenía carácter sagrado: a muchos emperadores se los deificaba después de muertos y algunos aseguraban ser semidioses incluso en vida. Por ello, el hecho de que el máximo responsable del gobierno fuese desequilibrado podía acarrear consecuencias importantes.

Por fortuna, aunque el imperio fue presa frecuente de generales ambiciosos, los emperadores trastornados fueron pocos. Sin embargo, en la primera mitad del siglo I y al final del siglo II, el imperio romano estuvo a merced de hombres con personalidad desequilibrada a quienes podría tildarse de locos. Los emperadores de la dinastía Julia-Claudia, de la que Nerón fue el último representante, expresaron la impronta de su herencia genética en su temperamento y su salud, potenciada por el estrés que implicaba el ejercicio del poder absoluto. Los fundadores de la dinastía, Julio César y Octavio, su sobrino nieto, a quien luego se le dio el título de Augusto, no eran anormales; no obstante, al hijastro y sucesor de Augusto, Tiberio, podría considerárselo psicópata o, al menos, detectarle características psicópatas. De sus sucesores, Cayo, más conocido como Calígula, tuvo períodos de locura después de una enfermedad grave que sufrió en el 37 d.C.; Claudio era neurótico y, muy probablemente, Nerón sufría de un desequilibrio mental. El segundo grupo de emperadores está formado por Cómodo, Caracalla y Heliogábalo, hombres jóvenes sin mucha experiencia política que gobernaron a fines del siglo II y principios del siglo III. No eran muy talentosos para gobernar y los amplios poderes a su disposición literalmente casi les daban vuelta la cabeza. Buscaban liberarse de sus responsabilidades mediante los excesos, la disipación y la

opresión, que los llevaron al borde (o quizá más allá) de la locura, y a un final violento. El gobierno de esos emperadores ilustra a la perfección los distintos factores, a veces convergentes, capaces de conducir al desequilibrio mental, con consecuencias desastrosas, al menos para algunos de sus súbditos.

Para entender el contexto, debemos retroceder una generación y comprender el rechazo a la tradición republicana, característica determinante del gobierno de Roma durante varios siglos, y el ideal admirado por los intelectuales romanos, que cedió el paso a la gestación del imperio. En el centro de esta nueva forma de gobierno se encuentra la figura de Julio César, el gran general que desplazó del poder a su rival Pompeyo tras derrotarlo en la batalla de Farsalia, sojuzgó a la Galia e invadió Britania. A pesar de haber adquirido poderes de príncipe, Julio César nunca obtuvo el título de manos del Senado, pues éste sospechaba de la ambición del general, que falleció antes de que se introdujeran modificaciones en el gobierno del Estado. Sin embargo, se le confirió el título de “dictador” vitalicio, una fachada que ocultaba una forma de monarquía autoritaria.

¿A quién pasaría ese inmenso poder y las innumerables posesiones del dictador? César era un hombre fuerte, un mujeriego que con frecuencia faltaba a la alcoba matrimonial y que había sucumbido ante los encantos de Cleopatra, la bella reina de Egipto con quien tuvo un hijo, Cesarión. Las preferencias sexuales de César eran amplias; prueba de ello fue que cortejó a Nicomedes, el rey guerrero de Bitinia, cuya “reina” era César, según las malas lenguas de Roma. “César conquistó la Galia, y Nicomedes conquistó a César.” Como decía Curio: “Él era esposo de todas las mujeres y esposa de todos los hombres”. César tuvo una sola hija legítima, y adoptó como heredero a Octavio, quien con el tiempo se convertiría en depositario del poder de su tío abuelo. En la gran batalla marítima de Accio, en el 31 a.C., las fuerzas de Octavio derrotaron a las de Marco Antonio y Cleopatra, que luego se suicidaron. Cuatro años después, Octavio asumió el gobierno del principado con el título de Augusto y fue el primero de una serie de emperadores que dominaron Occidente hasta el año 476, y Oriente hasta la caída de Constantinopla en manos de los turcos en 1453.

Aun cuando el Estado conservaba la forma del poder constitucional y el Senado romano ejercía la autoridad en teoría, pues se consideraba que había una diarquía, en la práctica, el imperio fue una forma de despotismo militar. Augusto fue *Imperator Caesar Divi Filius*, es decir, “el hijo del deificado César”, e inauguró con este título la idea de que el emperador poseía un poder de naturaleza sagrada, que, sin duda, en manos de un

ocupante del trono imperial con algún tipo de desequilibrio mental, podía conducir a la obsesión y a la extravagancia.

Augusto fue un estadista inteligente y estable que logró excelentes resultados en la guerra y en la paz, un administrador brillante. Gentil por hábito y naturaleza, fue un esposo amable. Se casó con Livia, una mujer bella y despiadada, “Ulises en faldas”, como la llamaba el futuro emperador Calígula, *genetrix orbis* (madre del mundo), “una mujer de ambición implacable, frígida y tenaz, a quien le cabían los motes de gato o pantera”. A Livia le interesaba sobre todo favorecer a su familia y, en particular, asegurar que Tiberio, hijo de su anterior matrimonio, sucediera a Augusto en el trono imperial. El carácter de Tiberio se vio muy afectado por la relación ambigua que tenía con su madre, poderosa y dominante. Livia bien podría haber querido a Tiberio, pero no es tan seguro que él la haya querido o que fuese capaz de sentir verdadero afecto por alguien. Él estuvo dominado por la madre hasta que ella murió, a los ochenta y seis años. Lleno de resentimiento por la influencia que Livia siempre había ejercido sobre él, pudo vengarse cuando, una vez muerta, la privó del honor de la deificación.

Es probable que Tiberio haya preferido la vida privada a la pública y dedicarse a la carrera militar sin las responsabilidades políticas que traía aparejadas el imperio, pero no pudo escapar de las ambiciones de su madre, aun cuando su padrastro, el emperador Augusto, disimulaba muy poco su antipatía por su sucesor. Si supiésemos más sobre los años jóvenes de Tiberio, previos a la boda de su madre con el emperador, parte de los cuales pasó en el exilio, podríamos entender qué lo llevó a sentirse resentido y desconfiado, sentimientos que se incrementaron durante la última época de su vida. La cuestión de la sucesión imperial preocupaba tanto a Augusto como a Livia. Aquel quería que el trono quedara en manos de su propia familia, es decir, los hijos de su hija Julia, y no en las de los nietos de Livia. El marido de Julia, Marco Agripa, que podría haber sido un sucesor adecuado de Augusto, había muerto en el 12 a.C. Julia era una pieza demasiado valiosa para seguir viuda durante mucho tiempo. Livia se dio cuenta de que si Julia se casaba con su hijo Tiberio, él tendría más posibilidades de convertirse en emperador. Ante la orden de Augusto, Tiberio accedió, aunque no de buen grado, a divorciarse de su esposa Vipsania, y a casarse con Julia. Resultaba evidente que Tiberio y Julia no eran compatibles: él era frío y egocéntrico, poco afectuoso y desapasionado; ella, en cambio, una mujer muy sexual, era una ninfómana para quien el tímido de Tiberio no habría sido la mejor opción. La vida privada de Julia fue tan escandalosa que la llevó a la ruina y frenó por un momento los planes que Livia tenía para Tiberio. Según Séneca,

el divino Augusto envió a su hija al exilio porque ella había sobrepasado todos los límites posibles de la impudicia y había llevado el escándalo a todos los rincones de la casa imperial: amantes a granel; orgías nocturnas por toda la ciudad; los edificios públicos y el Foro, a pesar de que el padre había promulgado leyes contra el adulterio, fueron elegidos por Julia como lugares para el desenfreno; encuentros cotidianos detrás de la estatua de Marsias, donde, más allá del adulterio, hacía el papel de prostituta arrojándose a los brazos del primero que pasara para dedicarse a todos los actos vergonzosos imaginables.

Cuando el emperador se enteró del estilo de vida que llevaba su hija, la desterró a la isla de Pandataria. Tiberio no debe de haber lamentado la ausencia de Julia, pero debió sufrir la humillación por el escándalo. Al asumir como emperador, suspendió la asignación económica a su esposa y, según se dice, la dejó morir de hambre. Tiberio había sido arrastrado hacia un desastroso matrimonio sin amor. Y ahora su madre haría todo lo posible para que sucediera a Augusto. No sorprende entonces que uno de sus biógrafos modernos se haya referido a la vida de Tiberio como “un compendio de resentimientos”.

El destino favoreció los objetivos de Livia al tiempo que hizo fracasar los planes de su esposo para la sucesión del imperio. Los nietos y sucesores inmediatos de Augusto, Cayo y Lucio, que habían sido educados como herederos imperiales, murieron jóvenes. De modo que el emperador pensó en dos posibles alternativas: su otro nieto, Agripa Póstumo, y su yerno, Tiberio. Sin embargo, Agripa no tenía una reputación mejor que la de su madre: “de temperamento cruel y violento”, “depravado en extremo”, “un perfecto ignorante con un orgullo estúpido por su fortaleza física”. Según Suetonio, Agripa “fue volviéndose cada vez más inmanejable, y su locura aumentaba día a día”. Su incapacidad para el gobierno era tan evidente que fue confinado a la isla de Planasia, donde probablemente fue asesinado por orden de su agonizante abuelo, con la connivencia de Tiberio, único candidato para la sucesión.

Si bien de mala gana, Augusto no tuvo más remedio que aceptar a Tiberio como su heredero. Se comenta que dijo: “Como la crueldad del destino me ha robado a mis hijos, debo aceptar a Tiberio César como heredero”. En palabras de Suetonio, “tal declaración confirma la sospecha de quienes pensaban que Augusto había elegido a su sucesor más por necesidad que por afecto”.

Tiberio tenía cincuenta y seis años y le restaban veintidós de vida cuando fue nombrado emperador. Aunque su rostro mostraba marcas ulcerosas, que él cubría con maquillaje y que revelaban una infección de la piel, era una persona saludable. Era tan fuerte que podía partir una manzana con las manos. Seguramente sufría de hemeralopía, pues tenía visión reducida a la luz del día, pero, como señala Plinio, en la oscuridad veía mejor que un búho. Era frugal en muchos aspectos, casi austero en sus gustos: su comida preferida eran los espárragos, el pepino y la fruta. Al mismo tiempo, al menos de joven, era tan proclive a la bebida que sus soldados lo apodaban "Biberius". Quizá su adicción al alcohol, una característica frecuente en muchos gobernantes, haya agravado sus problemas personales.

Es probable que Tiberio no haya querido ser emperador. Frío y distante, no parece haber hecho mucho esfuerzo por ganarse el afecto de los romanos, no les ofrecía el pan y circo que esperaban y así se ganó su hostilidad. No obstante, en los primeros años de su gobierno se desempeñó a conciencia y con eficacia, respetando las normas del orden público impuestas por Augusto y reprimiendo los conflictos tribales de las fronteras.

Había signos que revelaban no sólo una inseguridad cada vez más intensa y paranoica sino también otras características: excentricidad, insensibilidad, desconfianza, sed de venganza contra enemigos y amigos por igual, particularidades que respondían a una naturaleza psicopática. La personalidad de Tiberio mostraba ciertas fallas que fueron intensificándose. La angustia creciente se manifestaba en la relación con su sobrino Germánico, hijo de su hermano mayor, Druso, que se había casado con la cruel y agresiva Agripina, hija de Julia, la ex esposa de Tiberio. El estrecho vínculo de Germánico con la casa imperial lo habilitaba para reclamar el trono con más derechos que el propio hijo de Tiberio, Druso.

Tiberio estaba celoso de Germánico, que en apariencia se aprovechaba de su condición para ganar favores. El emperador consideraba que la creciente reputación de su sobrino constituía una amenaza a su propio poder. Germánico era un militar joven y atractivo, un mimado del pueblo a quien la naturaleza había dotado de todas las virtudes excepto una: la salud. Sufría de epilepsia, una enfermedad que legaría a su hijo, el futuro emperador Calígula, y que traería consecuencias desgraciadas. Con el tiempo, el destino conspiró contra el popular Germánico, quien enfermó de gravedad. Ante los rumores de un posible envenenamiento -algo que quizá fuera cierto dado el odio que le tenía Tiberio-, éste reaccionó del modo esperado: como temía que todos lo apuntaran como el autor del crimen,



decidió buscar un chivo expiatorio. Y culpó nada menos que a su propio legado, Calpurnio Pisón, quien se suicidó con un tajo en la garganta, siguiendo la más pura tradición romana. Tiberio declaró que, con el suicidio, Calpurnio había tenido la intención de señalarlo como culpable del asesinato, y mostró una vez más la costumbre psicopática de sacrificar a quienes lo servían para salvar su propio pellejo.

Quitar a Germánico del medio no resolvió el problema de la sucesión, puesto que en lugar de Druso se aceptó como herederos a sus dos hijos mayores, Nerón y Druso. Al morir Germánico, los intereses de la familia estuvieron representados por su viuda Agripina, que, como Livia, tenía “una sed insaciable de poder”, según palabras de Tácito, y “sus pasiones masculinas la distraían de los vicios propios de su sexo”. Sospechoso de las razones ocultas de Agripina y preocupado por su popularidad, Tiberio se mostraba hostil con ella.

Entretanto, el emperador había transferido cada vez más la autoridad a Sejano, el prefecto de la Guardia Pretoriana. Tiberio no prestaba atención a los detalles de la administración del imperio y su tibio interés por el gobierno era cada vez más débil. Creía que Sejano le era leal, pero éste, con la mirada puesta en la diadema imperial, usaría su posición para actuar en su propio beneficio. Así se aseguró de eliminar a la viuda de Germánico, Agripina, y a dos de sus hijos. El más joven, Cayo o Calígula, junto con el nieto del emperador, Tiberio Gemelo, quedaron como únicos herederos al trono. Sin embargo, el ya anciano Tiberio frustró el deseo del prefecto de casarse con la viuda de su hijo. Lo único que le quedaba a Sejano era esperar.

Hacia mucho tiempo que Tiberio no se ocupaba del gobierno, retirado como estaba en la hermosa isla de Capri. El lugar era ideal como fortaleza, un refugio para protegerse del miedo a las conspiraciones y el asesinato, temor que acechaba al emperador. Ya septuagenario, Tiberio se sintió libre de dedicarse a los placeres perversos que mancharían su reputación. Al respecto, escribe Tácito:

En ese sitio, dio rienda suelta a sus más bajos apetitos [...]. Con la soberbia despótica que lo caracterizaba, se acercaba a jóvenes ingenuos y los obligaba a satisfacer sus bestiales deseos [...]. Nuevas formas de sensualidad y nuevas palabras para los escandalosos refinamientos de la lascivia surgieron en esos días.

Suetonio es más explícito. Mujeres y hombres jóvenes copulaban en grupos de tres en presencia del emperador “para estimular su declinante pasión”. Había niños, a los que Tiberio llamaba sus “pececitos”, a quienes

se los entrenaba para perseguirlo cuando iba a nadar y “ponerse entre sus piernas para lamerlo y mordisquearlo”. Tiberio ofrecía grandes cantidades de vino a hombres “cuyos genitales ataba luego con una soga que les lastimaba la carne y no les permitía orinar”. Practicaba la tortura y un sadismo cruel. “En Capri -dice Suetonio- aún está el sitio, en la cima de los acantilados, desde donde Tiberio observaba a sus víctimas cuando eran arrojadas al mar tras una serie de largas y exquisitas torturas”.

No hay certeza absoluta de que esas escenas hayan ocurrido realmente. En el contexto de la solitaria vida del emperador, podrían haber existido, ya que después de varios años de una castidad que demostraba una aparente calma, Tiberio bien podría haberse dedicado a los placeres de *voyeur* en el paraíso privado de Capri para recordar un pasado más sensual. Era un anciano triste, un *tristissimus hominum* (el más triste de los hombres), como lo llama Plinio, un hombre que buscaba un escape momentáneo en las sensaciones visuales, y que quizás haya experimentado satisfacciones sádicas o sádico-eróticas en actos de tortura y muerte como forma de compensar las humillaciones por las que, según él, había pasado. Aunque es posible que esos placeres hayan sido producto de su senilidad creciente, no hay pruebas suficientes que confirmen que el emperador sufrió de demencia senil.

La confianza que había depositado en Sejano fue traicionada. Después de que la madre de Germánico, Antonia, hiciera llegar un mensaje secreto informando a Tiberio de las ambiciones de su prefecto, el emperador tomó medidas para deshacerse del ministro traidor. Durante tres días, el cuerpo de Sejano sufrió las afrentas de la turba antes de que sus restos fuesen arrojados al río Tíber.

Pero la muerte de Sejano no aumentó la popularidad del emperador. Tiberio había sufrido la última y más inmensa de las traiciones, precedida primero por la de Julia y por la de Germánico después. Todos habían muerto antes que él, pero el emperador continuó paranoico, dispuesto a eliminar a los enemigos reales o imaginarios que, para él, eran una amenaza. Consentía actos crueles e injustos que provocaban temor y rechazo. Cuando Agripina se dejó morir, Tiberio informó con frialdad al Senado que había tenido suerte de no haber sido estrangulada y expuesta en público por un supuesto adulterio cometido con Asinio Galo. Los senadores, hombres serviles al emperador, agradecieron su clemencia y decidieron hacer una ofrenda a Júpiter a modo de celebración. Condenas, ejecuciones y suicidios forzados ante el menor gesto de desagrado de Tiberio marcaron sus últimos años en el poder.

En Capri, su sobrino nieto Cayo, hijo de Germánico, de dieciocho años, le hacía compañía. La familia del joven había desaparecido, y él era

el único sobreviviente de la casa Julia-Claudia, por lo tanto, junto con Tiberio Gemelo, podía tener esperanzas de suceder a Tiberio. Cayo adulaba al emperador, y quizá hasta lo alentaba a satisfacer sus perversos placeres. Pero Tiberio todavía tenía la lucidez suficiente para darse cuenta de cuáles eran sus intenciones, además de que no sentía particular afecto por él. En realidad, no quería a nadie. En una oportunidad, Cayo mencionó a Sila, reconocido político de la República, y el emperador, incisivo, replicó que Cayo tenía todos los defectos de Sila y ninguna de sus virtudes, y predijo que se liberaría de Tiberio Gemelo: “Tú lo matarás y otro te matará a ti”.

En marzo de 37 d.C., Tiberio enfermó en Misena. Cuando entró en coma, se pensó que había muerto, pero cuando los funcionarios de la corte se dispusieron a felicitar a Cayo por su acceso al trono, Tiberio se incorporó y pidió algo de beber. Macro, chambelán de Cayo, entró en los aposentos del emperador y lo asfixió con una sábana. Si bien los detalles sobre la muerte de Tiberio varían según los distintos relatos, es probable que el anciano haya recibido un pequeño empujón que aceleró el reencuentro con sus antepasados. Nadie lamentó su fallecimiento. Los romanos, que en los últimos años lo habían visto poco, vituperaban: *Tiberius in Tiberim*, es decir: “Tiberio, al Tíber”. Macro leyó el testamento del emperador ante el Senado: Cayo y Tiberio Gemelo serían sus herederos. Sin embargo, Cayo no estaba dispuesto a aceptar ningún rival, ni siquiera un niño. El Senado decretó entonces que Tiberio no había estado en sus cabales en el momento de redactar su testamento. Gran parte de las disposiciones de Tiberio se cumplieron, pero no había pasado un año todavía cuando murió Gemelo y Cayo accedió al trono.

Los historiadores descartan la posibilidad de que la declaración del Senado haya respondido a un ardid impulsado por su sucesor para quitar a Tiberio Gemelo del medio. Quizás haya habido algún tipo de conspiración, pero de todos modos existen dudas sobre el equilibrio mental de Tiberio durante los últimos años de su vida. A pesar de lo cual, sería exagerado asegurar, como lo hace un historiador alemán moderno, que Tiberio fue esquizofrénico; es más probable que haya sido un psicópata. No obstante, para el historiador y psicólogo español Gregorio Marañón, la causa de los problemas del emperador radica en el resentimiento que fue acumulando a medida que se enfrentó con reveses personales y políticos. En sus años de formación, antes de que su familia recuperara el favor de los poderosos, pasó por la amarga experiencia del exilio. Se comenta que quiso a su primera esposa, pero era solitario, introspectivo e incapaz de demostrar y recibir afecto. A su padrastro, Augusto, Tiberio no le caía en gracia, y el emperador sentía cada vez más rencor hacia su madre y el dominio que ejercía sobre él. Había estado muy celoso de Germánico y

consintió la persecución de su familia sin ningún remordimiento. El único que se salvó fue Cayo. Es probable que Tiberio haya querido que su hijo Druso lo sucediera, pero no pareció conmoverse por su muerte. Sejano, en quien el emperador había depositado toda su confianza, lo traicionó. No es extraño que, para olvidarse de las humillaciones y los miedos del mundo real, Tiberio se haya dedicado a los placeres perversos del *voyeurismo* en Capri. No mostraba la menor calidez en las relaciones humanas, y no dudaba en sacrificar a amigos y enemigos por igual para lograr sus objetivos. Era un hombre infeliz y amargo. Estaba al borde de la locura; quizás hasta haya tenido el “síndrome *borderline*”, y si bien no estaba completamente loco, como observa Marañón, “tampoco era del todo cuerdo”. No hay pruebas suficientes de que Tiberio haya sido un psicópata, aunque no se puede negar que tenía rasgos psicopáticos.

La rudeza con que el pueblo despidió sus restos fue muy distinta de la fervorosa recepción con que dio la bienvenida al nuevo emperador Cayo, más conocido como Calígula, nombre que deriva de las botas militares, o *caligae* en latín, que usaba de niño en el campamento de su padre. A diferencia de Germánico, Calígula no era buen mozo. Alto y pálido, con piernas largas y flacas, quedó calvo de joven y tan preocupado por ello que a veces ordenaba a quienes tenían cabellera abundante que se rasuraran la cabeza. Compensaba su calvicie con la abundancia de pelo en el resto del cuerpo, algo que también lo preocupaba: la mención casual de animales con mucho pelo en una conversación podía tener consecuencias desastrosas. Pero, a pesar de que Calígula no era un ejemplo de belleza, era joven y fuerte, características que los romanos consideraban promisorias.

Es justo reconocer que Calígula tuvo aciertos en su administración. A poco de asumir, descartó algunas de las medidas menos populares de Tiberio. En muchos aspectos, demostró sensatez y lucidez política. El análisis de los historiadores modernos lo ha reivindicado, así como a Tiberio. El biógrafo inglés Dacre Balsdon descubrió que había mucho para decir a favor de Calígula, y en línea con H. Willrich (1903) y M. Gelzer (1918), dos escritores alemanes, Balsdon rechaza la idea de que el emperador haya estado loco, y propone que los hechos que parecen indicar signos de locura son simplemente “ciertos rasgos poco desarrollados (y desagradables) de su carácter”. Como, con frecuencia, el desarrollo exagerado de algunos rasgos del carácter de una persona es lo que constituye la locura, la conclusión no lo favorece.

Los historiadores romanos que escribieron sobre él poco después de su muerte no dudaban de que su vida había estado marcada por la maldad o la locura, y probablemente por ambas. “La naturaleza -comenta Séneca-

parece haberlo concebido para mostrar cuáles son los vicios más repulsivos que pueden tener los personajes más encumbrados en esta tierra. Con sólo mirarlo uno se daba cuenta de que estaba loco”. Según Tácito, Calígula era *commotus ingenio* (de mente perturbada), y para Suetonio, la locura lo había convertido en un monstruo.

¿Qué rasgos de su personalidad sugieren que era maniaco? Por un lado, era bisexual, y es probable que la culpa que le generaban las prácticas incestuosas con sus hermanas lo haya llevado a casarse cuatro veces. Tuvo muchas relaciones homosexuales: con el actor Mnester y con Marco Lépidio y Valerio Cátulo acostumbraba besarse en público. Suetonio sostiene que Calígula expuso a su esposa desnuda en público y que mantenía un burdel en el palacio donde se podía estar con mujeres y hombres jóvenes por dinero. Esas actividades sugieren su carácter lascivo y licencioso, y probablemente den indicios para pensar que había en él cierto grado de locura.

El verdadero problema era que Calígula tomaba su naturaleza divina tan en serio que vivía en un mundo de fantasía con manifestaciones estrafalarias. Sus excesos en ese mundo fantástico fueron la base de su locura. La deificación, una costumbre oriental, pasó a formar parte de la tradición imperial, aunque no se aplicó a todos por igual (a Julio César y a Augusto se los consideró dioses después de su muerte, pero a Tiberio no se le concedió el honor). En su lecho de muerte, el emperador Vespasiano murmuró con ironía: “Creo que me estoy transformando en dios”.

Calígula no dudaba de su condición divina y estaba dispuesto a recibir los honores correspondientes. Una de las ciudades más orientales del imperio le asignó el nombre de Nuevo Sol al emperador, quien en verdad se creía un dios y amenazaba con el merecido castigo a los que no coincidieran con él. Filón escribe:

Él ya no aceptaba los límites de la naturaleza humana, por lo que empezó a cruzarlos con el fin de que se lo considerara un dios. Se dice que en la primera etapa de su locura, su razonamiento era el siguiente: así como los cuidadores de animales, los cabreros, los vaqueros y los pastores no son cabras ni bueyes ni ovejas sino hombres que tienen más poder y recursos, yo, que soy el pastor del mejor de los rebaños, la humanidad, seré considerado diferente. No pertenezco al plano humano: soy el afortunado poseedor de una propiedad más poderosa y divina. Con esa idea en mente, el emperador loco reclamaba como certeza absoluta lo que en realidad era sólo producto de su fantasía.

Es probable que haya estado “loco”, pero su locura era digitada y en extremo peligrosa. Sus extraordinarios gastos pronto vaciaron las arcas imperiales. Usaba ropa de seda fina y zapatos adornados con piedras preciosas, y disolvía perlas en vinagre que luego bebía. Lo llamaban *princeps avidissimi auri* (príncipe de los hambrientos de oro), pues ofrecía pan de oro a sus invitados y cebada de oro a sus caballos.

Se sentía identificado con Júpiter en particular. Vestido conforme al papel que se había asignado y blandiendo un supuesto rayo, sostenía que el dios era un impostor y que él era el verdadero Júpiter. Para justificar sus pretensiones, se había hecho diseñar una máquina que producía una buena imitación de truenos y rayos. Cuando Júpiter se manifestaba por medio de una tormenta, Calígula repetía el reto de Áyax a Ulises en la *Iliada*: “Destruyeme o te destruiré”.

Aunque en algunas ocasiones decía que Júpiter era su hermano y afirmaba que hablaba con él. “Personificado como Júpiter del Lacio, puso a su servicio a su esposa Cesonia y a otras personas ricas en el papel de sacerdotes, que le dieron diez millones de sestercios cada uno para retribuir el honor”. El tributo requerido a Claudio fue tan grande que debió endeudarse para cumplir con el pago. Después de todo, quizás había cierta metodología en la locura de Calígula.

Suetonio asegura que Calígula “ordenó erigir un templo especial dedicado a él, con sacerdotes y víctimas de la mejor clase. En el templo se levantaba una estatua del emperador en tamaño real hecha en oro, a la que todos los días le cambiaban la vestimenta de acuerdo con la que usaba el emperador. Los ciudadanos más ricos usaban su influencia para asegurarse el sacerdocio, honor por el que estaban dispuestos a pagar los precios más altos. Las víctimas eran flamencos, pavos reales, pintadas y faisanes, a los que se sacrificaba día tras día”. Cuando el emperador pidió a Apeles que dijera cuál de los dos, él o Júpiter, era el más grande, el actor dudó y tardó en responder, lo que le valió una sesión de tortura.

Calígula se casó con Cesonia, ya embarazada, y él sostenía que su hija Drusilla era en verdad hija de Júpiter. Colocaban a la niña en el regazo de la estatua del dios en el monte Capitolino y ordenaban a la diosa Minerva que la amamantara.

A pesar de todo, el emperador no carecía de lógica. Si en el plano terrenal estaba casado con Cesonia, como dios sol era esposo de la luna, o al menos le hablaba y ansiaba sus abrazos, por fríos que fuesen. Una vez preguntó a Vitelio si lo había visto junto a la diosa luna, a lo que éste respondió sabiamente: “No, señor, sólo los dioses pueden verse los unos a los otros”.

Las relaciones familiares divinas eran tanto o más complejas que las humanas. Calígula no se limitó a una única divinidad sino que exploró todo el abanico celestial: “Asumía el papel de Neptuno porque había cruzado los mares, y además, el de Hércules, Baco, Apolo y todas las demás divinidades, tanto masculinas como femeninas; por ejemplo, Juno, Diana o Venus [...], ocasiones en que se lo veía vestido de mujer, con un cuenco de vino y un tirso. Otras veces aparecía vestido de hombre, con garrote, escudo y piel de león [...]. O se dejaba la barba y al tiempo se la rasuraba por completo”. Es decir que, junto con sus otros problemas, el emperador estaba confundido respecto del género.

Poco después de asumir, decidió proclamar su dominio sobre los mares, como Neptuno. Ordenó la construcción de un puente de barcazas en la parte norte de la bahía de Nápoles, desde Puteoli hasta Baia, una especie de camino que el emperador, ataviado con una capa de seda color púrpura adornada con piedras preciosas y, habiendo ofrecido un sacrificio a Neptuno, cruzaba a caballo. Llevaba un peto que supuestamente había pertenecido a Alejandro Magno. Detrás de él iban la infantería y la caballería. Pasó la noche en Puteoli y, triunfante, volvió al día siguiente en una carroza tirada por dos caballos de carrera. Se refirió a la construcción del puente como una obra genial y elogió a los soldados por haber cruzado el mar a pie.

Que el mar hubiese estado calmo durante la empresa era una prueba de que Neptuno temía al emperador. Durante el viaje, Calígula, encendido por el alcohol, “arrojó a muchos hombres al mar desde el puente y atacó a otros con barcos que portaban espolones”.

Otra victoria, más imaginaria que real, llegó cuando, en los años 39-40, el emperador organizó expediciones a Germania y la Galia con el objetivo de invadir Britania, isla que César ya había invadido en el 55 a.C., pero que aún no estaba bajo dominio romano. Los historiadores modernos consideran que la expedición fue más seria y sensata que lo sugerido en las crónicas romanas. La intención era pacificar la frontera del Rin y abortar una conspiración contra él en la que estaba involucrado Getúlico, legado de la Germania superior. La misión también tuvo elementos de pantomima, que tanto gratificaban al emperador. En el Rin no hubo conflictos; sólo se tomaron algunos prisioneros y en siete oportunidades se aclamó a Calígula *imperator*. En el norte de la Galia, se embarcó en un trirreme, luego desembarcó y ordenó a los soldados que recogieran caracoles en la costa.

Le gustaba que lo alabaran, y él respondía con gestos que revelaban su inestabilidad mental. Había quienes sacaban ventaja de la situación. Así, cuando murió su hermana Drusilla, a quien había designado su

heredera, erigió un templo en su honor, y el senador Livio Geminio, que le aseguró haberla visto ascender a los cielos y hablar con los dioses, recibió una generosa donación como recompensa por esa supuesta visión de sicofante. El actor Mnester, amante del emperador, recibió numerosos presentes, y los que osaban interrumpir su actuación recibían azotes como castigo. Eutico, auriga del equipo verde del Circo de Roma, favorito de Calígula, recibió regalos valuados en casi dos millones de sestercios. Sin embargo, el que gozaba de la máxima estima del emperador era su caballo Incitatus, a cuya salud bebía de un cáliz de oro. Se dice -aunque bien puede tratarse de un dato ficticio- que el caballo tenía “una caballeriza de mármol, un comedero de marfil, mantas de color púrpura y un collar de piedras preciosas, una casa, muebles, un grupo de esclavos a su disposición y también se dice que el emperador tenía pensado nombrarlo cónsul”.

Hacia un tiempo que el entusiasmo por el nombramiento de Calígula como *princeps* se había desvanecido. Los senadores se sentían ofendidos por los favores que prodigaba a hombres de menor jerarquía, actores, gladiadores y otras personas de baja estofa, de cuya compañía disfrutaba. Tras cuatro años de gobierno, se había vuelto tan tiránico y cruel como Tiberio. Sus actos eran impredecibles e injustos. Cuando el emperador enfermó, Afranio Potito, un ciudadano leal, prometió que daría su vida por la del emperador. Cuando Calígula se recuperó, cubrieron a Afranio con una corona y los esclavos del emperador lo llevaron por toda la ciudad y lo arrojaron desde lo alto de la roca Tarpeya. Calígula sufría tal delirio de grandeza que, para satisfacer sus extravagantes caprichos, imponía tributos que diezmaban a su gente, a la que no daba nada a cambio. Tenía costumbres bastante extrañas; por ejemplo, convocaba a ciertos senadores a altas horas de la noche para que lo vieran bailar “vestido con una capa y una túnica que le llegaban a los talones”.

La muerte lo encontró durante la celebración de los juegos palatinos. Iba caminando para saludar a los jóvenes griegos que estaban por bailar la danza pírrica, cuando un grupo de conspiradores, liderados por el prefecto de la Guardia Pretoriana, Casio Querea, en varias ocasiones víctima de las burlas del emperador, lo mató de una puñalada. Según palabras de Dión Casio: “Ahí Cayo se dio cuenta de que no era un dios”.

El lema de los conspiradores fue *libertas*, pero la *libertas* en un sentido constitucional era un sueño lejano. Todo era confuso. El Senado tenía menos poder que nunca. Un soldado que recorría el palacio imperial vio al príncipe Claudio escondido detrás de una cortina, temiendo por su vida. Y aunque el príncipe se resistió, el soldado lo llevó a la rastra hasta el



campamento de la Guardia Pretoriana, donde los oficiales lo nombraron emperador.

¿Cuál era la causa del desequilibrio mental de Calígula? El emperador tuvo épocas de lucidez, durante las que demostró su talento político, pero no era del todo normal. Se comenta que su locura empezó al poco tiempo de asumir, en el año 37, cuando sufrió una enfermedad grave. Es probable que haya sido una encefalitis, lo que podría haber contribuido a su extraña conducta, ya que entre las secuelas que puede dejar la enfermedad se cuenta un cambio de carácter manifestado en exabruptos y actos impulsivos y agresivos, y en síntomas similares a los de la esquizofrenia. Hay otra explicación posible, que refuerza la idea de que la locura de Calígula era de origen orgánico. Su padre, Germánico, era epiléptico y bien podría haberle pasado la enfermedad. “[Calígula] No era fuerte ni física ni mentalmente. De niño solía caerse, y durante su juventud, aunque parecía haber mejorado, a veces tenía vahidos y le costaba caminar, estar de pie, pensar con claridad o sostener la cabeza erguida.” Padecía de insomnio y nunca dormía más de tres horas por día, e “incluso durante ese lapso no dormía plácidamente sino que lo atormentaban visiones extrañas; una vez, por ejemplo, soñó que le hablaba el espíritu del mar”. Al no poder descansar, abandonaba la cama y se sentaba en un sofá o caminaba por los pasillos o bajo las columnatas del palacio y así esperaba que amaneciera. Incluso antes de enfermar en el año 37, es probable que Calígula haya sido víctima de una epilepsia del lóbulo temporal, cuyos síntomas son parecidos a los de la esquizofrenia y el síndrome postencefalítico. De modo que el origen de sus problemas mentales puede haber sido un síndrome cerebral crónico. Si bien no hay pruebas suficientes para extraer conclusiones definitivas sobre la locura del emperador, parece razonable suponer que sus trastornos mentales provenían de una enfermedad orgánica.

Aunque el sucesor al trono, Claudio, estaba lejos de ser un desequilibrado, es probable que haya tenido encefalitis, evidenciada por su debilidad física y su naturaleza neurótica. La familia imperial nunca había tomado demasiado en serio a Claudio, pues lo veían enfermizo y pensaban que era algo tonto, que estaba al borde de la imbecilidad. Se cansaba de permanecer de pie, por lo que se sentaba cuando hablaba frente al Senado e iba en una litera cuando recorría las calles de Roma. Le temblaban la cabeza y las manos, y hablaba con voz entrecortada. Es comprensible, entonces, que temiera que conspiraran contra él y lo asesinaran, de modo que había ordenado matar al asesino de su antecesor, y hacía palpar de armas a todos los que se le acercaban.

Si bien en nuestros días Claudio sería candidato al diván del psicoanalista, no era un tonto pedante. Incluso su supuesta estupidez puede haber sido una forma de protegerse de la enrarecida atmósfera de la corte imperial. Demostró ser un gobernante astuto y sensato, moderado y con buen tino, pues dejó sin efecto muchas de las medidas impopulares de Calígula; por ejemplo, el juicio por *maiestas* o traición al que tanto se había recurrido en el pasado para sentenciar a muerte a culpables e inocentes por igual. Abolió algunos de los tan odiados impuestos, invitó a volver a los exiliados y propició relaciones más armoniosas con el Senado. A pesar de sus problemas físicos, Claudio emprendió el duro viaje a la isla de Britania, tras la invasión y conquista de Aulo Plauto, en el 43 d.C.

La debilidad de Claudio no se manifestó en la esfera pública sino en sus relaciones personales, en particular con sus esposas. Su tercera esposa, Mesalina, con quien tuvo un hijo, Británico, era una mujer promiscua que hacía alarde de su romance con el cónsul electo Cayo Silio. Cuando se enteró de la infidelidad, Silio fue asesinado y Mesalina se suicidó. El emperador llevó a Agripina, rival de Mesalina y hermana de Calígula, a su lecho nupcial. Agripina quería asegurarse de que Claudio cumpliera con su ambicioso deseo de ubicar a Nerón, el hijo que había tenido con su primer marido, en el trono imperial.

En el año 54, mientras miraba un espectáculo de pantomima, Claudio tuvo el buen tino de morir, y Británico fue desplazado por Nerón, que se había casado el año anterior con Octavia, hija del emperador fallecido. Nerón fue el último emperador de la dinastía Julia-Claudia y el de peor fama, “destructor de la raza humana”, “el veneno del mundo”, según Plinio el Viejo. Fue el primer emperador al que el Senado declaró enemigo público. Las generaciones futuras verían en él al prototipo de la maldad, peor que el Anticristo. En la literatura -*Hamlet* de Shakespeare, y *Británico* de Racine-, Nerón aparece retratado como el epítome del matricida y la crueldad. Para el Marqués de Sade, en cambio, fue un héroe. De Nerón puede decirse, incluso con mayores fundamentos que de Calígula, que era un “degenerado por nacimiento y que el poder absoluto lo había corrompido”.

Entre los historiadores, ha habido quienes lo defendieron, y gracias a su descripción más juiciosa y menos emocional, el gobierno y la figura de Nerón se vuelven más comprensibles. Aun así, ya en el inicio de su mandato, hubo señales de su perfil despiadado y de su inestabilidad mental. Nerón se paseaba por las calles de Roma con un grupo de bravucones que atacaban y robaban a los transeúntes. Tácito cree que la muerte de Burro, su asesor, y el fin de la influencia de Séneca, cuyas

funciones fueron asumidas por el malvado prefecto Tigelino, determinaron el cambio en la naturaleza del gobierno de Nerón.

El emperador se empeñó en quitar del medio a su madre, la ambiciosa e intrigante Agripina, que bien podría haber creído que, como Livia, podría mantener su influencia sobre su hijo Nerón, cultor del hedonismo. Pero él era apasionado y terco, y no aceptaba los intentos de su madre por dominarlo, menos aún de organizarle su vida privada. Nerón no quería a su esposa Octavia, y adoptó a una liberta, Acte, como amante. Agripina, celosa de la influencia de Acte, amenazó con reclamar el derecho al trono del hijo de Claudio, Británico, un niño de cuatro años. Sin embargo, el emperador no se dejaría chantajear por su madre y Británico murió envenenado en el palacio. Acte dejó de tener influencia cuando Nerón la reemplazó por otra amante, Popea.

Mientras tanto, el emperador planeó para su madre un viaje en un barco que se hundiría al navegar por la bahía de Nápoles, donde ella había estado junto a su hijo en las celebraciones del festival de Quinquatria en Baia. La nave se fue a pique, pero la indómita Agripina logró nadar hasta la orilla. Ella se dio cuenta de que su traicionero hijo había pergeñado el naufragio y, más tarde, cuando Nerón envió a un oficial para matarla, ella le pidió que le hundiera su espada en el vientre que había dado a luz a un ser tan monstruoso.

Tres años después, Nerón decidió deshacerse de Octavia y se casó con Popea. Acusó a Octavia de haber cometido adulterio con un esclavo y la envió a la isla de Pandataria, tan plagada de recuerdos fatídicos, donde ella se cortó las venas bajo coacción. Popea, hermosa, apasionada y ambiciosa, se convirtió en esposa de Nerón. Se bañaba en leche obtenida de quinientas burras y su marido, que era un hombre culto con pretensiones literarias, compuso una canción en honor a su cabello color ámbar. Pero tres años más tarde, cuando ella quedó embarazada, en un raptó de ira Nerón le propinó un puntapié y la mujer murió. El remordimiento y el dolor de Nerón fueron intensos, porque por más autocomplaciente que fuera tenía sentimientos. Sin embargo, sucedió algo curioso: Nerón se fijó en un joven liberto, llamado Esporo, que era tan parecido a Popea que el emperador ordenó castrarlo para casarse con él.

Desde entonces, el capricho y la pasión pasaron a dominar la vida del emperador. Puso el gobierno al servicio de sus placeres privados, que a su vez imponían obligaciones públicas a sus súbditos. Era un amante de la cultura griega, pero su amor por el teatro y las cuadrigas se convirtió en una obsesión, a tal punto que esas actividades ocuparon un lugar primordial en la política pública.

El hecho de que el emperador participara en actividades más apropiadas para esclavos y libertos que para miembros de la nobleza sirvió para granjearse la oposición del Senado, que sin duda recordaba los gustos similares de Calígula y sus consecuencias. Al principio, Nerón las practicaba de manera más o menos privada, pero estaba orgulloso de su destreza, y quería demostrarlo ante el público. Cuidaba su voz con el mismo afán con que lo hacen los cantantes modernos; incluso, se acostaba con pesas de plomo sobre el pecho para fortalecer el diafragma. Seguía una dieta que favorecía las cuerdas vocales y lo mantenía en buena forma física para poder dedicarse a las cuadrigas. Plinio el Viejo comenta que algunos días Nerón sólo ingería cebolletas en aceite, y seguía el ejemplo de los corredores profesionales, bebiendo estiércol seco de jabalí disuelto en agua, el equivalente a los esteroides anabólicos de la actualidad.

Esas manías excéntricas quizá habrían sido inofensivas en sí mismas si no hubieran sido el reflejo de un desequilibrio básico que no afectaba únicamente su personalidad sino también la política. Según afirma el historiador moderno M. T. Griffin, la política de Nerón era una combinación de “exhibicionismo, al que él recurría para fomentar su popularidad, y represión, que en él era un antídoto contra el miedo”, y en algún momento la represión se impuso sobre el exhibicionismo. El pan y circo no alcanzó para ganarse el favor popular. La intolerancia que mostraba a rivales y críticos se inmiscuyó en el campo del entretenimiento. El emperador llegó a creer que tenía una superioridad innata como artista y como gobernante. Se decía que tenía la intención de fundar una nueva ciudad a la que llamaría Nerópolis. Mandó erigir una estatua en bronce con su propia estampa. El gran incendio que destruyó a Roma en el año 64, del que, sin demasiadas pruebas, se rumoreaba que él había provocado, contribuyó a diezmar la poca popularidad que le quedaba.

La vida de Nerón pasó a ser un campo de fantasías. Su reputación de depravado aumentó con la celebración de otra boda simulada con un amante, el liberto Pitágoras, durante un banquete público. Aislado de la opinión pública por los sicofantes, fue adentrándose en un mundo ficticio, soliviantado en parte en actos de tiranía y crueldad. En el año 64, el descubrimiento de un complot para asesinar al emperador mientras asistía a una carrera de cuadrigas en el Circo Máximo de Roma llevó a una serie de procesos judiciales y a reforzar sus sospechas paranoicas. Las cargas fiscales exageradas contribuyeron a disminuir su popularidad. Tácito comenta que “la codicia de Nerón llevó a Roma a la bancarrota”.

Aunque el emperador creía que la hostilidad del Senado constituía una amenaza para él, decidió dejar Roma en manos de los senadores y viajar a Grecia, donde podría disfrutar de la fama y la gloria que en Roma

le eran esquivas. Comenzó a haber muestras de descontento popular y desertiones de generales del ejército; entre ellos, Galba, el gobernador consular de la Hispania Tarraconense. Las rebeliones contra Nerón se agravaron y el Senado lo declaró enemigo público.

Nerón se refugió en la villa de Faón, en las afueras de Roma, con cuatro libertos que lo asistían. Cuando oyeron que se acercaban los guardias provenientes de la ciudad, uno de los libertos, Epafrodito, lo ayudó a clavarse una daga en el cuello. *Qualis artifex pereo* (“conmigo muere un artista”), murmuró el emperador al expresar el deseo de que su tumba fuese de mármol.

Es difícil determinar hasta qué punto Nerón era un desquiciado. Podría decirse que actuaba según su propia idea de cómo debía gobernarse Roma. Su caída se debió a sus costumbres perversas y a sus políticas erróneas, y no a la falta de cordura. Pero sus vicios, su inseguridad y su tiranía bien podrían haber sido la consecuencia de una condición mental que rayaba en lo anormal. Los genes de la casa Julia-Claudia no producían sujetos normales. Nerón descendía de una línea de mujeres decididas y apasionadas, entre las que estaban su bisabuela Livia, su abuela Agripina la Mayor, y su madre Agripina la Menor. Haría falta un genetista experto para medir la expresión de los genes de esas mujeres en su descendencia. La vida emocional de Nerón, demostrada en su amor por Popea, sugiere que no era un psicópata, si bien hay aspectos de su vida que denotan una naturaleza psicopática. Podría pensarse que fue esquizofrénico. Al menos, podríamos afirmar que padecía un desorden de personalidad que lo llevó al borde de la locura. Igual que Tiberio, quizá no haya estado loco, pero no era del todo normal.

Con Nerón, la dinastía Julia-Claudia llegó a su fin. Durante los cien años siguientes, excepto Domiciano, que se compartiría con Nerón su amor por la cultura griega, el exhibicionismo y la tiranía, los demás emperadores fueron hombres experimentados y capaces, guerreros, buenos administradores, constructores, legisladores e incluso filósofos: Vespasiano, Tito, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio. Como afirma el historiador del siglo XVIII, Edward Gibbon, el imperio tuvo su edad de oro durante el gobierno de esos emperadores.

Pero, de pronto, a fines del siglo II y comienzos del III, el imperio romano cayó en manos de un grupo de emperadores jóvenes que no estaban del todo cuerdos: Cómodo, Caracalla y Heliogábalo. La edad de oro había llegado a su fin con la muerte de Marco Aurelio, en el año 180, y en los cuarenta años siguientes, salvo el caso del hábil emperador Septimio Severo, que gobernó desde 192 hasta 211, la mayoría de los emperadores fueron jóvenes inexpertos cuya mente pareció retorcerse debido al poder

absoluto que detentaban. Carentes de talento probado, buscaban satisfacción en usar la autoridad de manera caprichosa, opresiva y desequilibrada, y en exigir ser adorados como dioses, como había hecho Calígula. O sufrían de algún trastorno clínico o eran víctimas de desórdenes de personalidad que, hoy en día, requerirían contención y tratamiento psiquiátrico.

Cómodo es un ejemplo de que detentar un gran poder puede ser la causa de injusticias graves y de la deformación de la mente hasta el límite de la locura. Lo que sabemos de él nos permite pensar que sufría de esquizofrenia paranoide. Cómodo, un joven atlético sin ningún interés en asuntos intelectuales, se convirtió en un tirano obsesivo y loco. No le interesaba dedicarse a la administración del gobierno, por lo cual dejó la responsabilidad en manos de los experimentados consejeros de su padre, dirigidos por el ambicioso pero honesto Tigidio Perenne. Cuando lo asesinaron, Cómodo nombró a un esclavo frigio, M. Aurelio Cleandro, como prefecto del pretorio, cargo que ocupó hasta que las protestas contra sus prácticas corruptas hicieron que el emperador decidiera sacrificarlo, con la esperanza de apaciguar el descontento y salvar su propio pellejo.

Tras la muerte de Cleandro, Cómodo comenzó a llevar un estilo de vida muy extraño. Al igual que Calígula, proclamó que era un dios viviente. Dión Casio, un historiador de la época, comenta que “su falta de juicio era tal que se llamaba a sí mismo *Ducator orbis* [señor del mundo], *Conditor* [creador], *Invictus* [invicto], y *Amazonianus Exsuperatorius* [jinete invencible]”. Cómodo sostenía que era la encarnación de Hércules y obligaba al Senado a ofrecer sacrificios a su espíritu divino. Según Herodiano: “Su perturbación mental era tan pronunciada que en un momento se opuso a que lo llamaran por su nombre, Cómodo, hijo de Marco, y decidió, en cambio, que le dijeran Hércules, hijo de Zeus”. Siguiendo con sus costumbres delirantes, cambió el nombre de los meses del año por títulos que él usaba, muchos de ellos asociados con Hércules. La piel de león y el garrote de Hércules fueron la insignia que eligió para el trono imperial.

Como Hércules era el símbolo de la fuerza física, el emperador llegó a pensar, movido por su lógica excéntrica, que la mejor manera de probar su equivalencia con el héroe era desplegar su destreza en los juegos públicos. “Animado por una imaginación mitológica”, propinaba golpes a sus rivales con el garrote de Hércules. Cumplía su papel con exagerado entusiasmo y sadismo, pues tenía una insaciable sed de sangre y una predilección por la masacre que no podían sino ser fruto de una mente enferma. Ordenaba a los devotos del culto orgiástico dedicado a Belona que se cortaran los brazos *studio crudelitatis* (“por pura crueldad”), y a los sacerdotes del culto

a Isis les mandaba golpearse el pecho con piñas hasta que les brotara la sangre. Se decía incluso que el emperador mató a un hombre durante los rituales en honor a Mitras.

Pero fue en el anfiteatro donde Cómodo encontró la oportunidad de demostrar sus habilidades hercúleas, además de su naturaleza esquizoide. Desde una especie de cabina, arrojaba flechas a sus víctimas, animales exóticos traídos de todos los rincones del imperio y de otras partes del mundo: elefantes, hipopótamos, rinocerontes y jirafas. En los juegos flavianos, que se celebraban durante catorce días, mató a cien leones y promovió la caza de avestruces, a los que mataban con flechas cuya punta tenía forma de media luna, lo que permitía que unos momentos después de haber sido degollados, los animales siguieran caminando. Con aspecto serio y llevando la cabeza de un avestruz en la mano, Cómodo se dirigió hacia donde estaban los senadores para indicarles que ellos también morirían de esa manera si no le obedecían.

Las bestias no le bastaban para satisfacer su sed de sangre ni para mostrar su destreza, entonces decidió que debía “participar en un combate de gladiadores contra los jóvenes más robustos”. Una vez en la arena y preparados para la lucha, los rivales supieron que no iban a ganarle al emperador. Por fortuna, él sólo se contentó con herirlos. Los jóvenes no salieron ilesos, pero al menos evitaron un destino fatal. Cómodo estaba tan entusiasmado con su nuevo papel que decidió mudarse del palacio a los barracones donde se alojaban los gladiadores. Más tarde hizo que lo llamaran por el nombre de un antiguo héroe del mundo de los gladiadores, Esceva. Esa decisión se vincula indirectamente con su caída.

La conducta desmedida y el sadismo, junto con los asesinatos, el terror y las acusaciones injustas, no podían sino hacerlo acabar de una única manera. Sin embargo, el Senado, dócil durante mucho tiempo, se volvió aún más pasivo, y el pueblo de Roma se divertía con los extravagantes espectáculos que ofrecía el emperador. De modo que la fuente donde se originó el complot para derrocarlo fue su círculo íntimo.

Temiendo por su propia vida, algunos de sus allegados, con Marcia, amante del emperador, a la cabeza, pusieron veneno en una bebida, se la dieron al emperador y, cuando él empezó a vomitar, el atleta Narciso lo estranguló. Es muy probable que Cómodo haya sufrido una forma severa de psicosis con rasgos esquizofrénicos que manifestó abiertamente por medio del ejercicio de los poderes que su rango le confería.

Después de su muerte, el imperio pasó por el gobierno fuerte e idóneo de Septimio Severo, que duró veinte años. Sin embargo, al morir éste en el año 211, hubo un período de anarquía en el que los generales se disputaron la diadema imperial, marcado por el gobierno de dos

emperadores que parecían tener algún tipo de desequilibrio: Caracalla y Heliogábalo.

Caracalla, hijo de Septimio Severo, se había ganado el apodo por haber introducido en Roma la túnica llamada *caracalla*, de origen celta o germano. Ocupó el trono imperial junto con su hermano Geta, pero los dos se odiaban, y Caracalla decidió eliminarlo. Con la supuesta excusa de querer reconciliarse, lo invitó a reunirse con él en los aposentos de su madre, donde lo asesinó. Luego justificó su traición diciendo que se había anticipado a un ataque de Geta, y mandó eliminar a los seguidores de su hermano, ganándose el favor de los militares por medio de generosas donaciones que vaciaron las arcas del imperio.

Su breve mandato estuvo signado por las calamidades, debido a que era tan despótico y casi tan desquiciado como su antecesor. Obsesionado por su deseo de gloria militar, se veía como la reencarnación de Alejandro Magno, a quien imitaba poniéndose ropas típicas de Macedonia. Además, reclutó soldados macedonios con los que creó una falange especial cuyos comandantes debieron adoptar el nombre de los generales de Alejandro. Y cuando Caracalla pasó por Troya, visitó la tumba de Aquiles.

Debido a la ansiedad y la sospecha, a las tortuosas pesadillas vinculadas con el fratricidio que había perpetrado y el temor a que lo asesinaran, el emperador solía consultar a videntes y adivinos, y se deshacía de todos los que, según él, lo criticaban, tuviera pruebas de ello o no. Ordenó una masacre brutal de jóvenes en Alejandría, porque estaba convencido de que la ciudad no lo honraba lo suficiente y se burlaba de él. Su mal carácter y sus caprichos quizá se intensificaron porque siempre estaba enfermo. Aunque no se sabe con certeza cuál era la enfermedad que sufría, se comenta que, en busca de una cura, visitó el santuario de una divinidad celta, Apolo Grannus, en Baden-Baden, que en esa época se conocía como Aurelia Aquensis, y el templo dedicado a Esculapio en Pérgamo<sup>1</sup>. En la primavera del año 217, el emperador fue asesinado por instigación de Macrino, el prefecto de la Guardia Pretoriana.

El asesinato de Caracalla no fue una solución para los problemas del imperio, y no fue del todo cierto el rumor de que Macrino, un abogado, pretendía ser nombrado emperador. Macrino se esmeró en vano por consolidar su posición, pero tenía enemigos poderosos entre la vieja familia imperial de los Severos, encabezada primero por la viuda del emperador, Julia Domna, y luego de su muerte por su hermana, Julia Maesa. Enérgica

---

<sup>1</sup> Las causas de su dolencia se desconocen, pero Herodiano menciona un malestar estomacal que obligó a Caracalla a detener la marcha de la tropa “para ir, acompañado de un asistente, a aliviar el vientre”.



e indómita, Julia Maesa se había propuesto favorecer a sus dos nietos, Basiano y Alexiano, dado que ella sólo tenía hijas mujeres.

Basiano, a quien apodaron Heliogábalo en honor del dios solar al que fue consagrado, era un apuesto muchacho de catorce años que tenía el rango de sumo sacerdote en el culto a Baal, de cuyo templo en Emesa era la autoridad máxima. El magnífico templo tenía una gran piedra cónica de color negro que, cuenta la leyenda, había venido del cielo. Al sumo sacerdote le gustaba exhibirse, era reacio a usar ropas de lana de origen local o griega y sólo dejaba que la seda le tocara la piel cuando vestía el pomposo atuendo que su puesto requería.

Aunque es probable que Heliogábalo no tuviese ambiciones políticas, fue el instrumento de su abuela para decidir el destino del imperio romano. Ella despreciaba a Macrino y en su determinación por devolver los honores imperiales a la familia de los Severos, sobornó a los militares con cuantiosas sumas de dinero e hizo correr el rumor de que el verdadero padre de Heliogábalo no era otro que el emperador Caracalla.

Cuando el rumor se esparció hacia la provincia oriental, Julia Maesa y su familia idearon una conspiración con el fin de que Heliogábalo fuese nombrado emperador. Abandonaron la ciudad y se dirigieron al campamento militar. Macrino, que estaba en Antioquía, al principio no tomó en serio la historia sobre un posible motín, pero después, al ver que desertaba una gran cantidad de soldados, perdió las esperanzas, y cuando los dos ejércitos se enfrentaron, arrojó la capa de color morado y la insignia imperial, se afeitó la barba y huyó. Macrino quería llegar a Roma y tratar de conseguir apoyo; desafortunadamente lo descubrieron en Calcedonia y lo ejecutaron de inmediato.

El sumo sacerdote Heliogábalo, convertido en emperador, probablemente haya sido la persona más extraña que tuvo a su cargo el destino del imperio. En un mundo tan cosmopolita, no importaba demasiado que hubiese nacido en Siria; Septimio Severo, por ejemplo, había nacido en Libia. Pero la falta de experiencia del nuevo emperador, su juventud y su personalidad aberrante fueron motivo de preocupación. Heliogábalo era un joven raro y sensible al que habían asignado a un puesto para el que no estaba preparado. Sin embargo, a su abuela no le importó, pues supuso que podría ejercer el poder por medio de su nieto, que sólo sería una figura decorativa. El único consejo que Julia le dio, mientras la corte se preparaba para partir de Nicomedia con destino a Roma, fue que debía vestirse con más sobriedad y tratar de adaptarse a las costumbres occidentales de Roma.

Heliogábalo había estado absorbido por sus tareas como sumo sacerdote, y la combinación del sacerdocio con el poder político se

materializó en una fórmula mortal para el gobierno imperial, pues contribuyó a desequilibrar una mente que quizá nunca había sido del todo normal. Como Calígula y Cómodo, Heliogábalo creía que lo humano y lo divino se habían fundido en su persona: el sumo sacerdote al servicio del dios solar se transformó en la personificación de la divinidad. Es cierto que mantuvo contentos a los romanos con obsequios generosos y espectáculos magníficos en el anfiteatro, pero no tardó en disgustar a los senadores, cuyos sentimientos religiosos se vieron heridos cuando el emperador relegó a Júpiter a favor de su propio dios.

Una de las primeras medidas que tomó fue ordenar la construcción de un templo deslumbrante donde se ubicaría la imagen del dios solar, que fue transportado a su nuevo hogar en una carroza decorada en oro y piedras preciosas tirada por seis caballos blancos. El público creyó que el dios mismo guiaba la carroza, cuando en realidad era Heliogábalo quien iba al frente sosteniendo las riendas aunque mirando hacia atrás. Los espectadores, fascinados con ese espectáculo inusual, arrojaron flores y coronas al paso de la procesión, y los altos jefes militares que participaron en el desfile, vestidos con largas túnicas al estilo sirio, tuvieron que llevar las entrañas de las víctimas sacrificadas mezcladas con vino en tazones de oro. Cuando llegó al templo, el emperador se subió a una torre construida para la ocasión y repartió regalos entre la entusiasmada muchedumbre: copas de oro y plata, vestidos, ropa de cama y animales domésticos, salvo cerdos, pues la religión que profesaba prohibía tocarlos.

Ese tipo de distracciones, que ofrecían una espectacular pantomima a los curiosos, era inofensiva, pero la obsesión de Heliogábalo lo dominaba por completo. Como se creía un dios, decía que debía casarse con una diosa. Cuando trajeron la estatua de Palas Atenea al templo como posible consorte, Heliogábalo puso reparos, porque, según él, la diosa tenía un perfil demasiado belicoso. Finalmente, se decidió por la diosa cartaginense de la luna, conocida como Urania, Tanit o Astarté. Por cierto, ¿qué mejor novia para el dios solar que la diosa lunar? En términos más terrenales, pidió una abultada suma de dinero como dote y ordenó a sus súbditos que celebraran la boda con fiestas y banquetes.

Ahora bien, una cosa es casarse con una diosa y otra muy distinta consumir el matrimonio. El joven y bien parecido emperador tenía impulsos sexuales muy humanos y pronunciados, quizá. Por lo tanto, en el plano humano, se casó con una dama de la aristocracia de Roma, de quien se divorció más tarde para casarse con Julia Aquilia, una virgen vestal (sacerdotisa consagrada a la diosa romana Vesta) que, como era la costumbre, había hecho votos de castidad. La unión matrimonial constituyó una falta de decoro religioso, pero el emperador replicó, ante las

críticas, que la unión entre dos personas sagradas como él y Julia Aquilia no era impía sino profundamente sagrada. A pesar de su declaración, pronto la dejó de lado a favor de una integrante de la familia imperial, aunque al fin de su corta vida volvió a los brazos de Julia, no sin antes contraer matrimonio por quinta vez, cantidad nada desdeñable teniendo en cuenta que todas esas bodas se celebraron en sólo cuatro años.

Heliogábalo estaba confundido sexual y mentalmente. Tanto le atraía la ropa elegante que le dio por vestirse de mujer. Estaba siempre listo para bailar en público, y en esas ocasiones se maquillaba y usaba collares de oro que brillaban sobre túnicas de seda. “Tejía, a veces usaba redecillas para el cabello y se maquillaba los ojos con colores contrastantes. En una oportunidad, se afeitó la barba y celebró un festival para festejarlo, y después se depiló para parecerse más a una mujer.” En otra oportunidad, llegó a considerar la posibilidad de castrarse. Dión Casio lo describe de esta manera:

Hacia un uso extraño de su cuerpo [...]. Por las noches, se ponía peluca e iba a las tabernas, donde se hacía pasar por vendedora ambulante. Frecuentaba los burdeles de peor categoría, sacaba a las mujeres a la calle y él mismo cumplía la función de prostituta. También dejó disponible una habitación del palacio para cometer sus actos indecentes. Se quedaba desnudo en la puerta como si fuese una ramera y agitaba la cortina que pendía de argollas de oro mientras con voz suave y sugestiva abordaba a los que pasaban por allí.

Al parecer, los clientes debían pagar buenas sumas de dinero por los favores imperiales.

El prestigio de Heliogábalo no se habría manchado por los rumores que corrían en relación con esas costumbres, si no hubiese sido porque había designado como funcionarios imperiales a hombres con gustos similares a los suyos. Su favorito era un ex esclavo cario, Hierocles, cuyo agraciado rostro y cabello rubio habían llamado la atención del emperador cuando se cayó durante una carrera de carros. Heliogábalo lo citó en el palacio, hizo que le enseñara el arte de las cuadrigas y, con el tiempo, empezaron a vivir una especie de vida matrimonial hasta el punto de que Heliogábalo le decía “mi marido”. El emperador estaba tan apasionado por Hierocles que éste llegó a detentar un gran poder en el palacio, y despertó la ira de su abuela cuando propuso que su amante debía ser nombrado César. Con todo, Hierocles no fue el único hombre en cautivar al emperador travestido con sus “proezas nocturnas”. Los que querían ganarse su favor primero debían cometer “adulterio” con él. El emperador

era masoquista y no había nada mejor para él que ser descubierto *in fraganti* por Hierocles y que éste le propinara una buena paliza.

Sólo en una oportunidad peligró la influencia de Hierocles. El emperador había oído hablar de un joven bien parecido, Aurelio Zótico, hijo de un cocinero de Esmirna y atleta, cuyas “partes pudendas [...] eran mucho más grandes que las de cualquier otro hombre”. Heliogábalo hizo a Zótico su chambelán y “al comprobar que, desnudo, el joven estaba a la altura de su reputación, ardió en deseo”. Pero Hierocles, celoso de tan peligroso rival, consiguió dar a beber al joven una sustancia para disminuir su potencia sexual. Después de “una noche entera en la que pasó la vergüenza de no lograr mantener una erección”, Zótico fue echado del palacio.

Esa clase de costumbres afectaron el gobierno imperial y generaron una ola de descontento en el pueblo de Roma. Heliogábalo respondió a las críticas como lo habían hecho sus antecesores: arrojando a la prisión y ejecutando a quienes lo cuestionaban, y recompensando a sus subalternos con puestos jerárquicos. Corredores de cuadrigas, libertos, actores, un barbero, un arriero y un cerrajero cuya belleza había llamado la atención del emperador, fueron premiados con nombramientos oficiales. “El emperador -según palabras de Herodiano- estaba tan desquiciado que iba al teatro, elegía actores y les encomendaba las más complejas misiones de gobierno”.

Todo eso no era precisamente lo que Julia Maesa esperaba de su nieto. Ella ambicionaba el poder, y como cuñada del emperador Septimio Severo, seguramente tenía más noción de las responsabilidades políticas que su nieto. Preocupada por las indiscreciones de Heliogábalo, Julia lo convenció de que proclamara César a Alexiano, primo del emperador y nieto de ella, que se había cambiado el nombre por Alejandro con la esperanza de tener control sobre la sucesión al trono cuando Heliogábalo desapareciera de la escena. Como el emperador tenía poco más de veinte años en ese momento, era evidente que Julia Maesa tenía en mente acabar con el mandato de su trastornado nieto. Para dar sustento a la jerarquía de Alejandro, Julia anunció en público que él también era hijo de Caracalla, ya que el antiguo emperador pasaba de los brazos de una hermana a los de la otra. La madre de Alejandro, Julia Mamea, temiendo por la seguridad de su hijo, intentó alejarlo de la disoluta corte de su primo para que pudiese instruirse en las artes académicas y marciales.

Es cierto que Heliogábalo no estaba en su sano juicio, pero no tanto como para no darse cuenta de los planes de su abuela. Molesto, echó del palacio a los maestros de Alejandro. Mamea advirtió a Alejandro que no comiera ni bebiera nada que viniera de la cocina del palacio. Ella y su

madre comenzaron a repartir dinero en secreto a los militares para asegurarse su respaldo en caso de que todo desembocara en una crisis. Heliogábalo trató de quitarle a su primo el título de César que le había conferido hacía poco tiempo.

A fines del año 221, el descontento de los soldados terminó en un motín que, a pesar de ser sofocado por el prefecto de la Guardia Pretoriana, sirvió para que el emperador comprendiese que el ejército, en cuyas manos estaba la decisión de que él siguiera ocupando el trono, lo detestaba. Con el propósito de volver a ganarse el apoyo de los soldados, echó a algunos de sus consejeros menos populares y devolvió el cargo de César a Alejandro, de quien antes había dicho que estaba a punto de morir. Para disuadir a los soldados, hizo llevar a Alejandro hacia el campamento militar en una litera. Pero ya era demasiado tarde. Los soldados, que habían sido comprados por los regalos de Julia Maesa, aclamaron a Alejandro e ignoraron al emperador. Desesperado, Heliogábalo pasó la noche en un refugio y, como último recurso, ordenó arrestar a los seguidores de Alejandro.

Sin embargo el fin había llegado. Los soldados reaccionaron como tantas veces en la historia del imperio: no acataron la orden del emperador. En cambio, le dieron muerte a él, a su madre, Julia Soaemias, y a los favoritos del emperador, Hierocles entre ellos. Los restos mortales fueron arrastrados por la ciudad, mutilados y arrojados a las alcantarillas que desembocaban en el Tiber, y Alejandro Severo fue proclamado emperador. Su abuela Julia Maesa y su madre Mamea volvieron a respirar en paz, y se prohibió la adoración al dios solar.

En la práctica, Heliogábalo cumple con todas las características que la psicología moderna atribuiría a una personalidad narcisista. Tenía una opinión muy elevada de sí mismo y vivía en un mundo de fantasía que no le dejaba ver la realidad política. Pretendía que le hicieran favores especiales y le sirvieran incondicionalmente sin sentirse obligado a dar nada a cambio. Era un exhibicionista que exigía admiración y atención constante. Sus relaciones personales no eran normales, en parte porque era incapaz de sentir empatía, de modo que no daba afecto verdadero y tampoco recibía mucho cariño. Reaccionaba con indiferencia o con furia ante las críticas. Alentado en un principio por su abuela, se había convertido en un perfecto egocéntrico, y su vida estuvo marcada por la inestabilidad sexual y la confusión en su identificación de género. Se casó con mujeres muy distintas, y no está claro si alguna vez tuvo una relación importante, que fuese más allá de lo físico, con sus favoritos. Hombre inmaduro y egoísta, Heliogábalo exigía que lo adularan e incluso que lo adoraran.

Sin bien los emperadores romanos de los que nos hemos ocupado sufrieron distintas formas de trastornos físicos y mentales, tuvieron algo en común: un poder absoluto. Ese poder permitió a Tiberio y a Nerón actuar como tiranos, y a Calígula, Cómodo y Heliogábalo, proclamarse dioses. Pero el poder es como una droga: los adictos a él se vuelven sus esclavos, ya que éste se retroalimenta. Entonces, la visión de los emperadores se nublaba, sus juicios se distorsionaban y su percepción se embotaba, con todas las consecuencias nefastas que eso tenía para los súbditos de todos los rincones bajo el dominio de Roma. Los emperadores intimidaban a los senadores para lograr su sumisión, vaciaban las arcas del Tesoro y perseguían, torturaban y mataban a hombres y mujeres inocentes.

### 3

## Trilogía medieval

Los emperadores romanos mencionados en el capítulo anterior ejercieron un poder absoluto que fue una de las causas de su perturbación mental. Los reyes medievales ingleses se formaron en un escenario diferente, marcado por la tradición cristiana, y su autoridad estaba limitada por las costumbres monárquicas locales y el juramento impuesto en su coronación. A pesar de las deficiencias e incapacidades, por lo general, tuvieron en claro cuáles eran sus obligaciones, fueron grandes guerreros y supieron administrar justicia. La mayoría de los reyes ingleses medievales enfrentó los problemas económicos y políticos de acuerdo con el estilo de la época.

Aun así, hubo cuatro monarcas que no cumplieron con lo que se esperaba de ellos, pues no lograron evitar las luchas intestinas y sus reinados terminaron de manera desastrosa. Nos referimos a Juan Sin Tierra, Eduardo II, Ricardo II y Enrique VI. Los tres últimos fueron destituidos y asesinados. Ricardo II y Enrique VI accedieron al trono cuando eran menores de edad, un factor que influyó en la política que implementaron y contribuyó al caótico fin de su reinado. Aunque Juan y Eduardo eran adultos en el momento de la coronación, tuvieron una historia personal que nos permite comprender los aspectos más controvertidos de su personalidad.

Todos ellos sufrieron trastornos que han llevado a muchos de sus contemporáneos y a algunos historiadores a considerarlos anormales o locos. Un cronista de la época aseguró que Juan estaba poseído, que era víctima de una brujería.

Charles Petit-Dutaillis, el historiador francés, escribió en 1936 que el rey tenía un problema psicológico grave. Según él, Juan Sin Tierra

padecía una enfermedad mental que los psiquiatras denominan psicosis periódica. Llama la atención que muchos historiadores modernos se hayan equivocado en sus consideraciones sobre el

carácter del rey inglés, afirmando que era una persona siniestra por elección, un hombre frío y calculador cuya maldad, por tanto, es imperdonable [...]. Todos los síntomas que presentaba el monarca se correspondían con los de la psicosis periódica o ciclotimia. Felipe Augusto de Francia, su enemigo, tenía como rival a un loco.

En cuanto a Eduardo II, en su época no se lo veía como desequilibrado sino como perverso. No fue sino hasta principios del siglo XX que el científico estadounidense Chalfont Robinson publicó un trabajo en el que sostenía que el mal que sufría el monarca era una degeneración neuronal del cerebro. Con respecto a Ricardo II, el historiador británico Anthony Bedford Steel propuso que era esquizofrénico. Y aunque el diagnóstico no es seguro, lo cierto es que Enrique VI tuvo colapsos nerviosos entre 1454 y 1456 y probablemente nunca se haya recuperado por completo. En conclusión, todos esos reyes mostraron trastornos de la personalidad y no puede descartarse que tuvieran cierto grado de deficiencia mental.

Ahora bien, ¿qué tipos de trastornos fueron y cuán graves? ¿Cómo afectaron a cada uno de los reinados? Los historiadores modernos han tratado de demostrar que, en realidad, Juan Sin Tierra no merece una reputación tan mala como la que tuvo. Durante mucho tiempo se pensó que fue el peor de los reyes ingleses de la Edad Media por sus tendencias tiránicas, su inmoralidad y falta de justicia. En verdad, debió enfrentarse a problemas muy serios que habrían puesto a prueba a estadistas mucho más capaces que él y con mayores recursos. Durante su reinado surgieron numerosos conflictos de los que no puede culparse al monarca: el descontento de la nobleza, la hostilidad del poderoso Felipe Augusto de Francia, la pelea con el Papa Inocencio III y, en el plano económico, la inflación. El soberano inglés trató de resolver esas situaciones críticas con cierto talento, pero fue acumulándose una serie de desastres que desmoronaron sus planes. El Papa puso a Inglaterra bajo interdicto y prohibió los servicios eclesiásticos y las ceremonias religiosas hasta que obtuvo una clara victoria: logró que el rey aceptara el vasallaje de Inglaterra, una humillación imperdonable para muchos. Juan aplicó impuestos abusivos que irritaron tanto a los nobles que estos se sublevaron y obligaron al rey a aceptar la Carta Magna, el famoso documento en el que constaba por escrito una serie de garantías y libertades firmado por Juan en mayo de 1215. Como era dudoso que tuviese intenciones de cumplir con los términos allí establecidos, los nobles solicitaron ayuda a Francia. Unos meses más tarde, el monarca perdió su equipaje con objetos muy valiosos mientras cruzaba el estuario de



Wellstream. Después enfermó de gravedad y murió el 18 de octubre de 1216 en medio de una terrible tormenta.

¿En qué medida la personalidad de Juan fue un factor decisivo en el agravamiento de los conflictos que debió resolver? ¿Qué aspectos de su carácter permitirían afirmar que su salud mental estaba deteriorada? Podemos asegurar que la personalidad del monarca era compleja y enigmática, pero de ahí a decir que estaba loco hay un largo trecho. Es necesario profundizar en su pasado y en cómo fue educado para comprenderlo mejor. Él pertenecía a la dinastía Anjou, una familia de nobles capaces aunque desequilibrados, originarios de un territorio del centro de Francia que fue extendiéndose gracias a las hábiles manipulaciones políticas de sus gobernantes. El padre de Juan, Enrique II, rey de Inglaterra y duque de Normandía, se casó con Leonor de Aquitania, con quien no fue feliz, pero gracias al casamiento se convirtió en duque de Aquitania, una extensa región del Mediodía francés. Así, las posesiones de Juan se extendían por Inglaterra y gran parte de Francia, un imperio que heredó de Ricardo I, su hermano, en 1199.

La familia angevina, los Plantagenet, era conocida como “la prole del demonio”. La leyenda popular le atribuye un linaje peculiar. Uno de los condes de Anjou regresó a su tierra con una nueva esposa, una muchacha extraña, de gran belleza y muy reservada. La joven tenía una costumbre extraña en una época en la que la religión estaba por encima de todo: se resistía a ir a misa, y cuando iba, se retiraba antes de la consagración de la hostia. El esposo, sorprendido por su comportamiento, solicitó a cuatro caballeros que la vigilaran y la retuvieran cuando intentara irse de la iglesia. Durante la siguiente misa, cuando ella se levantó, uno de los caballeros apoyó el pie en la cola del vestido y la retuvo. En el momento en que el sacerdote se dispuso a celebrar el rito de la Eucaristía, la mujer lanzó un grito, logró soltarse del pie que la sostenía y, sin parar de gritar, tomó a dos de sus hijos y salió corriendo. Se decía que la condesa era Melusina, un agente del mal, hija de Satán, y que por esa razón no soportaba presenciar la Eucaristía. Los condes de Anjou y los reyes angevinos de Inglaterra fueron sus descendientes directos. En una época envuelta en la superstición, la sociedad, ingenua, creía que esa historia era verdadera y que en ella se encontraba la causa de los rasgos anormales de la familia Plantagenet.

Un antepasado tan demoníaco explicaba la energía diabólica y el carácter irascible de los miembros de la dinastía. El hermano de Juan, Ricardo I, afirmaba que no podía evitar actuar como un demonio, que era parte de su herencia, y un monje de la abadía de Claraval manifestó: “Del diablo viene y en diablo se convertirá”.

El padre de Juan, Enrique II, era un hombre capaz pero despiadado e iracundo. Cuando se enojaba, le salía fuego por los ojos. “Es magnífico, el más grande de los monarcas”, le comentó Arnulfo de Lisieux a Thomas Becket, el arzobispo de Canterbury que más adelante fue víctima de la furia del monarca, para quien nadie era superior a él y ningún súbdito tenía derecho a objetar sus decisiones. En uno de sus ataques de ira, un obispo osó reprenderlo y el rey replicó con rudeza que si Dios se enojaba, no había razón por la que el rey no pudiera enojarse también. Cuando un desafortunado consejero, Richard du Hommet, se atrevió a pronunciar palabras elogiosas referidas a su enemigo el rey de Escocia, Guillermo el León, Enrique se quitó el sombrero, se desabrochó el cinturón, arrojó todas sus ropas al suelo, arrancó el tapizado de seda de un sofá y empezó a masticar el relleno.

Con antepasados así, se comprende que Juan haya tenido un carácter tan extraño, más aún si se tiene en cuenta que la madre, Leonor de Aquitania, era una mujer turbulenta e imperiosa. Juan era el menor de la “prole del demonio”, el niño mimado, un joven inmaduro y presumido que prefería los lujos de la corte al arte de la guerra. El entorno en que fue criado explica su aberrante personalidad; estaba en el medio de una relación tensa entre un padre arbitrario y una madre dominante. La madre lo despreciaba y el padre a veces estaba a su favor y otras veces, en su contra. La corte angevina en la que se crió fue una escuela donde aprendió todo sobre engaños y traiciones; de hecho, resultó ser un excelente alumno. Temperamental y egocéntrico, fue víctima de los problemas que él mismo contribuyó a crear y que no pudo manejar.

¿Qué elementos concretos existen para proponer que era un desequilibrado mental? Petit-Dutaillis propone que Juan padecía un trastorno bipolar de la personalidad, porque su vida fluctuaba entre períodos de gran energía y otros de letargo. Su inercia fue un factor fundamental en la pérdida de Normandía a manos francesas en 1204. Según el historiador, Juan se acostaba muy tarde y permanecía en la cama por la mañana en compañía de Isabel, su joven esposa. Cuando ordenó embarcar sus caballos y otros animales para que estuviesen en Normandía al momento de su arribo, el bastión de la defensa inglesa, el castillo Gaillard, ubicado a orillas del río Sena, ya había caído en poder del enemigo. No obstante, al estudiar con profundidad los documentos históricos, se observa que la alternancia maniaco depresiva no fue una característica que lo acompañó durante toda su vida. En ciertos períodos, Juan no se ocupaba de los asuntos de gobierno, pero en general, y a pesar de sus momentos de indolencia, fue un monarca concienzudo y dedicado a su tarea.

Entonces, descartado ese diagnóstico, ¿en qué podríamos basarnos para proponer que estaba loco? Se ha afirmado que su crueldad y su furia eran de tal magnitud que los que lo conocían pensaban que era un desquiciado. Con referencia a un enfrentamiento entre Juan y el canciller de Ricardo I, William Longchamp, el cronista inglés Richard de Devizes comenta: “De pronto, su aspecto cambió radicalmente, hasta parecía otra persona. Se le crispó el rostro, se le encendieron los ojos, las mejillas se le llenaron de manchas azuladas. No sé qué le habría pasado al canciller si hubiese caído en manos del monarca en ese momento de furia desenfadada”. Es probable que esos ataques de ira fuesen producto de un trastorno de la personalidad, pero debemos reconocer que la ira fue una característica común a todos los miembros de la dinastía angevina.

A Juan le tocó vivir en una época brutal, aplacada en parte por la santidad y la oración, pero teñida de sangre y mutilaciones. Aun así, era particularmente cruel y codicioso para los estándares de su tiempo. Su naturaleza sádica se revela en el trato que daba a su sobrino, Arturo de Bretaña, que tenía más derecho al trono de Inglaterra que su tío.

La madre de Arturo, Catalina, temiendo por la vida de su hijo, que en ese entonces tenía doce años, lo envió a la corte de Felipe Augusto de Francia. Los bretones lo recibieron con entusiasmo, aunque los normandos apoyaron a Juan. Al rey lo acosaba el miedo de que el joven Arturo se enfrentara con él.

El destino jugó a favor de Juan. Arturo fue capturado en 1202 en Mirebeau y desapareció de la historia. El cronista inglés Ralph de Coggeshall relata que el monarca ordenó castrar y arrancarle los ojos a su sobrino en el castillo de Falaise, pero el guardia, Hubert de Burgh, evitó que se llevara a cabo semejante acto de crueldad, una anécdota que Shakespeare incluyó en su tragedia *El rey Juan*.

Existe otra crónica, escrita en la abadía cisterciense de Margam, en Gloucestershire, de la que William de Briouse, que capturó a Arturo en Mirebeau, era mecenas.

Después de la captura de Arturo, el rey Juan lo mantuvo vivo en prisión durante un tiempo en el castillo de Ruán. Después de la cena del Jueves Santo de 1203 [3 de abril], ebrio y poseído por el demonio, Juan dio muerte a su sobrino con sus propias manos. Luego le ató una piedra y lo arrojó al Sena. El cuerpo se atascó en la red de un pescador, quien, al acercarlo a la orilla, lo reconoció y lo llevó al priorato de Bec, donde lo enterró en secreto por temor a que el tirano tomara represalias.

Para esa época, la familia Briouse apoyaba a Juan, a cuya riqueza contribuyó otorgándole tierras y títulos, pero las relaciones entre el rey y William de Briouse se deterioraron, lo que llevó a una serie de sospechas, terror y muerte. Quizá de Briouse pensara que el rey no lo había recompensado lo suficiente. Quizá Juan tenía miedo de ese hombre poderoso que guardaba un secreto mortal: el asesinato de Arturo. Cuando el rey le exigió a Matilde, la esposa de William, que entregara a sus hijos en calidad de rehenes, ella, en un acto de indiscreción, hizo saber a los emisarios del monarca que jamás entregaría sus hijos al hombre que había matado a su propio sobrino. Desde ese momento, Juan no cejó en su implacable persecución a los miembros de la familia Briouse.

El monarca era vengativo y cruel; sin embargo, aun cuando la crueldad fuese producto de la impulsividad o de la reflexión, no tenía componentes sádicos que permitan calificarla de insania. Si se lo compara con los zares rusos como Iván el Terrible y Pedro el Grande, cuyo trato sádico con los enemigos revela un desequilibrio mental, Juan no estaba loco.

Es probable que la falta de cordura del rey se revele con más nitidez en su inseguridad, que lo llevó a ser cruel y vengativo con sus rivales y a sospechar de todos, amigos y enemigos por igual. No dudaba en descartar a quienes le eran leales, por ejemplo, Hubert de Burgh y William Marshal. Su círculo de consejeros era cada vez más estrecho y el soberano se apoyó en mercenarios extranjeros como Gerard d'Athies. A pesar de que era capaz y autoritario, finalmente Juan se vio envuelto en una situación que no pudo controlar. El déficit del Tesoro lo llevó a exigir altos impuestos a la nobleza, de modo que creció el descontento entre sus miembros. Además, tuvo que enfrentar la animadversión de dos de los hombres más poderosos de la época: Felipe Augusto de Francia y el Papa Inocencio III. En realidad, Juan no estaba loco sino que no lo acompañó la suerte. No obstante, algunos rasgos de su carácter alarmaban a sus contemporáneos. El cronista de la abadía de Margam aseguró que el rey estaba poseído por el demonio; Roger de Wendover comentó con dureza que el monarca era víctima de la brujería.

Ahora bien, si no estaba loco, ¿puede asegurarse que era completamente normal? ¿Los rasgos de su personalidad, algunos heredados de sus ancestros, pueden haberlo llevado al borde de la locura? No sin reparos, le daremos el beneficio de la duda, si bien los ocasionales momentos de letargo, la ira y la crueldad, y la obsesiva desconfianza permiten sugerir que Juan fue víctima de un desorden agudo de la personalidad.

A Eduardo II, bisnieto de Juan Sin Tierra que asumió como rey de Inglaterra en 1307, tampoco lo favoreció la fortuna. Su reino, como lo describe el dramaturgo Christopher Marlowe en una de sus obras, fue una tragedia personal, tan desastrosa como la del rey Juan y por razones similares. En el caso de Juan, los defectos de su carácter fueron un factor que agravó la crisis que debió enfrentar, y en el de Eduardo, su personalidad tuvo que ver con su caída. No hay duda de que, en su caso, la animosidad personal se entrometió en la política pública. Ahora bien, ¿puede afirmarse, como lo hizo hace ochenta años Chalfont Robinson, que Eduardo era insano? Aunque presentaba rasgos anormales y muchos de sus contemporáneos creían que no tenía capacidad para gobernar, Eduardo II no sufría de demencia.

Como ocurrió con tantos otros gobernantes, la personalidad de este rey se moldeó en el ambiente en que creció. Hijo de Eduardo I, que lo designó príncipe de Gales en 1301, el futuro monarca inglés vivió en una corte poco atractiva. Su madre, Leonor de Castilla, murió cuando él tenía trece años y su padre era un guerrero temerario, un hombre enérgico y testarudo con el típico carácter irascible de los angevinos. En los registros de gastos aparece un pago realizado en 1297 a Adam, el orfebre real, para que este repusiera un rubí y una esmeralda en la corona de la condesa de Holanda, la hija del rey, joya que Eduardo, en un ataque de furia, había arrojado al fuego.

Eduardo II reaccionó contra el ambiente agresivo de la corte y contra la violencia de su padre. Lejos de ser débil o aprensivo, se convirtió en un hombre fuerte, apuesto, y un jinete hábil. Era más culto que la mayoría de los nobles; sabía mucho de poesía y de teatro. Se rumoreaba que el canciller y arzobispo de Canterbury, Walter Reynolds, llamó la atención del monarca por sus talentos como productor teatral. Además, en la corte de Eduardo había una pequeña orquesta permanente.

A medida que fue creciendo, Eduardo se dedicó a ciertas actividades poco adecuadas para un caballero, y menos aún para un príncipe: el remo, la natación, y diversiones tan nimias como la jardinería, que si bien no tenían nada de malo, no eran las que se esperaban de un futuro rey. En los registros reales, se menciona un pago realizado a Robert, el bufón real, luego de que Eduardo lo hiriera por accidente mientras jugaban en el río en febrero. Época un tanto inusual para ir a nadar, si se tiene en cuenta que era invierno, pero más extraño aún es la diversión en sí, que no se contaba entre las típicas de los hombres de la Edad Media. A Eduardo le agradaba más la compañía de jóvenes campesinos plebeyos que la de los

caballeros de la corte. Solía pasar el tiempo con bufones, cantantes, actores, conductores de carros, granjeros, remeros, marineros y mecánicos. Tras la decisiva derrota sufrida por el ejército inglés en la batalla de Bannockburn contra los escoceses en 1314, Robert le Messager, servidor del rey, le comentó a Saer Keym, administrador de Newington en Kent, que Eduardo no ganaría ninguna batalla si pasaba tanto tiempo holgazaneando u ocupándose de excavar zanjas y otras actividades impropias de un gobernante. Según un cronista de la época, “si el rey hubiese dedicado tanto tiempo a las armas como a las artes rústicas, Inglaterra habría prosperado y su nombre habría reverberado en todo el planeta”.

Un hecho que llamaba más la atención era que estaba obsesionado con Piers Gaveston, un joven escudero de la corte de Eduardo I. El padre de Piers, el caballero Arnold de Gaveston, llegó a Inglaterra desde la provincia francesa de Bearn en 1296, y desde ese momento gozó de los favores reales. Piers, inteligente, apuesto y extravagante, sacó a Eduardo del frío aislamiento del palacio y lo ayudó a reforzar la confianza en sí mismo. Aunque en un principio el rey aceptó a Piers y a su padre, al tiempo consideró que no tenían suficiente sangre noble para estar tan cerca del príncipe, en especial porque los jóvenes no ocultaban su amistad delante de la corte. Según sir Thomas Gray, “Eduardo era demasiado afectuoso con sus amigos íntimos, tímido con los extraños y estimaba demasiado a un solo hombre”. “Y cuando el hijo del rey lo vio [a Gaveston], se enamoró tanto de él que formaron una alianza amorosa, decididos a tejer un lazo de afecto indisoluble delante de todos los mortales”.

La relación entre el príncipe y el joven caballero fue motivo de preocupación para Eduardo I, a pesar de que la amistad profunda entre hombres era una característica frecuente en la sociedad medieval. Se ha comparado la amistad del príncipe con Gaveston con la de David y Jonatán, la perfecta justificación bíblica para la amistad masculina. Ese tipo de relación, que, como dice el poema anglonormando *Amis and Amiloun*, era más importante que el vínculo entre marido y mujer, estaba basado en la reciprocidad y no debía incluir contacto físico. Si en efecto había contacto físico o sexual, esa situación constituía un acto inmoral y una violación a las leyes de la naturaleza. No sabemos si en ese entonces la gente sospechaba de Eduardo y Piers, y si lo hacía, los comentarios no llegaban a oídos del rey. Fue después de su muerte cuando el autor de las crónicas de Melsa aseguró categóricamente que Eduardo “se entregaba a los viles placeres de la sodomía”.

Independientemente de las sospechas del rey, Eduardo I estaba decidido a deshacerse del joven gascón, sobre todo porque quería casar a su hijo con una princesa francesa. Cuando, en la primavera de 1307, el

príncipe Eduardo le solicitó a su padre que concediera el condado de Ponthieu a su amigo, el rey reaccionó con violencia: “Eres un ser detestable, un mal nacido. ¿Cómo osas pensar en ceder tierras, tú que jamás has ganado ninguna? ¡Por Dios!, que si no fuese porque el reino se desmembraría, jamás te dejaría herencia alguna”. Después de decir estas palabras, se acercó a su hijo, le sujetó fuerte la cabeza y le arrancó mechones de cabello. El 26 de febrero, Eduardo I decretó que Gaveston debía abandonar el reino y que Piers no estaba autorizado a acercarse al príncipe. Unos meses más tarde, el 7 de julio de 1307, el huraño guerrero falleció durante su último intento por conquistar a la Escocia rebelde.

Eduardo II revocó de inmediato el decreto de su difunto padre y convocó a Gaveston a reintegrarse en la corte, y el 6 de agosto lo nombró conde de Cornwall. Además le concedió numerosas propiedades, entre ellas una que había pertenecido al ministro de Eduardo I Walter Langton, obispo de Coventry, que en una oportunidad había reprendido seriamente al príncipe por el estilo de vida que llevaba.

Los dos amigos, Eduardo II y Piers, iniciaron acuerdos matrimoniales por razones de conveniencia. Gaveston se casó con la sobrina del rey, Margaret de Clare, hermana y heredera del conde de Gloucester, y tuvieron una hija. Eduardo, conforme a la decisión de su padre, se casó con la hija del rey de Francia, Isabel, que en ese momento tenía doce años. En realidad, Eduardo era bisexual, pues también tuvo relaciones con su esposa, evidenciadas por la presencia de sus cuatro hijos, más uno ilegítimo, Adam. Sin embargo, sólo sentía verdadero afecto por Gaveston; tan es así que se creía que el rey era víctima de la magia negra. Gaveston, extravagante como era y sin preocuparse por la desaprobación de los nobles más poderosos, se deleitaba con los nuevos favores adquiridos.

En verdad, la mayoría de los nobles estaban menos preocupados por Gaveston y la influencia que ejercía en el rey que por la pérdida de sus derechos durante el reinado de Eduardo I, derechos que se proponían recuperar a toda costa. Los nobles hicieron de Gaveston un chivo expiatorio de su hostilidad. Incluyeron en el juramento de coronación una cláusula según la cual el rey se comprometía a observar las leyes y tradiciones, es decir, debía hacer concesiones a la comunidad del reino, que en realidad, según la perspectiva de la nobleza, significaba la protección de sus propios intereses elitistas. Como anticipación de las presiones políticas que se avecinaban, el 28 de abril de 1309, el Consejo Real exigió el destierro de Gaveston.

Eduardo estaba entre la espada y la pared. Si desafiaba la decisión de los barones, se arriesgaba a provocar una guerra civil en la que sería derrotado. Por otra parte, los lazos emocionales que lo unían a Gaveston

eran muy fuertes; aun así creyó conveniente aceptar el alejamiento de su favorito, pues, de todos modos, ya encontraría la forma de que regresara. El 18 de mayo, Piers abandonó la corte, pero el 28 de junio fue designado lugarteniente de Irlanda, un cargo en el que se desempeñó con dignidad. Desesperado porque no vería a su amigo durante un tiempo, Eduardo lo acompañó hasta Bristol, desde donde este se embarcaría hacia Irlanda. Más adelante, el monarca inglés pidió ayuda al rey de Francia para que intercediera a favor del regreso de Piers a la corte. El Papa Clemente V descartó su plan de excomulgar a Gaveston y finalmente, éste volvió a Inglaterra.

Ni Gaveston ni Eduardo supieron conducirse con discreción en el plano político. El primero siguió siendo tan insolente y arrogante como siempre. Uno de sus pasatiempos consistía en inventar apodos para los nobles. “Aquí viene el perro negro de Arden”, decía cuando veía acercarse al poderoso conde de Warwick; al conde de Lincoln lo apodaba “el barrigón”; al de Lancaster, “el violinista”; y los apelativos que usaba para el conde de Gloucester y de Pembroke eran “el mal nacido” y “el judío”, respectivamente. “Dejen que me diga sabueso; algún día el sabueso lo morderá”, solía decir Warwick. Y, en efecto, el sabueso fue el que tuvo la última palabra, o la “última mordida”.

Cuando Gaveston regresó, la situación se agravó rápidamente. Eduardo tenía tantas dificultades financieras, atribuidas por muchos a la codicia de su amigo, que debió aceptar la transferencia de parte del poder ejecutivo a un comité de veintiún nobles y prelados que prepararon un nuevo esquema de gobierno y exigieron la exclusión del joven gascón.

Una vez más, Eduardo se enfrentó al dilema de tener que elegir entre su favorito y la nobleza, sin cuyo apoyo no podía gobernar. Temiendo por su seguridad, el rey envió a Gaveston a la fortaleza de Bamburgh, que se erigía a orillas del Mar del Norte, y luego aceptó a regañadientes que se fuera a Brujas, en Flandes. Pero como el rey no podía vivir sin su amigo, éste volvió a Inglaterra, donde recuperó sus privilegios y riquezas.

Los barones veían a Gaveston como el símbolo del desafío de Eduardo a los intereses de la nobleza. El arzobispo de Canterbury excomulgó al gascón y a sus partidarios. El rey, sin los recursos militares adecuados, huyó con Gaveston a Tynemouth y luego los dos fueron a Scarborough, desde donde Eduardo se dirigió a York. Los condes de Warenne y Pembroke se prepararon para sitiar Scarborough. Gaveston, con la esperanza de obtener un salvoconducto, tomó una decisión equivocada: rendirse. Fue condenado a muerte en una parodia de juicio y ejecutado en Blacklow Hill el 19 de junio de 1312. La muerte de Gaveston fue una experiencia terrible de la que Eduardo jamás se recuperó. Los



contemporáneos aseguraban no haber oído nunca de un amor tan grande entre dos hombres. Unos frailes dominicanos se llevaron el cadáver, que recibió pomposos honores fúnebres por orden del rey. La capilla de King's Langley donde lo sepultaron se convirtió en un santuario en su memoria. El rey nunca olvidó el horrible episodio ni perdonó a sus responsables. Su cariño por Gaveston fue una constante en su vida y condicionó lo que ocurrió en los quince años siguientes. A partir de la ejecución de su amigo, Eduardo y los nobles protagonizaron una relación de odio perpetuo.

La muerte de Piers marcó un hito en la vida del rey. ¿Acaso fue el prelude del deterioro mental del monarca y de la disminución de su capacidad política? A primera vista, no hay pruebas que permitan dar una respuesta afirmativa. Muchos creían que Eduardo no estaba preparado para ser rey. Incluso dudaban de su linaje, y no estaban tan dispuestos como antes a ser sanados por la imposición de manos del rey que, según la tradición, eran un remedio contra la escrófula, conocida como el mal del rey, una enfermedad asociada a la tuberculosis caracterizada por una degeneración de los ganglios linfáticos. Mientras que Eduardo I había llegado a imponer sus manos a mil setecientos enfermos en un año, su hijo practicó este método de sanación en no más que doscientos catorce casos. Corrió el rumor de que una enfermera colocó a Eduardo en lugar del verdadero príncipe poco después del parto porque este había sido atacado por un jabalí. En las crónicas de Melsa se comenta que un joven escritor de nombre Juan, cuyo espíritu maligno estaba encarnado en un gato, apareció en Oxford asegurando que era el verdadero rey. La noticia se difundió por toda Inglaterra hasta llegar a oídos de la reina, que se preocupó sobremanera. Tras un período de reconciliación, la relación entre Eduardo y su esposa volvió a derrumbarse. Se decía que el rey siempre llevaba una daga escondida en los calcetines para asesinar a la reina Isabel y que aseguraba que, de no contar con otra arma, la despedazaría con los dientes. A la luz de esos comentarios, no se puede negar que Eduardo no estaba en sus cabales.

Como contrapartida, su gobierno mostró signos de fortaleza en los últimos años de su reinado que no se habían manifestado antes. Tras un período en que la administración estuvo prácticamente en manos de los nobles, el rey recuperó su poder, en parte debido a la intervención de dos de ellos, Hugh Despenser y su hijo, también llamado Hugh. Es probable que el joven Despenser haya pasado a ocupar el lugar de Gaveston en el corazón de Eduardo; no obstante, la influencia de los Despenser se ejerció en primer lugar en el plano político. El ejército real derrotó al jefe de los nobles rebeldes, el conde de Lancaster, primo de Eduardo, en la batalla de Boroughbridge, en Yorkshire, en 1322. Luego de un juicio sumario,

Lancaster fue condenado a muerte. Su destino, similar al enfrentado por Gaveston diez años antes, debe haber sido motivo de satisfacción para Eduardo.

Si bien hubo intentos de introducir reformas en la administración del gobierno para facilitar su eficacia, el reinado de Eduardo fue casi una tiranía. El rey intentó hacerse de un grupo de súbditos leales, pero, a pesar de contar con el dinero para comprar cualquier apoyo, no tuvo éxito. Entonces decidió consolidar su poder mediante la acumulación de riquezas en las arcas reales por medio de la aplicación de impuestos abusivos y la confiscación de propiedades pertenecientes a los nobles de dudosa lealtad, lo cual limitaría el control que la nobleza ejercía sobre el monarca. Imprudente, depositó demasiada confianza en los Despenser, que, mucho más ambiciosos que Gaveston, adquirieron una magnífica mansión en el sur de Gales y amasaron una gran fortuna, parte de la cual pusieron a buen resguardo en manos de banqueros italianos. A pesar del éxito de sus medidas para llenar las arcas reales, Eduardo no supo conservar el control político.

Hacia 1323, el descontento alcanzaba todos los niveles de la sociedad. Algunos habitantes de Coventry, irritados por la conducta del prior local, un protegido de los Despenser, contrataron a un mago, John de Nottingham, para que asesinara al rey, a Hugh Despenser, a su hijo y al prior. Si bien el plan fracasó, demuestra el estado de desesperación del pueblo.

El enojo se hacía sentir cada vez con mayor intensidad, en especial en Londres, donde el tesorero y obispo de Exeter, Walter Stapledon, fue interceptado mientras montaba su caballo cerca de la catedral de Saint Paul y decapitado por los rebeldes con una cuchilla de carnicero. En septiembre de 1326, la reina Isabel, deseosa de deponer a los Despenser, viajó a Francia, donde se reunió con un grupo de nobles a los que el rey había enviado al exilio. Durante la travesía de regreso, se encontró en Suffolk con su amante, Roger Mortimer, que hacía poco tiempo había logrado escapar de la Torre de Londres emborrachando a los guardias. Tan impopular era el rey en ese entonces, que los dignatarios y los grandes nobles, en lugar de enfrentarla, decidieron apoyarla.

Desencantado, Eduardo II abandonó la corte en compañía de los Despenser y se dirigió a Gales. Hugh padre fue capturado en Bristol por los hombres leales a la reina, que lo sometieron a juicio sumario y lo ejecutaron. El rey y el hijo de Despenser se embarcaron en Chepstow, con tan mala fortuna que el viento los trajo de regreso a la costa de Glamorgan, donde fueron arrestados por el hermano de Lancaster, Enrique. Esa fue la última vez que Eduardo vio a su favorito. Es irónico que no mucho tiempo

atrás, el rey le hubiese obsequiado su ejemplar del romance de Tristán e Isolda, la más famosa de todas las historias de amor desventurado.

Durante su cautiverio, Hugh Despenser hijo se negó a comer y a beber, hasta que un día lo llevaron a las afueras de Hereford, lo hicieron apearse del caballo, lo desvistieron, le pusieron el escudo de armas al revés en señal de desprecio, le colocaron una corona de ortigas y le escribieron en la piel leyendas bíblicas alusivas al mal y la arrogancia. Al son de las trompetas y abucheado por los presentes, fue amarrado a cuatro caballos y colgado en una horca a quince metros de altura. Todavía estaba vivo cuando lo castraron y echaron sus genitales al fuego, espectáculo que fue obligado a presenciar como recordatorio de su relación antinatural con el rey. Después, su cabeza fue expuesta en el puente de Londres y las partes de su cuerpo desmembrado fueron enviadas a cuatro ciudades distintas para su exhibición pública.

Eduardo fue encerrado en el castillo de Kenilworth. Enfrentado a la tragedia del fin de su amado y de sus propias ambiciones, estaba confundido, destrozado. Se le advirtió que debía renunciar, de lo contrario, sus súbditos no cumplirían con sus votos de fidelidad. De hecho, eso ya había ocurrido. Cuando lo llevaron frente al obispo de Hereford, el monarca se desplomó. Después lo trasladaron al castillo de Berkeley, en Gloucestershire, donde lo asesinaron salvajemente. Se ha dicho que le introdujeron un hierro al rojo vivo en el ano. Si la historia es verdadera, fue un símbolo de sus costumbres transgresoras de las leyes de la naturaleza. Sin embargo, según Manuel Fieschi, un sacerdote genovés, la historia no terminó tan mal: Eduardo logró escapar, se fue a Irlanda y luego a Francia, aunque la versión es bastante improbable.

El monarca fue sepultado en la abadía de Saint Peter, en Gloucestershire. Su tumba, tal como ocurrió con la de su enemigo Lancaster en Saint Paul, se convirtió en un lugar de culto menor. El corazón fue retirado del cuerpo, colocado en una urna de plata y en 1358, cuando murió la reina, fue enterrado junto a su cadáver, que irónicamente estaba ataviado con el vestido de boda, en la iglesia franciscana de Newgate, en Londres.

No puede afirmarse que Eduardo II haya perdido el juicio, pero sí que las complejidades de su vida privada tuvieron repercusiones públicas. Sus intentos por fortalecer los poderes de la corona se deben a que tuvo una infancia desdichada y a su obsesión por vengarse de los enemigos que habían asesinado a su amigo íntimo. Eduardo ansiaba ser amado, pero era incapaz de dar y recibir afecto. Introspectivo e inseguro, cuando estaba bajo presión, tendía a perder los estribos. Su vida fue trágica y su

enigmática personalidad, con todas sus rarezas, es demasiado compleja para vincularla exclusivamente con una enfermedad mental.

Años después, en 1377, Ricardo II sucedió a su abuelo Eduardo III como rey de Inglaterra. Igual que su bisabuelo Eduardo II, a quien Ricardo admiraba y cuya canonización intentó procurar en vano, fue testigo de una guerra civil violenta que culminó en su derrocamiento y asesinato. Sin duda, en los últimos años de su reinado, Ricardo se volvió intolerante y caprichoso, y su personalidad sufrió cambios evidentes. Se mostraba introspectivo y, hasta cierto punto, perdió contacto con la realidad. El biógrafo Anthony Bedford Steel cree que Ricardo era esquizofrénico, lo que explica las inauditas decisiones que tomaba y la desastrosa política que instrumentó, que en última instancia fueron la causa de su desgraciado final. Steel observa que “los poderes monárquicos se habían extendido hasta devorarse el mundo entero, y cuando Ricardo miraba a su alrededor, sólo veía el reflejo de su persona, un espejo habitado por sombras titilantes cuyos movimientos podía controlar con la mirada”. En sus últimos años, según Steel, Ricardo se convirtió en un neurótico balbuceante que se hundía sin más en estados de melancolía profunda.

¿En qué se basa Steel para proponer tal cosa? ¿Su veredicto tiene asidero? Si no fuese así, ¿cuál sería la explicación de la conducta del monarca inglés? No cabe duda de que, como en el caso de otros príncipes, el contexto en que creció tuvo que ver con la formación de su carácter. Ricardo tenía once años cuando fue coronado. Eduardo III había sido un gran guerrero cuya fama no se disipó ni siquiera con los caprichos seniles de sus últimos años. Ricardo era el hijo menor de Eduardo el Príncipe Negro, quien, muerto un año antes de que su hijo accediera al trono, gozaba de una excelente reputación como caballero y hombre de guerra. Seguramente, el padre aparecía como una imagen fastidiosa en la mente del joven, quien no tenía la menor intención de seguir sus pasos. Aun cuando se jactaba de las empresas caballerescas, como Eduardo II, no toleraba la atmósfera que se vivía en una corte en la que la guerra, las justas y otros torneos militares eran asuntos cotidianos. En esencia, era igual que su madre, la bella princesa de Gales, por quien sentía una enorme devoción.

De modo que Ricardo II, lejos de criarse como joven príncipe guerrero, y al igual que Eduardo unos años antes, estaba más interesado en el arte que en la guerra. Su tutor, sir Simón Burley, fue comprensivo con él y le transmitió su concepción de la monarquía, un factor determinante en la vida del rey y en su relación con la nobleza. Ricardo II jamás dudó de su

poder monárquico; en verdad, construyó una noción de derecho divino al que se aferraría hasta el final.

Llegó a ser tan egocéntrico que estuvo al borde del narcisismo. Se vestía con ropas magníficas, se preocupaba por su aspecto y dedicaba mucho tiempo a su peinado. En los retratos se lo ve apuesto y elegante. Era alto y de cabellera abundante color castaño. Se bañaba con frecuencia, algo poco común en esa época, y fue el inventor del pañuelo de bolsillo.

Fue el más culto de los reyes de su dinastía. Su biblioteca demuestra que leía mucho. También le gustaba que otros le leyeran en voz alta. Fue mecenas de pintores, escritores y otros artistas. Le fascinaba la cocina exótica y refinada, y prueba de ello es el libro de cocina de la corte *The Forme of Cury*, con sus recetas elaboradas y sus especias e ingredientes exquisitos.

Aunque emotivo y sensible, a veces Ricardo era artero y calculador. Como muchos miembros de su familia, tenía tendencia a los ataques de furia, pero era generoso con sus amigos. Amaba a su madre y adoraba a su esposa, Ana de Bohemia. Sin embargo, hay razones para sospechar que era bisexual. Encontró en el extravagante Robert de Vere la compañía masculina ideal. Le confirió grandes poderes y, una vez muerto el favorito, nadie ocupó su lugar. Cuando después de tres años el cuerpo embalsamado de Robert fue trasladado a Inglaterra para su entierro en Colne, Ricardo ordenó abrir el féretro para ver por última vez el rostro de su amado.

Así, el joven en el que recayeron las responsabilidades del gobierno de Inglaterra a una edad tan temprana admiraba profundamente a su madre, respetaba la memoria de su padre aunque no tuviera intenciones de ser un guerrero como él y creció en la sórdida atmósfera de una corte teñida de sospechas y quebrada por el enfrentamiento entre las facciones. Esa corte tenía como personajes principales a los tíos de Ricardo, los hermanos del padre, hombres ricos, con grandes ambiciones políticas, apoyados por un grupo de caballeros integrado por Juan de Gante, duque de Lancaster, que fue regente en la práctica; Edmundo de Langley, conde de Cambridge y más adelante duque de York; y Thomas de Woodstock, conde de Buckingham y futuro duque de Gloucester. Todos ellos se ganaron el odio de Ricardo, pues para el joven y poco experimentado rey, la residencia real debe haber parecido una jaula en la que se sentía encerrado y donde los nobles se miraban unos a otros con desconfianza mientras buscaban la forma de adquirir más poder. Un espíritu inocente como el de Ricardo no debe de haber soportado las ambigüedades e intrigas de la vida cortesana. No pasó mucho tiempo hasta que surgió en él el deseo de salir de su encierro.

Ricardo supo demostrar su entereza desde muy joven. Durante la revuelta de los campesinos, un levantamiento violento ocurrido en 1381 como protesta contra el alza de los impuestos comunitarios, Ricardo insistió en que iría en persona a negociar con los rebeldes. Esa muestra de coraje dio sus frutos, pues el rey puso freno a la revuelta tras la muerte del principal cabecilla, Wat Tyler. Ricardo les anunció entonces que a partir de ese momento él sería su líder. Claro está que, si bien se trató de una simple estrategia retórica, fue una muestra de carisma con la que convenció a los campesinos de que debían apaciguarse y dispersarse. Así restableció el orden público.

La situación debe haber sido una experiencia traumática para Ricardo. Aunque en realidad no le importaban los campesinos, de modo que las promesas que les hizo quedaron pronto en el olvido. Pero el joven de catorce años se desempeñó con verdadera pericia. Demostró que era un gran caballero, como su padre. No obtuvo sus galones en los campos de batalla de Francia sino en su propia tierra, y al menos por un día fue un rey con todas las letras, en teoría y en la práctica.

Al poco tiempo, tomó de nuevo las riendas al limitar la acción de los grandes nobles. Mientras Juan de Gante se dedicaba a tratar de recuperar los derechos sobre la corona de Castilla, Ricardo se ocupó de organizar un grupo de aliados. El rey confiaba en Robert de Vere, el noveno conde de Oxford, cuya fortuna no estaba a la altura de su antiguo linaje. Robert, carismático y extravagante, se convirtió en el favorito, o quizás en amante, del rey, quien le otorgó el título de marqués, el primer título de esa clase otorgado en Inglaterra, y el de duque de Irlanda. Lamentablemente, De Vere era arrogante y carecía de capacidad. Los nobles se incomodaron con el matrimonio del marqués con una de las damas de honor de la reina, Agnes Launcecron, por considerarlo inadecuado en términos sociales, y los más rebeldes, a quienes se conoce como los señores querellantes, convocaron a las armas a sus hombres y derrotaron al ejército real en Radcot Bridge, en las afueras de Oxford, a orillas del Támesis.

La derrota fue una humillación para Ricardo. De Vere se exilió y los ministros fueron ejecutados o huyeron al extranjero. El rey quedó aislado y su poder se redujo considerablemente. El fracaso militar debe haber sido muy traumático para él, y como consecuencia, decidió vengarse de sus enemigos. En realidad, el gobierno de los barones fue mucho menos eficaz que el del rey, que aprovechó la rivalidad existente entre ellos para armar un partido propio y crear un ejército de hombres leales a la corona. Los caballeros llevaban el emblema personal de Ricardo, un venado blanco, como muestra de su lealtad.

La fortuna benefició a Ricardo una vez más, pero este no supo sacar provecho del triunfo porque se abocó a un único objetivo: el fortalecimiento de su poder. Envío a algunos adversarios al exilio, a otros los apresó o directamente los mandó ejecutar. Igual que su bisabuelo, Ricardo pensaba que para ser un rey poderoso había que acumular una gran fortuna, para lo cual recurrió a métodos ilegítimos. Además, no se ocupó de ganarse el favor del pueblo ni de los nobles más encumbrados. Desterró a su primo, Enrique Bolingbroke, hijo y heredero de Juan de Gante, y al poderoso Thomas Mowbray, duque de Norfolk, con quien en otra época habían sido grandes amigos.

La mente del rey sufrió las consecuencias de las humillaciones padecidas. Ricardo optó por exaltar su imagen monárquica a tal extremo que parecía habitar un mundo de fantasía. Decía que las leyes salían del fondo de su corazón. Shakespeare captó la esencia del alma de Ricardo, a quien hizo exclamar en la tragedia dedicada a él:

Ni toda el agua del océano indómito y embravecido  
puede quitar de la frente el óleo a un rey ungido.

A veces, el rey se sentaba en el trono con la corona puesta durante horas y hacía que la corte permaneciera de pie en silencio; el único ruido que se oía era el de las ropas de los cortesanos cuando se arrodillaban ante un gesto del monarca. Es cierto que los reyes de la época solían entretenerse de ese modo, pero en este caso la ceremonia constituía un gesto paródico rodeado de misterio. Ricardo fantaseaba con convertirse en emperador del Sacro Imperio Romano. La muerte de su esposa, Ana de Bohemia, a quien tanto había querido, lo había sumido en una profunda melancolía. Su muerte fue un golpe tremendo del que nunca se recuperó por completo, tanto que ordenó demoler el palacio Sheen, residencia donde su esposa había fallecido. Según Steel, cuando el monarca enviudó, “su neurosis se agravó rápidamente y para él, el mundo exterior era un mero reflejo de lo que se había transformado en una idea fija: el sagrado misterio y la naturaleza ilimitada del poder real”. La tendencia a la neurosis lo puso a merced de la fortuna.

Desde el mismo momento en que Enrique Bolingbroke regresó del exilio en julio de 1399, la causa del monarca estuvo condenada al fracaso. Del mismo modo en que los dignatarios y los grandes nobles habían apoyado a Isabel hacía setenta y dos años, esta vez estuvieron del lado de Enrique. Bolingbroke afirmaba que lo único que reclamaba era que le devolvieran las propiedades confiscadas a su padre, cuando en realidad quería apoderarse de la corona. Ricardo, de regreso de una expedición a

Irlanda, se dio cuenta de que no contaba con la lealtad de nadie, y entró en un estado de depresión profunda.

La espiritualidad eterna que, según él, era parte esencial de su poder real no fue de mucha ayuda en la desafortunada situación en que se encontraba. Nada podía derribar los muros de los castillos de Leeds, en Kent, y de Pontefract, en Yorkshire, pero Ricardo no lograba desprenderse del todo de la noción espiritual del poder que él mismo se había inventado. Y le aseguró al juez William Thirning que no había ningún poder en la Tierra que fuese capaz de despojarlo de la autoridad espiritual con la que había sido investido el día de su coronación.

Cuando Adam de Usk lo vio, el 21 de septiembre de 1399, comentó que el rey estaba muy triste. Ricardo le habló de la ingratitud de una nación traicionera que había derrocado a muchos soberanos. En las *Crónicas de Dieulacres* se relata que Ricardo colocó su corona en el suelo y encomendó sus poderes a Dios. El día de San Miguel aceptó las exigencias de los rebeldes, seguramente de mal grado, pues según algunos el rey, en uno de sus característicos arrebatos de ira, amenazó con “desollar vivos a unos cuantos”. No obstante, le entregó el anillo real a Enrique y el 30 de septiembre de 1399, el Parlamento aceptó su abdicación y confirmó el derecho de Enrique a la corona.

Ricardo desapareció de la escena. Fue confinado en el castillo de Pontefract, donde, según Adam de Usk, el guardián, sir Thomas Swinford lo dejó morir de inanición. En cambio, las crónicas de Saint Alban revelan que fue Ricardo el que decidió no alimentarse. La versión tiene lógica, dado que la situación era desesperante para él. Cuando se exhumó su cadáver no se observaron signos de que hubiese sido asesinado, como aparece en la tragedia de Shakespeare. En febrero del 1400, Ricardo ya había muerto. Años más tarde, su cuerpo fue trasladado a la abadía de Westminster, donde fue sepultado con gran pompa. Su máscara mortuoria revelaba un rostro marcado por el dolor, envejecido para su edad, pues en el momento de morir tenía treinta y cuatro años.

Entonces, ¿podría asegurarse que Ricardo II tenía un desequilibrio mental que lo empujó a su desgraciado final? No hay evidencias suficientes que permitan corroborar la hipótesis de Steel de la esquizofrenia de Ricardo. Si se compara al rey inglés con Carlos VI de Francia, su contemporáneo, se observa que son muy diferentes. Si bien Ricardo a veces perdía el sentido de la realidad política, no sufrió alucinaciones ni perdió el juicio en ningún momento. Hay quienes proponen que tenía un complejo de inferioridad agudo cuyo origen se remonta a la infancia y que luego se intensificó con las humillaciones a las que se enfrentó más tarde. Aun así,



es improbable que su idea acerca de la naturaleza de la monarquía sea el resultado de una neurosis.

Quizá Ricardo padeciera una depresión moderada que en ocasiones lo llevaba al borde de una condición maniaco depresiva. Los cronistas de la época han hecho mención de la melancolía profunda que padeció en los últimos años de su vida, una melancolía que dejó sus huellas en la forma en que veía el mundo que lo rodeaba y afectó sus relaciones personales. La única manera en que podía recuperar su autoestima era encerrándose en sí mismo. En el transcurso de casi tres décadas tuvo que enfrentar una serie de contratiempos personales, la difícil relación con su tío Juan de Gante y con los nobles, la ejecución y el exilio de sus amigos, la muerte de la reina Ana, la soledad y el abandono. La depresión moderada fue creciendo con los acontecimientos de la última etapa de su reinado. Ricardo estaba en su sano juicio, aunque de alguna manera su mente se vio afectada y se sumergió cada vez más en un mundo de fantasía.

En suma, Juan Sin Tierra, Eduardo II y Ricardo II mostraron signos que parecían revelar una locura incipiente, pero en realidad se trataba de rasgos muy marcados de la personalidad, en parte heredados y en cierta medida consecuencia del ambiente en que se criaron, y quizá también producto de las presiones que debieron soportar durante su reinado. Asimismo, el vínculo con sus respectivos padres fue determinante: la tensa relación de Juan con su padre se convirtió en una relación teñida de odio; Eduardo II temía a su padre, y Ricardo II se comparaba con la figura del aguerrido Eduardo el Príncipe Negro, al que sabía que nunca superaría. La personalidad de los tres monarcas ingleses sumada a las políticas que impusieron constituyeron factores que generaron la hostilidad de los súbditos más poderosos y que, en última instancia, los llevaron a perder la corona y la vida, excepto en el caso de Juan, que se salvó de ese cruel destino porque murió de muerte natural.

Las políticas adoptadas por los tres monarcas estuvieron condicionadas en parte por su temperamento y por sus tendencias psicológicas, probablemente de tipo compulsivo. El carácter irascible de Juan y su eterna desconfianza hacia los demás fueron factores decisivos en el deterioro de su relación con la nobleza. La hostilidad de Eduardo II con los nobles más encumbrados se debió en cierta medida a la forma en que ellos habían tratado a su amante, Gaveston. El temperamento de Ricardo II también fue un elemento fundamental en la ruptura del vínculo con sus súbditos.

Las crisis que enfrentaron trascendieron el ámbito de la tragedia personal y cambiaron el curso de la historia inglesa y delinearon el perfil de la nación. El gran legado de Juan fue la firma de la Carta Magna, que debió aceptar a regañadientes, pues el documento, si bien se interpretó de otra manera en su momento, fue la piedra angular de las libertades de la nación. Las crisis que culminaron en el derrocamiento de Eduardo II y Ricardo II fueron hitos en la evolución del Parlamento inglés. Así, las características personales de los tres reyes tuvieron consecuencias en la esfera pública.

Podemos asegurar que ni Juan Sin Tierra ni Eduardo II ni Ricardo II estaban locos en un sentido estricto, aun si bajo presión su equilibrio mental pudo ponerse en duda. Es cierto que los trastornos de la personalidad que sufrieron influyeron en la historia de su país, pero no fueron psicóticos sino neuróticos. No obstante, si bien ninguno de estos tres monarcas fue insano, no cabe duda de que al menos durante un período crítico en la historia de su reinado el soberano que comandó el destino de Inglaterra en el siglo XV, Enrique VI, sí lo fue.

## 4

### El rey santo

El rey Enrique VI pudo haber tenido una predisposición innata al desequilibrio mental, heredada de su abuelo Carlos VI de Francia. Sin embargo, la causa principal de la aguda crisis nerviosa que sufrió fueron las presiones políticas a las que se vio expuesto durante su reinado. La historia de las luchas políticas que desembocaron en la Guerra de las Dos Rosas constituye el núcleo de las obras históricas de Shakespeare, que cuentan el apogeo y la caída de la casa de Lancaster, desde el acceso al trono de Enrique IV hasta el derrocamiento de Enrique VI. Tras la derrota de Ricardo II, su confinamiento y posterior asesinato, en los que Enrique IV pudo haber tenido cierta injerencia, este último gobernó hasta que su salud se lo permitió, y pasó los últimos años de su vida aislado, con un deterioro físico y mental que alimentó las esperanzas y ambiciones de su joven y vigoroso hijo, el futuro Enrique V.

Durante el breve reinado de Enrique V, Inglaterra conquistó Francia. Como consecuencia del triunfo del rey inglés, el inepto rey francés, Carlos VI, le concedió el derecho a la sucesión del trono y la mano de su hija Catalina. Sin embargo, Enrique V murió joven y su hijo Enrique VI, que por entonces era un niño, heredó la corona. Después de la muerte del rey, hubo un período de anticlímax en Inglaterra: la derrota en Francia, el resurgimiento de facciones políticas, la lucha civil y la destitución del rey. Si bien las obras de Shakespeare presentan una versión simplificada de los hechos, son una descripción fidedigna de cómo el legado del pasado terminó en la anarquía y el derramamiento de sangre que marcaron los años de gobierno de Enrique VI.

Sin embargo, en sus primeros años de vida no hubo demasiados augurios de lo que ocurriría después. Cuando nació, su madre volvió a Francia para estar junto a su padre y lo dejó al cuidado de una de las damas de honor, Elizabeth Ryman. Antes de cumplir un año, el pequeño ya había sido coronado rey de Inglaterra y de Francia.

Naturalmente, el niño estaba incapacitado para gobernar. De acuerdo con la voluntad de Enrique V, cuando muriera, su hermano mayor, Juan, duque de Bedford, sería el regente de Francia, mientras que el hermano menor, Godofredo, duque de Gloucester, sería el regente de Inglaterra. No obstante, el Consejo Real, que sospechaba de la concentración de poder en manos de Gloucester, lo nombró Protector y Defensor del Reino, cargo que sólo podía ejercer cuando Bedford estaba ausente. Hasta la mayoría de edad de Enrique, el Consejo sería el principal órgano de gobierno, encargado de lidiar con los desacuerdos entre el medio hermano del rey fallecido, el influyente hombre de la iglesia Enrique Beaufort, obispo de Winchester (hijo de Juan de Gante y de su amante y última esposa, Catalina de Swinford), y el ambicioso Gloucester.

Si bien el pequeño rey no estaba al tanto de esos asuntos, tuvo que vérselas con las responsabilidades de gobierno desde muy joven. El 13 de noviembre de 1423, cuando tenía tres años, lo llevaron de Windsor al Parlamento para que los súbditos viesen cómo ocupaba el lugar que le correspondía en el órgano legislativo. En Staines hizo un escándalo porque no quería ir, pero el 18 de noviembre se presentó en el Parlamento y recibió un trato leal. Es muy probable que esos acontecimientos hayan significado muy poco para el niño, pero pudieron haber tenido un efecto duradero en el inconsciente. A los cuatro años, viajó de Cheapside a Kennington para asistir al servicio religioso en la catedral de Saint Paul.

A los ocho años, debió soportar su propia ceremonia de coronación, majestuosa, aunque también larga y agotadora, en la abadía de Westminster. En diciembre de 1431, a la edad de diez años, su tío, que por entonces ya era cardenal, lo coronó rey de Francia. Desde el comienzo de su vida, a Enrique le hicieron saber que su jerarquía le confería responsabilidades. Consciente de las luchas intestinas y las intrigas de sus propios parientes y sus respectivos acólitos, debió haberse dado cuenta de los peligros que acechaban al trono. Incluso fue el centro de las peleas protagonizadas por sus tíos Beaufort y Gloucester, ya que los dos querían tenerlo bajo su dominio. En 1425, este último venció por un tiempo a Beaufort, y Enrique lo acompañó en su cabalgata triunfal por Londres.

A los dieciséis años, el rey cumplió la mayoría de edad. Es difícil ver más allá de la imagen oficial de Enrique VI. La propaganda que circuló durante el gobierno de los Tudor, en especial el testimonio hagiográfico de John Blacman, creó el retrato de un monarca inocente, de una moral estricta y con buenas intenciones, víctima de las disputas políticas de la época, un santo en ciernes. En la práctica, el rey era un joven precoz y decidido que intentó reafirmar la autoridad real, durante mucho tiempo ejercida por el Consejo, pero carecía del poder político necesario. No

advirtió la gravedad de los problemas que aquejaban al país y se convirtió en un títere de la facción política de los Beaufort.

La situación se volvió ingobernable. Inglaterra empezaba a perder terreno en Francia, que todavía estaba bajo dominio inglés, al menos nominalmente. Tan desastrosa fue la retirada que, en poco más de una década, los ingleses perdieron todas sus posesiones francesas, con excepción del puerto de Calais. El Parlamento criticó a la monarquía por el fracaso en la guerra, pero no accedió a aprobar una partida presupuestaria mayor para financiarla. La carga tributaria necesaria para paliar la crisis financiera provocó una ola de descontento. El delito y la falta de justicia, perpetrados por la nobleza, que se suponía era la encargada de velar por el orden de la nación, se volvieron endémicos. Hacia 1450, el gobierno del rey estaba herido de muerte.

No puede eximirse a Enrique VI de las responsabilidades que le caben por todos esos conflictos. Cuanto más empeño ponía en resolver los problemas que asolaban al país, más se empantanaba. Había conferido mucho poder al bando de los incompetentes Beaufort, cuya cabeza era, en teoría, Juan, el duque de Somerset, pero cuyo verdadero líder era Guillermo de la Pole, duque de Suffolk. Sin embargo, los poderosos habían formado un partido opositor, reunidos en torno a la figura de Ricardo Plantagenet, duque de York, que, en realidad, tenía más derechos al trono que el débil rey.

Así, la nave del Estado se sacudía en el mar de la crisis, al mando de un timonel incompetente. El reino se sumía en el caos. El principal consejero de Enrique VI, Suffolk, fue sometido a juicio político, enviado al exilio y decapitado cuando pretendía salir del país. Dos obispos, Adam Moleyns de Chichester y William Ayscough de Salisbury, fueron asesinados. Jack Cade encabezó un levantamiento armado que exigía reformas. Muchos culpaban a Enrique por el mal desempeño en el gobierno. Las anécdotas de desacato a la autoridad real proliferaban. Thomas Carver, administrador del abad de Reading, fue a prisión porque cuestionó la capacidad del rey para manejar el reino. El celador de la cárcel de Guildford decía que había que ahorcar al monarca y ahogar a su esposa. Un holandés que vivía en Ely bautizó a sus gallos de riña Enrique de Inglaterra y Felipe de Borgoña, y expresó una sincera alegría cuando ganó este último.

Lo que era más grave aún es que empezaba a cuestionarse el equilibrio mental del rey. En palabras del abad Wheathampstead, de St. Albans, el rey era “medio descerebrado en materia de gobierno”. Según un sastre londinense, “la persona de este rey no es como la de sus predecesores, porque tiene un rostro poco agraciado -parece un niño- y, a

diferencia de los reyes anteriores, tiene un tornillo flojo”. Un ciudadano holandés coincide con el sastre en que el rey tenía cara de niño, y agrega que, en lugar de un galeón, las monedas del reino tendrían que tener la estampa de un bufón. Un campesino de Norfolk se refería al rey como “el tonto”. En 1450, dos plebeyos de Sussex declararon que el rey era un perfecto idiota y que a veces se quedaba con un palo en la mano que tenía un pajarillo en un extremo, jugando durante horas como un tonto, y que por eso había que designar a otro rey para gobernar. Ocho años antes, un campesino de Kent fue acusado de afirmar que el monarca era un lunático, como su padre (aunque quizá se refiriese a su abuelo, Carlos VI), pero luego consiguió la absolución por parte del rey.

El interés de todas esas anécdotas radica en que reflejan una opinión compartida de la época: la impresión popular de que el rey no estaba en su sano juicio. A la luz de estos datos, podría decirse que la crisis nerviosa que tuvo Enrique en 1453 no fue tan inesperada como se hizo creer.

El descontento popular, el fracaso militar y la amenaza de la crisis económica sumaron presiones que la desequilibrada personalidad de Enrique VI no pudo soportar. En algún sentido, el monarca buscó un escape de la agitación nacional en sus intereses privados. Logró cumplir el sueño de erigir un monumento por el que se lo recordaría en la posteridad: los institutos de educación superior de Eton y Cambridge, que por su diseño opacaron la magnífica fundación de Winchester y New College por parte de Guillermo de Wykeman. Sin embargo, la lectura y la oración, o incluso las obras piadosas, constituían sólo una forma pasajera de huir de la onerosa realidad de la vida pública.

Nadie podía ocultar el deprimente panorama de su gobierno ni detener las luchas internas entre las distintas facciones de la nobleza. La rebelión de Cade fue sofocada, pero los franceses castigaban sin tregua a las fuerzas británicas. La esposa de Enrique, Margarita de Anjou, estaba embarazada, y el nacimiento del heredero traía aparejados nuevos problemas, ya que trababa el acceso al trono de Ricardo Plantagenet, duque de York.

La tensión crecía y Enrique se debilitaba y se dejaba influenciar con mucha facilidad. Debe haber sido consciente de que no podía resolver los problemas de gobierno ni acallar el coro de voces que se alzaba para expresar el descontento. Con tanta presión, el delicado equilibrio mental que a duras penas conservaba, producto de una disposición nerviosa por temperamento y por herencia genética, cedió, y el rey se sumió en un estado de profunda melancolía y depresión.

Eso ocurrió a mediados de 1453. Se cuenta que la última ceremonia a la que asistió lúcido fue el homenaje de sir William Stourton en el pabellón

de caza real de Clarendon, cerca de Salisbury. Luego, entró en una oscuridad de la que sólo se recuperaría en parte. El primer síntoma claro de la enfermedad fue una especie de agitación, un sarpullido y un repentino ataque de pánico; inmediatamente después, Enrique entró en estado de absoluta pasividad. Según el registro de Wheathampstead, había perdido lo que le quedaba de juicio, no tenía capacidad de razonamiento ni “una gota de sensatez”, y era indiferente a todo lo que acontecía a su alrededor. “Ya no se bañaba ni se vestía por su propia voluntad”, registró el abad.

Como en el caso de otros monarcas de la época, enseguida corrió el rumor de que el rey estaba hechizado. Un delincuente convertido en informante declaró que un grupo de mercaderes de Bristol se había conjurado para destruir al rey el 12 de julio de 1453. Otro declaró que, a instancias de lord Cobham (que estaba preso), se había echado un maleficio en un manto real.

Los médicos reales procedieron a elaborar y administrarle toda suerte de medicamentos, drogas, purgantes, gárgaras, baños, cataplasmas y sangrías, pero el paciente no mejoraba. Cuando nació su hijo Eduardo, el heredero, el 31 de octubre de 1453, Enrique ni se inmutó. El 19 de enero de 1454, John Stodely escribió:

Cuando el príncipe llegó a Windsor, el duque de Buckingham lo tomó en sus brazos y se lo presentó al rey para que, piadoso, el monarca le diera su bendición. Enrique no reaccionó. El duque permaneció inmóvil junto a él, con el niño en brazos y, como no recibía respuesta alguna, entró la reina, tomó al niño y se lo mostró como ya había hecho el duque. Todos los esfuerzos fueron en vano, pues tuvieron que retirarse sin que el rey diese muestras de gesto o reacción alguna, salvo el haber mirado al príncipe en una ocasión y luego volver a bajar la vista sin hacer otro movimiento.

Como una estatua: así se quedó Enrique VI al ver a su hijo.

En plena retirada de Francia y con las luchas internas devorándose a los nobles, la inoportuna crisis del rey no pudo sino tener repercusiones políticas en Inglaterra. Ricardo Plantagenet había sido nombrado Protector y Defensor del Reino el 27 de marzo de 1454. El nacimiento del príncipe Eduardo ponía freno a sus esperanzas de acceder al trono, aunque de momento Ricardo aceptó la situación de bastante buen grado. La muerte del canciller, el arzobispo de Canterbury John Kemp, que tuvo lugar el 22 de marzo de 1454, agravó la crisis política, ya que el rey tenía que aprobar

las nuevas designaciones. Además, al morir Kemp, quedaba invalidado el sello por medio del cual ejercía su autoridad.

Por lo tanto, era de suma urgencia lograr que Enrique saliera del letargo. Los ministros recurrieron a todo tipo de artilugios para penetrar en la oscuridad de su mente. El Día de Nuestra Señora de 1454, se apersonó en Windsor una comitiva de mandatarios espirituales y terrenales. Cuando el rey terminó de comer, el obispo de Chester se dirigió a él para pedirle que designara un nuevo arzobispo y canciller, pero el monarca no se movió ni dijo una sola palabra. Después de un silencio incómodo, el obispo de Winchester sugirió que los enviados fuesen a comer algo, con la esperanza de que el rey quisiera cooperar más tarde. Sin embargo, cuando volvieron a la cámara de audiencias, Enrique seguía igual, inmutable. Se levantó y se retiró a sus aposentos. No les dio respuesta ni señal alguna; no dijo una sola palabra. Así, apesadumbrados, los miembros de la misión se fueron por donde habían venido. Enrique no recordaba nada, se trasladaba con dificultad cuando estaba solo y necesitaba vigilancia las veinticuatro horas.

Los médicos estaban desesperados. Por orden del Consejo Real, se conformó una comisión, que aplicó todos los tratamientos posibles al pobre enfermo: medicinas confitadas, pociones, jarabes, unguentos, laxantes, enemas, supositorios, rasurado de cabeza, punciones cefálicas -se creía que los elementos que dañaban el cerebro podían excretarse por el cuero cabelludo-, gárgaras para eliminar el catarro, fomentos y sangrados. Los remedios respondían a la teoría de los humores, propia de la época, según la cual era necesario quitar el exceso de bilis negra que empañaba el cerebro del rey para restablecer el equilibrio de la personalidad.

Es difícil determinar si el tratamiento tuvo éxito, o cuál de los remedios resultó eficaz; lo cierto es que el rey comenzó a mostrar signos de mejoría. Pudo asistir a la jura del nuevo arzobispo de Canterbury y darle la cruz, el 22 de agosto de 1454. El 27 de diciembre, ordenó a un funcionario que llevara un caballo como ofrenda al santuario de Thomas Becket, en Canterbury, y a su secretario que fuera a Westminster para agradecer su recuperación en el santuario de Eduardo el Confesor.

En una carta a John Paston, Edward Clare comentó:

El rey está plenamente recuperado, y ha estado bien desde Navidad y las fiestas de San Juan, cuando pidió que se llevara una ofrenda a Canterbury. El lunes por la tarde vio a la reina y a Su Alteza el príncipe, y preguntó cómo se llamaba el niño. Cuando la reina le respondió que se llamaba Eduardo, Su Majestad elevó los brazos al cielo y agradeció a Dios. Y luego dijo que no sabía ni qué se le había dicho ni dónde había estado durante todo ese tiempo, pues había



estado enfermo. A continuación, preguntó quiénes eran los padrinos del niño [...] y la reina le dijo que el cardenal [Kemp] había fallecido, pero Su Majestad negó haberse enterado [...]. Estaban con él mi señor de Winchester y mi señor del priorato de St. John, que lo acompañaron hasta el día después del doce. Su Majestad hablaba maravillas; decía que estaba en paz con todo el mundo ahora y que era su voluntad que todos estuvieran en paz. Dijo maitines, asistió al oficio de vísperas y hasta oyó misa con un comportamiento excelente.

A comienzos de 1455, Enrique parecía haber recobrado la salud y la memoria. El duque de Somerset había recuperado el favor real y York había perdido protagonismo. Sin embargo, no puede afirmarse que la recuperación del monarca haya sido total o permanente.

En junio de 1455, se convocó a Gilbert Kymer, por entonces diácono de Salisbury, a Windsor, pues el rey había estado ocupado en recuperarse de una serie de enfermedades. El 15 de julio, se realizó un pago especial a los cirujanos, “por lo que han hecho por Su Majestad: por sus muchos y diversos esfuerzos y diligencias y por todo lo realizado en relación con la persona de Nuestro Señor, el rey”. ¿Qué era lo que habían hecho por el rey los cirujanos? Es muy probable que le hubiesen realizado alguna incisión en el cráneo para aliviar la presión cerebral. ¿Y cuándo había sido eso? ¿En 1454 o en 1455?

Más allá de una posible recaída, el rey asistió a la sesión parlamentaria del 9 de julio de 1455. Sin embargo, según contó John Gresham en una carta fechada el 28 de octubre y algo enigmática a John Paston, corrían rumores: “No sé qué significan; todo está en manos de Dios. Algunos temen que Su Majestad esté enfermo otra vez”. Los rumores tenían asidero, porque en noviembre, volvieron a nombrar protector al duque de York y Enrique no asistió al Parlamento, “por justas y razonables causas”. Esas referencias indirectas a su enfermedad, junto con la falta de la firma real en documentos oficiales emitidos entre el 12 de diciembre de 1455 y el 2 de marzo de 1456, indican que había buenas razones para creer que Enrique había vuelto a caer en las garras de su desorden mental.

¿Cuál fue la naturaleza de la enfermedad que sacó de circulación al rey durante casi dos años? Sin duda, se desencadenó a partir de la tensión a la que estaba expuesto: Enrique no pudo intervenir con eficacia en el ámbito nacional ni salvar del fracaso a las tropas inglesas en Francia. Según parece, las malas noticias de la derrota en territorio enemigo fueron la gota que rebasó el vaso. Como ya mencionamos, después de una excitación momentánea inicial, el rey entró en un estado de profundo estupor, indiferente a sus necesidades, las de su familia o las del país que

gobernaba. Cuando se recuperó, no recordaba nada de lo ocurrido; gracias a una piadosa amnesia, todo había quedado encerrado en algún recoveco de su mente. Sería posible clasificar la enfermedad como una esquizofrenia catatónica o un estupor maniaco depresivo. Su abuelo Carlos VI de Francia era esquizofrénico. Dado el carácter hereditario de esa enfermedad, no debe descartarse la posibilidad de que el rey inglés la haya padecido. Sin embargo, lo más probable es que haya sido víctima de un trastorno maniaco depresivo. Su cuadro no mostraba signos de agitación -salvo en el primer momento del brote-, alucinaciones o paranoia, que tan evidentes habían sido en el caso de su abuelo. Además, si bien pudieron haberle quedado secuelas, la recuperación fue bastante rápida.

Pese al restablecimiento, la “estupidez” del rey continuó siendo una marca distintiva de su gobierno hasta el final de sus días. En los años que siguieron al colapso mental (1453-1455), tuvo que pagar las consecuencias de su desequilibrio. Después de 1455, el gobierno de Enrique se endeudó cada vez más y el rey no pudo asegurar el mantenimiento del orden, el estado de derecho y la justicia. No tenía la voluntad o la capacidad de suprimir las luchas internas de la nobleza, que no tardaron en desembocar en la sangrienta Guerra de las Dos Rosas. Cuando las fuerzas reales se enfrentaron al ejército de la casa de York, Enrique huyó a Escocia y Eduardo, en ese momento duque de York -su padre había muerto en la batalla de Wakefield-, fue coronado como Eduardo IV.

El último rey de Lancaster, apresado en un estado lamentable, fue conducido a la Torre de Londres, donde quedó detenido. En septiembre de 1470, la casa de Lancaster recuperó el poder por un breve período, gracias a la ayuda de Richard Neville, conde de Warwick (el “hacedor de reyes”), aunque para Enrique no fue sino una farsa. Se lo obligó a participar de una procesión triunfal pero no se lo vio ataviado para una ocasión tan importante ni aseado según correspondía a un gobernante. Fracasado el proyecto de “readaptación”, el rey volvió a la torre. El 4 de mayo de 1471, lo que quedaba del ejército de Lancaster fue aniquilado en la batalla de Tewkesbury y el heredero de Enrique, el príncipe Eduardo, encontró la muerte cuando trataba de abandonar el campo de batalla. Esa baja selló el destino del rey, que murió asesinado. Cuando exhumaron sus restos en 1911, se observaron rastros de sangre en el cráneo, indicio de que había sufrido una muerte violenta.

El desenlace de la guerra fue curioso, ya que, finalmente, la victoria fue para Enrique VII, nieto de Catalina de Valois, la madre de Enrique VI. El antiguo rey había sido enterrado en la Abadía de Chertsey, y luego sus restos habían sido trasladados a Windsor, por orden de Ricardo III. Enrique VII pretendía que los restos fueran trasladados nuevamente, en

este caso a la Abadía de Westminster, y que el Papa canonizara a su antecesor. Aunque los dos objetivos fracasaron, Enrique VI se transformó en objeto de un culto no oficial: los pecadores se flagelaban en su mausoleo de Windsor en busca de socorro y se atribuyeron casi quinientos milagros a sus plegarias, de los que sobrevive una lista de ciento setenta y dos. Hasta Enrique VIII envió una ofrenda a su altar, en junio de 1529.

Lo cierto es que la supuesta santidad del rey tiene más de leyenda que de realidad. No fue un rey vengativo ni cruel y, a su modo, fue una persona devota. Sin embargo, tenía una debilidad mental congénita, por la cual fue un monarca muy débil en tiempos difíciles. Las presiones del gobierno le provocaron un brote en 1453 y quizás una recaída en 1455, y su enfermedad coincidió con una severa crisis política. Incluso en los períodos en que gozó de buena salud, fue un gobernante ineficiente. Así resume Bertram Wolffe el mandato de Enrique VI en su biografía de 1981: “Las guerras civiles intermitentes que se conocen como Guerra de las Dos Rosas tuvieron su origen en el pésimo gobierno y la desastrosa administración de los asuntos domésticos e internacionales por parte de Enrique VI, durante cuyo reinado se generaron y proliferaron las enemistades y luchas en el seno de la aristocracia [...]. El rey fue un incompetente y un partisano [...]. Cuando por fin lo depusieron, en 1461, la razón de la caída fueron sus propios errores”. Sin embargo, aun cuando esos errores fueran producto de una mente atormentada que nunca gozó del equilibrio necesario para hacer frente al período más complicado de la historia del reino, no puede culparse al rey de su enfermedad mental.

## 5

### Familias felices

Que Enrique VI haya heredado la demencia de su abuelo no lo podemos asegurar, pero es innegable que Carlos VI de Francia la padeció durante treinta años, y que los efectos de los ataques se hicieron sentir en su reino. Los síntomas indican que sufría de esquizofrenia; durante los brotes más severos, tenía alucinaciones y se comportaba de manera violenta. Por momentos, el rey parecía recuperar la cordura y entonces retomaba las riendas del gobierno; esos períodos, sin embargo, se hicieron más y más breves con el correr de los años y el avance de la enfermedad. En cambio, también hubo otros períodos en los que la dolencia lo imposibilitaba para gobernar con responsabilidad y cumplir con las formalidades de su mandato. Incluso en las temporadas de normalidad aparente, el rey seguía mostrando síntomas del daño que le causaba la enfermedad.

El trastorno mental de Carlos VI tuvo consecuencias graves y duraderas. Transformó por completo la personalidad del monarca y dividió aun más a la familia real, ya diezmada por las ambiciones y los celos de sus miembros. En cuanto al reino, que necesitaba un gobierno fuerte, fue testigo de las luchas intestinas protagonizadas por los principales gobernantes, que lo sumieron en una parálisis y un baño de sangre inauditos, y tuvo que soportar un nuevo asedio de las tropas inglesas al mando de Enrique V. Si el breve período en el que Enrique VI estuvo enfermo repercutió en la lucha política inglesa, las consecuencias de los brotes de Carlos VI fueron desastrosas para Francia.

Carlos VI accedió al trono en 1380. El país comenzaba a recuperarse de la devastación producida por las tropas inglesas y sus salvajes aliados mercenarios, que habían saqueado la campiña, las ciudades francesas y vaciado las arcas del Tesoro. El padre de Carlos VI, Carlos V -con justicia apodado "el Sabio"-, aprovechó la tregua que tuvo lugar durante el reinado de Ricardo II en Inglaterra para instrumentar una política de reconstrucción nacional y racionalización de gastos. Para muchos -entre

ellos, la poeta veneciana Christine de Pisan-, Carlos VI era el epítome de la sabiduría y la virtud cristiana. Ni él ni su padre, Juan II el Bueno, ni su abuelo Felipe VI (un rey enérgico e inteligente cuyo gobierno fue relativamente exitoso), mostraron signos de desequilibrio mental, aunque la esposa de Felipe VI, Juana de Borgoña, tuvo mala prensa: Roberto de Artois la llamaba “la diabla”, “la perversa de la reina, que se comportaba como un rey y que destruía a todos cuantos se opusieran a su voluntad”.

La esposa de Carlos V, Juana de Borbón, sí tuvo una crisis nerviosa en 1373; según la describe Brachet en *Pathologie mentale des rois de France* [Patología mental de los reyes de Francia], “le hizo perder el buen juicio y la buena memoria”. Como la reina acababa de dar a luz a su séptimo hijo, es posible que sólo se haya tratado de una depresión posparto. Los Borbones, sin embargo, tenían un historial de enfermedades mentales; por ejemplo, Luis, el hermano de Juana, sufría de depresión aguda. Así, es posible que la reina haya transmitido a su hijo, el futuro Carlos VI, una debilidad mental congénita, o bien una predisposición temperamental a la locura. El rey, que la adoraba, hizo una peregrinación para pedir por su restablecimiento. Juana se recuperó, y murió cinco años después de una infección puerperal.

Carlos VI tuvo la enorme desventaja de suceder a su padre cuando tenía doce años. Al igual que Ricardo II y Enrique VI, era demasiado joven para ser rey. Sin experiencia política, muy influenciado y manejable, era fácil que se convirtiera en una herramienta para los intereses de sus parientes o, al menos, de los parientes que lo rodeaban. Como Ricardo II, dadas la inexperiencia e indolencia propias de su edad, confió el poder real a sus implacables tíos: Luis, duque de Anjou; Felipe, duque de Borgoña y Juan, duque de Berry, mecenas y amante de las cosas bellas (y amante también de su primo, el duque de Borbón). Aunque Carlos alcanzó la mayoría de edad en 1381, los príncipes de la familia siguieron a cargo del gobierno. El duque de Berry se conformó con saquear el territorio de Languedoc; el duque de Anjou se empeñó en conseguir el reino de Nápoles; y el duque de Borgoña tenía puestos los ojos en Flandes, donde pensaba crear un señorío casi autónomo.

Carlos era un joven hedonista, tan lleno de energía que parecía hipomaniaco, amante de la caza y de las justas: participó en nueve pruebas en el torneo que se organizó para celebrar la boda doble de los hijos del duque de Borgoña. De hecho, se lo criticó bastante por intervenir en el torneo justo después de haber recibido la santa unción en su propia ceremonia de coronación. Era un muchacho simpático, generoso y conversador, por eso el pueblo lo apodó el Bienamado, sobrenombre que se

tornó irónico con el tiempo, pero que él disfrutó hasta el momento de su muerte.

Además de vital, Carlos era lujurioso. Según un monje de Saint Denis, sus “apetitos carnales” eran muy fuertes. Los tíos le habían arreglado una boda que les resultaba conveniente desde el punto de vista diplomático, con una princesa de la casa de Wittelsbach, Isabel, hija de Esteban III, duque de la Alta Baviera-Ingolstadt, y nieta de Bernabé Visconti, duque de Milán. Aunque al emisario del duque de Baviera no le hizo mucha gracia que le dijeran que la novia tendría que someterse a un examen desnuda, para ver si estaba en condiciones de dar a luz, la boda se concretó. El rey estaba tan entusiasmado que, después de ver a su prometida, insistió para que se hicieran los arreglos necesarios. La boda se celebró en la Catedral de Amiens el 17 de julio de 1385. Según comenta Froissart, los novios tuvieron una gran noche de bodas.

En 1388, hubo un cambio importante en la conducción del gobierno, pues el Consejo Real, disconforme con las políticas adoptadas por los tíos del monarca, se manifestó a favor de que el rey tomara las riendas. Los tíos exigieron el pago de una indemnización, pero su demanda fue descartada sin consideración alguna. En el Consejo había hombres honestos y con talento para la administración, un grupo de asesores que querían revitalizar las virtudes del gobierno de Carlos V y eliminar la corrupción que proliferaba durante la regencia ducal. En realidad, lo que sucedió fue que el verdadero poder cambió de manos y se concentró en las de la reina Isabel, una mujer ambiciosa y egoísta cuyo único interés era enriquecerse a sí misma, a su familia y al hermano menor del rey, Luis, duque de Touraine (y posteriormente, de Orleans). Se rumoreaba, quizá sin pruebas fundadas, que ella y Luis eran amantes.

El rey no tenía ningún problema en dejar el gobierno en manos de sus asesores y dedicarse a la satisfacción de sus placeres. Pero en 1392, un incidente cambiaría su vida para siempre. Uno de sus consejeros preferidos era Olivier de Clisson, el condestable de Francia, enemigo acérrimo de Juan IV, duque de Bretaña. Un protegido del duque, Pierre de Craon, que había sido despedido de su puesto de chambelán de la corte, pergeñó un complot para asesinar a Clisson en una emboscada a la salida de una cena con el rey, en el Hôtel Saint Pol. Aunque gravemente herido, Clisson logró escapar a la estocada fatal y llegar hasta la puerta de una panadería donde fue rescatado.

Craon, quien creía que Clisson había muerto, abandonó la ciudad, pasó por Chartres y luego se dirigió al territorio amigo del duque de Bretaña. “Es algo diabólico -le dijo al duque cuando se enteró de que el consejero estaba a salvo-. Todos los demonios del infierno a los que rinde

pleitesía lo han salvado y me lo han quitado de las manos. Lo hemos atravesado más de sesenta veces con nuestras dagas y espadas. Creí que había muerto”.

El rey se puso furioso cuando se enteró del ataque injustificado a un fiel servidor real, así que decidió vengarse. Carlos se había recuperado poco tiempo atrás de una enfermedad grave que lo dejó postrado en Amiens, donde se encontraba negociando la paz con los ingleses. No se sabe cuál fue la afección, pero sí que fue delicada y probablemente una antesala de la demencia posterior. El cronista de Saint Denis escribió que se trataba de una dolencia nueva y extraña que dejó al rey en cama, con picos de fiebre, por lo que perdió el cabello y se le desprendieron las uñas. Pudo tratarse de fiebre tifoidea, malaria cerebral, encefalitis o meningitis sifilítica. Como hubo muchos que enfermaron para esa misma época, entre ellos, el duque de Berry, lo más probable es que fuese fiebre tifoidea o encefalitis.

Carlos se recuperaba lentamente cuando ocurrió el intento de asesinato del condestable. Después de pasar un mes en cama en Beauvais, el monarca regresó a París, decidido a dirigir un ejército para atacar al duque de Bretaña, que había refugiado a Pierre de Craon. Los médicos se opusieron a la expedición militar, dado que todavía presentaba picos de fiebre y a veces se sentía mareado y angustiado. Y no se había recuperado por completo cuando, el 1º de julio de 1392, partió con sus hombres en dirección a Bretaña.

La furia desmedida que el intento de asesinato generó en el rey indica que era víctima de un desequilibrio mental. Todos los que estuvieron junto a Craon en el incidente recibieron un castigo ejemplar: un camarero, dos escuderos y un paje del ex chambelán fueron ejecutados, un canónigo de Chartres que lo había refugiado fue privado de sus privilegios y condenado a cadena perpetua. Es muy probable que Carlos se haya empeñado en conducir la expedición para contradecir la opinión de sus tíos de que se trataba de una misión poco inteligente e inadecuada a nivel político.

Los hombres del rey iniciaron la lenta marcha hacia el sudoeste. Según los médicos, aún no estaba listo para emprender una cabalgata tan larga. El incansable Michel Pintoin, cronista de la abadía de Saint Denis que acompañó a las tropas, comentó que el rey no parecía el mismo de siempre, pues “pronunciaba frases sin sentido y se conducía con rudeza”. Esas palabras revelan que, incluso antes del colapso que sufrió durante la expedición, Carlos tenía algún tipo de trastorno nervioso.

El colapso al que nos referimos ocurrió el 5 de agosto de 1392, en un día de calor agobiante, mientras el rey y sus hombres se aproximaban a territorio Bretón. Carlos había bebido mucho vino, llevaba un abrigo de terciopelo negro, una coraza y un sombrero color escarlata adornado con

perlas. Aunque su hermano y sus tíos no estaban de acuerdo con la campaña, habían decidido acompañarlo. Como los caminos de tierra por los que cabalgaban levantaban grandes nubes de polvo, a veces, cuando el rey se adelantaba, el resto de los hombres no lo divisaba.

La expedición se hallaba en los alrededores del bosque de Le Mans, cerca de una colonia de leprosos, cuando un harapiento que estaba escondido detrás de un árbol, salió al encuentro de Carlos, tomó las riendas del caballo y exclamó: “¡Alto, noble rey! ¡Deteneos! ¡Estáis destruido!”, palabras reproducidas por el monje de Saint Denis y por Froissart, que si bien no estuvo en el lugar, supo lo que había ocurrido por el relato del lord de Coucy. Los servidores reales obligaron al extraño a soltar las riendas, pero no lo arrestaron, probablemente porque pensaron que se trataba de un demente. Pero su mal augurio resonó en todo el bosque. El incidente perturbó sobremanera a Carlos.

La historia no termina ahí. Cuando la caballería salió del bosque hacia la planicie abierta, con el sol brillando en lo alto, un paje, semidormido por los efectos del calor, dejó caer la lanza del rey sobre su yelmo metálico, con lo que se produjo un gran estrépito. Carlos, alterado, desenvainó su espada y vociferó: “¡A por los traidores! ¡Arremeted contra los que buscan entregarme al enemigo!”. En ese momento, se puso a dar sablazos a diestra y siniestra, con tan mala fortuna que mató a cuatro o cinco de sus propios caballeros, entre ellos a un gascón famoso, el *chevalier* de Polignac.

“¡Dios mío! -exclamó el duque de Borgoña-, ¡el rey está desquiciado! ¡Que alguien lo detenga!”. Guillaume Martel se acercó a Carlos por la espalda y logró dominarlo, mientras otro le quitaba la espada, que se había roto durante el altercado. Lo apearon del caballo y lo apoyaron en el suelo, donde el rey quedó postrado, sin habla y con los ojos extraviados. Después lo colocaron sobre una carreta y lo llevaron a Le Mans.

Carlos estuvo dos días en estado de coma. Cuando volvió en sí, le costaba hablar con coherencia y no reconocía a nadie. Algunos pensaban que era víctima de un hechizo; otros, que la dolencia era un acto de justicia divina por el fracaso de su gobierno en resolver la crisis que dividía a la Iglesia y por los elevados impuestos que aplicaba a los súbditos. Con referencia a los días posteriores al colapso, el monje de Saint Denis escribe: “El soberano estuvo dos días inconsciente, sin poder caminar, su cuerpo había perdido temperatura; lo único que conservaba algo de calor era el pecho; los latidos del corazón eran muy débiles”.

Poco a poco, gracias al cuidado del médico real, Guillaume de Harcigny, Carlos mejoró. Harcigny era un hombre de noventa y dos años, de larga experiencia y muy sensato. Apenas vio al monarca, afirmó que



padecía una enfermedad similar a la de Juana de Borbón, la madre. El médico sugirió que el rey debía comer bien y beber mucho líquido, descansar y dormir bastante. En un mes, Carlos estaba mucho mejor. En el otoño de 1392, fue a la iglesia de Nuestra Señora de Liesse, en Laon, para dar las gracias por su recuperación, y también asistió a las fiestas patronales de Saint Denis.

¿Cuál era la enfermedad que afectó al monarca francés? Froissart, recurriendo a la teoría de los humores de la época, la describió como el “mal caliente”, que indicaba que los humores calientes subían al cerebro. Lo más probable es que el calor excesivo del verano haya originado en Carlos un ataque de hipertermia o golpe de calor, que a veces daña las funciones cerebrales. Sea cual fuere la dolencia, no era del todo irreversible, porque, al menos a simple vista, el monarca recobró el juicio. No sería muy aventurado arriesgar que tenía una predisposición a desarrollar trastornos mentales, dada la enfermedad de su madre y la dolencia que padeció poco antes de viajar con su ejército a Bretaña. Considerando los sucesos de los años siguientes, podríamos decir que el colapso se debió a un estadio inicial de esquizofrenia, trastorno que no lo abandonó en los últimos treinta años de su vida.

El brote tuvo consecuencias políticas inmediatas. Los tíos del rey pensaron que el momento era perfecto para recuperar el poder; así, se deshicieron de los consejeros, cuyos líderes, Rivière y Mercier, fueron despedidos y apresados. Harcigny propuso que para sanar por completo, Carlos debía alejarse de todo lo que pudiera irritarlo o preocuparlo por demás. El sabio consejo del médico fue motivo de alegría para Luis, el hermano menor del monarca, y para los tíos, además de para el rey.

Liberado de la obligación de ocuparse de los asuntos del gobierno, Carlos podía dedicarse a hacer lo que le viniera en gana; en una palabra: divertirse. Sin embargo, a principios de 1393, en un baile de máscaras ofrecido por la reina para festejar el tercer matrimonio de una de sus damas de honor, la diversión terminó en desgracia. Durante la fiesta hubo un juego, “contrario a todas las normas de la decencia”, según Froissart, en el que seis jóvenes, entre ellos el rey, aparecieron vestidos con harapos que habían empapado en una cera resinosa y cubierto de pelos para aparecer como salvajes. Además, se pusieron máscaras para ocultar su identidad. Debido a la naturaleza combustible del material, se prohibió encender antorchas cerca de los “salvajes”, que atravesaron el salón dando brincos y haciendo gestos obscenos.

Mientras el rey se encontraba conversando con la joven duquesa de Berry, su hermano Luis entró en compañía de varios asistentes que portaban antorchas. Una chispa cayó sobre las ropas de un invitado, y el

fuego se extendió a gran velocidad por los vestidos de los asistentes. La reina, que sabía que su esposo corría peligro, lanzó un grito y se desplomó. Sin embargo, el rey tuvo suerte, porque la duquesa de Berry reaccionó de inmediato y lo cubrió con su falda, con lo que evitó que él también se incendiara. En medio del pánico general, los asistentes empezaron a cortar las ropas en llamas de las víctimas. El conde de Joigny falleció a causa de las quemaduras. Yvain de Foix y Aimery Poitier murieron a los dos días. El hombre que había tenido la idea de ese desafortunado juego, Huguet de Guisay, conocido por ser “corruptor de menores”, murió al día siguiente.

Si bien no hay ninguna razón en particular para suponer que el trágico incidente haya afectado la mente del monarca, no hay duda de que la experiencia fue traumática. Todos los sobrevivientes pidieron perdón por sus pecados y agradecieron el haberse salvado. A los seis meses, Carlos volvió a sufrir una crisis. En junio de 1393, estando en Abbeville, sintió que lo cubría una sombra oscura y densa, prueba de que estaba en pleno brote de locura. No reconocía a la gente y decía no haber estado nunca en lugares que, en realidad, le eran conocidos. Reaccionaba con violencia y hacía gestos impropios de un monarca. Tenía alucinaciones, aseguraba no estar casado ni tener hijos. No recordaba que era el rey, afirmaba que su nombre no era Carlos sino Jorge y que su escudo de armas jamás había tenido la imagen de la flor de lis. Cada vez que veía su escudo de armas o el de su esposa, se ponía furioso y los frotaba tratando de borrarlos. Según él, el verdadero representaba a un león atravesado por una espada; quizá relacionaba la agonía de su enfermedad con esa imagen, asociada además al nombre que se había inventado. Si bien tuvo algunos momentos de lucidez, debieron pasar seis meses antes de que estuviera preparado para ir en peregrinación al monte Saint Michel para dar gracias por su recuperación y donar fondos para levantar una capilla en el lugar.

Pasado más de un año, en noviembre de 1395, sufrió otro colapso, justo antes de decidir la expulsión del médico Renaud Frèron, por motivos que no trascendieron. En ese entonces, Carlos mostraba signos de una neurosis persecutoria, síntoma típico de la esquizofrenia. Solía correr por el Hôtel Saint Pol a los gritos, exclamando que debía escapar de sus enemigos, hasta que caía exhausto. Para evitar el escándalo, los servidores reales siempre mantenían las puertas cerradas. Es probable que Frèron formara parte de las alucinaciones de Carlos.

Una vez más, el monarca empezó a dudar de su identidad. De acuerdo con la opinión de Richard C. Famiglietti, la lógica del rey se corresponde con la de los pacientes esquizofrénicos. A principios de 1396, el mal momento ya había quedado atrás, y en febrero de ese año, Carlos fue a agradecer por su recuperación a la iglesia de Nuestra Señora y empezó a

negociar el casamiento de su hija Isabel con el rey Ricardo II de Inglaterra, que había enviudado.

No obstante, al poco tiempo tuvo otra crisis. En verdad, la frecuencia de los brotes fue cada vez mayor a medida que la esquizofrenia crónica se fue apoderando del desgraciado monarca. A veces tenía fiebre y estaba muy excitable, corría como un desaforado y se conducía con rudeza; en otras oportunidades, permanecía apático y postrado en la cama. La cantidad de registros en los libros contables que dan cuenta de los gastos dedicados al reemplazo o reparación de los objetos que el rey destruía son una prueba concreta de sus arrebatos de locura. A veces, por ejemplo, se le ocurría arrojar ropas al fuego u orinar sobre una bata, que había que limpiar de inmediato.

El futuro Papa Pío II cuenta que a veces el rey decía que estaba hecho de vidrio y que no había que tocarlo porque podía romperse, y que por eso se colocaba varillas de hierro en la ropa, para protegerse en caso de una caída. El relato del futuro Papa fue confirmado por Juvenal des Ursins, quien menciona que en 1405 hallaron una pieza metálica adherida a la piel del rey. Durante algunos meses de ese año no dejó que le cambiaran las sábanas, no se bañó ni se afeitó, lo que le acarreó un problema dermatológico y dio lugar a una invasión de piojos. Desesperados, los médicos decidieron que había que aplicarle un tratamiento drástico; para ello, escondieron en los apartamentos reales a un grupo de diez hombres con el rostro pintado de negro para que le dieran un susto. El truco surtió efecto: Carlos se bañó, se afeitó y se cambió de ropa. En Navidad ya estaba bastante bien, así que fue a visitar a su hija María para disuadirla de la idea de entrar en un convento; de ese modo, la joven podría casarse con el duque de Bar.

También en el modo como trataba a su esposa el rey evidenciaba la conducta característica de los pacientes esquizofrénicos. Carlos era muy activo sexualmente y había sido muy apegado a la reina; prueba de ello son los doce hijos que engendraron en el transcurso de veintiún años, el último de los cuales, un varón, murió poco después de nacer, en 1407. Sin embargo, la relación con Isabel cambió por completo. Ella se convirtió en el principal blanco de sus ataques. “¿Quién es esta mujer cuya presencia me atormenta?”, preguntaba. “Preguntadle qué quiere, satisfaced sus necesidades y quitadla de mi vista”. La aversión que provocaba Isabel en Carlos llegó a tales extremos que ella estuvo de acuerdo en dejar de dormir con él y que su lugar fuera ocupado por una bella joven, hija de un mercader de caballos. Su nombre era Odette de Champdivers, a quien apodaban “la reinita” y con quien Carlos tuvo una hija, Margarita de

Valois, que más adelante se casó con Jean de Harpedene y en 1427 fue reconocida como hija legítima del rey por su sucesor, Carlos VII.

Aunque no hay documentos que justifiquen la conjetura de que la relación entre Carlos e Isabel haya tenido alguna influencia en el desarrollo del trastorno del monarca, no cabe duda de que alguna repercusión tuvo. Juvenal des Ursins cuenta que la noche del 9 de marzo de 1408, el rey durmió con Isabel y que por esa razón después estuvo peor de lo que había estado en los últimos diez años. La hostilidad que este sentía hacia la reina y la afirmación de que no la conocía eran síntomas de su insania. La carga de tener que soportar a su esposo en esas condiciones vuelve comprensible su deseo de buscar compensación en otro sitio. Entre otras cosas se decía que el delfín Carlos era bastardo, pero no hay ningún comentario de la época que justifique la afirmación, sólo el hecho de que el padre lo desheredó al final de su reinado. En cambio, es un hecho comprobado que la corte del palacio de la reina, el Hôtel Barbette, era extravagante y libertina, y es probable que el rey se haya sentido ofendido y que su trastorno mental se agravara como consecuencia de la conducta de su esposa.

La ruptura definitiva del matrimonio no ocurrió durante uno de los ataques de Carlos, sino en un período de cordura. En 1417, él ordenó a la reina que disolviera su corte, la separó de su hija Catalina y la echó. Si bien el motivo oficial fue la conducta de las damas de honor de Isabel, en realidad la furia del rey estaba dirigida a ella. El blanco principal del enojo fue Louis de Bosredon, *grand maître d'hôtel* de Isabel y ex chambelán del duque de Orleans, con quien el monarca había luchado en Agincourt. Corrió el rumor de que De Bosredon y la reina tenían un romance, así que Carlos mandó arrestar y encadenar al hombre, que estuvo encerrado en Montlhéry hasta que una noche lo arrojaron al río Sena. El saco de cuero en el que encontraron el cadáver tenía una leyenda: *Laissiez passer la justice du roy* ("Nadie escapa a la justicia del rey"). No es seguro que De Bosredon haya sido amante de la reina, pero, si lo fue, se entiende que Carlos haya tomado una decisión tan drástica.

Tras la muerte de Harcigny, los médicos reales no supieron qué hacer con su enrevesado paciente. Los métodos tradicionales para tratar la demencia no dieron resultado; entonces, en 1393, por sugerencia del duque de Borbón, llamaron a un médico de Lyon para que practicara una "purga por la cabeza", es decir, una trepanación, que redujera la presión en el cerebro. Después de la intervención quirúrgica, Carlos estuvo bien por un tiempo, pero pronto fue víctima de un nuevo ataque.

Ante el fracaso de los métodos ortodoxos, hubo que recurrir a otros menos tradicionales. El entorno de Carlos convocó a Arnaud Guillaume, un

hechicero que decía poseer un libro que Dios le había dado a Adán y que contenía las indicaciones para curar los males del pecado original. Así y todo, el rey no mejoró, y Guillaume, que sostenía que el rey estaba poseído por el demonio, fue expulsado.

Muchos contemporáneos, entre ellos, clérigos y médicos, creían que Carlos era víctima de la brujería. Eso explica que entre 1397 y 1399 haya habido intentos por exorcizarlo. Dos frailes de la orden de San Agustín pronunciaron palabras mágicas y aplicaron una poción hecha con polvo de perlas para alejar la influencia del demonio. Como el exorcismo fracasó, acusaron al hermano de Carlos, Luis de Orleans, de ser una influencia maléfica. Ante tal afrenta, los monjes fueron torturados y decapitados. En un bosque cercano a Dijon, dos hechiceros, Poncet du Solier y Jean Flandrin, convocaron al demonio en un círculo mágico. También su fracaso los condujo a la hoguera. En 1408, un monje lombardo, Maître Helye, aseguró que la causa del embrujo era una imagen de plata creada por orden del duque de Milán.

Los rezos y las procesiones para pedir por la salud del rey eran incesantes. En 1399, Carlos pasó una semana orando frente a un sudario traído especialmente desde París por los monjes de Citeaux. En ese entonces, el monarca se enteró del destino trágico de su yerno, Ricardo II, y enfermó otra vez. Carlos sufría alucinaciones, pero en general tenía conciencia de su estado. No obstante, cuando en 1397 percibió que algo raro le pasaba, solicitó que le retiraran su daga y le dijo al duque de Borgoña que les quitara los cuchillos a todos los miembros de la corte. Pidió a los gritos: “¡Ruego por Dios que si alguno de vosotros es responsable del mal que me aqueja, no me torture más y me deje morir en paz!”.

Entre brote y brote, Carlos tenía épocas de lucidez, a veces prolongadas y otras no tanto. En los períodos de cordura, se ocupaba del gobierno, presidía el Consejo Real y negociaba con las potencias extranjeras. En 1398, por ejemplo, viajó a Reims para tratar el asunto que proyectaba el ansiado final del Gran Cisma de Occidente que dividía a la Iglesia con el emperador Wenceslao, hombre inestable y violento, que pasaba más tiempo borracho que sobrio.\* En el 1400, los príncipes alemanes, hartos de la incompetencia, la afición a la bebida y la crueldad del emperador, lo depusieron, destino que Carlos VI logró evitar a pesar del argumento expresado por Pierre Salmon, que consideraba que si a Ricardo

---

\* Cuenta la leyenda que el emperador ordenó asar en un espeto a un cocinero que no había preparado una comida a su gusto. También se rumoreaba que mató a un monje durante una cacería y que su único comentario fue que los monjes no debían andar deambulando por el bosque sino que tenían que ocuparse de asuntos más elevados.

II de Inglaterra pudieron arrebatarle la corona, podría hacerse lo mismo con el rey de Francia. En sus períodos de normalidad, Carlos se refería a sí mismo como “el jefe de los reyes cristianos” que podría encabezar una cruzada contra los turcos “en defensa de la fe, de Hungría y del emperador de Constantinopla”.

Ahora bien, cada vez que se reponía de un ataque, se notaba que sus capacidades mentales habían disminuido. No lograba concentrarse, no razonaba con coherencia, y tenía mala memoria, características aprovechadas por rivales inescrupulosos para llevar agua a su propio molino. Así fue como Carlos se convirtió en una figura decorativa, incluso en sus épocas de cordura. En 1398, un súbdito anotó: “Ya hemos soportado bastante. El rey está completamente loco y el duque de Orleans es muy joven y no hace más que jugar a los dados e ir con prostitutas”.

El largo período de demencia de Carlos y su débil gobierno hundieron a Francia en las disputas internas y la guerra civil, y la invasión de fuerzas extranjeras. En el vacío político que se produjo debido a la locura del rey, la familia real fue testigo de la lucha entre distintas facciones cuyos miembros -Luis de Orleans y Felipe, duque de Borgoña, en particular- competían por el poder. La reina carecía de criterio político, y colaborar en la pacificación de su país de adopción quedaba fuera de sus preocupaciones frívolas y egoístas. En cambio, sí se ocupó de despachar seis caballos cargados con objetos de valor con destino a Baviera. Luis de Orleans estaba casado con una italiana, Valentina Visconti, una de las pocas personas capaces de apaciguar a Carlos cuando estaba en medio de una crisis nerviosa. La mujer tenía puestas sus ambiciones políticas en Italia y para financiar sus planes también saqueó las arcas reales francesas. Luis y el duque de Borgoña tenían objetivos muy distintos y planes incompatibles para Francia y para el extranjero. Entonces, desde 1401, o antes quizá, los asuntos de Estado se riñeron del creciente conflicto entre los dos nobles.

El desenlace fue violento. El duque Felipe de Borgoña murió en 1404, pero su hijo y sucesor, Juan el Atrevido, era un hombre ambicioso e implacable que llegó a controlar París y a reducir el poder de Orleans en el Consejo Real. Además, Orleans tenía los días contados: la noche del 23 de noviembre de 1407, cuando salió del Hôtel Barbette, fue asesinado en la Vielle Rue du Temple por una banda de hombres armados.

Todos estaban seguros de que el duque Juan había sido el responsable de la muerte de Luis de Orleans. El asesinato exacerbó las luchas intestinas. Cuando Juan regresó a París en 1408, un teólogo normando, Jean Petit, justificó la muerte de Luis por medio de un discurso escolástico. El rey, débil y confundido, no tenía idea de cuál era su lugar

en ese conflicto. El día acordado para que el duque se entrevistara con Carlos, este estaba muy enfermo, así que su hijo, el duque de Guyena fue en su lugar. Carlos creyó en las palabras del duque de Borgoña, sobre todo en que la muerte de Orleans había sido la respuesta a un complot que se estaba organizando para destronar al rey y sus herederos. Sin embargo, a pesar de haber perdonado al duque en un principio, después decidió revocar su decisión. Pasó un tiempo y las facciones rivales llegaron a un acuerdo durante una reunión celebrada en Chartres el 9 de marzo de 1409, en la que el representante del duque, Jean de Nielles, pidió disculpas por el asesinato, aunque siguió sosteniendo que el motivo había sido preservar el bien del reino. Carlos aceptó las disculpas y rogó a los hijos de Orleans, a pesar de su profunda tristeza, que también lo hicieran. La paz acordada, según el documento oficial, duraría para siempre.

Pero, claro está, la paz fue sólo una expresión de deseos, pues durante los veinticinco años siguientes Francia fue testigo de luchas internas que el impotente monarca no pudo controlar. A partir de entonces, la defensa de la causa de Orleans estuvo a cargo de su hijo Carlos y su suegro, Bernardo VII, conde de Armagnac y futuro condestable de Francia, cuyo nombre fue adoptado por el partido de Orleans. En 1411, se desataron conflictos de extrema violencia. La situación cambiaba día a día: a períodos de lucha seguían momentos de negociación y paz. El poder político fluctuaba según la fortaleza y el poder de los grupos rivales de la corte. El duque de Borgoña controló París en un principio, pero luego la perdió, y sus rivales lo acusaron de rebelde.

Las divisiones internas no eran el único peligro que asolaba a Francia: en el horizonte apareció la amenaza de Inglaterra, que aprovechó la situación para revivir los viejos reclamos por su derecho al trono francés. El ambicioso Enrique V de Inglaterra exigió la rendición de los territorios señalados en el tratado de Brétigny, firmado en 1360 por su bisabuelo, Eduardo III, y por Juan II de Francia. Sin embargo, eso no fue todo, ya que también reiteró la pretensión de la monarquía inglesa al trono francés.

Los hombres de Enrique V invadieron Francia el 14 de agosto de 1415 y capturaron Harfleur; como las tropas sufrieron las terribles consecuencias de una disentería, el rey inglés decidió atravesar Normandía y embarcarse en Calais rumbo a Inglaterra. El 24 de octubre de ese año, un día de lluvia intensa, el diezmado grupo se enfrentó a las fuerzas francesas, cuatro veces mayores en número, en un campo de batalla cercano a la villa de Agincourt. La amenaza inglesa sirvió para que los nobles franceses en pugna acordaran una reconciliación temporaria, pero sus caballeros eran indisciplinados y su equipamiento no estaba a la altura de los arqueros enemigos. Habiendo perdido sólo doscientos hombres, los

ingleses salieron victoriosos: mataron a siete mil soldados y tomaron prisioneros a varios nobles, entre ellos al duque de Orleans.

El triunfo inglés en Agincourt dejó a los franceses divididos y sin líderes. El escenario era trágico y complejo a la vez. La salud del rey seguía siendo precaria. El duque de Borgoña sólo daba importancia a sus propios intereses, y el duque de Guyena, sucesor de Carlos, parecía un hombre hábil pero falleció inesperadamente, igual que su hermano Juan, duque de Touraine, de modo que el delfín pasó a ser el hermano menor, Carlos, de catorce años. Por su parte, la reina Isabel, separada de su esposo, se alió con el duque de Borgoña. El delfín y el duque de Borgoña acordaron reunirse en Montereau-sur-Yonne el 10 de septiembre de 1419 y, cuando el duque se aproximaba al puente donde se realizaría el encuentro, lo mataron. La creencia generalizada fue que el asesinato había sido premeditado con el fin de liberar al delfín -que, según se decía, estaba al tanto del plan- y a los Armagnac de un rival peligroso y para vengar el asesinato de Luis de Orleans.

Sin embargo, la muerte del duque de Borgoña no fue de gran ayuda para sus enemigos, sino para los ingleses, quienes tomaron la ciudad normanda de Gisors y conquistaron gran parte del norte de Francia. La reina le envió una carta al rey inglés diciéndole que condenaba el asesinato del duque y que estaba dispuesta a aliarse con él. El desventurado rey de Francia, una vez más enfrentado con su hijo, favoreció al nuevo duque de Borgoña, Felipe, casado con la princesa Michelle. Felipe fue nombrado teniente general del reino (con lo cual el delfín quedó desplazado) y se dispuso a iniciar negociaciones con Enrique V para lograr una tregua.

Los ingleses salieron victoriosos en un país tan dividido como lo estaba Francia en ese momento. El 21 de mayo de 1420 se firmó el Tratado de Troyes, que establecía que Enrique ejercería la regencia durante el resto de la vida de Carlos y lo sucedería a su muerte. También por medio del tratado, el monarca francés se vio obligado a casar a su hija Catalina de Valois con Enrique V. Los hijos de ese matrimonio, celebrado el 2 de junio, tendrían derecho a las coronas de Francia e Inglaterra, un derecho que en efecto ejerció el desafortunado Enrique VI dos años después. Como parte del acuerdo, Carlos VI debió declarar la ilegitimidad del delfín.

El tiempo fue insuficiente para comprobar si sería posible cumplir adecuadamente con los términos del Tratado de Troyes. En cuanto a la condición mental de Carlos, es imposible saber cómo estaba en ese momento, pero, en apariencia, pasaba por uno de sus períodos de mayor lucidez, jugaba al tenis con el rey de Inglaterra, lo acompañaba en algunas misiones militares y salían juntos de cacería. Al poco tiempo, en la primavera de 1422, Enrique V enfermó y murió el 31 de agosto. Su sucesor



fue Enrique VI, un bebé de diez meses. El año anterior, Carlos había tenido mucha fiebre; para curarse, ingirió enormes cantidades de frutos cítricos, naranjas y granadas, ricas en vitamina C. Se recuperó, aunque en el otoño de 1422 contrajo fiebre cuartana, su última afección, porque murió el 21 de octubre. En Saint Denis, durante el funeral, el oficial principal del ejército real exclamó: “¡Dios salve a Enrique, por gracia de Dios rey de Francia e Inglaterra, nuestro soberano!”. Pero con el tiempo la herencia psicológica y territorial recibida conduciría a Enrique VI a un desenlace fatal.

No cabe duda de que la esquizofrenia que sufrió el rey de Francia durante tanto tiempo fue un componente de suma importancia -quizás el factor más significativo- en el desorden, las divisiones y el desgobierno que caracterizaron los treinta años de su reinado. Debieron pasar muchas generaciones para que desaparecieran los efectos adversos del desequilibrio mental de Carlos. Es irónico que mientras Francia recuperaba su integridad durante los reinados de dos sucesores de Carlos VI, su hijo Carlos VII y su nieto Luis XI, Inglaterra sucumbiera a las luchas entre facciones aristocráticas rivales que el rey inglés no sólo no logró controlar sino que alimentó con su propia insania.

¿Qué podemos decir de la herencia genética de Carlos VII y Luis XI? Aunque los expertos legales demostraron con facilidad que el padre de Carlos no tenía derecho a desheredar a su hijo, el delfín recibió un reino dividido y un territorio ocupado, problemas que en un primer momento no supo resolver. Aun así, gracias a ciertas manipulaciones políticas acertadas, al surgimiento de un fervor nacionalista apoyado en la figura de Juana de Arco -mitad mística, mitad patriótica, y mitad hombre, mitad mujer- y a la deserción del duque de Borgoña de la alianza con Inglaterra, el poder inglés en Francia fue debilitándose. Así, Carlos VII recuperó su autoridad y reconstruyó la administración del gobierno.

Carlos VII fue un buen monarca en muchos sentidos, pero ciertos rasgos extraños de su personalidad indican que heredó algo de la debilidad mental del padre. Etienne Pasquier, abogado y hombre de letras francés, escribió en 1621 que creía que Carlos estaba loco. El biógrafo decimonónico de Carlos VII, Fresne de Beaucourt, aseguró que el rey era como muchos hombres en uno. En la descripción que el historiador inglés Malcolm Vale hace del retrato de Carlos exhibido en el Louvre, se lee lo siguiente: “Los ojos pequeños, con párpados caídos, que se asemejan a los de un roedor, la nariz larga y bulbosa, los labios gruesos y la palidez son todos rasgos que excluyen al protagonista del retrato del grupo de

representantes del tipo de fisonomía real más elegante”. El carácter del rey era un fiel reflejo de su retrato: poco sociable, inconsistente, voluble, irresponsable, desconfiado, resentido y, por otro lado, exageradamente sensual. Incluso podríamos arriesgarnos a decir que estaba obsesionado con el sexo. Su corte no gozaba de buena reputación. El cronista Chastellain sostiene que en materia de vestimenta, la amante de Carlos, Agnès Sorel, era libertina y disoluta, algo sobre lo que Juvenal des Ursins se explayó: “Dejaba ver los pechos hasta los pezones y usaba vestidos con cola de piel, fajas y otros elementos”.

La verdadera evidencia de la anormalidad del monarca es su inseguridad fóbica. Como Jacobo I de Inglaterra, Carlos VII temía que lo asesinaran, un miedo no del todo injustificado, dada la corte violenta y traicionera en la que se crió. Nunca debe haber olvidado el brutal asesinato del duque de Borgoña en el puente de Montereau, en el que seguramente tuvo algo que ver. De hecho, les tenía fobia a los puentes. Chastellain comenta que Carlos no quería pisar suelos ni atravesar puentes que no fueran firmes. En octubre de 1422, en el momento en que el rey estaba reunido con la corte en una sala de un piso superior del palacio La Rochelle, el suelo cedió; de inmediato, Carlos ordenó celebrar una misa especial en la Santa Capilla de Bourges para conmemorar la ocasión en que “Dios nos salvó del peligro al que nos enfrentamos en La Rochelle, cuando caímos de un piso alto al piso inferior”. Algunos de los presentes murieron; entre ellos, lord Preaulx, y el rey sufrió contusiones.

Carlos VII puede haber heredado algún trastorno neuronal, pero tuvo buena salud hasta los últimos días de su reinado, eso si no tenemos en cuenta la antropofobia o la neurosis social que padecía. A fines de la década de 1450, sin embargo, sufrió una inflamación dolorosa y heridas supurantes en las piernas, una infección en la boca y el maxilar inferior con abscesos, quizá también osteomielitis, todos síntomas asociados con una enfermedad venérea, probablemente sífilis.

El rey fue desheredado por su padre en enero de 1421, y la relación con su hijo y sucesor, Luis XI, fue complicada. Pocas familias reales fueron tan infelices como la de los Valois. Hay indicios de que Luis XI heredó algunos trastornos nerviosos. A pesar de ser un rey competente y de haber seguido los pasos de su padre en la restauración de la autoridad de la corona, era neurótico, víctima de innumerables fobias, causadas quizá por la atmósfera de intrigas de la corte, al mejor estilo Kremlin, o por su herencia genética. Era inteligente y decidido pero muy desconfiado y supersticioso. No era atractivo, padecía una enfermedad cutánea que él temía que fuese lepra y además presentaba signos típicos de la epilepsia. Según el historiador francés Charles Petit-Dutaillis, Luis XI era víctima

[de una] neuropatía, que se evidenciaba en las conversaciones triviales de las que nadie estaba a salvo y que a veces le costaban caro, o en su búsqueda de acción, que en ocasiones lo llevaba a largas expediciones de caza, agotadoras para sus acompañantes, o a viajes interminables por el reino. Siempre estaba tenso, sospechaba de todos, quería tener el control e intervenía hasta en los asuntos más insignificantes.

Como su padre, Luis era “muchos hombres en uno”, una mezcla de contradicciones: informal y distante, cruel y amigable, temeroso y valiente. Las rarezas de su carácter; su tendencia al engaño, que le valió el apodo de “la araña universal”; su vestimenta, tan inadecuada para un rey; su rechazo por el ceremonial y, finalmente, su mal humor sugieren que era neurótico, un legado de su padre y su abuelo. No profundizaremos en la justificación de ese argumento, pero es posible que los genes de Carlos VI hayan sido la causa de la particular idiosincrasia de su hijo y su nieto.

## 6

### Locura española

El Viernes Santo de 1555, en el oscuro y lúgubre palacio de Tordesillas, la luz de las antorchas parpadeaba sobre las paredes de la alcoba. Allí, en la cama decorada con ricos tapices, agonizaba una anciana. La mujer era Juana, reina de Castilla, a quien, debido a su locura, habían encerrado allí durante cuarenta y seis años. Unos trece años después de la muerte de Juana, su bisnieto, don Carlos, también debido a una incapacidad mental, se retorció en una cama del castillo de Arévalo, donde fue confinado por orden de su padre, Felipe II. El castillo donde don Carlos estuvo encerrado también fue el sitio donde tiempo atrás, después de enviudar, la abuela de la reina Juana, la segunda esposa del rey Juan II de Castilla, estuvo encerrada por demente. Esos confinamientos son el símbolo de los desórdenes nerviosos y psicóticos que, en mayor o menor medida, persiguieron a muchos miembros de la familia real española en los siglos siguientes.

Con la posible excepción de Enrique VIII, cuya personalidad fue aberrante en algunos aspectos, la familia real inglesa no sufrió desequilibrios mentales hasta la llegada de Jorge III, quien tuvo episodios de aparente locura. Entre los Valois y los Borbones de Francia, a excepción de la depresión que afectó a algunos de los príncipes de la Casa de Borbón, no hubo reyes locos. En Europa septentrional, el rey sueco Erik XIV tuvo un ataque de locura, y el equilibrio mental de los zares rusos Iván el Terrible y Pedro el Grande es dudoso. Pero los Habsburgo de España y sus sucesores, los Borbones, no gozaron de buena salud física ni mental, algo que dejó su huella en el vasto imperio que gobernaron.

Juana de Castilla fue la tercera hija de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, los reyes que inauguraron un único Estado español mediante la unión dinástica. Juana no era una princesa de la Casa de Habsburgo, pero se casó con un príncipe de esa dinastía. Desde los primeros años de su vida, fue una especie de pieza de ajedrez con la que sus padres jugaron la partida de la política europea con el fin de ganar poder e influencia para

la corona española. En 1495, Juan, hermano mayor de Juana, se casó con Margarita, hija de Maximiliano I, el emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. A los dieciséis años, Juana contrajo matrimonio con el primogénito de Maximiliano, el archiduque Felipe. Su hermana mayor, Isabel, se casó con el rey de Portugal y tuvo un hijo, Miguel. Juan, heredero de los dominios españoles, falleció seis meses después de celebrar su boda, y su esposa dio a luz a un niño que nació muerto. Isabel de Portugal murió en 1498 y su hijo, Miguel, corrió la misma suerte dos años más tarde. Así, Juana de Castilla quedó como única heredera al trono de un vasto imperio que comprendía también territorio americano. Además, su esposo Felipe, príncipe de Flandes y duque de Borgoña, era el probable sucesor del Sacro Imperio. De este modo, Juana y Felipe tenían ante sí la herencia más grande del mundo.

Pero ni Juana ni Felipe estaban preparados para tamaña responsabilidad. Felipe era un muchacho rubio y bien parecido, y además, un donjuán artero y egoísta. En palabras de un contemporáneo suyo: “Nada le gustaba más que el rostro de una mujer bonita”. “Lo llevaban -dijo Fuensalida en febrero de 1505- de banquete en banquete y de dama en dama”. Juana no tardó en mostrar signos de neurosis que si bien pudo haber heredado, la experiencia personal y política posterior los intensificaría hasta convertirla en maníaco depresiva. En 1499, un sacerdote comentó que parecía “tan temerosa que iba siempre con la mirada baja”. Juana era respetuosa con sus padres, se sentía intimidada por el poderoso y ambicioso rey Fernando y era muy afectuosa con su esposo. Del matrimonio con Felipe nacieron cinco hijos, el segundo de los cuales, Carlos, sería luego rey de España y emperador del Sacro Imperio.

A poco de casarse, la princesa comenzó a sentir celos obsesivos por la conducta de su esposo y no soportaba estar un minuto sin él. Felipe viajó a Castilla, sabía que, como esposo de Juana, probablemente se convertiría en príncipe consorte del reino a la muerte de Isabel. Pero no le agradaban sus costumbres ni su gente, de modo que regresó a su tierra y dejó a su esposa en España. Separada de Felipe, Juana sufría de angustia, estaba muy nerviosa, tenía insomnio y perdía el apetito. Pasaba los días abatida, con la cabeza gacha, sufriendo por no estar junto a él. Cuando la reina Isabel prohibió a su hija viajar a Flandes porque era invierno y las tormentas acechaban, Juana demostró cuán precario era su equilibrio mental: salió del Castillo de la Mota, en Medina del Campo, donde vivía, y permaneció toda la noche y la mañana siguiente sentada en el patio junto al portón, con gesto huraño, a pesar de que le habían ordenado que regresara. No fue sino hasta que su madre le prometió que la dejaría ir a reunirse con su marido en Flandes que la melancolía pareció desaparecer.

No obstante, en Flandes, se condujo de tal modo que su marido sospechó que podría estar loca. Claro está que el propio Felipe contribuyó al desequilibrio de su esposa. En las crónicas aparece registrado que “doña Juana se dio cuenta de que algo había cambiado en el príncipe. Él ya no la trataba como antes, y ella, perdidamente enamorada, se dispuso a descubrir cuál era la causa del cambio de conducta de su marido. Se enteró de que el archiduque Felipe tenía una amante, una mujer bellísima, noble, por quien él sentía un amor apasionado”. Se comenta que cuando Juana vio a la supuesta amante, ésta enseguida escondió una esquila en su escote; presa de sus sospechas, se la arrancó del corsé, pero la mujer la recuperó y se la tragó. Juana, llena de ira, atacó a su rival con unas tijeras y le cortó un mechón de cabello. Cuando la mujer trató de defenderse, la princesa le clavó las tijeras en la cara. Según se comenta, tan furiosa estaba que, fuera de control, persiguió a su enemiga, la insultó e injurió. Luego ordenó que la raparan. No es de extrañar entonces que la relación entre Juana y Felipe fuera cada vez más tensa. A Juana la afectaba tanto la forma en que la trataba su marido que se metió en la cama y enloqueció. Felipe, temiendo que ella estuviese perdiendo el juicio, ordenó a su tesorero que llevara un diario para registrar la evolución de la locura de la princesa.

Al estrés personal hay que añadir la crisis política que se desencadenó a la muerte de Isabel de Castilla, el 23 de noviembre de 1504. Juana, al menos formalmente, asumió como reina de Castilla, con toda su riqueza y enormes recursos, pues era Castilla la que estaba a cargo de la colonización y la explotación de las tierras de América, descubiertas poco tiempo atrás. Isabel nombró a Juana en su testamento como “heredera y sucesora legítima”, con la condición de que en caso de ausencia o incapacidad “administrase el reino Fernando de Aragón”. Esa cláusula es prueba de que Isabel dudaba de la capacidad de su hija, y constituyó una invitación a Fernando a hacerse cargo del reino en nombre de Juana.

Tras la muerte de Isabel, Juana empezó a recibir tantas presiones de su esposo, que tenía sus propios planes para Castilla, y de su padre, que estaba decidido a retener su poder en los dos reinos, que no pudo soportarlas y se hundió cada vez más en una depresión de la que nunca logró liberarse por completo. De la boca para afuera, Fernando aseguraba que defendía los derechos de su hija, y que sólo actuaba como regente. Por su parte, Felipe defendía los intereses de su esposa para poder actuar como príncipe consorte, pero para justificar su propio derecho a actuar en nombre de Juana usó la información que el tesorero había recopilado para cuestionar la salud mental de la reina. “En España -escribió Juana angustiada el 3 de mayo de 1505- se dice que no estoy en mis cabales [...]. Sé que el rey, mi señor marido, escribió a España quejándose de mí para

justificarse, cuando sus palabras no deberían haber llegado más que a oídos de nuestra familia [...], y todo se debe a los celos”. Pero lo único que podía hacer para proteger su herencia era protestar, mientras su padre y su esposo trataban de llegar a un acuerdo sobre el futuro gobierno del reino que le correspondía. Felipe y Fernando cambiaban cada tanto de parecer, pero ninguno se mostró compasivo y menos aún comprensivo con la desafortunada reina. Irritado, Felipe escribió: “Cuando Juana está encinta, se altera sin ningún motivo”.

Felipe decidió viajar a España para defender sus intereses y los de su esposa. Al llegar, acechaba el peligro de una guerra civil, a pesar de que Fernando y Felipe habían firmado la concordia de Villafáfila el 27 de junio de 1506, por medio de la cual no sólo se repartían el poder, sino que declaraban que Juana era incapaz de gobernar debido a su incapacidad mental. Tal como se afirmaba en un documento de la época, “Si ella decidiera intervenir en el gobierno del Estado, eso sería la destrucción y perdición del reino, debido a las enfermedades y pasiones que aquí no se expresan por indecorosas”.

No cabe duda de que Juana era neurótica y muy ansiosa por naturaleza, pero su tendencia a la neurosis se acentuó por el trato que le daban su padre, manipulador y sediento de poder, y su esposo, infiel e indiferente.

Confundida como estaba, Juana aún reclamaba el derecho a gobernar el reino de su madre, pero no se decidía a asociarse con su padre o con su esposo para que la acompañaran en la administración. Los dos hombres, que aseguraban que estaba loca, seguían con sus disputas. Un día, por temor a que Felipe la encerrara en Cogeces, se apeó inesperadamente, se rehusó a entrar en la ciudad y pasó la noche huyendo, montada en una mula. A los pocos meses, estando en Burgos, Felipe contrajo viruela o sarampión y murió el 25 de septiembre de 1506. Juana, que se había dedicado con afán a cuidar a su esposo enfermo sin dejarlo solo en ningún momento, no hallaba consuelo. Dejó Burgos a fines de diciembre con la intención de enterrar a su marido en Granada, donde también descansaban los restos de Isabel. En el camino, se detuvo en la cartuja de Miraflores, donde mandó abrir el féretro de Felipe. Miró y tocó el cuerpo sin signos de emoción y sin derramar una sola lágrima. Es probable que haya querido abrir el ataúd por temor a que los flamencos se hubiesen llevado en secreto el cadáver de Felipe a su tierra, pues ya le habían embalsamado el corazón y lo habían llevado allí. La deprimente travesía de Juana no llegó a Granada, pues al arribar a Torquemada, debió detenerse para dar a luz a Catalina, nacida el 14 de enero de 1507.

El rey Fernando se encontraba en sus dominios italianos cuando se enteró, sin mucha pena, de la muerte de su yerno. Ordenó a los castellanos que obedecieran a Juana, aunque, por cierto, no tenía la intención de dejarla gobernar. Cuando Fernando regresó a España, persuadió a su hija de que lo acompañara al palacio de Tordesillas, a unos cuarenta kilómetros de Valladolid, palacio que sería su hogar -si se le puede llamar así- los cuarenta y seis años siguientes. Juana se dio cuenta de que su padre tenía la intención de mantenerla en cautiverio y entró en un período de fuerte depresión. Su marido fue por fin enterrado en el claustro del monasterio cercano de Santa Clara, que la reina miraba, triste, desde su ventana, y se sumió en una profunda melancolía. “La reina -según quedó registrado en noviembre de 1510- se negaba a comer, a dormir y a vestirse con propiedad, y estaba muy débil y alterada [...]. El tipo de vida que llevaba, las miserables ropas tan poco dignas de una reina y el estado lamentable en que se encontraba hacían pensar que no había muchas esperanzas de que sobreviviera mucho tiempo”.

Sin embargo, ella logró sobrevivir en una cápsula de tiempo mental. Fernando gobernó Castilla en nombre de su hija. En 1505, el rey volvió a contraer matrimonio, esta vez con la princesa francesa Germana de Foix, con la esperanza de engendrar un heredero, pero el hijo de ambos, nacido en 1509, tuvo una muerte precoz. Además, el filtro de amor que suministraban al rey, una combinación de varias hierbas y extracto de testículo de toro, en lugar de incrementar su potencia sexual, la debilitó. Fernando y Germana visitaron a la reina en enero de 1513. Tres años más tarde, a la muerte de Fernando, sus tierras quedaron en manos del hijo mayor de Juana, Carlos. “Yo soy la única reina y mi hijo Carlos no es más que un príncipe”, señaló ella, pero sus protestas fueron vanas, pues Carlos no tenía la intención de ceder un ápice. Hacía muchos años que no veía a su madre, y cuando finalmente fue a verla, el aspecto consumido y su forma de vestir le dejaron una impresión amarga. Como Carlos encontró deprimente el ambiente de Tordesillas, propuso a su hermana Catalina, que siempre había acompañado a Juana, que abandonara esa residencia. La idea de Carlos hizo que su madre se pusiera histérica.

Dejaron así a la reina aislada del mundo exterior, pues no le hacían llegar noticia alguna. La tenían bajo vigilancia permanente y ni siquiera le permitían asistir a misa en Santa Clara. El marqués de Denia, a cargo de la guardia, escribió: “Usaré todos los medios para evitar que salga, y aunque me cueste encontrar excusas, me las ingeniaré para inventar algo con tal de conservar un marco de decoro”. La reina empeoró aún más: perdió el apetito, no dormía como era debido y, el síntoma más alarmante, según el juicio de Denia, es que no quería ir a misa.



Al tiempo, durante un sorprendente aunque breve período, la reina loca y olvidada volvió a aparecer en escena. El gobierno de su hijo contaba con tan poca aceptación que hasta hubo una rebelión armada contra él y sus detestados consejeros flamencos. Los rebeldes usaron como pretexto los derechos de la reina Juana y con el fin de liberarla, para que pudiese hacerse cargo de la administración del reino, tomaron Tordesillas. En un principio, la pobre reina, confundida, reaccionó favorablemente a los requerimientos de los responsables de la rebelión. Según un informe, Juana comentó: “Han pasado dieciséis años de engaños y maltrato, y doce años de encierro en Tordesillas”. El regente de Castilla, el cardenal Adriano, le dijo a Carlos:

Lo peor de todo es que los rebeldes reclaman la devolución de la autoridad a la reina, nuestra señora, pues sostienen que ella está en su sano juicio y tiene la capacidad necesaria para gobernar, por lo que exigen que Su Alteza sea depuesto de su dignidad monárquica. En rigor de verdad, no sería adecuado calificarlos de rebeldes, pues responden a las órdenes de la reina [...]. Casi todos sus funcionarios y servidores [...] repiten que se la ha perjudicado encerrándola durante catorce años so pretexto de que estaba fuera de su juicio y que todos esos años ella ha estado tan sana como en el momento de su boda.

Por cierto, Juana estaba muy confundida por el inesperado rumbo que habían tomado los acontecimientos, de modo que no supo muy bien cómo conducirse. Al principio se mostró comprensiva con los rebeldes, hasta que, con el tiempo, los repudió.

Después de la derrota de los sublevados en Villalar el 23 de abril de 1521, Juana regresó a su mausoleo de Tordesillas, donde vivió treinta y cuatro años más, sin poder salir del palacio. Denia explicó: “Durante mi ausencia, se volvió muy arrogante, razón por la cual todos aquí han tenido problemas serios con ella”. Juana siguió indiferente a todo lo que la rodeaba y sin ocuparse de su persona. Catalina finalmente decidió abandonar el encierro y se casó con su primo, el rey Juan III de Portugal. Juana fue cayendo más y más en un mundo de fantasía, producto de su naturaleza maniaco depresiva. Ni el consuelo de la religión aquietaba su perturbado espíritu. En palabras de Denia, “mientras se oficiaba el servicio religioso de Nochebuena en la capilla, ella irrumpió para llevarse a la infanta Catalina, que estaba oyendo misa, y dijo a los gritos que el altar y todo lo que estaba sobre él debía ser retirado de inmediato”. La indiferencia e incluso la hostilidad que mostraba hacia la religión llevaron a sospechar que podría estar poseída por el demonio. Ella misma aseguraba que la

asediaban espíritus malignos. Se le aparecía la imagen de un gato espectral que devoraba el alma de Isabel, despedazaba el cuerpo de su padre y estaba al acecho para desmembrar el de Juana. Francisco Borja, el jesuita español que luego fue santificado, la encontró en estado de enajenación cuando la visitó ya en los últimos años de la vida de la reina.

Precisar la naturaleza de su enfermedad ha sido problemático para los historiadores. Hubo quienes pensaron que nunca estuvo loca sino que fue víctima del maltrato de su marido, su padre y hasta de su hijo. Otros propusieron que tenía brotes esquizofrénicos, pero lo más probable es que haya sido depresiva y que finalmente se haya convertido en maniaco depresiva crónica.

La reina murió el Viernes Santo de 1555 a los setenta y seis años. A su muerte, Carlos le comentó a su hermano Fernando que mientras Juana agonizaba, la nube que enturbiaba la mente de su madre se disipó y que ella pronunció el nombre del Salvador. Si bien Juana nunca ejerció el poder como reina de Castilla, su locura ha tenido un impacto incalculable en la historia mundial, pues hizo posible que Carlos accediera al trono y reinara durante un largo período. Si hubiese actuado como reina hasta su muerte, en 1555, año en que Carlos abdicó como emperador y un año antes de la cesión de los reinos de España, la historia europea podría haber tomado un curso distinto. El hermano menor de Carlos podría haber asumido como rey de Aragón y la precaria unión española se habría quebrado. Además, es probable que los recursos, en particular los de Castilla, no se hubiesen despilfarrado en una serie de guerras imperiales que sólo sirvieron indirectamente a los intereses del país, pues en tanto Aragón miraba a Italia y al Mediterráneo, los intereses de Castilla se centraban en los ricos, vastos y casi inexplorados territorios americanos. Por supuesto, estas son meras especulaciones; la realidad es que la mujer que agonizaba en Tordesillas nunca detentó el poder que era suyo por derecho propio debido a su incapacidad mental.

En distintas circunstancias, aunque por razones similares, el bisnieto de Juana, don Carlos, también se vio privado de los poderes que le correspondían como heredero legítimo del trono imperial español. Sin embargo, la historia de don Carlos fue muy diferente de la de su bisabuela, pues se convirtió en motivo de una “leyenda negra”, mediante la cual los enemigos de su padre, Felipe II, intentaron manchar la reputación del rey esparciendo el rumor de que era un tirano cuyo hijo fue víctima de su ira y su intolerancia. Novelistas y dramaturgos usaron la vida de don Carlos como tema de sus obras. En la pieza teatral *Felipe II*, Alfieri recurre al

conflicto entre padre e hijo para representar la lucha entre el bien y el mal, la luz y las sombras, el liberalismo que el autor veía encarnado, aunque equivocadamente, en don Carlos y el despotismo personificado por Felipe II. El *Don Carlos* de Schiller, con un trasfondo más trágico, presenta a Carlos como simpatizante del liberalismo protestante y enamorado de su bella y altruista madrastra, Isabel de Valois, la tercera esposa de Felipe. En la obra, Carlos e Isabel son ejecutados por orden del cruel rey, y su muerte es un símbolo del sacrificio en nombre del amor y la libertad.

La realidad fue mucho más prosaica aunque no menos dramática, dado que la corta vida de Carlos fue un buen ejemplo de cómo los príncipes más ricos y poderosos acechados por la tragedia personal pueden llevar a desencadenar repercusiones públicas y políticas. La reina Juana nunca pudo ejercer su autoridad monárquica. Don Carlos nunca asumió como rey, pero durante toda su vida fue el heredero al imperio más vasto y rico del mundo. El encierro de Juana en Tordesillas fue la forma de evitar que fuese una verdadera reina; el trágico fin de don Carlos, en cambio, se debió a que llegaría a ser rey en un futuro próximo.

Carlos nunca estuvo completamente loco, pero era evidente que padecía de un grave desorden de personalidad congénito, que se intensificó a partir de 1562, cuando por un accidente doméstico, sufrió un traumatismo de cráneo. Si bien no hay certezas, es posible que haya heredado la naturaleza temperamental de su bisabuela, y aunque Carlos V y Felipe II no hayan mostrado signos de locura incipiente, el factor genético no debe descartarse de plano. La madre y la abuela de don Carlos fueron princesas portuguesas en cuya familia aparecieron algunos casos esporádicos de insania. Podría decirse que la debilidad mental del heredero era de origen orgánico, y hay una leve probabilidad de que fuese autista. Más probable aún, aunque las evidencias no son nada contundentes, es que tuviese una disfunción cerebral congénita. Su madre, María de Portugal, tuvo un parto muy complicado, y la partera que la asistió en el alumbramiento no era muy experimentada (las damas de honor de la reina se habían ido para participar de un *auto da fe*). María falleció cuatro días después de nacido Carlos. Aun cuando no hay pruebas fehacientes de que el niño padeciera una disfunción cerebral, su conducta, tanto de pequeño como de adulto, se ajusta perfectamente a los síntomas de los pacientes con daño cerebral, en general causados por falta de oxígeno y bajos niveles de glucemia. En esos casos, el sistema límbico toma el control y provoca, según las circunstancias, violencia y actitudes irracionales en las personas. Los niños con ese tipo de afección suelen presentar una impulsividad y una hiperactividad difíciles de controlar, son agresivos con los que los rodean y tienen impulsos violentos, problemas de aprendizaje y

de conducta. Aunque la hipótesis es puramente especulativa, de alguna manera explica las rarezas de la personalidad de Carlos, que pudieron observarse incluso cuando era muy pequeño. En él se combinaron la debilidad física y la mental, lo que contribuyó a crear una personalidad y una conducta que fueron en verdad problemáticas para su padre y para el imperio.

Si bien es cierto que Carlos creció sin madre, su institutriz, doña Leonor de Mascareñas, se hizo cargo del cuidado de la criatura. Era una mujer muy devota -estuvo a punto de entrar en un convento- y había sido también institutriz de Felipe. Por pedido de Felipe, se ocupó de Carlos como lo hubiese hecho su madre. El príncipe sintió cierta estima por doña Leonor, a quien le asignó algunas reliquias sagradas en su testamento. “¿Qué será de mí sin mi madre, con mi abuelo en Alemania y mi padre en Monzón?”, se lamentó Carlos cuando ella dejó su hogar. Cuando cumplió siete años, le retiraron la tutela femenina y lo pusieron a cuidado de don Antonio de Rojas, a quien Carlos legó en su testamento una reliquia de la Corona de Espinas. El encargado de supervisar su educación fue Honorato Juan, miembro de una familia noble española y discípulo del humanista español Luis Vives; el instructor religioso fue Juan de Muñatones.

El heredero veía bastante poco a su padre, pues Felipe II no pasó mucho tiempo en España antes de su coronación. En 1554, Felipe contrajo matrimonio con María I Tudor, reina de Inglaterra, a quien don Carlos no conoció jamás. Según el pacto matrimonial, si Felipe y María tenían descendencia, algo que la reina deseaba fervientemente, el primogénito heredaría el trono de Inglaterra, los Países Bajos y el Franco Condado; España y sus dominios serían para Carlos. En caso de que el matrimonio no tuviese hijos, los derechos de Felipe sobre Inglaterra perderían validez.

Desde muy pequeño, Carlos fue difícil y temperamental -lo que confirmaría la hipótesis de la disfunción cerebral congénita-. El embajador de Venecia, Paolo Tiepolo, impresionado, informó a su gobierno que Carlos ya tenía dientes al nacer y que mordía y lastimaba los pechos de sus nodrizas. El niño tardó en hablar y fue tartamudo de joven. Tenía una buena voz, pero le costaba pronunciar las palabras, y en especial los sonidos “r” y “l”. Tiepolo comentó que la primera palabra que pronunció fue “no”.

Carlos era muy terco y se resistía al estudio. El embajador veneciano escribió en 1563 que “cuando Carlos entró en la pubertad, no se interesaba en los libros ni en las armas, ni en la equitación, ni en nada que fuese virtuoso, honesto y bueno; lo único que le atraía era hacer daño a los demás [...]. Se muestra reacio a hacer nada que sea de provecho y tiene gran inclinación a molestar a las personas. Habla con dificultad”. Por su

parte, Honorato Juan aseguró: “No progresa como yo esperaba”. Don García de Toledo afirmó: “No avanza en los estudios porque no se dedica lo suficiente. Lo mismo puede decirse de los ejercicios físicos en general y de la esgrima en particular”. Y el embajador inglés dejó registrado en 1563: “Es ingenioso y de exigencias singulares, pero poco afecto a la lectura”.

Carlos admiraba profundamente a su abuelo por las victorias militares obtenidas, y manifestaba su deseo de parecerse a él. Cuando Carlos V abdicó, se retiró al monasterio de la orden de San Jerónimo, en Yuste, España. Don Carlos estaba tan ansioso por ver a su abuelo que al nuevo tutor, don García de Toledo, le costó mucho evitar que el joven montara su caballo y partiera a ver a su ilustre antepasado.

Finalmente, en octubre de 1556, se concretó un encuentro en Valladolid. Don Carlos, lleno de ardor marcial, escuchó con mucha atención el relato de las campañas militares del emperador. Pero cuando este confesó que en una ocasión se había visto obligado a replegar sus tropas, el nieto se enfadó y juró que él nunca huiría. En ciertas circunstancias, replicó el abuelo, es conveniente retirarse. Ante lo cual Carlos se mostró irritado. “Tengo la impresión -dijo el emperador a su hermana, Eleonora de Francia- de que es un joven turbulento; no me agradan sus modos ni su carácter; no sé en qué va a terminar”.

Don Carlos no tenía un aspecto atractivo; en realidad, era casi deforme. De cutis muy pálido y tenía la cabeza demasiado grande, un hombro más alto que el otro, las piernas largas, flacas y de distinta longitud, y la mano derecha atrofiada. De niño había estado tan enfermo que se creyó que no viviría mucho tiempo. Según el embajador veneciano, “el príncipe es de baja estatura, su estampa es horrible, desagradable y tiene humor biliar, seguramente porque desde los tres años de edad tuvo reiterados accesos de fiebre cuartana que afectaron su espíritu”. Aunque parecía que sería más bien bajo y delgado, empezó a engordar con el paso de los años, “algo que no es de extrañar, vista su glotonería”, comentó el enviado inglés Thomas Chaloner en noviembre de 1562. El apetito voraz de don Carlos estaba en boca de todos, por ejemplo, del barón de Dietrichstein, embajador imperial: “No bien ha terminado, está listo para empezar a comer otra vez, y esa glotonería es la causa de sus problemas de salud. Muchos creen que si sigue así, no vivirá muchos años”.

No obstante, lo que causaba más preocupación era su tendencia a obrar precipitadamente y su mal genio, que revelaban una veta sádica de su personalidad. Le divertía mirar cuando azotaban a muchachas jóvenes delante de él. Según Badoaro, otro enviado veneciano: “La palidez de su rostro es signo de crueldad [...]. Cuando le traían conejos y otros animales de caza, le provocaba placer ver que los asaban vivos [...]. Su altanería no

tiene límites: no soporta permanecer mucho tiempo en presencia de su padre o su abuelo, con el sombrero en la mano como muestra de respeto. Es mucho más colérico que lo normal en un hombre de su edad". Según Tiepolo, "cuando le parece que alguien no le rinde los honores que él piensa que se merece, ordena que le peguen con un látigo o con un palo en la planta de los pies, y hasta llegó a pensar en la castración como castigo. No siente afecto por nadie y, en cambio, detesta a muchos". Cuando el cardenal Espinosa prohibió al actor Cisneros representar una obra en su presencia, Carlos echó mano a la daga que llevaba bajo su capa y amenazó de muerte al cardenal. A Juan Estévez de Lobón, su tesorero, le avisó que lo arrojaría por la ventana, bravata con que también enfrentó al hijo del marqués de Las Navas. En sus libros contables figuran pagos en concepto de indemnización a personas cuyos hijos fueron golpeados por orden suya. Carlos trataba de la misma forma a los animales: mutilaba con tanta furia a los caballos que no le agradaban -en los registros figuran veintitrés caballos mutilados- que había que sacrificarlos.

Las historias sobre su extraña conducta pasaron a formar parte de la leyenda y si bien algunas no son del todo confiables, sirven para dar una idea de la naturaleza patológica del príncipe. Se comentaba que Carlos mandaba hacer sus botas a la moda, y pedía que tuviesen una caña ancha donde guardar pequeñas pistolas. Cuando el padre se enteró de ese pedido, ordenó al zapatero que no lo tuviese en cuenta. Al recibir el siguiente par de botas, el príncipe se enfureció tanto que mandó a cortarlas en pedazos, *fricasser comme tripes de boeuf* ("las saltearan como si fuese tripa de vaca"), y ordenó al pobre zapatero que se las comiera. En otra ocasión, arrojaron agua por accidente desde el balcón de una casa y el agua cayó cerca de Carlos, que amenazó con ejecutar a los culpables y agregó que gracias a su clemencia se les permitiría recibir los últimos sacramentos antes de la ejecución. Cuando Pierre de Bourdeille, señor de Brantôme, visitó España en 1564, relató que el príncipe solía andar por las calles acompañado de un grupo de jóvenes incivilizados con quienes se dedicaba a molestar a los transeúntes y besar a las muchachas que pasaban. Sin embargo, en palabras del enviado francés: *le plus souvent il est si fou et si furieux, qu'il n'y a celui qui ne juge mal fortunée la femme qui aura a vivre avec luy* ("está casi siempre tan enajenado y furioso que no hay quien no crea que la mujer que deba vivir con él será muy desafortunada").

El tema fundamental aquí es que Carlos no recibía afecto. Es verdad que el afecto era difícil de encontrar en las cortes del siglo XVI, pero él además carecía de gracia y encanto, y no había circunstancia en que no se hiciera evidente su condición de joven psicópata. Su tía Juana trataba de ayudarlo, pero él la rechazaba. La relación con Felipe, su padre, siempre

fue muy distante. La única persona que parecía estimar era su madrastra, Isabel de Valois, que también lo apreciaba a él. Entre los documentos hallados después de la muerte de Carlos, había uno que llevaba por título “Lista de mis amigos”, en el que figuraban la reina Isabel “que siempre fue buena conmigo” y don Juan de Austria (el atractivo y elegante hijo natural de Carlos V y tío de don Carlos). También había otra lista, la de los enemigos, que empezaba con un nombre que evocaba un mal presagio: el rey, mi padre. Seguía con Ruy Gómez de Silva, la princesa de Éboli y el duque de Alba.

Niño difícil y adolescente perturbado, Carlos empeoró después de un grave accidente ocurrido en 1562. El domingo 19 de abril, estando en Alcalá de Henares, a treinta kilómetros de Madrid, donde fue enviado para recuperarse de un episodio de fiebre cuartana, cayó mientras bajaba una escalera para espiar a Mariana de Garcetas, la bonita hija del conserje del palacio, a la que probablemente ya conocía.<sup>1</sup> Descendió la escalera con tal premura “por perseguir con gran urgencia a una muchacha”, como informó el embajador inglés sir Thomas Chaloner a la reina Isabel, que trastabilló en el último tramo, cayó a los tumbos, dio de cabeza contra la puerta que daba al jardín (que estaba cerrada con llave, así que su persecución hubiese terminado allí, de todas maneras) y sufrió un traumatismo en la parte posterior izquierda del cráneo.

Durante un tiempo se pensó que el príncipe no lograría sobrevivir. Felipe II envió a su médico personal, Juan Gutiérrez, y a dos cirujanos reales, Pedro de Torres y el doctor Portugués, para que asistieran a los dos médicos que estaban a cargo del caso, uno de los cuales, Daza Chacón, más tarde escribió una descripción detallada de la enfermedad de don Carlos.<sup>2</sup> La herida era “del tamaño de una uña; los bordes con contusiones y el pericráneo estaba expuesto y también presentaba contusiones”. El monarca recuperó la conciencia y se le hicieron sangrías durante tres días y se le permitió ingerir algunas ciruelas pasas, caldo, una pata de pollo y mermelada. Unos días más tarde la herida empezó a supurar y el príncipe tuvo fiebre y se le inflamaron los ganglios del cuello.

Los médicos estimaron que quizá tuviese una lesión interna, por lo que convocaron al prestigioso cirujano Torres, que se encontraba en

---

<sup>1</sup> En su testamento, fechado el 19 de mayo de 1564, don Carlos lega a Mariana, que en ese momento vivía en el monasterio de San Juan de la Penitencia, en Alcalá, 4.000 ducados para “ayudarla en su casamiento” o 2.000 ducados para “entrar en religión”. En otros escritos del príncipe figura que le regaló a la joven una mantilla el 9 de abril de 1566.

<sup>2</sup> Dionisio Daza Chacón (c. 1510-1596), cirujano militar al servicio de Carlos V, autor del libro *Práctica y teórica de cirugía en romance y en latín*, Valladolid, 1595.

Valladolid, para que le practicara una incisión en el cuero cabelludo, pues, como dijo Chaloner a su amante, la reina de Inglaterra, “los médicos temían que hubiese fisuras”. Le hicieron una incisión en forma de “T”, pero no fue posible verificar si había daños en el cráneo del príncipe porque la hemorragia no lo permitió. Los médicos no pudieron hacer más que detenerla y colocarle un vendaje.

Como el estado del paciente empeoraba día a día, Felipe, alarmado, dejó Madrid para ir a ver a su hijo y llevó con él al respetado anatomista belga Andreas Vesalius. Sin embargo, sus colegas españoles no confiaban en él; además no era el médico personal del rey sino que atendía a los miembros de origen flamenco de la corte de Felipe. “El rey -escribió Chaloner en una carta- trajo consigo desde Madrid al doctor Vesalius (prestigioso por su talento), pero los médicos españoles no apreciaban su sabiduría, *quia figulus odit figulum* [el sabio desconfía del sabio]”. Vesalius conocía a Daza Chacón, ya que ambos habían estado presentes cuando, en 1559, Enrique II de Francia recibió una herida mortal en la cabeza durante una justa.

Felipe II presenció el momento en que los médicos cubrieron la herida de su hijo con una curiosa mezcla de polvo de lirio y aristoloquia, trementina y yema de huevo, y un emplasto de betónica y miel de rosas. A pesar de todos los cuidados, Carlos no mejoraba. Chaloner le dijo a la reina Isabel:

El día anterior a la Asunción de la Virgen, a Carlos empezó a hinchársele la cara. El médico le recetó una purga que le fue administrada catorce veces, el doble de lo que la contextura del paciente era capaz de soportar. Esa misma tarde, la hinchazón aumentó y aparecieron pequeñas manchas rojas, signo de una erisipela facial, que desconcertaron a los médicos e inquietaron al rey. El viernes 8 de mayo, la salud del paciente mejoró y la herida empezó a cerrar. El sábado 9, la hinchazón era tal que Carlos no podía abrir los ojos, de modo que cuando el rey entró a verlo, hubo que levantarle los párpados [...]. La tumefacción apareció primero en el lado izquierdo, la oreja y el ojo, luego pasó al derecho hasta que le cubrió toda la cara y más tarde, el cuello, el torso y los brazos.

Los médicos decidieron que el príncipe estaba demasiado débil para someterlo a una sangría, de modo que le aplicaron ventosas y le suministraron purgantes. Vesalius pensaba que podía haber lesiones internas y propuso una trepanación, aunque ante la oposición de sus



colegas, aceptó un tratamiento menos agresivo: legrado del cuero cabelludo para eliminar el supurado.

Carlos estaba tan grave que trajeron desde Valencia a un médico de origen moro, Pintarete, quien le aplicó ungüentos. Pero la herida iba de mal en peor, porque la piel se escaldó por los remedios y el cuero cabelludo se puso negro. Acto seguido, echaron a Pintarete. Se ofrecieron plegarias para pedir por la recuperación del príncipe, se exhibieron reliquias en las iglesias y, en palabras de Sir Thomas Chaloner, “todas las órdenes religiosas celebraron solemnes procesiones en las que portaban imágenes de los santos y la Virgen”. Como último recurso, llevaron el cadáver embalsamado de fray Diego, un monje reconocido por su santidad y su obra religiosa en las Islas Canarias, y lo dejaron toda la noche en la cama junto al príncipe.

Todos pensaban que Carlos moriría de un momento a otro. El conde Annibale d’Emps, sobrino del Papa, le comentó al embajador florentino que la palidez del príncipe era un indicio de que la muerte estaba cerca. Con los ojos llenos de lágrimas, el rey daba muestras de profunda pena; el duque de Alba no dejaba los aposentos del enfermo, ni siquiera para cambiarse de ropa. Según Chaloner, “si bien el carácter y los modales del príncipe revelan a un hombre malhumorado y cruel y su presencia provoca miedo y disgusto, él no deja de ser el único heredero legítimo de su padre, de modo que todos lamentarían su pérdida”.

Abrumado por la pena, el rey dejó instrucciones para el funeral al duque de Alba y al conde de Feria, y se dirigió al monasterio de San Jerónimo con la intención de retirarse a un sitio más recluso en caso de que el príncipe muriese.

El hecho es que, inesperadamente, el príncipe empezó a recuperarse, algo que sus contemporáneos consideraron un milagro. El 16 de mayo, Vesalius -si bien Daza Chacón acredita los honores a Pedro de Torres- practicó una nueva incisión para drenar el pus acumulado detrás del ojo izquierdo de Carlos, que ya se había extendido al derecho. La operación se repitió varias veces y el príncipe empezó a mejorar, hasta que la fiebre desapareció por completo. En su informe del 1º de junio, el embajador inglés apuntó que “el príncipe de España ya está recuperado; ahora la angustia ha desaparecido, por cuanto hay motivos para festejar”. El 14 de junio, Carlos se levantó de la cama, oyó misa y comulgó. El tratamiento siguió con polvo de corteza de granado, pero la herida tardaba en cicatrizar. El 5 de julio, ofreció sus respetos al cuerpo de fray Diego y luego asistió a una corrida de toros y a un torneo de lanzas en la plaza pública. El 17 de julio, estaba junto a la familia real en Madrid.

“Pienso -escribió con sensatez el embajador de Inglaterra- que la naturaleza, en nombre de Dios, ha hecho más por el príncipe que los incompetentes médicos”. En cualquier caso, el reconocimiento por la mejoría se lo llevó fray Diego y no los médicos. En el testamento fechado en mayo de 1564, don Carlos señala:

En esa ocasión, estando yo aquejado por la dolencia, abandonado por los médicos, dado por muerto por el rey, mi padre y señor, y con los preparativos para mi funeral en marcha, me trajeron el cuerpo del susodicho fray Diego, lo tendieron a mi lado, y desde el momento en que estuve junto a él, sentí la mejoría que Dios Nuestro Señor tenía asignada para mí, mérito de fray Diego y su intercesión ante la Divina Providencia, que así lo juzgaron todos los allí presentes; de ahí que abogo yo por su canonización y ruego a mi padre que apoye dicha empresa.

El deseo de Carlos de canonizar a fray Diego contó con la adhesión de Felipe. Después de la desestimación del caso por parte de sucesivos Papas, Felipe logró que Sixto V finalmente declarara santo a fray Diego el 12 de julio de 1588, año de la invasión de la Armada Invencible, cuando el rey necesitó la ayuda divina. Sir Thomas Chaloner estaba en lo cierto cuando le dijo a Cecil: “Si Dios permitió que el príncipe se salvara, no es de extrañar que el fraile sea canonizado por su labor”.

Aun cuando “el talento de Vesalio contribuyó a evitar la muerte segura de Carlos -le aseguró Charles de Tisnacq a la duquesa de Parma-, la mente del príncipe pareció degradarse, su carácter se volvió más depravado y su conducta, más caprichosa.” El barón de Dietrichstein afirmó que aunque en algunas oportunidades Carlos hablaba con sensatez, en otras, su conducta parecía la de un niño de siete años. Viendo la inmadurez de su hijo, Felipe le comentó al duque de Alba en 1564 que su hijo “parecía rezagado respecto de lo que es normal para su edad” en cuanto a “inteligencia, personalidad y juicio”. Es probable que la herida y su tratamiento posterior hayan acentuado las características anormales de Carlos. Se volvió más violento, prueba de ello es que intentó asesinar a seis hombres que, según él, lo habían ofendido. La herida en la cabeza intensificó el daño cerebral del príncipe psicópata y mentalmente retrasado.

Para una familia común, que uno de sus miembros tuviera una afección semejante era sólo una tragedia, pero como Carlos era el heredero del trono y estaba destinado a ejercer su mandato en el imperio más grande del mundo en recursos y superficie -se extendía desde el

Mediterráneo hasta América del Sur y América Central-, su locura tuvo otro tipo de repercusiones. Con la esperanza de que fuese preparándose para las responsabilidades que tendría en el futuro, le asignaron un puesto de importancia. En 1564, a los diecinueve años, lo nombraron miembro del Consejo de Estado, y él intentó cumplir con sus obligaciones. La regente de Flandes, Margarita de Parma, escribió: “Se nos ha informado que el príncipe está mejor cada día y que incluso acude a las reuniones del Consejo de Estado para gran satisfacción de todos por la esperanza que nos da que su persona y espíritu se fortalezcan”. Hasta se lo designó presidente del Consejo de Estado y del Consejo de Guerra. Su renta aumentó acorde con las nuevas responsabilidades y le prometieron que acompañaría a su padre a los Países Bajos, algo que el príncipe deseaba profundamente.

Era comprensible que Carlos quisiera visitar los Países Bajos, pues se habían convertido en el epicentro de una crisis que generaría una presión constante sobre los recursos humanos y materiales españoles. Los Países Bajos se habían enriquecido gracias al comercio, y estaban dispuestos a defender su libertad con todas sus fuerzas, además allí se había afianzado la Reforma, que Felipe, católico devoto, juró suprimir. Rechazaban de plano la política centralizadora del rey, por lo que empezaron a preparar una rebelión contra el poder de España.

Felipe necesitaba granjearse aliados y neutralizar a sus enemigos potenciales para protegerse del conflicto que se avecinaba. La hostilidad entre Francia y España cesó con el tratado de Cateau-Cambresis, firmado en 1559. Por otra parte, las buenas relaciones entre ambos países se fortalecieron aún más con el tercer matrimonio de Felipe. El rey se casó con Isabel, la encantadora hija de Enrique II de Francia, por la que Carlos sentiría cierta estima.

Por más que Carlos quisiera acompañar a Felipe a los Países Bajos, el rey no permitiría que su hijo interviniera en el conflicto. El príncipe no tenía experiencia, era muy obstinado y de poca utilidad para los propósitos del rey. Sin embargo, podía serle útil a su padre si encontraba alguien con quien contraer matrimonio. De dudosa valía como pretendiente, Carlos era una pieza valiosa en el juego diplomático de los matrimonios. Hubo conversaciones sobre la posibilidad de una boda con la reina María de Escocia, que había enviudado hacía poco tiempo. A Carlos le agradaba la idea, pero Felipe se mostró más cauto, pues temía que esa unión pudiese afectar las relaciones con Francia e Inglaterra. Otra posible candidata era Juana, tía de Carlos y reina de Portugal, también viuda. Juana era amable e inteligente, pero al joven príncipe no lo convencía. El obispo de Limoges contó que Carlos trataba con tal desdén a su tía que *la pauvre dame*

*maigrit à vue d'oeil* (“a la pobre dama se la veía más y más demacrada”). En cambio, el príncipe mostraba mucho más entusiasmo por su prima Ana, princesa de la Casa de Habsburgo y nieta del emperador Fernando II, tío abuelo de don Carlos.

Una mañana, mientras Carlos y su madrastra, la reina Isabel, caminaban por los jardines del castillo de Valsaín, cerca de Segovia, ella, notando que él estaba, como siempre, malhumorado y taciturno, le preguntó qué le sucedía. Él respondió que sus pensamientos estaban lejos. “¿Cuán lejos?”, preguntó la reina. “En casa de mi prima”, replicó el príncipe.

Mientras tanto, las negociaciones se retrasaban. Cuando el padre de Ana, Maximiliano, ascendió al trono imperial en 1564, Carlos volvió a presionar a su prima para que aceptara la propuesta de matrimonio. El rey Felipe hizo llegar una nota secreta a su representante en Viena: “Debo decir una vez más, con dolor, que mi hijo no es apto para el matrimonio aunque tenga ya diecinueve años. He visto a otros jóvenes que tardan en madurar, pero es la voluntad de Dios que él tarde más que la mayoría de ellos. Debemos ser pacientes y esperar que le llegue el momento justo para contraer nupcias”.

No se sabe a ciencia cierta por qué Felipe quería atrasar el acuerdo matrimonial, pero es probable que estuviese preocupado por los rumores sobre la impotencia de su hijo. Carlos tenía interés en el sexo, como lo demostraban sus andanzas callejeras en busca de muchachas jóvenes. Además, se había entusiasmado con los planes matrimoniales, pero si el casamiento tenía como propósito engendrar herederos, la supuesta impotencia de Carlos constituía un verdadero impedimento. Dietrichstein notó que el príncipe “no tenía inclinación por las mujeres, por lo que podemos inferir que es impotente. Algunas personas sostienen que Carlos desea llegar virgen al matrimonio, mientras que otras piensan que la castidad es un reflejo de la desesperación que siente porque supone que su padre no le permitirá ejercer el poder”. “La opinión generalizada -escribió el embajador- es que aún no ha estado con ninguna mujer. Se rumorea que hay quienes aconsejaron a su padre que Carlos debería ser sometido a estudios. Cuando le solicitan que hable de su relación con las mujeres, él responde que no desea conocer a nadie más que a la que será su esposa. ¿Es razón suficiente para tratarlo como a un eunuco y reírse de él?”. El embajador de Francia, De Fourquevaux, resumió la condición en la siguiente frase: “Es un hombre a medias”.

A la luz de tales consideraciones, se realizó un estudio para comprobar la virilidad de Carlos. El examen estuvo a cargo de tres médicos, el barbero del príncipe, Ruy Díaz de Quintanilla, y su boticario,

quienes, para llevar a cabo su tarea, convocaron a una joven, a la que recompensaron con una vivienda para ella, una para su madre y 1.200 ducados. La joven entró en los aposentos del príncipe, pero los resultados no fueron concluyentes. El embajador francés le informó a Carlos IX que era muy probable que si el príncipe se casaba, no tuviera hijos. “Pasa toda la noche en el burdel, con mucha arrogancia y poca dignidad”, según palabras del embajador veneciano. Por el momento, el futuro casamiento de don Carlos quedó en suspenso.

Había cuestiones más urgentes que Felipe tenía en mente, ya que su hijo seguía insistiendo con que quería viajar a los Países Bajos. La idea intranquilizaba a Felipe. Carlos criticaba a su padre por el retraso del viaje, y se refirió con enojo en un escrito a la supuesta decisión del rey de quedarse en España. Según Brantôme, el príncipe escribió en un papel *Los grandes viajes del rey don Felipe*, y debajo, *El viaje de Madrid a El Pardo, de El Pardo al Escorial, del Escorial a Aranjuez*,\* localidades donde se erigían palacios reales, a escasos kilómetros de Madrid.

La irritación de Carlos iba en aumento. Como bien sabía Felipe, su hijo se dejaba llevar por impresiones subjetivas y era poco confiable. Es probable que por su ingenuidad y falta de experiencia haya adherido a tendencias peligrosas; así se relacionó con un grupo de nobles holandeses rebeldes, liderados por Berghes y Montigny, que viajaron a España en 1565 en una misión supuestamente conciliadora. Se comentó luego, aunque no existen pruebas contundentes, que los nobles ofrecieron colaboración al príncipe para emprender su viaje a los Países Bajos, donde lo obedecerían y servirían. Es imposible saber si hay algo de verdad en esos rumores; su mera existencia, sin embargo, debe haber aterrorizado al rey, que seguro sospechaba de su hijo cada vez más.

Aun así, Felipe no podía condenarlo. Don Carlos era miembro del Consejo de Estado y además, heredero del trono. Por fin, el rey anunció que visitaría los Países Bajos en compañía del príncipe. Al menos así lograría tranquilizar a los que apoyaban allí la causa española, pero la corte de Castilla pensó que si el rey iba a Flandes, su heredero debía permanecer en España. Carlos rechazó de plano esa idea. “Debéis saber - comunicó a los delegados- que está en los planes de mi padre ir a Flandes y que yo también iré. Ya habéis tenido la osadía de pedir a mi padre que me casara con mi tía, la princesa. En mi opinión, es bastante desatinado que hayáis intentado interferir en mi matrimonio, algo que no os compete. Espero que no se os ocurra ahora la peregrina idea de presionar a mi padre para que yo permanezca en España.”

---

\* En español en el original. (N. del T.)

En cierto sentido, todo era parte de una gran comedia, pues en los Países Bajos la situación era muy delicada y parecía no haber posibilidades de pacificar a los insurgentes, ya que no estaba en los planes la instrumentación de una política de represión violenta. El rey asignó la misión negociadora al duque de Alba. Don Carlos se puso furioso por el evidente fracaso de sus planes, e incluso amenazó con matar al duque. Este intentó calmarlo recordándole que la vida del heredero de España era demasiado valiosa para exponerla a tamaño peligro y que una vez que los Países Bajos hubiesen vuelto a la normalidad, él podría viajar allí con su padre. La reacción del príncipe fue desenvainar la espada y gritar: “Vos no iréis a Flandes; de lo contrario, os mataré”. Alba lo tomó del brazo y le arrebató la espada.

Es muy probable que, al enterarse de este episodio, el rey haya confirmado que su hijo no era apto para desempeñar ningún cargo jerárquico, menos aún para ocupar el trono. Las dudas del rey eran lógicas. A pesar de los comentarios posteriores, muchos de los cuales se originaron en las diatribas de sus enemigos, Guillermo de Orange-Nassau el Taciturno y Antonio Pérez, Felipe no era un monstruo, aun cuando las exigencias de la administración del Estado le hicieran tolerar actos engañosos y crueles. En privado, el rey era afectuoso, como lo demuestran las cartas a sus hijas, pero subordinaba el afecto a la fe y al Estado, que a veces él veía como una sola cosa.

El rey concluyó que su hijo no podría sucederlo en el trono. Como era su costumbre, se manejó con cautela. Quizá confirmó su decisión cuando se dio cuenta de que Carlos, como su bisabuela, no era respetuoso de la religión y se rehusaba a confesarse. En una carta dirigida al príncipe, Suárez escribió: “¿Qué dirá la gente cuando sepa que [el príncipe] no se confiesa y cuando descubra que está involucrado en ciertas terribles cuestiones, en las que el Santo Oficio [la Inquisición] podría verse obligado a intervenir?”.

La relación de Carlos con su padre empezaba a tornarse patológica. Es probable que su rechazo al sacramento de la confesión se debiera a que no quería que el confesor se enterara de que no albergaba sentimientos filiales por su padre. “No falta la indignación ni la insatisfacción en la relación del rey con su hijo”, escribió en una carta el embajador francés a Catalina de Medici el 12 de septiembre de 1567. “Si bien el padre lo detesta, el hijo no se queda atrás; por ello, sin la intervención divina, sólo puede esperarse una desgracia.”

Pero, al parecer, Dios decidió no intervenir. Don Carlos aún tenía la esperanza de viajar a Flandes. Felipe, por su parte, aseguraba que partiría de La Coruña y haría la travesía por mar. Escribió a Carlos IX para pedirle

su aprobación para que los hombres y los caballos atravesaran territorio francés. Don Carlos también solicitó permiso para cruzar suelo francés con cincuenta caballos.

El rey, sin embargo, retrasó la partida. Sería poco inteligente, según le comentó al embajador Francés Fourquevaux iniciar el viaje en septiembre, época en que empezaban a empeorar las condiciones climáticas. Le informó al nuncio papal que el viaje se postergaría hasta la primavera del año siguiente. Tales decisiones no hicieron más que afectar la mente inestable del príncipe, que no se molestó en ocultar su irritación. Hasta llegó a pensar en dejar España sin el permiso de su padre e ir a Portugal, Italia o incluso los Países Bajos. Temeroso de lo que su padre pudiera hacerle, Carlos siempre tenía armas a mano, al lado de su cama y en el guardarropas. Además, decidió que sus aposentos estarían vedados a todos sus caballeros y contrató a un ingeniero francés, Louis de Foix, para que diseñara un dispositivo que le permitiera abrir y cerrar la puerta desde la cama. Mandó colocar una pesa sobre la entrada, de modo que si alguien intentaba entrar a la fuerza, el objeto le rompería la crisma.

En la planificación de esos artilugios había una parte de fantasía, aunque hay que reconocer que los temores de Carlos no carecían de fundamento. Para emprender su viaje, el príncipe necesitaba dinero y hombres. Intentó obtener un préstamo de seiscientos mil ducados, que solicitó a un grupo de banqueros. Envío cartas a varios nobles, invitándolos a acompañarlo en el viaje. Pero la realidad era que no tenía verdaderos amigos. El rey no necesitaba contratar espías para que le informaran de los peligrosos planes de su hijo, que bien podrían tildarse de traicioneros. Prueba de ello es la carta difamatoria escrita por don Carlos que el almirante de Castilla hizo llegar al rey.

La imposibilidad de actuar con sigilo revelaba la inestabilidad mental del príncipe, que se quejaba ante todos de que su padre no lo apoyaba en sus planes matrimoniales porque rechazaba la idea de que la corona pasara a los nietos que le daría un hijo detestado. Carlos recordó a los nobles que debían cumplir con el juramento de lealtad que habían hecho siete años antes en la Catedral de Toledo. Les prometió recompensarlos por el servicio que le prestarían, sin tener en cuenta que en España era impensable que los nobles lo apoyaran, porque estaba todo el poder en manos del rey; menos aún cuando el que quería desafiar los intereses del monarca era un joven enfermo y no del todo normal.

Carlos puso sus esperanzas en su tío, don Juan de Austria, a quien siempre admiró. Como comandante de la flota, don Juan y su cooperación eran fundamentales, pues la intención del príncipe era embarcarse en Cartagena y partir a Italia. El 23 o 24 de diciembre de 1567, convocó a don

Juan al palacio y le pidió ayuda. “¿Qué podéis esperar del rey?”, le preguntó sin rodeos. “Mirad cómo trata a su propio hijo. A vos os dejará en la pobreza. Pero si me apoyáis, yo os recompensaré con el reino de Nápoles o el ducado de Milán.” Don Juan fue amable con él, pero no quería que el rey notara que estaba comprometido en un proyecto descabellado que no tenía perspectivas de terminar bien. Trató de disuadir a Carlos, destacando las dificultades y los peligros del viaje. Sabía que su sobrino se enfadaría, de modo que le pidió veinticuatro horas para darle una respuesta. Al día siguiente, le envió una nota para informarle que lo habían convocado desde El Escorial.

En cambio, don Juan le comentó al rey sobre los planes de su hijo. Felipe se encontraba celebrando las festividades navideñas, y su preocupación era obtener la indulgencia papal. Al principio, pareció más irritado que sorprendido, aunque todavía le faltaba enterarse de noticias aún menos auspiciosas. Carlos se había confesado en Navidad con un monje del monasterio de San Jerónimo, en Madrid, a quien le dijo que su alma estaba llena de odio y deseo de muerte. Cuando el monje le anunció que no le daría la absolución, el príncipe replicó que al menos le diera una hostia no consagrada, para que todos pensaran que estaba comulgando. Ante el pedido del prior de Atocha de que le dijera quién era el depositario de su odio, Carlos confesó: “Mi padre”. Y, claro está, la noticia llegó a oídos del rey.

A esas alturas, era imposible para Felipe no llevar a cabo las acciones en las que venía pensando desde hacía años. El rey decidió permanecer en El Escorial y solicitó a los monjes de los principales conventos madrileños que elevaran sus plegarias. Además, consultó a varios médicos y al Consejo de Estado. La única respuesta que quedó registrada fue la del abogado navarro Martín de Azpilcueta, que trajo a cuento el caso de Luis XI de Francia, quien, siendo delfín, se rebeló contra su padre, Carlos VII. El abogado agregó que si don Carlos partía al extranjero, España correría un grave peligro. Los rebeldes de los Países Bajos lo pondrían como figura decorativa, y la causa religiosa estaría perdida.

La decisión estaba tomada y era irrevocable. Cuando Carlos supo que Felipe había vuelto a Madrid, se puso ansioso, porque no sabía de qué cosas se había enterado su padre. Le hicieron saber que el rey estaba muy disconforme con su conducta, pero cuando padre e hijo se encontraron unos días más tarde, ninguno de los dos reveló sus verdaderas intenciones. Carlos tuvo otra reunión con don Juan, de la que se conservan dos relatos. Uno de ellos revela que le reiteró sus planes de partir desde Cartagena a medianoche y que pidió ayuda a su tío, quien una vez más no fue sincero. Según el segundo relato, Carlos preguntó a su tío



qué había pasado en El Escorial, y como este respondió con evasivas, el príncipe desenvainó la espada. Don Juan se dirigió a la puerta y se dio cuenta de que estaba asegurada con candado, así que tuvo que gritar para pedir a los asistentes del príncipe que lo ayudaran a salir.

A las 11 de la noche del 18 de enero de 1568, Carlos ya se había retirado a sus aposentos, y el rey, acompañado por el duque de Feria, el prior don Antonio de Toledo, Luis de Quijada, Ruy Gómez, príncipe de Éboli y antiguo administrador de las posesiones del príncipe, y dos asistentes que portaban clavos y martillos, entró en la cámara del príncipe. Con una lámpara en la mano, el duque de Feria encabezaba la procesión. El rey llevaba una armadura bajo las ropas.

A pesar de las precauciones de Carlos, los hombres abrieron la puerta sin mayores dificultades, ya que se habían asegurado de desactivar los artefactos de seguridad, y recogieron las armas del príncipe. Carlos preguntó quién era. La respuesta fue: “El Consejo de Estado”. Cuando vio a su padre, gritó: “¿Su Majestad quiere matarme?!”. El rey, calmo como siempre, le replicó que no corría ningún peligro. “Lo que quiero es vuestro bien.” Los asistentes clavaron las ventanas, se llevaron todas las armas y los documentos del príncipe. Carlos se puso de rodillas ante su padre y le rogó que lo matara, que no lo arrestara, porque sería un gran escándalo para el reino. “Si Su Majestad no me mata, me mataré yo.” En ese momento, se acercó a la chimenea como si fuese a arrojarla a las llamas. Don Antonio lo tomó con fuerza mientras Felipe, con frialdad, se dirigió a su hijo: “Si os matáis, entenderé que estáis loco”. “No estoy loco -murmuró el príncipe-, estoy desesperado por el trato que recibo de Su Majestad”. Entre sollozos, reprochó a Felipe por su dureza, y el único comentario de este fue “De aquí en más, no os trataré como vuestro padre”. El rey ordenó a sus asistentes que vigilaran a Carlos día y noche. “Cuento con vuestra lealtad y fidelidad.” El príncipe fue confinado en la torre del Castillo de Arévalo, donde Isabel de Portugal, abuela de Carlos y nuera de Juana la Loca, había pasado los últimos años de su vida. Allí tuvo como guardián al cruel carcelero que se había encargado de vigilar a su abuela.

La noticia de las acciones de Felipe resonó en todas las cortes europeas, generó consternación en sus amigos y contento en sus enemigos. Aparentemente, la madrastra y la tía de Carlos intercedieron a su favor. El embajador francés informó que Isabel pasó dos días enteros llorando y, cuando hablaba de lo que había pasado, lo hacía con angustia, como si se tratara de su propio hijo. Sin embargo, cuando ella habló con el embajador, dejó entrever que admitía la incapacidad del joven: “Dios ha querido que su naturaleza tomara estado público”.

Reservado e implacable, Felipe no habló del tema. Don Juan de Zúñiga, el embajador español en Roma, escribió: “El rey no dio ninguna razón en particular a Su Santidad por sus acciones, pero yo no creo que se deba a otra que la que todos sabemos sobre el príncipe”. Unos meses después, en mayo, Felipe dio una explicación exhaustiva al Papa Pío V:

No fue la pasión ni los errores del príncipe, ni ninguna intención mía de castigarlo, pues si esa hubiese sido mi razón, habría tomado yo otras medidas sin llegar a tales extremos [...]. Pero como, a causa de mis pecados, fue la voluntad de Dios que el príncipe tuviese tan grandes y numerosos defectos, en parte físicos, en parte mentales, y por ellos no contara con las condiciones necesarias para gobernar, vi los graves riesgos y peligros que correría el reino de sucederme el príncipe en el trono. Por todo ello, después de meditarlo extensa y detenidamente y de no hallar otra alternativa, se me hizo evidente que había poca o ninguna probabilidad de que su condición mejorara a tiempo para evitar los males que se avecinaban. En suma, no podía tomar otra decisión.

Desde el momento de su encierro, fue como si Carlos estuviese muerto. “Todos hablan del príncipe como si ya no estuviese entre nosotros”, comentó un embajador extranjero. “El príncipe español -afirmó el enviado florentino- ha quedado en el olvido; pareciera que nunca hubiese pisado este mundo”. Felipe puso todas sus esperanzas en el embarazo de su esposa, Isabel, pues el nacimiento de un hijo le permitiría desheredar a Carlos. Los abogados del rey hallaron un precedente: el príncipe Carlos de Viana fue desheredado por su padre, Juan II de Aragón, en 1461. El rey ordenó a su esposa que dejara de lamentarse y a los nobles, que no hablaran de don Carlos ni pidieran por él en sus plegarias, “porque el pobre empeora día a día”. Según el embajador francés, “el príncipe está pasando rápidamente al olvido; casi nadie lo menciona; parece como si nunca hubiera nacido”.

Sin embargo, Carlos estaba vivo, a veces lúcido y otras no tanto. Lo mantenían en un estricto encierro; no le permitían salir de su habitación ni asomarse a la ventana. La única luz de que disponía entraba por una abertura ubicada en lo alto de una pared. Habían cubierto la chimenea con una reja para evitar que se arrojara a las llamas. Al principio, no le permitían asistir a misa, pero después abrieron una ventana con un enrejado de madera para que pudiera oír el servicio religioso.

Si bien hubo una época en que Carlos albergó la esperanza de que le restituyeran el favor de que gozaba en el pasado, con el tiempo se sumió en

una profunda depresión e incluso llegó a pensar en suicidarse. Como alguna vez había oído que los diamantes eran tóxicos, se tragó un anillo. Inició una huelga de hambre, de modo que lo alimentaban a la fuerza. “Ya comerá cuando tenga hambre de verdad”, fue el comentario de Felipe. En la Pascua, se confesó con el confesor del rey, fray Diego de Chaves, pues pensó que así sería perdonado. Se rumoreaba que estaba menos alterado e iracundo que antes. Felipe escribió una carta a su hermana, María, para que ella, a su vez, se la enseñara al emperador. La carta decía:

Sus Altezas saben que hay momentos en que el espíritu está libre de malas pasiones y que las imperfecciones del carácter deben ser concebidas de una manera en lo que atañe al gobierno y a las acciones públicas y de otra en lo concerniente a la vida privada [...] pues bien podría ser que uno se desempeñara perfectamente en lo segundo pero fuese totalmente incapaz en lo primero. Sus Altezas comprenderán que los defectos del príncipe no se circunscriben a un acto en particular sino a la falta de entendimiento, que, a causa de mis pecados, Dios ha permitido que le fuese dada.

No había un atisbo de luz al final del túnel. Los relatos sobre la muerte de Carlos varían; se dijo que en la víspera permanecía desnudo en la cama, rodeado del hielo que se hacía traer de las sierras para soportar el caluroso verano madrileño. Comía grandes cantidades de paté de perdiz y bebía varios litros de agua helada. Como estaba bastante débil, enfermó, tuvo fiebre y finalmente falleció en la madrugada del 24 de julio de 1568. Al parecer, en el momento de morir estaba lúcido e incluso se reconcilió con Dios: lo mismo que se dijo cuando murió su abuela.

La muerte de una persona tan conflictiva no debe haber despertado sentimientos de dolor en demasiadas personas. “Su partida al cielo - informó un colaborador del duque de Alba- ha sido muy favorable para la Cristiandad, pues de haber vivido más años, la habría destruido. Su condición mental y sus costumbres eran caóticas, de modo que está muy bien donde está ahora. Todos quienes lo hemos conocido agradecemos a Dios por su muerte”. Felipe decretó que el país estaría de duelo durante nueve días y la corte, durante un año. Isabel de Valois parecía más apenada que Felipe: “Os aseguro que siento el mismo dolor que si hubiese muerto un hijo mío”. La reina empezó a tener problemas de salud y murió antes de cumplir los veintitrés años, el 3 de octubre de 1568, al dar a luz a su tercera hija, que no sobrevivió mucho tiempo. Felipe se vistió de luto por el resto de su vida, excepto en contadas ocasiones oficiales. El imperio español no tuvo su heredero hasta que Felipe contrajo matrimonio con su

sobrino, la princesa Ana, con quien Carlos había estado a punto de comprometerse.

La muerte de Carlos provocó habladurías, en especial entre los muchos enemigos del rey. Las palabras del enviado de Inglaterra, Man, fueron: "Ha muerto el príncipe de España en una situación no exenta de sospechas". En un documento escrito en 1581, Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, señaló que don Carlos fue víctima del odio de su padre y de la Santa Inquisición: "El padre ha asesinado a su propio hijo y heredero, un acto contra la naturaleza, si los hay, con el fin de lograr la aprobación del Papa para cometer tan execrable incesto". Con esa última frase se refería al matrimonio de Felipe con su sobrina Ana. El antiguo secretario de Felipe, Antonio Pérez, quien buscó refugio en Francia en 1593, aseguró que se había agregado veneno a los alimentos del príncipe durante cuatro meses.

A medida que pasaba el tiempo, iban surgiendo más rumores. Algunos decían que había sido asfixiado con una almohada; de acuerdo con el historiador francés Mathieu, que escribió sus obras durante el reinado de Enrique IV, lo habrían ejecutado cuatro esclavos; el comentario de Thou fue que le habían dado de beber caldo envenenado. En sus memorias, el duque de Saint-Simon afirma que el diplomático Louville le contó que Felipe V de España había ordenado exhumar los restos de Carlos, enterrados en El Escorial. La cabeza estaba separada del cuerpo, entre las piernas, lo que indicaba que había sido ejecutado.

En medio de tanta leyenda, es fácil confundirse. El 24 de agosto de 1587, Felipe II había añadido un apéndice a su testamento que establecía que todos sus papeles privados deberían quemarse cuando él muriera. Se decía que los documentos vinculados con la muerte de Carlos estaban guardados en un baúl verde en el Castillo de Simancas, que albergaba el Archivo General del Reino. Sin embargo, durante las Guerras Napoleónicas, cuando el general Kellerman ordenó la apertura del baúl, se encontraron documentos de Felipe V, y no de Felipe II. Aunque Carlos tuvo una vida y una muerte trágicas, su padre pudo haber tenido razón en suponer que si el príncipe llegaba a ocupar el trono, la tragedia se extendería a toda España.

## El gran Enrique

Enrique VIII fue la figura más colosal de la Inglaterra del siglo XVI. Si bien es cierto que muchos de sus súbditos le temían, el rey se ganó el respeto y la estima de su pueblo, al menos en los inicios de su reinado. En la pompa que desplegaba, en el esplendor de su corte, en su ilustración, que le permitía escribir impecables textos teológicos, en su amor a la música, que componía e interpretaba, en la grandiosidad de los monumentos que construyó en Whitehall, Hampton Court y Nonsuch, en su habilidad para la danza, las justas y la caza, era el gobernante renacentista por excelencia. Su obra fue tan destacada que opacó la de la mayoría de los otros reyes ingleses. Enrique tuvo un papel protagónico, aunque no siempre exitoso, en la política europea y fue astuto al manejarse con cautela frente a la rivalidad entre los Habsburgo y los Valois. De *Defensor Fidei* o Defensor de la Fe pasó a ser la autoridad suprema de la Iglesia anglicana tras romper lazos con el papado, disolver las comunidades monásticas y crear una Iglesia nacional controlada por la monarquía. De esta manera allanó el camino para la escritura de una Biblia vernácula y la modificación de la liturgia según los principios protestantes. Gracias a la tarea de Thomas Cromwell, la organización administrativa del gobierno se volvió más eficiente, y el Parlamento fue el medio para promulgar una serie de leyes que permitieron instrumentar reformas eclesiásticas. Hasta cierto punto, Enrique fue el responsable del surgimiento del poderío naval inglés. La Armada bautizó sus barcos con nombres como *Great Harry* y *Harry Imperial*, como muestra de las ambiciones del monarca. Aun cuando dejara que sus hábiles asesores Thomas Wolsey y Thomas Cromwell se ocuparan de los detalles, Enrique fue un gran rey, o al menos ha dejado esa impresión. Siempre tenía la última palabra en las decisiones políticas que se tomaban y creó una teoría de la realeza vinculada al arte y el ceremonial.

Sin embargo, aunque la figura de Enrique fue imponente, el monarca tenía sus defectos; en una palabra: era egocéntrico, impulsivo y

desconfiado. Estos rasgos dominaron su vida privada y las actividades de la corte y, en última instancia, también afectaron su gobierno. A pesar de haber sido un gran monarca, tenía características de tirano, y ciertos aspectos de su personalidad rayaban en lo anormal. La mirada de Enrique VIII en los retratos es fría, cruel y maliciosa. En uno de sus últimos retratos, el pintor Cornelis Matsys logró capturar la figura monstruosa en que se había convertido.

Enrique era tataranieta de Carlos VI de Francia, que era esquizofrénico. Su bisabuela, Catalina de Valois, viuda de Enrique V, se casó en segundas nupcias con Owen Tudor, fundador de la dinastía y abuelo de Enrique VII, el padre de Enrique VIII. Sería absurdo proponer que los genes defectuosos del rey de Francia corrieran por las venas de Enrique VIII, pero es cierto que en la personalidad del inglés había rasgos de trastorno mental y emocional. Isabel de York, la madre de Enrique, murió al dar a luz cuando este tenía doce años. La relación de Enrique con su padre no era muy estrecha, dado que por ser el segundo hijo varón el padre pensaba que su destino sería convertirse en el hombre de la Iglesia. La figura de su hermano mayor y heredero de la corona, Arturo, opacó a Enrique durante toda su vida. En su ensayo sobre Enrique VIII, el psicólogo estadounidense J. C. Flugel sostiene que los problemas matrimoniales del monarca se deben a su complejo de Edipo, explicación que, si bien es interesante, resulta imposible de probar. Aun así, las figuras del padre y el hermano mayor siempre ocuparon un lugar destacado en la mente del joven.

Respecto de su padre, Enrique se propuso mejorar su modelo monárquico, y con respecto a su hermano, no sólo debió ocupar su lugar como sucesor sino que debió casarse con su viuda. Arturo, el príncipe de Gales, murió de tuberculosis en abril de 1502. Al poco tiempo, acordaron que Enrique se casaría con la viuda de Arturo, Catalina de Aragón. Siete años más tarde, a poco de morir su padre, el 11 de junio de 1509, Enrique se casó con Catalina, hija de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla y hermana de Juana la Loca, con quien el propio Enrique VII había considerado casarse, al igual que con Juana. El matrimonio se postergó hasta 1509 y estuvo a punto de no concretarse cuando Enrique VII se disgustó por la política exterior de los monarcas españoles. En 1506, el heredero al trono de Inglaterra se refirió a Catalina en términos muy cariñosos. Como ella había estado casada con su hermano, el príncipe necesitaba una dispensa papal por la relación de parentesco en primer grado con Arturo, aunque este gritaba a los cuatro vientos que “pasaba toda la noche en el paraíso español”, y Catalina siempre sostuvo que su primer matrimonio no se había consumado. La dispensa llegó en 1505.

En la primera etapa de su reinado, Enrique fue una figura carismática. Era muy apuesto y exhibía una energía extraordinaria. Los humanistas le tenían gran estima. Era bueno en los deportes y un músico talentoso. Dejó el manejo de la política pública en manos del sabio cardenal Wolsey, aunque en 1513 Tomás Moro detectó algunas características tiránicas del gobierno. Al lado de Enrique, su esposa Catalina, cinco años mayor que él, parecía una mujer sin estilo y aburrida. Si bien era generosa y devota, no estaba a la altura de su marido, distaba mucho de ser la esposa ideal, algo que se hacía cada vez más evidente, en particular debido a que no lograba darle un heredero varón al reino. Enrique, príncipe de Gales, nació en 1511 pero murió a las siete semanas. Después de varios abortos, partos prematuros y niños que no sobrevivieron, Catalina dio a luz a María en 1516, la única hija del matrimonio que sobrevivió. Uno de los partos prematuros fue atribuido por Pedro Mártir a la angustia y la aprensión que le causaba a Catalina la mala relación entre Enrique y Fernando de Aragón. Enrique se desquitaba con la pobre reina porque Fernando no lo apoyaba lo suficiente en el plano militar.

Hacia 1524, Enrique casi no dormía en la misma cama que su esposa, aunque lo disimulaban ante el mundo. Romántico por naturaleza, a los cinco o seis años de casado, empezó a tener relaciones con una de las damas de honor de Catalina, Isabel Blount, con quien tuvo un hijo en 1518, el futuro duque de Richmond. Pero Isabel no fue la única; después el rey tuvo amoríos con María Bolena y su hermana Ana, una joven instruida, inteligente y atractiva. Al principio Ana no aceptó ser amante de Enrique, seguramente no por principios morales sino por conveniencia, ya que tenía en mente reemplazar en el trono a Catalina, que en ese entonces había pasado su período fértil. Se comenta que en una oportunidad Ana dijo que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por lograr su cometido.

Para entender a fondo la situación, debemos profundizar en la compleja personalidad de Enrique. La creencia en el carácter sagrado de la monarquía como expresión de la autoridad divina y, por consiguiente, la obligación de obediencia incondicional al monarca por más excesivas y tendenciosas que fuesen sus exigencias eran características normales de la época en que reinó la dinastía Tudor. Aun así, para Enrique se convirtieron en una obsesión, quizá porque en el fondo sentía que no estaba capacitado para ser rey. Desde pequeño, vivió en un mundo en el que la doctrina del carácter sagrado de la monarquía figuraba en miles de textos panfletarios con los que, por supuesto, el rey estaba familiarizado. Con su gran capacidad para el autoengaño, él nunca cuestionó sus propios actos y objetivos, sea cual fuere el resultado. Siempre conseguía lo que se proponía

porque, como rey, tenía derecho a hacerlo. La negativa del Papa a anular el matrimonio con Catalina fue un verdadero obstáculo que Enrique debió sortear. El monarca tenía que casarse con Ana Bolena, no sólo porque creía que estaba enamorado de ella sino porque estaba convencido de que la anuencia papal era necesaria para reforzar su autoestima, pues constituía una confirmación del origen divino de su poder monárquico. Eric Ives, el prestigioso historiador, experto en la época de los Tudor, sugiere que la idea de casarse con Ana no tenía que ver sólo con los sentimientos y el deseo sino con una forma de reivindicar su reinado. Enrique quería deshacerse de Catalina, incluso a expensas de desheredar a su hija María, y casarse con Ana, pero para que pudiese prevalecer su voluntad debía barrer con todo lo pasado.

Además, hubo otro tema que se conoció como “el gran asunto” de Enrique VIII. Él estaba muy preocupado por la baja fertilidad de su matrimonio y llegó a la conclusión de que se debía a que había violado una ley divina muy citada en el Levítico, una contravención que ni siquiera el Papa tenía el poder de perdonar. Una vez más, lo acosaba la figura de Arturo como un espectro siniestro que le mostraba la imagen del pecado que Enrique había cometido: incesto. Un aficionado diría que Enrique era experto en teología; el rey había escrito un tratado contra el luteranismo que llevó al Papa a honrarlo con el título de *Defensor Fidei*, por lo que aquel pensó que todo sería sencillo: el Papa anularía la unión con Catalina y así el monarca podría casarse con Ana y darle al trono de Inglaterra un heredero legítimo.

Así, Ana se convirtió en la prometida de Enrique, pues ambos daban por sentado que el Papa aceptaría anular el matrimonio anterior. Sin embargo, debieron pasar seis años antes de que se concretara el desenlace esperado. Mientras tanto, el rey se ponía cada vez más nervioso y Ana contribuía a sumarle tensiones. Cuando Wolsey fracasó en su gestión, ante la insistencia de Ana, Enrique lo destituyó.

Los acontecimientos posteriores constituyen un excelente ejemplo de la hipótesis según la cual se cree que la política con frecuencia exterioriza los traumas personales de los gobernantes. En el largo período en que el rey intentó satisfacer sus deseos personales y privados, frustrados por los vericuetos de la política papal e imperial, Enrique humilló a su esposa, destruyó a un ministro leal, minó el poder de la Iglesia y desconoció la autoridad del Papa de Roma. Aun cuando resulte demasiado simplista argüir que en Inglaterra la Reforma fue un hijo bastardo del deseo de Enrique, se puede afirmar que si no hubiese sido por los objetivos personales del rey, la historia habría tomado otro curso. Seguramente el monarca justificaba sus actos con el argumento de que lo que hacía era



por el bien del reino e incluso por el bien de su propia alma, pero, en definitiva, era una expresión de su egocentrismo.

La vida de Enrique parece, en efecto, la manifestación de un egocentrismo inflexible al que se añade la firme convicción de que su poder le había sido conferido por Dios. El fin del matrimonio con Catalina de Aragón y la ruptura con la Iglesia de Roma abrieron nuevas ventanas por las que se observaron algunas de las tendencias más malignas de la personalidad del rey, acentuadas en el transcurso de los años. En ese sentido, el matrimonio con Ana Bolena también resulta revelador.

Durante varios años, Ana se resistió a la intimidad con Enrique; no aceptó dormir con él hasta que estuvo convencida de que el divorcio de Catalina era un hecho. Warham, el arzobispo de Canterbury, murió en agosto de 1532 y fue reemplazado por Cranmer. En octubre, Ana, que hacía poco había recibido el título de marquesa de Pembroke, viajó a Francia con Enrique. A finales de ese año, estaba embarazada. El rey, feliz por el hijo que estaba en camino, y con el arzobispo Cranmer y el consejero Cromwell de su lado, se dispuso a apurar el trámite de divorcio, con o sin aprobación papal. El 25 de enero de 1533, Ana y Enrique se casaron en secreto, poco después, el 23 de mayo, Cranmer, que debía en parte su nombramiento de arzobispo de Canterbury a la insistencia de la familia Bolena, declaró nulo el matrimonio de Catalina.

Del proceso de ruptura con Roma se ocupó principalmente Thomas Cromwell, basándose en el argumento de que las razones del Papa iban en contra de las Sagradas Escrituras. Esa ruptura tuvo grandes repercusiones en Inglaterra y en la Iglesia anglicana, a las que Ana Bolena contribuyó directamente, pues ella sugirió algunas figuras para ocupar obispados y propuso ideas para la reforma. En cambio, los intereses de Enrique eran casi exclusivamente personales. Los monarcas tuvieron una hija, Isabel, que nació el 7 de septiembre de 1533.

Otro elemento que sirve para comprender un poco más a Enrique fue que cuando Ana se convirtió en su esposa y tuvo a su hija, perdió estatus, pues antes de casarse Enrique la tenía en un pedestal y después la relegó a la condición de súbdita servil y obediente. Era evidente que el rey no veía nada de malo en coquetear con damas de la corte, pues así lo había hecho mientras estuvo casado con Catalina y siguió haciéndolo durante su matrimonio con Ana. Sin duda Ana, independiente y obstinada, repudiaba la conducta de su marido, en gran parte porque veía peligrar su condición de esposa y reina. Ella no aceptaba las infidelidades de él; en cambio, él las consideraba parte de sus prerrogativas. Para Enrique, como lo muestran sus relaciones posteriores, el matrimonio implicaba subordinación a la voluntad del rey, y no toleraba nada que la contradijera. Sin embargo, la

posibilidad de que naciera un heredero al trono ocultó por un momento las fisuras de una relación que se deterioraba a medida que la pasión del rey se desvanecía.

A finales de 1535, Ana estaba embarazada otra vez. Si nacía un hijo varón, probablemente a Enrique se le pasaría la atracción que sentía por Jane Seymour, a quien perseguía sin cesar. Cortejar mujeres lo gratificaba sobremanera. En los últimos meses de 1535, el destino de Ana pendía de un hilo.

En esa época, Enrique sufrió un accidente bastante grave. El 17 de enero de 1536, cuando el rey montaba un enorme caballo, el animal tropezó y se le cayó encima. Los que presenciaron la caída, como el enviado imperial, Chapuys, comentaron que en un primer momento pensaron que el monarca no había muerto de milagro, pero que en realidad no sufrió ninguna herida. El doctor Ortiz escribió una carta dirigida a la emperatriz Isabel en la que decía, más cauteloso: “El rey de Francia contó que el rey de Inglaterra se cayó del caballo y que después estuvo dos horas sin pronunciar palabra. ‘La Ana’ se alteró tanto que perdió el bebé [...]. El rey no ha mejorado; es una suerte que su esposa haya perdido ese hijo”.

Ese fue el segundo accidente de Enrique en una justa, ya que el 10 de marzo de 1524 atacó a su rival, el duque de Suffolk, con la visera abierta, con el peligro que ello implicaba. A pesar de que estuvo a un tris de que lo mataran, Enrique no le dio importancia a lo sucedido y siguió adelante como si nada hubiera pasado. Vale la pena recordar que a fines de la década de 1520 fue víctima de jaquecas persistentes. El 21 de julio de 1528, Heneage le comentó a Wolsey que el rey se quejaba de dolores de cabeza, decía que por eso no podía escribir y que no iría a Grafton por el tema de la peste. En agosto, Enrique explicó que las cartas de amor que le mandaba a Ana eran breves porque el dolor de cabeza no le permitía explayarse, pero que estaba ansioso por pasar la noche en brazos de su amada.

No obstante, en términos generales, el rey era sano y fuerte. Se había salvado de la tuberculosis, que había causado la muerte de su padre, su hermano y dos de sus hijos: el duque de Richmond y Eduardo VI. Aunque alguna que otra vez estuvo enfermo; por ejemplo, en 1514 tuvo viruela o sarampión; en 1521 y en años posteriores, malaria y fiebre; en 1528, la enfermedad que se denominó fiebre del sudor, una epidemia que cobró muchas vidas en Inglaterra. Ese mismo año se registraron las primeras referencias a un problema en las piernas del rey, por lo que convocaron a Thomas Vicary para que lo curara; en 1530 el médico fue nombrado cirujano jefe de la corte.

La caída sufrida por Enrique durante la justa de 1536 debe haber tenido consecuencias importantes. En esa época, tener cuarenta y cuatro años ya no era ser joven, y además él estaba excedido de peso. Medía un metro ochenta, era robusto y solía comer en abundancia. En 1514, a los veintitrés años, tenía 90 centímetros de contorno de cintura y 105 de pecho; en 1536, esas medidas se incrementaron a 95 y 115, y en 1541, a 140 y 145 centímetros. En 1536, aunque se recuperó de aquella caída, nunca más participó en otra justa. El 4 de febrero, Cromwell le informó al obispo Gardiner, antiguo colaborador de Wolsey, que el rey se había recuperado por completo y estaba de buen humor. Sin embargo, cuesta creer que el accidente no haya tenido más consecuencias que unas simples magulladuras; es muy probable que le haya dejado secuelas no sólo en la salud general sino en la conducta. No se puede descartar que además de agravar el problema que ya tenía en las piernas, la caída le haya dejado marcas en el cerebro, algo que su comportamiento posterior parece confirmar, por ejemplo, en el despiadado trato que le dio a Ana Bolena, que fue arrestada y ejecutada el 19 de mayo de 1536.

El 29 de enero de ese año, doce días después del accidente, como comentó el doctor Ortiz en la carta citada, Ana tuvo un aborto espontáneo: el bebé era un niño. Según se ha comentado, el feto no era normal, lo que llevó a Enrique a pensar que su deseo de casarse con Ana se debió a que lo habían embrujado. Ella estaba segura de que había perdido el embarazo por la impresión que tuvo al enterarse de que su marido había sufrido un accidente. Según Chapuys, había quienes afirmaban que el aborto fue causado por la débil constitución de la reina y por su “incapacidad para gestar hijos varones” o por el miedo a que el rey la reemplazara por Jane Seymour. Es lógico que la noticia del accidente haya contribuido a la pérdida del bebé, porque si la vida del rey corría peligro, la de Ana, que estaba rodeada de enemigos, también. El aborto no significó sólo la pérdida de un hijo, ya que tuvo otras inquietantes consecuencias.

“Me doy cuenta -comentó Enrique- de que no es la voluntad de Dios que yo tenga un hijo varón”. En cuestión de meses, se llevó a cabo un plan para desprestigiar a Ana, en cuya creación Cromwell tuvo una participación activa. El rey tardó seis años en llevar a Ana a su lecho matrimonial, estuvo casado con ella tres años y en sólo cuatro meses la destruyó. La acusó de cometer adulterio con varios hombres, algunos de dudosa reputación, entre ellos lord Rochford, el propio hermano de Ana, y con eso volvió a la mente de Enrique la idea del incesto. El 23 de mayo de 1536, el doctor Ortiz le contó a la emperatriz Isabel que “con tal de tener un hijo varón cuya paternidad le atribuiría al rey, ella tuvo relaciones adúlteras con un cantante que le daba clases de música”. Ana era

apasionada por naturaleza, pero lo más probable es que sólo hubiese cometido alguna que otra indiscreción menor que no justificaba su ejecución ni la de los hombres que murieron con ella. Todo fue parte de un plan que Cromwell ideó a pedido de Enrique.

Aunque era su costumbre derramar lágrimas de cocodrilo, el rey se mostró frío y despiadado, y a los pocos días de la muerte de Ana se casó con Jane Seymour. ¿Se puede atribuir su reacción a un daño cerebral causado por el accidente ecuestre de enero de 1536? No hay respuestas definitivas a ese interrogante, pero algunas actitudes del rey parecen confirmar que algo de eso hubo. Enrique estuvo enamorado de Ana, y después el amor se convirtió en odio. Quiso reemplazarla por Jane presionado por los abusivos miembros de la familia Seymour. Ésta, a diferencia de la enérgica y ambiciosa Ana, era una persona muy sumisa. Según Enrique, casarse con ella fue como salir del infierno y llegar al paraíso. Aun así, no se justifica su reacción despiadada contra Ana y su aprobación de una farsa judicial en la que la culpabilidad nunca pudo probarse de manera fehaciente. Sin una pizca de compasión, él sacrificó a hombres que le habían sido leales y a la mujer de la que había estado enamorado. En eso se revela su crueldad y falta de conciencia. Al mismo tiempo, desheredó a Isabel, como ya había hecho con María, sin seguridad de que Jane le daría un hijo.

Si Enrique creyó en los cargos contra Ana, fue porque así lo quiso. No se puede saber cuál fue su proceso mental. Se rumoreaba que Ana fue la responsable de envenenar a Catalina de Aragón, cuya muerte en el castillo de Kimbolton, ocurrida el 7 de enero de 1536, al parecer como consecuencia de un cáncer, le causó una enorme alegría al rey, que se vistió con ropas de seda colorida y bailó durante toda la noche. Curiosamente, el día que enterraron a Catalina en la abadía de Peterborough, Ana sufrió el aborto; fue como si Enrique hubiese perdido dos esposas el mismo día. El 19 de mayo de 1536, Chapuys escribió: “Cuando el duque de Richmond fue a darle las buenas noches a su padre y le pidió la bendición acostumbrada, el rey se puso a llorar y le dijo que él y su hermana, la princesa María, estaban en deuda con Dios porque los había salvado de morir envenenados a manos de esa maldita”. Enrique estaba convencido de que Ana era una bruja y de que él había sido víctima de su brujería y de su insatisfacción sexual. Puede ser que de verdad lo creyera, pero el interés morboso que mostró por conocer los detalles de la ejecución de su esposa y el haber hecho traer especialmente a un victimario desde Calais revelan su falta de cordura. El día que ejecutaron a Ana, Chapuys le contó a Granville que “el rey cree que más de cien hombres tuvieron relaciones con Ana Bolena. Los nuevos obispos [...] la

persuadieron de que según la nueva legislación eclesiástica era lícito que buscara consuelo en otros si el marido no lograba satisfacerla”.

Los dichos de Chapuys apuntan a un aspecto importante de la vida de Enrique que echa luz sobre su verdadero carácter. Aparentemente, a pesar de haber tenido seis esposas y al menos dos amantes, Enrique no era muy bueno en materia sexual. De joven tuvo fama de don Juan. El duque de Norfolk aseguró que el rey siempre estaba en busca de amor. Counsell, un sirviente de Syon, le contó a John Hale, vicario de Isleworth, que Enrique “dejó a un grupo de doncellas esperándolo en una de las habitaciones de Farnham mientras él fue a reunirse con el lord de Winchester”.

Sin embargo, hay indicios que sugieren que Enrique era mejor en el prólogo que en el acto en sí. Quizá su potencia sexual no era la esperada, según dejó entrever lord Rochford en su declaración en el juicio. El 18 de mayo de 1536, Chapuys informó que “según dice su concubina [Ana Bolena], Enrique carece de energía sexual”. Cuando en abril de 1533 el enviado imperial expresó sus dudas acerca de si reemplazar a Catalina sería la solución para tener hijos, Enrique replicó, molesto: “¿Qué quiere decir? ¿Acaso no soy como los demás hombres? No necesito dar pruebas de mi hombría ni tengo por qué contarle mis secretos”.

Jane Seymour colmó sus expectativas dándole un hijo, el futuro rey Eduardo VI, pero la mujer murió a causa de una fiebre puerperal doce días después del parto. Es imposible saber qué habría pasado con ella si hubiese vivido más tiempo con un marido tan voluble e impulsivo. Chapuys dudaba de su virtud; en una carta que le escribió a Antoine Perronet el 18 de mayo, un día antes de la muerte de Ana, comentó que Jane “si bien es inglesa y ha frecuentado la corte, no sé si sabe qué significa el matrimonio. Cuando Enrique quiera divorciarse de ella, seguro que encontrará muchos testigos para presentar en el juicio”.

Aunque con su cuarta esposa, Ana de Clèves, con quien contrajo nupcias en 1539, el rey compartía el lecho, debido a la falta de atractivo físico de la mujer, según decía él, le resultaba difícil consumar el matrimonio. Chambers, uno de los médicos reales, contó que el rey afirmaba que podía tener relaciones sexuales con otras, pero no con la princesa de Clèves. Enrique se jactó ante Butts, su otro médico, de que todavía tenía sueños húmedos (*duas pollutiones nocturnas in somno*). Es llamativo que tuviese la necesidad de hacer alarde de su capacidad sexual. Finalmente, el 10 de julio de 1540, se divorció de Ana.

Unos días después, el 28 de julio, Enrique se casó con Catalina Howard, pero ¿tuvo relaciones sexuales con ella? Con seguridad pensaba que Catalina le daría el tan ansiado heredero. Aunque ella fue declarada reina de Inglaterra, nunca la coronaron. En abril de 1541, el embajador

francés informó que Catalina “parece estar embarazada, algo que haría muy feliz al rey, que asegura que si se confirma la noticia, la hará coronar en Whitsuntide”. Uno de los cargos que se presentaron más adelante contra la nueva esposa en el juicio de divorcio fue que los médicos afirmaban que ella no podía tener hijos.

El matrimonio con Catalina fue un rotundo fracaso. Frívola y de pocas luces, ella era un títere de la familia Howard. Antes de casarse, había tenido varios romances. Henry Madox, su amante, fue acusado de “tener la costumbre de tocar las partes secretas y otras partes del cuerpo de su amada”. Francis Dereham, según confesó Catalina, “se recostó en mi cama con el jubón y los calcetines puestos, después se metió bajo las sábanas y por último se desnudó y pasó lo que debe pasar entre un hombre y una mujer, y más de una vez”. Un encuentro muy fogoso, según se ha comentado. En una carta que Catalina le escribió a Dereham, ella pone al final: “Tuya por toda la vida”. Pero la vida no le dio tiempo a nada. En una sorprendente muestra de indiscreción, tuvo otro amante después de la boda, Thomas Culpeper.

Cuando el arzobispo Cranmer hizo saber a Enrique que su esposa le era infiel -algo de lo que toda la corte estaba enterada aunque sólo Cranmer se animó a revelárselo al rey-, al principio este no le creyó, pero las pruebas, mucho más contundentes que en el caso de Ana Bolena, confirmaron la mala noticia. La traición de Catalina fue terrible para Enrique pues le recordaba que había perdido su virilidad, que ya no era joven ni apuesto y que se había vuelto irritable y lábil en el terreno emocional. La repulsión que sentía Catalina por él es, como mínimo, comprensible, pero para el rey fue una traición que había que denunciar, un golpe a su autoestima, una daga clavada en la parte más sensible de su anatomía. El 7 de diciembre de 1541, el embajador francés Marillac le escribió a su rey, Francisco I:

El rey ha pasado de amar a odiar a la reina, y está tan apenado por su engaño que cree que va a enloquecer; incluso pidió que le llevaran una espada para matarla. En una ocasión, mientras estaba reunido con los miembros del Consejo, Enrique pidió que le trajeran caballos pero no dijo dónde iría. Además, y sin que viniera a cuento, varias veces aseguró que la maldita ya se arrepentiría de sus infidelidades con la tortura que sufriría en el momento de morir. Por último, se echó a llorar y a maldecir su suerte por no haber encontrado esposas que valieran la pena. Además culpó al Consejo por el último error matrimonial.

Catalina murió decapitada el 13 de febrero de 1542.

El 3 de marzo de 1541, Marillac le informó a Francisco I que “el rey se quejó de los miembros de su gobierno, a quienes aseguró que debilitaría a tal punto que no tendrían fuerzas para protestar. Se lo ve muy envejecido desde el momento en que se enteró de la traición de Catalina. Aunque se relaciona con mujeres, y sus ministros le insisten para que vuelva a contraer matrimonio, él no quiere oír hablar del tema”. Ocho meses después, Chapuys confirmó que el rey seguía muy triste y no le interesaba divertirse ni cortejar a nadie.

A pesar de todo, Enrique recuperó el ánimo, y el 12 de julio de 1543 se casó con la que sería su última esposa, la dos veces viuda Catalina Parr. Ella se casó por primera vez cuando tenía dieciséis o diecisiete años con sir Edward Burgh, nieto del segundo lord Burgh, un desequilibrado mental. Al enviudar, se casó con John Neville, lord de Latimer, que le llevaba a ella, su tercera esposa, veinte años. Neville estuvo en parte involucrado en la insurrección de la Peregrinación de Gracia, no obstante supo cómo hacer para no aparecer como cómplice. Ni la sospecha ni el fervor protestante de su viuda detuvieron a Enrique en su deseo de acercarse a ella a poco de la muerte de Neville, en marzo de 1543. Catalina no era más bella que Ana de Clèves, pero era generosa y fue afectuosa con el rey y con sus hijos. Como buena esposa, cuidó con dedicación al rey cuando él estuvo enfermo. Era evidente que tenía una tendencia a buscar maridos mayores y enfermos, aunque al morir Enrique encontró compensación en la boda con Thomas Seymour, lord de Sudeley y tío de Eduardo VI, el nuevo monarca de Inglaterra. Sin embargo, la muerte le llegó en 1548, a causa de una fiebre puerperal después de dar a luz a Margarita, que al menos le evitó sufrir la pérdida de su marido en marzo de 1549, cuando fue ejecutado acusado de traición.

Aunque Catalina Parr podía tener hijos, no se sabe si Enrique intentó concebir uno con ella. Hay razones para cuestionar la energía sexual del monarca, y probablemente algunas de sus crueldades se debieron a una reacción inconsciente por ser incapaz de cumplir con sus obligaciones maritales y, como consecuencia, de darle a su país un heredero al trono.

Menos especulativa es la evidencia de que la salud de Enrique se deterioró a partir de 1536 y que eso afectó su carácter. A los pocos meses del accidente con el caballo, tuvo muchos problemas debido a la ulceración progresiva de una pierna. Henry Pole, lord de Montague, declaró en el juicio que se le siguió en marzo de 1537: “Soñé que el rey estaba muerto, que moría de pronto por la afección de la pierna”. Un mes después, Husee le comentó a lord Lisle que el rey viajaba poco debido a ese problema. El 12 de junio, Enrique le confesó a Norfolk que no podía viajar a York porque un

humor maligno se había apoderado de su pierna y los médicos le aconsejaban no viajar en época de calor. Con el tiempo, la infección pasó a la otra pierna y en 1538 Enrique estuvo muy grave durante diez días, a veces no tenía fuerzas para hablar y su aspecto era lamentable.

Si bien las crisis eran esporádicas, no cesaron. En noviembre de 1538, el hermano de lord Montague, sir Geoffrey Pole, a quien también condenaron a muerte aunque consiguió que lo indultaran, manifestó que la úlcera del rey era insoportable y que pensaba que Enrique no viviría mucho tiempo. En marzo de 1541, Enrique sufrió otra crisis cuando se le cerraron las fistulas y no drenaba, como había pasado unos seis años antes, cuando creyeron que no sobreviviría. Pero esta vez le aplicaron un remedio eficaz y se recuperó pronto. En mayo de 1544, el embajador imperial hizo saber a la reina de Hungría y al emperador que al rey le costaba mantenerse de pie y que sus piernas estaban en un estado calamitoso, no hacía reposo y cualquier esfuerzo pondría en peligro su vida. En los últimos años le construyeron una silla especial para subirlo por las escaleras porque ya no podía hacerlo solo. Además de la úlcera en las piernas, el sobrepeso también dificultaba sus traslados.

Sumadas las consecuencias psicológicas de la enfermedad, el cuadro clínico de Enrique era delicado. En algún momento se creyó que su origen era una sífilis, infección que explicaría los abortos de sus esposas y las úlceras. La malformación de la nariz, evidente en los últimos retratos del monarca, también podría deberse a una lesión sífilítica. No obstante, ni Enrique ni sus hijos tuvieron síntomas claros de esa afección, y no hay registros de que se le haya suministrado ningún remedio de los típicos de la época para la enfermedad, por ejemplo, el mercurio, de modo que es bastante improbable que la haya padecido.

Más tarde, los problemas de salud del rey inglés fueron atribuidos a una dieta desequilibrada que quizás haya derivado en escorbuto. Él ingería mucha carne condimentada o en escabeche, casi nada de fruta y pocos vegetales frescos, una dieta pobre en vitamina C, lo cual puede causar escorbuto por falta de ácido ascórbico. Los síntomas de esa enfermedad son ulceración de las extremidades inferiores, infección fúngica, dolor, halitosis, fatiga, dificultades para caminar, poca capacidad pulmonar, inflamación edematosa, piel rojiza, irritabilidad y depresión. Cabe aclarar que la dieta del rey era muy común en su tiempo, y uno de los tantos que padecían las consecuencias. La hipótesis es interesante aunque no puede probarse, como tampoco puede confirmarse la teoría de que Enrique sufría de gota.

Si bien hay referencias a la enfermedad de la pierna en 1528, el verdadero problema se originó después del accidente de 1536. Es probable



que en ese episodio se haya producido una úlcera varicosa que, si no se trata adecuadamente, causa trombosis y úlcera crónica. Además, quizás Enrique haya tenido osteomielitis, una infección ósea de origen traumático.

A partir del accidente, el dolor puede haber sido la causa de que el rey se volviera más irritable y que le afectara el carácter, pero, según el profesor Scarisbrick, el reconocido biógrafo de Enrique, no hay grandes diferencias en ese aspecto entre antes y después de 1536. Scarisbrick sostiene que “Enrique a partir de ese momento no fue más cruel, ni más agresivo, ni menos juicioso de lo que ya era”. Elton, autor de otra biografía del rey, coincide con él y añade que “la obesidad, la arrogancia y la habilidad política de Enrique VIII fueron en aumento igual que su autoindulgencia y la adulación que exigía de los demás, que potenciaron una de las personalidades más egoístas de la historia”. Por cierto, los caprichos y la falta de compasión no surgieron en 1536 sino mucho antes; pruebas de ello son el haber destituido a Wolsey cuando no logró solucionar “el gran asunto”, el trato que dio a su primera esposa y a su hija, y la ejecución de Tomás Moro, de quien había sido muy amigo. Sin embargo, después de 1536, Enrique se volvió más caprichoso y desconfiado, lo que generó tensiones en la corte. Disfrutaba de manera macabra con la persecución de sus víctimas en una especie de juego del gato y el ratón: los condenaba a muerte, y después los indultaba y no les revelaba cuál sería su destino hasta último momento. En 1543, cuando parecía que el arzobispo Cranmer perdería todos sus privilegios, el rey decidió no perjudicarlo, aunque lo tuvo en ascuas durante un tiempo hasta que permitió que le comunicaran la buena noticia.

El egocentrismo desmedido de Enrique fue una característica de su personalidad evidenciada durante todo su reinado, pero cuando su salud empezó a deteriorarse ese rasgo se intensificó, a lo que se añadió una tendencia a los cambios de humor repentinos. Ese egocentrismo no se debía sólo a una personalidad caprichosa sino que era la muestra de un problema más básico que se manifestaba en las relaciones personales de Enrique y en su desempeño como monarca. Tenía una necesidad constante de reforzar su autoestima, tanto en el campo político como en el amorio. En lo emocional, era como un niño caprichoso, no medía las consecuencias de sus actos y cuando no conseguía lo que quería, hacía berrinches. Según consta en crónicas de la época, el rey maltrataba físicamente al poderoso ministro Cromwell, a quien a veces golpeaba en la cabeza y zamarreaba como si fuese un perro. Según Chapuys, todo debía hacerse como al rey se le ocurría. Lo confirman las declaraciones de Ralph Morice, el secretario de Cranmer. El monarca no admitía que nada se interpusiera en el cumplimiento de sus deseos. En 1541, un viajero de visita en Londres

observó que los ahorcamientos, decapitaciones y otras formas de ejecución por cualquier motivo que al rey le pareciera una ofensa eran moneda corriente. Ese mismo año, el embajador francés Marillac describió la atmósfera que se vivía en la corte: “No recuerdo haber visto a estas gentes tan apesadumbradas como ahora, pues no saben en quién confiar; el rey mismo no se fía de nadie”. “Quisiera agregar -informó Marillac a Francisco I el 29 de mayo- que ayer quitaron todas las cabezas que habían colocado en el puente de Londres para que los ciudadanos olvidaran a las personas a las que habían pertenecido; el olvido sería posible si no fuera porque pronto habrá más cabezas, ya que se estima que antes de la marea de San Juan, otros prisioneros cautivos en la Torre correrán la misma suerte”.

El terror pasó a ser un instrumento de la política. Como le aseguró Castillon al rey de Francia, “pocos nobles están a salvo en este país”. Los juicios que se iniciaban tenían la sentencia preparada de antemano. La familia Pole, a la que se consideraba una amenaza por tener cierto derecho al trono, fue diezmada.

Entre 1539 y 1540 cincuenta y tres personas fueron condenadas a muerte, y en muchos de esos casos la sentencia se aplicó. Si bien parte de la responsabilidad correspondía a los consejeros reales, ellos actuaban en cumplimiento de la voluntad del rey. La muerte acechaba al país a la sombra de su soberano. Inglaterra estaba dominada por el terror. El reformador religioso y erudito alemán Philip Melanchthon comparaba a Enrique VIII con Alejandro Magno, Ptolomeo II y Augusto, pero cuando se enteró de la suerte de Cromwell lo asimiló a Nerón. Según Castillon, el rey se había convertido en el hombre más cruel y peligroso del mundo, y había perdido el juicio. El biógrafo Lacey Baldwin Smith escribió en 1971 que Enrique, enfermo y asustado, se transformó en un verdadero tirano, un neurótico cerrado e impredecible.

El deterioro fue progresivo. Todos los factores mencionados acentuaron las vetas de la personalidad que siempre habían estado presentes en el rey; además, las experiencias matrimoniales tuvieron efectos traumáticos, al menos hasta que se casó con Catalina Parr. Sin embargo, según John Foxe, ella también estuvo a punto de caer en desgracia por manifestar una opinión contraria a la de su marido en un tema de teología. El rey consideró la audacia de la reina como una afrenta. Con ayuda de Stephen Gardiner, preparó cargos en contra de su esposa en los que la acusaba de hereje y aprobó una orden de arresto. Según Enrique, era inaudito que una mujer se atreviera a hablar como un clérigo y que osara pensar que sabía más que él. Por fortuna, Catalina se enteró de lo que le esperaba y le pidió perdón por haber expresado una opinión religiosa distinta de la de él. Enrique aceptó sus disculpas, calmó su ira y

se reconcilió con su esposa. Según Baldwin Smith, el egocentrismo de Enrique rayaba en la megalomanía, estimulada por una sociedad que veía a su soberano como la única persona capaz de evitar el resurgimiento de la guerra civil y que lo adoraba como símbolo de la virtud, la paz y la seguridad pública.

¿Podemos asegurar que esa megalomanía era una pantalla con la que Enrique intentaba ocultar su falta de confianza en sí mismo? En realidad, los historiadores modernos piensan que no se puede decir que él tuviese un complejo de inferioridad que pasó de la esfera privada a la pública. Según la opinión de sus contemporáneos, Enrique era uno de los hombres más talentosos de su tiempo, y hasta los historiadores modernos que no están de acuerdo con esa opinión, aceptan que, si bien pudo no haber sido absolutamente responsable de los logros de su gobierno, fue un estadista inteligente. Sin embargo, detrás de todas sus bravuconadas, había un niño caprichoso y malcriado. Lo acosaba la angustia y siempre sospechaba de que estuviesen conspirando contra él. Como también temía a las enfermedades y a la muerte, tenía una colección de ungüentos y jarabes recetados por los médicos reales, en particular Chambers y Butts. Era hipocondríaco, así que corrió en busca de ayuda médica apenas se desató la epidemia de la fiebre del sudor, una enfermedad mortal relativamente nueva, que se cobró la mayoría de las víctimas entre los ricos. Gardiner informó que “el nombre de la fiebre del sudor era tan terrible para los oídos de Su Majestad que no se atrevía a acercarse a los lugares por donde se sabía que se habían registrado casos”. Durante la epidemia de 1528, que afectó a Ana Bolena y su hermano George, el rey no salió de sus aposentos y trató de evitar toda compañía. Según comentarios del embajador francés, en materia de enfermedades, era la persona más miedosa que conocía.

Enrique VII, poco popular en los últimos años de su reinado, fue un monarca capaz y eficiente, buen administrador de la economía y cuidadoso con los gastos en las campañas en el extranjero. Su hijo Enrique VIII abandonó las políticas de su padre y se dedicó a gastar dinero de forma extravagante y revivió la vieja enemistad con Francia.

Invirtió mucho en la construcción de grandes edificios, con lo que dilapidó la fortuna acumulada con la disolución de los monasterios, de modo que, durante su reinado, se inició la decadencia económica inglesa. Dependía de la capacidad de sus leales ministros, que planificaban las políticas que él sugería. Era muy vulnerable en el plano psicológico y fácilmente influenciado, por lo que aceptaba las estrategias ideadas por otros creyendo que eran propias. Además, como era caprichoso y voluble, cambiaba o desestimaba medidas que antes había aplicado con entusiasmo y destruía a personas de las que había sido muy dependiente.

Scarisbrick lo describe como una persona veleidosa que sólo era constante en el deseo de que se satisficieran sus caprichos. Si no se apoyaba en sus consejeros, cometía errores; prueba de ello son los años de gobierno posteriores a la caída de Thomas Cromwell. Ives sugiere que Enrique “era obstinado en el cumplimiento de sus objetivos, una cualidad fundamental en la personalidad del rey”, pero es evidente que su obstinación cambiaba de blanco según el humor que tuviera. El hecho de que Enrique VIII se viera a sí mismo como un gran monarca se debió más a una serie de accidentes históricos que a un plan de gobierno exitoso.

El gran Enrique fue víctima de un grave trastorno de la personalidad que se manifestó en su vida privada y en su reinado. Entre sus dichos y sus hechos había un pasmoso abismo moral. Si no se engañaba a sí mismo -y bien podría haberlo hecho- y creía en lo que decía aunque los hechos mostraran lo contrario, era el más hipócrita de los hombres. Un hecho lo representa por completo: cuando yacía en su lecho de muerte, dejó constancia en su testamento de que debía erigirse un altar en Windsor al lado de su tumba, donde se celebrarían misas en su memoria, un honor que las leyes eclesiásticas promulgadas por él negaban a sus súbditos. Antes de morir, encomendó su alma a “la sagrada compañía celestial” y recordó sus “obras de caridad y actos piadosos”, que había llevado a cabo para “honrar a Dios”. Esas palabras contradicen su verdadero desempeño, producto de una personalidad perturbada. Los violentos cambios de humor de Enrique, su excesiva desconfianza y sus opiniones basadas en impulsos eran consecuencia directa de su marcado egocentrismo, que se incrementó a causa de su mala salud. Como observó Tomás Moro, “el alma y el cuerpo son tan inseparables que una persona no existe sin la concurrencia armoniosa de esos dos elementos”. La enorme cantidad de personas que fueron apresadas y murieron por orden de Enrique VIII no fueron las víctimas de una política racional sino de las decisiones impulsivas de su monarca.

## 8

### La saga sueca

Si bien la locura de Juana de Castilla y de don Carlos pudo haber constituido una amenaza para la estabilidad de la nación, ni la reina ni el príncipe ejercieron el poder. En verdad, de todos los denominados reyes locos medievales, sólo hubo dos que se ocuparon del gobierno y tuvieron una influencia significativa en la historia de sus países: Carlos VI de Francia y Enrique VI de Inglaterra. Aunque los brotes de Carlos VI fueron intermitentes, ocurrieron durante un período prolongado, lo que contribuyó a desestabilizar el gobierno y a crear un estado de caos en el reino, que estaba en guerra con Inglaterra. Los ataques de Enrique VI fueron relativamente breves, pero se produjeron en una época de aguda crisis política y, así, sus efectos negativos se potenciaron. Algo similar sucedió con los arrebatos de locura del rey sueco Erik XIV. Su reinado duró ocho años y terminó con su destitución en 1568. No obstante la brevedad del mandato, las consecuencias del desequilibrio mental del rey para la monarquía y la nación sueca fueron devastadoras. Es evidente que Erik padecía esquizofrenia; la enfermedad se manifestó en los últimos tiempos de su reinado.

La nación de la que Erik sería monarca a partir de 1560 tenía una larga historia, pero se había transformado en un Estado moderno poco tiempo antes. Con el acuerdo de la Unión de Kalmar en 1397, Suecia, Noruega y Dinamarca se unificaron bajo la corona danesa. En 1520, después de una masacre perpetrada en Estocolmo -alrededor de ochenta opositores al desequilibrado rey Cristián II de Dinamarca fueron ejecutados en un solo día, el 8 de noviembre de 1520-, estalló una rebelión dirigida por Gustavo Vasa, que había perdido a su familia en el baño de sangre de Estocolmo.

Gustavo Vasa construyó una nueva Suecia en la que floreció la economía y acabó con el poder de la Iglesia católica cuando inició la reforma protestante. Igual que en Inglaterra, el clero se subordinó al poder de la corona. El nuevo rey logró aplacar a los nobles rebeldes, en parte por

medio de la intimidación y en parte con sobornos, pero lo decisivo fue que le concedió tierras confiscadas a la Iglesia. Bajo su reinado, Suecia pasó a ser una monarquía fuerte y eficiente que dominó la región del Báltico.

El primer rey de esta nueva Suecia independiente fue un hombre muy hábil e inteligente, sin embargo su personalidad mostraba algunas zonas oscuras que son indicio de inestabilidad mental. Sus enemigos lo veían como un sabueso y un tirano. Cuando se enfurecía era de temer. En una ocasión en que su hija Cecilia lo hizo enojar, él le arrancó un mechón de pelo. A un orfebre que se tomó unos días libres sin su permiso, le pegó tanto que el pobre artesano murió; a un secretario que lo irritó, Gustavo lo persiguió furioso por el portal del castillo con una daga en la mano. Su carácter era tan violento que en los momentos de ira actuaba como un desquiciado. Uno de sus hijos, el duque Magnus de Östergötland, se volvió loco. Otro, Juan III, que sucedería a Erik en el trono, si bien controlaba un poco más sus emociones, no era del todo normal. Siempre tenía a mano un martillo de hierro, que no dudaba en utilizar con quienes lo hacían enojar.

En un principio, Erik, hijo mayor y sucesor de Gustavo, no parecía tener ninguna afección, incluso puede decirse que tenía todas las virtudes posibles y era un ejemplo de lo que debía ser un príncipe renacentista. Sabía latín, francés, español, alemán, italiano y finlandés, y en los estantes de su biblioteca había libros en griego y en hebreo. Leía textos de geografía, historia y política. La obra de Maquiavelo fue su guía en el gobierno y en la guerra. Le interesaban los avances tecnológicos, la arquitectura -conocía técnicas de dibujo y grabado- y el arte de la guerra, campo en el que fue un innovador, aunque más en la teoría que en la práctica. Tocaba el laúd, se dedicaba a la apicultura y lo apasionaba la astrología a tal punto que en algunas oportunidades la guía de los astros le trajo consecuencias fatales. Tenía todo lo que había que tener para ser un gran príncipe, e incluso se lo veía como candidato para Isabel de Inglaterra.

Pero ¿tenía *todo* lo que había que tener? A Erik lo atraía más el pensamiento abstracto que la práctica política. Como sabía que en la Casa de Vasa no había ancestros más ilustres que los que podía tener cualquier otra familia noble de Suecia, se esmeró por construir para sí una imagen de monarca grandioso. El hecho de que decidiera asumir como Erik XIV - Erik XIII había muerto en 1440- señala su deseo de destacar la continuidad de la monarquía sueca y de aparecer como descendiente de reyes del pasado. Lo fascinaba el glorioso pasado "godo" de Suecia y, cuando estuvo en prisión, tradujo al sueco la historia imaginaria de los godos escrita por Johannes Magnus.

El culto a la monarquía era muy común en el siglo XVI, pero en el afán de Erik por engrandecer su posición y en la distancia que estableció

con los principales miembros de la nobleza, de quienes sospechaba, se evidenciaba una tendencia a la megalomanía. En el fondo, quizá fuese una persona insegura, temerosa de que su majestuosidad se viera amenazada. Erik fue el primer rey sueco que exigió que se dirigieran a él como “Su Majestad”. Era desconfiado en extremo, voluble, y siempre andaba a la búsqueda de posibles conspiraciones. Al principio, parecía que todas esas características eran sólo defectos menores, no obstante con el tiempo se convirtieron en una obsesión. Michael Roberts afirma: “La gema estuvo fallada desde el inicio; era muy probable que se partiera con el primer golpe”.

Antes de la muerte de Gustavo, se iniciaron las negociaciones para el matrimonio del futuro monarca. Él se inclinó por la joven princesa Isabel de Inglaterra, media hermana y heredera de María Tudor. A primera vista, Isabel no parecía una buena candidata, porque como era protestante, las relaciones con María, del culto católico, eran tensas. Además, todavía no se sabía que el supuesto embarazo de María era falso y, por otra parte, según la doctrina católica, Isabel era hija bastarda de Enrique VIII. Gustavo Vasa no mostraba tanto entusiasmo como su hijo por Isabel, pero si ella era coronada, el matrimonio sería un gran acierto que ayudaría a consolidar el poder sueco en el norte de Europa. Por otra parte, el enlace de Erik con una dama de la nobleza sueca no era conveniente en el plano político, y como no había muchas princesas protestantes, tomar a Isabel como esposa podía resultar una excelente idea.

El tutor de Erik, Dionysius Beurreus, fue enviado a Londres para evaluar la situación y, de ser necesario, iniciar las negociaciones. Beurreus, descrito como *legatus perpetuus*, sostuvo ante los ingleses que el matrimonio de Erik con Isabel beneficiaría el comercio de la isla con la región del Báltico. El enviado sueco hacía hincapié en el pasado monárquico de Erik, para minimizar la circunstancia de ser el descendiente de “un payaso que le arrebató la corona a Dinamarca”. Sin embargo, siendo católica, la reina María Tudor no estaba interesada en perder el tiempo con la idea de traer a Inglaterra a un príncipe protestante, y además no le caía en gracia que el enviado sueco se hubiese acercado primero a su media hermana, que no gozaba de su afecto: de modo que, en nombre de Isabel, rechazó la propuesta.

Al poco tiempo, el escenario cambió por completo: Isabel sucedió a María en el trono. La nueva reina hizo saber a Gustavo Vasa que valoraba la amistad de Erik, en especial por habérsela ofrecido en los oscuros días del reinado de su hermana, pero que no podía casarse con él porque Dios quería el celibato para ella, un estado del que no deseaba apartarse. Manifestó que estaba en deuda con él por su dedicación, que haría lo que

estuviera a su alcance para apoyar al heredero sueco en su búsqueda de otra princesa con la que casarse y que se comprometía a concederle cualquier favor, excepto el del matrimonio.

A pesar de todo, Erik no cejó en sus intentos por lograr lo que quería. Cuando se obsesionaba con algo, era difícil que se rindiera. Escribió a la reina mostrándole su egocéntrico y fervoroso amor *ut omnino confidam et amare ne prosequi*. Según sus propias palabras, él estaría unido a ella por un amor eterno, por un sentimiento fiel y constante que ella misma había despertado con “su afecto y sus favores”, aunque no sepamos de qué afecto y favores se trataba.

Isabel era sincera, pero nadie le creía. El 6 de mayo de 1559, al enterarse de que el príncipe quería casarse con ella, le informó al embajador sueco que lamentaba no poder responder favorablemente a su deseo. A pesar del rechazo, una misión sueca encabezada por el duque Juan, hermano de Erik, llegó a Inglaterra para insistir con el asunto del matrimonio. El 23 de julio la reina se disculpó ante los integrantes de la misión por el humilde hospedaje que se les había asignado y reiteró que no estaba dispuesta a cambiar su estilo de vida solitario. Los enviados confirmaron que no lograron persuadir a Isabel de considerar el matrimonio y que ella no estaba dispuesta a hacerlo tampoco en el futuro.

Erik pensó que la única manera de hacerla cambiar de opinión era presentarse ante ella en persona. Gustavo dio el consentimiento a su hijo, y el *Riksdag* (la Asamblea Nacional) asignó una partida de dinero para financiar el viaje. Pero antes de la partida, Gustavo Vasa murió, el 29 de septiembre de 1560, y Erik fue coronado. Él pensó que en la nueva situación no rechazaría a un monarca poderoso, entonces, poco después de la coronación, sin el consentimiento de Isabel, partió hacia Inglaterra. Lamentablemente, las condiciones no estuvieron a su favor: se desató una tormenta tan peligrosa en Skaggerak que su barco debió regresar, otro se hundió, y la nave en la que viajaban Carlos y Magnus, sus hermanos menores, anduvo a la deriva durante un tiempo, sin que se conociera su paradero. Erik lamentó el fracaso del viaje, no obstante creyó que no todo estaba perdido, en especial si él mostraba la seriedad de sus intenciones. Según se ha apuntado en documentos oficiales, “Él la ama más que a sí mismo y nadie es tan necio como para seguir amando sin ser correspondido [...]. Hasta ahora, no lo ha acompañado la buena fortuna”.

Sin embargo, no había nada que se interpusiera en los planes del pertinaz enamorado, que aseguró que viajaría a Inglaterra en la primavera. Nils Gyllenstierna, el enviado sueco en Londres, informó a Erik del encanto y el intelecto de Isabel y -lo que resulta menos creíble- del gran entusiasmo de la reina por la próxima llegada del rey de Suecia. Erik envió a Isabel



cartas románticas escritas en latín, que firmaba: *VM frater et consanguineus amantissimus, Ericus*. El historiador Richard Welford relata:

El poco confiable agente inglés en Estocolmo convenció al rey de que comprara unas joyas para ofrecer a la reina. Ante el anuncio del arribo del rey, los vendedores ambulantes de Londres ofrecían a los transeúntes dibujos con Isabel y Erik en sus tronos. El ayuntamiento de Newcastle accedió a poner la Casa de la Reina a disposición de Erik y la decoró con ricos tapices. La ciudad gastó 10 chelines en la pintura del gran salón de la Casa de la Reina para recibir al rey de Suecia y le pagaría a Robert Horsbroke 2 libras por el suministro de una tonelada de cerveza destinada a homenajear al rey.

Por más que Isabel asegurara que no tenía intenciones de casarse, las cortes europeas no tomaban en serio las palabras de la reina, como Spelt le comentó a Cecil el 22 de abril de 1560.

Es difícil saber si toda esa farsa tenía asidero en las verdaderas intenciones de la reina, pero no cabe duda de que era una farsa. Es probable que algunos consejeros, Cecil entre ellos, no hubiesen objetado la alianza; sin embargo, no se mostraban muy entusiasmados con la idea. Erik se inquietó, igual que algunos personajes cercanos a la reina, cuando se enteró de que ella ofrecía su afecto a Robert Dudley, el conde de Leicester, a tal punto que se llegó a pensar que la reina y el conde eran amantes. Con angustia, el rey sueco no descartó la idea del asesinato para sacar a Dudley del medio y se preguntó si sería apropiado retarlo a duelo. Esa idea alarmó a Gyllenstierna, pues imaginó que sería él quien debería participar del duelo. Entonces convenció a Erik de que no era adecuado para su encumbrada y real figura ponerse en pie de igualdad con un simple noble inglés. El hecho de que se hubiese dejado convencer tan fácilmente es un signo de su falta de juicio.

No obstante, Erik se ocupó de preparar contratos matrimoniales que dejaban bien en claro que la independencia de Suecia y los derechos del rey eran intocables. Siguió manifestando su deseo de ir a Inglaterra y ofrecer casamiento a Isabel. En mayo de 1562, John Cuerton le comentó a sir Thomas Chaloner: “Hay noticias que llegan de Londres según las cuales diez barcos de la reina están preparados para recibir al rey de Suecia”.

En una ocasión, Isabel dijo que “si el rey es tal como lo describen, no habrá mujer que lo rechace”. Sin embargo la realidad demostró que las negociaciones no llegarían más lejos, y el acuerdo al fin se descartó. Gyllenstierna, muy endeudado, regresó a Suecia.

Mientras tanto, el rey de Suecia inició negociaciones para pedir la mano de la prima de Isabel y reina de Escocia, María Estuardo, pero la estrategia no era la mejor para ganarse la aprobación de Isabel. En ese momento, los proyectos matrimoniales empezaron a regirse por las necesidades políticas suecas en lugar de por los sentimientos, a pesar de todo el latín cortés que empleaba Erik en sus cartas. Por eso, pasó de Inglaterra a Escocia, y dado el fracaso del nuevo plan, se dirigió al príncipe alemán Felipe de Hesse para pedirle la mano de su hija Cristina.

El rey estaba preocupado por cómo reaccionaría Isabel ahora que parecía que se había olvidado de ella, entonces, en octubre de 1562, le escribió una carta para explicarle sus razones. Según aseguró, acercarse a la reina de Escocia nunca fue su intención sino la de su hermano, el duque Juan. La idea de cortejar a Cristina de Hesse surgió para probar la constancia de Isabel y, como admitió el mismo Erik, a causa de los celos que sentía por Dudley. Él nunca habría pensado que una mujer permanecería soltera durante tanto tiempo esperándolo, y mucho menos Isabel, en cuyo futuro enlace había tanto interés. Él no perdía las esperanzas. Lamentablemente, la carta fracasó en más de un sentido, pues el mensajero que la llevaba fue capturado por los daneses, que la enviaron de inmediato a Felipe de Hesse por medio del elector de Sajonia. Lleno de indignación, Felipe entregó a su hija en matrimonio a Adolfo de Holstein y juró que los suecos pagarían por el desprecio de Erik.

Los sentimientos de Isabel por Erik se fueron diluyendo. El rey volvió a escribirle, diciéndole que su amor por ella estaba intacto y que hasta estaba dispuesto a entregar su fortuna, su reino y su vida por ella. Ahí no terminaba la carta, pues también le recordó que era conveniente que Inglaterra otorgara privilegios a los mercaderes suecos como los que disfrutaban los comerciantes de la Liga Hanseática. Es posible que Isabel apreciara las cartas románticas de su pretendiente, pero ya había comenzado a aburrirse de sus caprichos y su insistencia. La reina se quejó de la severidad de Erik con su hermano Juan, que tan fiel se había mostrado durante su estancia en Londres. Cuando Suecia pidió ayuda a Inglaterra en su lucha contra los daneses, Isabel no ofreció más que actuar como mediadora.

Erik tenía en sus manos asuntos más urgentes, tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Decidido a reafirmar su autoridad, con la ayuda del *Riksdag* sueco, intentó reducir el amplio poder que gozaban sus hermanos, los duques Juan, Magnus y Carlos. Lógicamente, ellos se sintieron agraviados. Juan desafió a su hermano casándose con la princesa Catalina, hija del rey de Polonia. En ese entonces el rey Erik, debido a su política de expansión en el Báltico, se enfrentaba a los polacos,

y consideró el matrimonio de Juan como una traición a la corona sueca, de modo que anuló sus derechos constitucionales a la sucesión y lo encerró en el castillo de Gripsholm.

El rey tenía muchos enemigos: los daneses, los mercaderes de Lübeck, los polacos y los rusos, a los que en ese momento gobernaba el ambicioso zar Iván el Terrible. Si ganaban sus enemigos, se esfumaría el dominio de la corona sueca en el Báltico. Entonces, en una muestra de habilidad y determinación, tomó bajo su protección el puerto de Reval, que confirió a Suecia el control de todo el golfo de Finlandia, e invadió Noruega con éxito. Si Suecia salió indemne en la última etapa del reinado de Erik, fue gracias a su coraje e inteligencia.

La situación interna era tan peligrosa como la hostilidad externa. El monarca sospechó desde el principio de los nobles locales de mayor jerarquía. Con el objetivo de obtener el apoyo de la alta burguesía, colocó a sus miembros, de origen más humilde y en quienes sentía que podía confiar, en reemplazo de los aristócratas.

Su mano derecha era Joran Persson, un hombre muy inteligente y ambicioso que luego fue secretario de Estado. A instancias de Persson, la nueva Corte Suprema aplicó sumarios y castigos exagerados a los nobles que supuestamente eran críticos con la corona. La cantidad y la naturaleza de los delitos, algunos tan triviales como el cometido por un hombre que pintó las armas reales al revés, revelaban cuánto sospechaba el rey de sus súbditos y el miedo constante de que los más encumbrados conspiraran contra él. Erik tenía la sensación, que con el tiempo se convirtió en obsesión, de que los nobles pretendían recuperar sus antiguos derechos y debilitar el poder de la corona.

La sospecha y el miedo se centraban principalmente en la poderosa familia Sture. El rey creía que sus planes matrimoniales habían fracasado por los complots ideados por los aristócratas para asegurarse de que él, que tenía suficientes amantes e hijos bastardos, no tuviese herederos legítimos. Su política era incoherente e incomprensible; por ejemplo, sometió a Nils Sture a una humillación vergonzosa sólo porque los astrólogos le habían asegurado que la corona sueca pasaría a un hombre rubio, y el rey pensó que la descripción se ajustaba al aspecto de Nils (aunque, de hecho, su cabello era más bien castaño). Después prometió a Nils la mano de Virginia, su hija natural, y le encomendó la tarea de negociar el matrimonio con Cristina de Lorena. El proyecto no prosperó, y el fracaso de Sture despertó las sospechas del rey, según quien la fallida negociación respondía a una conspiración de los nobles.

Era evidente que la mente del rey se estaba debilitando. Incansable, deambulaba por los corredores del palacio real en busca de infractores,

pero rara vez descubría nada. Cuando veía que los pajes reales estaban demasiado elegantes, pensaba que buscaban seducir a las mujeres de la corte. El chambelán real fue llevado ante la Suprema Corte porque habían encontrado roto en su habitación el cetro real. Hablar en voz baja con los vecinos era peligroso, incluso para aclarar la garganta, porque podía ser tomado como una conspiración contra el rey. Dos guardias fueron condenados a muerte por haber dejado una jarra, una capa y un cabestro en el excusado real “para molestar al rey”. Si Erik veía almiares cubiertos con ramas de abeto, montaba en cólera, porque los abetos le recordaban el arco triunfal de Nils Sture.

Para peor, la vida personal del monarca estaba en crisis, pues decidió casarse con una de sus amantes, Karin Mansdotter, una tabernera de origen humilde, hija de un carcelero. Erik estaba enamorado de la joven, quien podía darle un hijo que garantizaría la sucesión. El matrimonio desataría la ira acumulada de la nobleza, cuyas damas el rey no consideró como posibles esposas.

Las tensiones políticas y personales eran más de lo que Erik podía soportar y desencadenó lo inevitable: un brote esquizofrénico. Todavía convencido de que los nobles conspiraban en su contra, arrestó a varios de ellos y los hizo comparecer ante la Corte Suprema, que los condenó a muerte. Nils Sture, que acababa de volver de su frustrada misión a la corte de Lorena, fue enviado a prisión junto a su padre. Era indudable que Erik no estaba en sus cabales. Creía ser víctima de traiciones y engaños; no confiaba ni en sus sirvientes. Cuando convocó a los estamentos suecos a una asamblea en Uppsala, olvidó llevar las notas de su discurso, y culpó a los sirvientes de haberlas robado porque, según él, tenían la intención de hacerlo quedar en ridículo.

Su conducta empezó a mostrar signos crecientes de paranoia. Le costaba decidir si era mejor reconciliarse con los Sture y sus seguidores o eliminarlos. El 24 de mayo de 1566, fue a ver al padre de Nils, Svante Sture, al castillo de Uppsala. Al principio, todo parecía indicar que la reconciliación era posible, sin embargo, la mente del rey era como una hoja a merced del viento. Unas horas más tarde, regresó al castillo hecho una furia, con el sombrero calzado hasta los ojos, caminaba tan de prisa que los guardias no podían seguirle el ritmo, encaró a Nils Sture y lo mató de una puñalada.

Erik salió precipitadamente del castillo, pero antes ordenó que mataran de inmediato a todos los prisioneros, con excepción de un tal *herr* Sten. Nadie supo a quién se refería el rey con ese nombre, pero su incoherente comentario sirvió para salvar la vida de Sten Leijonhufvud y Sten Baner. El rey montó su caballo y dejó la ciudad sin rumbo fijo, lo

único que quería era huir de sus perseguidores imaginarios. Su antiguo tutor, Dionysius Berreus, lo siguió con el propósito de calmarlo, pero Erik lo mató. Al caer la noche, el desquiciado monarca deambulaba por el bosque, aturdido y desorientado.

Está claro que a esas alturas sufría de paranoia esquizoide, y es extraño que no haya habido ningún intento de destituirlo después del brote, lo que confirma que la idea de la conspiración de los nobles era pura ficción. El rey eligió a Joran Persson como chivo expiatorio: lo apresaron, juzgaron y condenaron. Erik estaba muy confundido. En una ocasión, convencido de que lo habían destituido, imaginó que su hermano, el duque Juan, lo había encarcelado, cuando en realidad él había encerrado a Juan en el castillo de Gripsholm. Cuando lo liberaron, en una escena no exenta de comicidad, los dos hermanos se arrodillaron uno frente al otro, ya que Erik creía que era el prisionero de Juan, y Juan en calidad de súbdito de Erik. A pesar de todo, el rey seguía adelante con sus planes matrimoniales.

Para el año nuevo de 1568, Erik estaba algo recuperado. A pesar de la gravedad del brote, se había aliviado. Volvió a tomar las riendas y, enérgico, repelió a los daneses que, aprovechando la crisis del gobierno, habían invadido territorio sueco. El 28 de enero de 1568, su esposa dio a luz a un niño, y el rey compuso un himno para la celebración oficial de la boda, que tuvo lugar el 4 de julio de ese año. Al día siguiente, Karin fue coronada reina de Suecia. Joran Persson, a quien habían condenado a muerte, fue indultado, e incluso recuperó sus antiguos poderes. Con su arrogancia característica, el rey justificaba las medidas que había tomado contra los “conspiradores” de Uppsala.

Los nobles parecían más molestos con el rey ahora que estaba cuerdo que durante su período de locura. Sus hermanos, Juan y Carlos, reunieron a sus hombres y tomaron Estocolmo, asesinaron a Persson y proclamaron rey a Juan, que asumió como Juan III. Erik, su esposa y su hijo fueron apresados. Se presentaron muchos cargos contra el rey depuesto, pero muchos de ellos eran falsos. Se dijo que la locura de Erik era nada más que un ardid para cubrir sus fechorías. También corrió el rumor de que lo habían embrujado y que estaba poseído por un demonio llamado Koppoff.

En prisión, Erik seguía justificándose. Aseguraba, por ejemplo, que todo lo que había hecho era defender los derechos de la corona y que nunca había infringido la ley. Negaba haber gobernado como un tirano y sostenía que en todas sus decisiones había tenido en cuenta el bien de su pueblo. Solicitó que le permitieran exiliarse: “El mundo es tan grande que hasta el odio entre hermanos se mitiga con la distancia”.

Mientras Erik estuvo vivo, fue el centro de las miradas cada vez que se pergeñaban las numerosas conspiraciones contra su sucesor, que en

reiteradas oportunidades contaron con el apoyo de los daneses. La más peligrosa fue la que encabezó un antiguo comandante de las tropas de Erik, el noble francés Charles de Mornay, que contó con la ayuda de mercenarios escoceses; sin embargo, alguien dio aviso de la asonada y los cabecillas fueron ejecutados. Aparentemente, el motivo de los conspiradores no fue la lealtad a Erik o el odio a Juan, sino el rico tesoro que, se rumoreaba, el rey había enterrado con ayuda de su jefe de jardineros, Jean Allard, quien se había refugiado en el extranjero. El rey tuvo la idea de someter a su hermano a tortura para que revelara el secreto, pero luego aceptó no llevarla a la práctica, aunque de mala gana. Temeroso del antiguo monarca y para asegurarse de que no reclamara los derechos de su descendencia, Juan ordenó sucesivos traslados; así, Erik fue separado de su familia y trasladado de un castillo a otro en calidad de detenido.

Egocéntrico, morboso, en condiciones cada vez más adversas, Erik tuvo una recaída. A partir de 1569, su sucesor empezó a considerar la posibilidad de ejecutarlo, y en junio de 1575, ordenó al carcelero que lo matara de la manera más cruel. Finalmente, el 24 de febrero de 1577, Erik murió, como lo confirmó una exhumación posterior, por envenenamiento con arsénico.

“Erik -sostiene Michael Roberts- dejó a Suecia dos legados, y los dos fueron nefastos. Uno fue la ambición por la expansión imperial, de la que ningún gobierno sueco pudo librarse durante los cincuenta años siguientes. El otro fue el recelo y la sospecha que separaron a la monarquía de la aristocracia durante medio siglo. La imaginación morbosa de Erik destiló un veneno mortal para sí mismo y dañino para la política sueca de los años venideros”.

## Osos rusos

El eje sobre el que giraba la política exterior de Erik XIV era la amistad, neutralidad u hostilidad del hábil, ambicioso e inestable zar ruso Iván IV, a quien con justicia llamaban Iván el Terrible. A pesar de ser una de las grandes potencias del siglo XVI, Rusia no tenía gran injerencia en los asuntos europeos. Los occidentales veían a los rusos como un pueblo misterioso, desconocido y bárbaro en cierta medida, y a Rusia como una nación ubicada en los márgenes de la civilización occidental. Prueba de ello son las crónicas del viajero de la época isabelina Giles Turbeville, quien en 1568 comparó a los rusos con los salvajes irlandeses:

Un pueblo rudo, dado a cometer vilezas;  
gentes afines a Baco, el licor es su principal riqueza.  
El alcohol y la copa es lo único que los enorgullece:  
una vez al día, hasta el más sobrio, sin guía, se enceguece.

Si hubiese que elegir cuál entre estos dos, el irlandés o el ruso,  
es el más civilizado, ¡ardua tarea sería!,  
pues a cuál más grosero y obtuso.

El temperamento eslavo parecía nutrirse de pasiones extremas: amor y odio, compasión y terror, temas que atrajeron a los grandes compositores eslavos y a los geniales novelistas rusos. En ese sentido, algunos gobernantes rusos manifestaron esas cualidades elementales con considerable intensidad. La esquizofrenia de Erik, crucial en la historia sueca, es un detalle insignificante si se la compara con las exóticas características de la personalidad de los tres gobernantes más importantes de Rusia: los zares Iván el Terrible y Pedro el Grande, y el dictador José Stalin. Los tres se destacaron por la determinación, la habilidad como estadistas y el control férreo de su pueblo. No obstante, su genio se vio opacado por cierto grado de desequilibrio mental. Si bien Pedro el Grande

ejerció su mandato un siglo después que Iván el Terrible, es evidente que a pesar de los aciertos, los dos basaron su gobierno en un placer sádico satisfecho con el terror y la tortura, a los que recurrían no sólo como instrumentos para desarrollar su política sino como medios para la gratificación personal. Estos zares exhibían una crueldad sin límite, bárbara e intensificada por la sed de poder; sin embargo, es necesario profundizar en el campo de la psicología para encontrar una explicación a sus acciones.

El zar Iván IV tenía tres años cuando, en 1533, sucedió a su padre, el gran duque de Moscovia. Los excesos de Iván, igual que los de Pedro, se entienden en parte por las experiencias de la infancia. La madre de Iván, la gran duquesa Elena, asesorada por su amante, el príncipe Obolensky-Telepnov, ejerció la regencia hasta que murió en 1538. Elena era caprichosa y no gozaba del apoyo popular. Su muerte, probablemente por envenenamiento, dio paso a la lucha por el poder entre dos familias nobles: los Belsky y los Shuisky, lucha que derivó en la supremacía de esta última.

Los poderosos boyardos trataban al pequeño príncipe como un objeto sin importancia. Iván, a merced de los grandes nobles, se sentía impotente. Esa sensación lo acompañó toda la vida, y fue un factor decisivo en la formación de su personalidad y en su política. Iván le dijo al príncipe Kurbsky:

Yuri [el hermano de Iván] y yo fuimos huérfanos en todo sentido [...]. Nuestros súbditos eran parte de un imperio sin mandatario [...]. En cuanto a mi hermano y a mí, nos trataban como si fuésemos extranjeros o mendigos. Pasamos privaciones insoportables, no teníamos ropa ni comida [...]. No nos daban libertad [...]. Nuestra infancia no fue como debería haber sido.

Maltratado, sin ropa ni alimentos, Iván sufrió humillaciones que le dejaron una herida profunda que nunca terminó de cicatrizar. Pero desde niño, ya estaba latente en él una veta cruel que se intensificó con el paso del tiempo. Le causaba placer provocar dolor; acostumbraba arrojar perros y gatos desde lo alto del palacio, arrancarles las plumas a los pájaros, pincharles los ojos y abrirlos en dos. Como era costumbre entre los príncipes jóvenes e irresponsables de la época, solía andar por las calles haciendo desmanes junto con otros nobles.

De todos modos, Iván era un adolescente inteligente y leía mucho, en especial crónicas de la historia rusa. El 16 de enero de 1547 fue coronado en una magnífica ceremonia celebrada en Moscú, en la fastuosa catedral Uspensky. El título de zar había sido adoptado recientemente por el gran



duque para expresar su creencia de que Moscú era la sucesora histórica de los imperios romano y bizantino.

A causa de su formación religiosa, Iván estaba convencido de que tenía un destino semidivino. Por influencia del arzobispo metropolitano Macario, se deshizo de los nobles que lo habían maltratado en la infancia; el príncipe Andrei Shuisky, por ejemplo, fue ejecutado. Pero Iván no sólo estaba decidido a humillar a los boyardos sino también a ganarse el apoyo de sus súbditos. Inició múltiples reformas; se acercó a Occidente; favoreció el contacto con Inglaterra, donde se estableció la Compañía de Rusia para entablar relaciones comerciales entre ambos países. En el ámbito de la expansión territorial, anexó Kazán y Astracán, y así los límites del gran ducado se extendieron hacia el sur y el este, hacia el mar Caspio y los Urales.

A pesar de sus costumbres sexuales promiscuas (Iván Timofeiev aseguró que Iván tuvo una relación homosexual con Bogdan Belsky), el zar amó a su primera esposa, Anastasia Romanovna Zahkaryn, hija de una antigua familia de boyardos.

El emperador -comentó un visitante inglés- excede a sus predecesores en valentía [...]. Tiene un trato muy familiar con nobles, súbditos y extraños [...]; por eso, los nobles y el pueblo lo estiman, aunque al mismo tiempo los habitantes de todos sus dominios le temen. No disfruta mucho de la caza ni de la música; en cambio, las actividades que lo ocupan son servir a Dios -sin dudas, es un hombre muy devoto- y someter a sus enemigos.

En todos los aspectos, Iván prometía convertirse en un gobernante capaz e interesado en los problemas de su pueblo.

En 1553 enfermó de gravedad; incluso se temió por su vida. No se conoce con exactitud cuál fue la causa, aunque se sospecha que puede haber sido encefalitis o sífilis. Sea lo que fuere, el episodio resultó determinante para su futuro. Mientras estuvo delicado de salud, Iván se ocupó de asegurar que, si moría, el sucesor fuese su hijo, pero no contó con la aprobación del príncipe Vladimir de Staritza, primo del zar, quien por un tiempo logró ganarse la confianza de los asesores de Iván, de su chambelán Alexei Adashev y del capellán de la corte, Silvestre. Esas circunstancias llevaron al zar a fortalecer su determinación de aplastar a todo el que no estuviese de acuerdo con sus decisiones y a dudar de todos aquellos en los que antes había confiado. Cuando se repuso, decidió deshacerse de sus críticos y eliminar para siempre el poder de los boyardos, a quienes veía como enemigos suyos y del pueblo ruso. Silvestre

y Adashev perdieron todos sus privilegios. A partir de entonces Iván instauró una política muy racional y fue previsor, pues estableció un Estado fuerte y centralizado, y se ocupó de oprimir y destruir a los enemigos internos.

Después de la enfermedad, el carácter del zar sufrió un deterioro progresivo. A veces parecía estar al borde de la locura; en particular, cuando murió su primera esposa, en 1560. El príncipe Semen Shakhovskoi alabó la primera época del gobierno de Iván, no así la etapa posterior: “Debido a sus errores, se ha alejado mucho [del buen gobernante que era]; está lleno de ira; persigue sin piedad a sus sirvientes”. A partir de la muerte de Anastasia, el viudo empezó a obsesionarse con el carácter semidivino de su poder. “El monarca -le recordó Iván a su enemigo, el príncipe Kurbsky- puede exigir que los esclavos que Dios le ha asignado satisfagan su voluntad [...]. Si no obedeces al soberano cuando comete una injusticia, no sólo eres culpable de un delito grave sino que manchas tu alma, porque es la voluntad de Dios que obedezcas ciegamente a tu señor”. No obstante, así pensaban muchos gobernantes de la época, y no por eso se los considera locos.

En ese entonces, se apoderó de Iván un fuerte sentimiento de inseguridad, quizá procedente de su infancia y que luego se intensificó por las acciones de aquellos que no quisieron respetar su voluntad cuando él enfermó en 1553. Algunas facetas de su personalidad, en particular el sadismo, se volvieron más visibles. El zar solía tener ataques de furia aterradores; no podía controlarse, como si de pronto se convirtiera en un animal salvaje. Daniel Printz von Bruchau aseguró que en esos ataques, al zar le salía espuma por la boca como a los caballos y que cuando se calmaba, se sentía culpable. Iván Timofeiev aseguró que Iván tenía tendencias negativas que se intensificaban cuando se enfadaba.

El zar descendió un escalón más en el proceso de su desequilibrio mental hacia 1564-1565, cuando abandonó Moscú debido a la desconfianza que le despertaban los miembros de la corte. Se retiró al monasterio de Alexandrovskaja Sloboda, un sitio escondido en el bosque, unos cien kilómetros al noreste de la ciudad. Allí le escribió cartas al arzobispo metropolitano en las que denunciaba a los laicos y eclesiásticos de la clase gobernante y apelaba al apoyo del pueblo, de quien se proclamaba defensor. Como le pidieron que regresara, volvió a Moscú a principios de 1565. Aunque tenía sólo treinta y cinco años, parecía mayor: estaba muy arrugado, tenía una calvicie muy pronunciada y una barba rala y desprolija. Además, cuando se enfadaba, se arrancaba mechones de pelo.

A partir de ese momento, instauró un régimen de terror al servicio de sus intereses políticos. Iván le dijo al príncipe Kurbsky:

Lo que usted dice de mis supuestas crueldades es una mentira descarada. Yo no asesino a los hombres de Israel, no derramo su sangre sobre los pueblos del Señor. Persigo únicamente a los traidores. Hasta ahora, los soberanos de Rusia han gozado de libertad e independencia. Han recompensado o castigado a sus súbditos según lo merecieran sin que nadie objetara sus acciones. Eso no cambiará jamás. Yo ya no soy un niño. Necesito la gracia de Dios, la protección de la Virgen María y de todos los santos, pero no recibo instrucciones de ningún hombre.

Para poder aplicar su política, Iván creó un ejército privado que estaba a su servicio personal en la Oprichnina, cuyos miembros lo obedecían ciegamente. Los *oprichniki* fueron la versión primitiva de la policía secreta: agentes del terror con derecho a robar y torturar con total impunidad que constituyeron un Estado dentro de otro Estado. Según Shakhovskoi, el zar “dividió en dos partes los dominios que Dios le concedió [...] y ordenó a los de una parte violar y asesinar a los de la otra”.

El zar dejó Moscú otra vez y volvió al monasterio de Alexandrovskaja, que a esas alturas se había convertido en una verdadera fortaleza. Su vida en ese recinto fue una combinación de orgías, borracheras y actos de contrición. Cuando escuchaba los gritos de los prisioneros torturados, se golpeaba la cabeza en señal de penitencia y rogaba por las personas a las que habían mutilado o asesinado por su culpa. Tomaba parte de una parodia religiosa rayana en la blasfemia -similar a la que protagonizó luego Pedro el Grande-, que consistía en que Iván y sus seguidores fueran de la sala de tortura a la capilla vestidos con sotanas negras y túnicas bordadas con hilos de oro y engalanadas con piel de marta. El zar hacía a veces de abad, el príncipe Viazansky era el tesorero, y también estaba el malvado Malyuta Skuratov.

Los matrimonios de Iván fueron inestables y tempestuosos, marcados por el egocentrismo, la inseguridad y las manías del zar. Tras la muerte de su primera esposa, Iván se casó con una belleza circasiana, María, hija del príncipe Temrink, pero al poco tiempo se cansó de la ignorancia y la tosquedad de la joven. María falleció el 1º de septiembre de 1569, y el zar volvió a casarse el 28 de octubre de 1571 con Marta Sobakin, hija de un mercader de Novgorod. La mujer murió a las dos semanas, el 13 de noviembre, antes de que se consumara el matrimonio. Se dijo que la causa de la muerte fue el exceso de pasión sexual de su marido, aunque lo más

probable es que Marta estuviese muy enferma desde antes de la boda. En ese episodio, como en muchos otros de la vida de Iván, es casi imposible saber qué es cierto y qué es solamente un rumor. La cuarta esposa fue Ana Alexeievna Koltovskaya, pero una vez que el marido se aburrió de ella, la recluyó en el monasterio de Tikhvinsky, donde vivió cincuenta y un años. Por eso mismo, se puede decir que Ana fue la más afortunada de las esposas de Iván.

Más tarde, y contra lo establecido por el derecho canónico, se casó con Ana Vassilchikura sin la bendición eclesiástica, pero al poco tiempo la reemplazó por Vasilissa Melentievna. Más insensata que la zarina Ana, Vasilissa tuvo un romance con el príncipe Iván Devtelev. El zar lo hizo ejecutar en presencia de la mujer y luego se deshizo de ella enviándola a un convento. Cuando descubrió que su séptima esposa, María Dolgurukaya, no era virgen, lleno de ira, la hizo ahogar al día siguiente. Su octava y última esposa fue María Feodorovna Nagaya. Con más matrimonios en su haber aunque menos afortunado que Enrique VIII de Inglaterra y mucho menos dichoso en cuanto a su descendencia, a Iván la felicidad conyugal le fue esquiva después de la muerte de su primera esposa.

Mientras tanto, los *oprichniki* se encargaban de que se cumplieran todos los deseos del zar. Constituían un nuevo grupo social formado por hombres de distintas clases que estaban más allá de la ley. Cuanto más los detestaba el pueblo, más confianza les tenía Iván. Él se deleitaba mirando la ejecución de sus enemigos o participando directamente en ella. El príncipe Michael Vorotyasky, que peleó con valentía contra los tártaros, fue acusado de brujería y condenado a la hoguera, cuyo fuego, según el relato poco confiable del príncipe Kurbsky, encendió el propio Iván.

El horror llegó a afectar a ciudades enteras. Cuando el zar sospechó que la importante ciudad comercial de Novgorod, a unos cinco mil kilómetros al noroeste de Moscú, estaba interesada en conseguir su autonomía, ordenó saquearla y exterminar a sus habitantes, a muchos de los cuales arrojó a las aguas congeladas del río Volkhov. Nadie que desafiara la voluntad de Iván podía quedar impune. A Leonid, el arzobispo de la ciudad, lo cubrieron con una piel de oso y lo dejaron morir devorado por una jauría hambrienta. Cuando el arzobispo metropolitano Philip protestó contra la política tiránica de Iván en un sermón pronunciado en la Catedral de la Dormición el 22 de marzo de 1568, los *oprichniki* se vengaron capturándolo durante un servicio religioso en la Catedral Uspensky. Philip fue enviado al monasterio de Otroch, donde Malyuta Skuratov lo ahorcó en la celda. De ahí en adelante, la política intimidante del zar fue brutal.

Los habitantes de Pskov sufrieron la misma suerte que los de Novgorod. Ni los miembros de los consejos cercanos al zar se salvaron, pues Iván sospechaba que tramaban acordar una conspiración con sus enemigos en Polonia, Turquía y el kanato de Crimea. Iván Viskovaty, el ministro imperial, fue condenado a la horca, donde allegados al zar se turnaron para arrancarle jirones de carne. Nikita Funikov, el tesorero del zar, fue arrojado a un caldero con agua hirviendo.

No se puede negar que la política de terror dio sus frutos y, de hecho, no cesó luego de la disolución del grupo de los *oprichniki* a principios de la década de 1570. ¿Cuál fue la razón para implantar el terror? ¿Fue un medio para llevar adelante la política de gobierno del zar, para centralizar el Estado de manera eficaz como se ha dicho de Pedro el Grande y de Stalin? ¿O hubo un elemento adicional? ¿Fue un reflejo de una personalidad trastornada, que en términos de la psicología moderna denominaríamos psicopatía?

Después de la enfermedad sufrida en 1553, Iván se transformó en una persona muy perturbada, que a veces parecía al borde de la locura. Su inseguridad, su desconfianza, incluso la que le despertaban sus más allegados, su sadismo y sus ataques de furia son signos de una personalidad anormal. Se volvió adicto al mercurio, que mantenía burbujeando en un caldero ubicado en su habitación. No hay duda de que sufrió envenenamiento por mercurio, como lo probó la exhumación de sus restos. Eso, sumado a la mala salud y a su carácter, le afectó el equilibrio mental. Se ha sugerido que el zar tenía una atrofia cerebral difusa o un debilitamiento de la válvula aórtica producto de la sífilis. Algunos rasgos de su personalidad servirían para confirmar el diagnóstico. Además, dada su promiscuidad sexual, no sería extraño que se hubiese contagiado sífilis, a la que podría atribuirse su destrucción final. No podemos asegurar si los problemas de Iván tuvieron origen orgánico o psicológico, pero sí que los acontecimientos de su vida contribuyeron a intensificar un desorden de la personalidad que se originó en su infancia y se acentuó con su padecimiento en 1553. Todo llevó a que un estadista hábil e inteligente se convirtiera en un tirano desconfiado y cruel.

El zar siempre pareció más viejo de lo que en realidad era: encogido y encorvado, con el cabello blanco que le caía sobre los hombros y dejaba al descubierto una calvicie pronunciada. Un hecho que lo afectó profundamente fue la muerte de su hijo y sucesor, de la que Iván fue responsable. En 1581, el zar golpeó con un bastón a Elena Sheremeteva, la tercera esposa de su hijo, que estaba embarazada, porque, según él, vestía de manera indecorosa. La mujer cayó al suelo y perdió el bebé. Cuando el zarevich se quejó, Iván lo hirió de muerte. En el funeral, Iván se golpeaba

la cabeza contra el ataúd y caminaba sin rumbo por los pasillos buscando a su hijo. El sentimiento de culpa era insoportable.

Hacia 1584, la salud del zar estaba muy deteriorada. Según los informes de la época, padecía una “descomposición de la sangre” y tenía una “corrupción en las entrañas”. Se le hinchaba el cuerpo, se le descamaba la piel y desprendía un olor muy fuerte. Lo único que lo calmaba era bañarse en agua caliente. Cuatro días antes de morir, le mostró al inglés Jerome Horsey su colección de piedras preciosas, un signo de que a pesar de todo no había perdido interés en la vida. El 19 de marzo de 1584 hizo público su testamento y luego pidió que le llevaran un tablero de ajedrez a la cama. La muerte lo sorprendió mientras ubicaba las piezas del juego en los casilleros. El hijo que sucedió a Iván fue el zar Fiódor I, un hombre devoto, aunque no muy inteligente, al que apodaban “el tocador de campanas” debido a su afición a los servicios religiosos.

Un siglo más tarde, el destino de Rusia estaba en manos del zar Pedro el Grande. Él e Iván el Terrible se asemejan en muchos aspectos. Los dos fueron gobernantes enérgicos y autoritarios que introdujeron cambios significativos en la tradición del Estado gracias a la aplicación de importantes reformas. Se ocuparon de fortalecer la influencia rusa más allá de las fronteras mediante campañas contra los turcos y la incorporación de emplazamientos en la costa del Báltico. Por otra parte, sus personalidades fueron igual de extravagantes. Eran extraña y supersticiosamente devotos y, a la vez, hallaban un curioso placer en la blasfemia. Eran aficionados a la bebida y disfrutaban con la violencia. Los dos mataron a sus hijos mayores: Iván, por error y Pedro, con deliberación. Es probable que sus destinos se hayan forjado durante la infancia, momento de sus vidas en que sus propios súbditos los hicieron sufrir y pasar privaciones. Se cree que ambos sufrieron trastornos mentales causados por una enfermedad orgánica que afectó su creatividad.

En la opinión de los historiadores rusos, tanto zaristas como marxistas, Pedro fue una figura heroica, pues cortó amarras con la Rusia del pasado. Como explica el escritor ruso Chaadaev, “lo único que tenía era un papel en blanco, en el que delineó a Europa y Occidente, y a partir de entonces hemos formado parte de Europa y Occidente”. Pedro enfrentó a los boyardos, que aún conservaban características feudales, e introdujo ideas y costumbres occidentales modernas en la Muscovia tradicional. Era supersticioso y fue enemigo acérrimo del conservadurismo eclesiástico. Los cristianos rusos más tradicionales, en particular los miembros de la secta de los llamados viejos creyentes, no dudaron en considerar al zar como el

anticristo; lo criticaban por su vestimenta al estilo occidental, por su vida disipada y por obligar a los hombres a afeitarse la barba, lo que constituía una falta de respeto a la imagen de Dios encarnada en los hombres.

Pedro era un verdadero rebelde, era aun más seguro de sí mismo que Iván el Terrible y tenía más confianza en su propio destino. No sólo reestructuró el Estado sino que fue un gran guerrero; como tal, logró compensar la derrota sufrida por su ejército a manos de los suecos en Narva con la gloriosa batalla de Poltava, en la que, en 1709, venció al ejército del rey Carlos XII de Suecia. Como le ocurrió a Iván, no le fue tan bien en la campaña contra los turcos, pero de todos modos la expansión territorial rusa durante su mandato fue un factor fundamental en la historia mundial, ya que el país logró salir del cascarón medieval en el que estaba.

Si bien podría decirse que la influencia de Pedro en Rusia fue menor que lo que se cree, sin duda fue muy importante. El zar medía casi dos metros y era muy fuerte: doblaba monedas de plata con los dedos y, si bien las víctimas no lo deben haber disfrutado, le gustaba jugar al dentista aficionado y se dedicaba a extraerles muelas a los cortesanos. Era excelente con las manualidades, un eximio artesano y zapatero. Caminaba tan rápido que sus acompañantes siempre se quedaban un paso atrás. Viajó más que todos los gobernantes que lo precedieron, pues visitó Inglaterra, Holanda y Alemania. Le gustaba enterarse de cosas nuevas todo el tiempo, y así fue que, como autodidacta, aprendió alemán y holandés. Todo lo que veía en los sitios a los que viajaba le despertaba una gran curiosidad.

Sin embargo, a pesar de toda la energía que desplegaba y de la serie de logros que consiguió, Pedro tenía un costado oscuro: algunos rasgos de la personalidad lo acercaban al borde de la locura. Ese costado oscuro se manifestaba especialmente en sus ataques de furia, en su abusiva crueldad y en las actividades de una corte formada por borrachos groseros y libertinos. Como en el caso de Iván, algunas facetas de su carácter se explican por las experiencias infantiles. Pedro era el decimocuarto hijo del zar Alexis y único hijo de su segunda esposa, la joven Natalia Narishkina. Nació el 30 de mayo de 1672 en el Kremlin. Su padre murió cuando Pedro tenía cuatro años. En ese momento, Rusia pasó doce años de desgobierno y luchas entre las facciones de boyardos que apoyaban a una u otra de las esposas del zar fallecido. El sucesor inmediato de Alexis, Fiódor III, era un joven débil que murió en 1682, seis años después de acceder al trono. Durante su mandato, la madre de Pedro fue enviada con su hijo a Puzluzersk, pero Sergeyvitch Matveyof, su consejero principal, que estaba casado con una escocesa, Mary Hamilton, se ganó el favor del zar, que a su

vez favoreció al ahijado. Cuando Fiódor murió, los notables exigieron que Pedro, que en ese momento tenía diez años, compartiera el trono con el hermano y sucesor del zar, Iván V, un verdadero débil mental.

Aunque Pedro compartiera el trono con su medio hermano, su posición se volvió precaria, pues la hermana de Iván V, la temible Sofía Alexeievna, estaba decidida a quitar a Pedro y a Natalia del medio. Sofía se apoderó de la plaza fuerte moscovita, se ganó el favor de los *streltsy* (la guardia) y se deshizo del favorito de Natalia, Matveyof, quien fue arrojado de un balcón del palacio y cayó sobre las lanzas de los soldados que lo esperaban abajo. Pedro y su madre debieron huir, y Sofía y su amante, el príncipe Basil Golitsyn, ejercieron el poder. La vida del futuro zar estaba en peligro, por lo cual partió de Preobrazhenskii protegido por la oscuridad de la noche y se dirigió al monasterio de Troitsa, donde tuvo un colapso causado por el terror y la fatiga. Nunca olvidó las humillaciones que soportó durante la niñez.

En otros aspectos, la infancia de Pedro no tuvo nada que merezca ser mencionado. Jugaba con enanos, samoyedos y calmuco que, ataviados con abrigo de color morado con botones dorados y adornos de piel blanca, lo paseaban en carritos mientras gritaban imitando relinchos, rebuznos, ladridos y cacareos en medio de un festival de platos nauseabundos. Cuando creció, Pedro se interesó más por los juegos militares, entonces armaba batallas inventadas con los muchachos que se ocupaban de cuidar las caballerizas y hacía experimentos con pirotecnia y otros explosivos. Durante uno de esos juegos, murió quemado uno de sus compañeros, el yerno de Gordon, su favorito escocés.

Por fin, gracias a una revuelta palaciega, envió a su media hermana a disfrutar de las dudosas comodidades de un convento. Iván V, quien nunca fue más que una figura decorativa, murió en 1696. A partir de entonces, Pedro pudo poner en práctica los planes que durante los veinte años siguientes transformaron a Rusia en una gran potencia, le permitieron ganar la guerra contra los suecos al norte y contra los turcos y los tártaros al sur. Reestructuró la nación mediante la fundación de San Petersburgo, la creación de una flota, la reforma del ejército, la reorganización de la burocracia y la sumisión de la Iglesia.

Aun así, en este hombre de genio había cosas extrañas que, si no eran signos de insania, al menos eran prueba de un trastorno psicológico grave. Pedro era religioso; por ejemplo, siempre atribuía sus triunfos bélicos a la gracia de Dios. No obstante, sus pasatiempos preferidos eran la blasfemia y la obscenidad. Quizá sólo se tratara de un ataque al conservadurismo de una Iglesia que, por defender las antiguas costumbres, era vista como



hostil a la política reformista desde la perspectiva de un zar y una corte frívolos, que manifestaban así su costado oscuro.

El zar disfrutaba parodiando el ceremonial de la Iglesia ortodoxa rusa. Constituyó el “sínodo de los bufones beodos”, de cuyo reglamento Pedro, como diácono, fue uno de los autores. El primer mandamiento era “debes beber a diario y jamás irte a dormir sobrio”. El sínodo tenía un patriarca, el ex tutor de Pedro, Nikita Zotov, a quien describían como “más payaso que el padre Josafat, patriarca de Pressburgo y del río Yamsa”. Los miembros de la orden tenían apodos obscenos. La mitra de latón que usaba el “patriarca” tenía la imagen de un Baco desnudo sentado sobre un tonel. En lugar de agua bendita usaban vodka. En Navidad, el falso patriarca y sus compañeros iban borrachos a dar tumultuosas vueltas en trineo por la ciudad. Durante la cuaresma, se ponían los abrigos al revés e iban a pasear montados en asnos o bueyes, y si había nieve, en trineos tirados por cerdos, cabras u osos. El martes de carnaval de 1699 celebraron una fiesta en honor a Baco en la que el patriarca hizo la señal de la cruz con dos pipas para bendecir a los invitados, un insulto para la Iglesia ortodoxa, no sólo por la irreverencia sino porque la institución religiosa prohibía el consumo de tabaco.

El “sínodo de los bufones beodos” siguió activo en la corte durante todo el mandato de Pedro. El zar asistió a la boda celebrada en 1715 por un anciano sordo y ciego, en la que el falso patriarca, en ese momento un anciano octogenario, se casó con una joven viuda. Seis años después, en 1721, Zotov falleció, y el sínodo organizó una ceremonia en la que se eligió al sucesor del patriarca, Buturlin, quien contrajo matrimonio con la viuda. El zar, que conocía el rumor de “la papisa Juana”, ideó un método divertido para comprobar el sexo de los integrantes de la pareja: mandó construir dos sillas con un agujero por el que Pedro y otros miembros del grupo podían examinar las partes íntimas del falso patriarca y su esposa. El zar palpó los genitales de Buturlin y exclamó *Habet foramen! Habet!* (“¡Tiene una abertura!”). En el transcurso de la orgía, los supuestos cardenales debieron beber una cucharada de vodka cada quince minutos durante toda la noche. Al amanecer, el zar hizo pasar a una muchacha semidesnuda, la “abadesa”, que llevaba una cesta con huevos. Los cardenales, borrachos, besaron los pechos de la “abadesa” y cada uno tomó un huevo en representación de su voto a favor del patriarca. Uno de los beneficios de que gozaba Buturlin era el libre acceso a las bodegas y los aposentos del zar en Moscú y San Petersburgo.

No podemos saber con exactitud el diagnóstico psicológico correspondiente al zar a la luz de las conductas disparatadas que hemos revelado. Quizá sean únicamente la forma que Pedro eligió para poner en

evidencia la hipocresía de la Iglesia rusa o una fuente de diversión que no se apartaba demasiado de las costumbres rusas de la época. Sin embargo, habría que analizar hasta qué punto es divertido perseguir a ancianos y personas inocentes. Es probable que Pedro tuviese una neurosis profunda.

El lado oscuro de la mente del zar se refleja con mayor claridad en la violencia y la crueldad con que trataba a sus opositores. Por ejemplo, en 1687, Pedro sospechó que su media hermana Sofía organizaba una conspiración en su contra, entonces ordenó decapitar a los supuestos conspiradores, a quienes antes les cortaron los brazos y las piernas. Ubicaron al cabecilla, Iván Miloslavsky, en el cadalso bajo el cadáver de sus compañeros para que la sangre de estos cayera sobre él. Tres años después, tras el levantamiento de los *streltsy*, Pedro se ocupó personalmente de la ejecución de los traidores, a quienes decapitó con un hacha. El zar disfrutaba viendo actuar a los torturadores y observando cómo azotaban a las mujeres.

La forma en que trataba a su hijo Alexis, que hasta cierto punto es comprensible, es una muestra del carácter psicopático del zar. Alexis era hijo de Pedro y Eudoxia, una dama de la que el marido se cansó a poco de celebrarse la boda y a quien envió a un convento. Una de las tantas cosas que se han dicho de Pedro es que era homosexual, pues cuando tenía que dormir solo de noche, le daba tanto miedo que, si no había ninguna mujer cerca, llevaba a un criado a su cama. Aun así, quizás esa costumbre sea un indicio de la neurosis del zar y no de su supuesta homosexualidad. Al cabo de algunos años, eligió como compañera definitiva a una criada alemana, Catalina, que había sido amante de Alexander Menshikov, favorito del zar, y que fue luego coronada como zarina.

La conducta de Alexis fue una verdadera desilusión para su padre, pues el zarevich era exactamente lo contrario de todo lo que Pedro esperaba. El zar solía comparar a su hijo con el sirviente que, según la Biblia, entierra todos sus talentos. Alexis era religioso a la manera tradicional, y cosechó amigos entre monjes y otros hombres que se oponían a las políticas del zar. No tenía talento para los asuntos militares ni le interesaba tenerlo. Su padre lo obligó a casarse con una princesa alemana, Charlotte de Brunswick, pero el zarevich prefería la compañía de su amante. Al morir Charlotte, Alexis inició una relación apasionada con una criada finlandesa llamada Afrosinia.

Pedro amenazó a su hijo con cortarlo en pedazos si no sentaba cabeza. Alexis, temeroso de su padre, le prometió que renunciaría a su herencia si él lo autorizaba a hacerse monje. Finalmente, en agosto de 1716, el zar, de visita en Copenhague, perdió la paciencia y envió un ultimátum a su hijo para que dejara de vincularse con la oposición, pues

de lo contrario lo confinaría en un monasterio. Desesperado, Alexis escapó a Viena en compañía de Afrosinia, quien se vistió de hombre para la huida. En Viena solicitaron asilo al emperador, y al tiempo partieron a Sant'Elmo, cerca de Nápoles, donde fue hallado por el enviado de su padre, Peter Tolstoi, quien lo convenció de que volviera a Rusia. Alexis, algo ingenuo, creyó que el padre le permitiría casarse con su amante y renunciar a sus derechos sucesorios. En cambio, lo arrestaron y fue a juicio. Durante el proceso, involucró a su madre, que fue trasladada a un convento de disciplina más férrea que el anterior. El zar ordenó empalar al amante de Eudoxia, Glebov, a la intemperie cubierto con una piel para prolongar su agonía en el crudo invierno ruso. En cuanto a Alexis, Pedro lo sentenció a recibir cuarenta latigazos. El zarevich no soportó el castigo y falleció.

¿Cómo se explica la conducta de Pedro? Quizá no sea necesario dar explicaciones, porque su capacidad es incuestionable y las crueldades que se le atribuyen no eran inusuales en la Rusia de la época, pero no se puede negar que padecía algún tipo de trastorno nervioso.

El historiador marxista Pokrovski atribuye el desequilibrio mental de Pedro a las secuelas de la sífilis. En 1706, según consta en un documento francés, Pedro sufrió lo que, de manera elegante, se describe como “el castigo del amor”, y le recetaron mercurio para tratar el mal. No obstante, igual que en el caso de Enrique VIII de Inglaterra, no se puede afirmar que los trastornos psicológicos fueran consecuencia de un estadio sifilítico avanzado.

Se sabe que cuando Pedro estaba bajo presión, le temblaba la parte izquierda de la cara. Quizá se tratara de un espasmo hemifacial involuntario, que normalmente aparece cuando el paciente está cansado y bajo estrés emocional y que, por lo general, no se vincula a trastornos neurológicos. Pero en el zar, a veces esos espasmos terminaban en convulsiones y pérdida de la conciencia. Por cierto, una de las características que más apreciaba Pedro de su futura esposa Catalina era que sabía calmarlo cuando él se daba cuenta de que estaba por tener uno de sus ataques. Catalina le hacía apoyar la cabeza en su regazo hasta que él se dormía. Cuando Pedro despertaba, renovado, no se acordaba de nada, rasgo característico de los pacientes epilépticos. El cardenal Kollonitz, primado de Hungría, dejó registrado que “el brazo, la pierna y el ojo izquierdo del zar se habían deteriorado por el veneno que le suministraron cuando su hermano aún vivía; en la actualidad, el daño se manifiesta en la mirada fija y el movimiento constante de las extremidades izquierdas”.

A partir de esos datos, se puede deducir que los ataques de Pedro eran consecuencia de la epilepsia e, incluso, que el trastorno de la personalidad se debía a una epilepsia del lóbulo temporal. Si bien tenía un

físico robusto y fuerte, se enfermaba con frecuencia. Entre noviembre de 1693 y enero de 1694 estuvo muy grave, y durante toda su vida tuvo picos de fiebre recurrentes. Si la enfermedad que puso en riesgo su vida fue una encefalitis, eso explicaría las convulsiones y la disfunción cerebral que le provocaba ataques de violencia. En el caso de Pedro, como en el de Iván, a falta de evidencias más contundentes, todos los diagnósticos son meramente especulativos. Sin duda, el recuerdo imborrable de los traumas de la infancia, sumado a la ingesta de alcohol durante años, dejó sus marcas en la salud y el aspecto físico de Pedro.

En los últimos años de su vida hubo indicios de que estaba perdiendo el control debido a un deterioro de sus facultades mentales. Un ministro prusiano de la época informó a su rey que “no hay forma de expresar con precisión la negligencia y la confusión que dominan aquí el tratamiento de los asuntos de Estado”. La zarina también fue víctima de la furia provocada por la sospecha, porque cometió la indiscreción de tener un amante, William Mons, hermano de una de las ex amantes del zar. Mons fue ejecutado el 14 de noviembre de 1724 y su cabeza fue ubicada en los aposentos de Catalina como recordatorio de su infidelidad.

Pese al deterioro de su salud en el último año de su vida Pedro tuvo fuerzas para presidir la elección del nuevo falso patriarca del sínodo de los beodos y para arrojar a las frías y agitadas aguas del mar durante el rescate de un bote en peligro de naufragio. En 1722, los médicos le diagnosticaron cálculos y estranguria debido a un bloqueo de la uretra provocado por espasmos musculares que le causaban mucho dolor. A mediados de 1724, Horn, un médico inglés, le colocó un catéter y así el paciente logró eliminar el cálculo. En enero de 1725, al caer la noche, el zar, moribundo, pidió perdón por los males que había causado y a los pocos días, el 28 de enero por la mañana, falleció por el problema vesicular y la cirrosis hepática que padecía, consecuencia lógica del consumo excesivo de alcohol. Sus ojos fueron cerrados por su esposa Catalina, que se convertiría luego en la zarina Catalina I de Rusia.

La mayoría de los gobernantes rusos que ejercieron el poder tras la muerte de Pedro el Grande fueron hombres y mujeres de carácter fuerte y algunos, por ejemplo Catalina II la Grande, fueron estadistas capaces. Catalina II no era rusa, sino una princesa alemana que se casó con el zar Pedro III, un joven bastante inepto en cuyo asesinato su esposa quizás haya tenido algo que ver. El hijo de ambos, Pablo, resentido con su madre por excluirlo del trono durante tres décadas, era un psicótico a quien, después de cinco años de pésimo gobierno, uno de sus guardaespaldas estranguló con un echarpe. Pero el verdadero sucesor de Iván el Terrible y Pedro el Grande no fue un zar de la familia Romanov -el último de los

cuales, Nicolás II, fue asesinado por los bolcheviques en 1918-, sino el dictador José Stalin, que en muchos aspectos parecía la reencarnación de los dos zares del pasado que él más admiraba.

## El rey hechizado y su legado

Un médico con experiencia es capaz de diagnosticar una enfermedad física, pero a veces ni siquiera un especialista puede descubrir la causa y la tipología de una enfermedad mental. Sin embargo, los males del cuerpo y de la mente están tan íntimamente ligados que no pueden separarse y suelen influir uno sobre el otro. En ocasiones, como ocurrió con los zares de Rusia, una enfermedad física desencadena un desequilibrio mental. En otros casos, la enfermedad física no causa problemas mentales pero puede afectar en cierta medida la capacidad de razonamiento.

Un buen ejemplo de esto es el caso del rey español del siglo XVII Carlos II, cuya vida se vio condicionada desde el principio por una mala salud crónica. El rey no era loco en sentido estricto, pero su deterioro físico se acompañaba de debilidad mental, si bien muy de vez en cuando tenía destellos de talento político. La doble afección de Carlos, física y mental, hizo que su gobierno, si se lo puede llamar así, fuese desastroso para su país.

La personalidad de Carlos, tan fuertemente marcada por factores genéticos, fue una muestra de la importancia de la herencia en la política europea. En las familias reales, la endogamia jugó un papel destacado en la configuración de los destinos de Europa. Algunas enfermedades físicas pasan de una generación a la otra. Si, como aseguran Macalpine y Hunter, Jorge III tenía porfiria (una alteración del metabolismo), entonces, la heredó en primera instancia de María de Escocia, quien la difundió por las casas reales de Estuardo, Prusia y Hannover. Jorge III, a su vez, se la pasó a príncipes y princesas del siglo XX. La hemofilia es un desorden sanguíneo congénito ligado al sexo, es decir que es transmitida a los hijos varones por las mujeres, en quienes no se manifiesta. Esa enfermedad es otro caso de un mal hereditario que ha afectado a las familias reales europeas. La reina Victoria era portadora, pues uno de sus hijos, Leopoldo, duque de Albany, tres nietos y seis bisnietos la padecieron. Por medio del matrimonio, la hemofilia se transmitió a las familias reales de España y

Rusia. El zarevich Alexis, heredero de Nicolás II, el último zar de Rusia, también era hemofílico. De hecho, fue la obsesión de su madre por encontrar una cura lo que la llevó a caer bajo la maléfica influencia de Rasputin, que tan siniestras consecuencias tuvo para Rusia y el mundo.

En los siglos XVI y XVII, la endogamia entre las familias reales fue sobre todo una característica de los Habsburgo de Austria y España. *Tu, felix Austria nube; alii gerant bella* ("Tú, feliz Austria, celebras matrimonios; otros hacen la guerra"), reza un rótulo del siglo XVI. No es que los Habsburgo no hicieran la guerra, pero se casaban entre sí con entusiasmo, para mal de sus herederos. Hubo matrimonios entre primos hermanos y entre tíos y sobrinas. El cuarto y último matrimonio de Felipe II, la unión que al fin daría a España un heredero al trono, fue con Ana, la hija del emperador Maximiliano II, su primo. El hijo, Felipe III, se casó con Margarita, hermana del emperador Fernando II de Habsburgo. El hijo de ambos, Felipe IV, se casó primero con una princesa francesa y luego con otra Habsburgo, su sobrina Mariana. El último fruto de todas esas empresas matrimoniales fue el último rey Habsburgo de España, Carlos II, en cuya personalidad se concentraron los defectos físicos y mentales más nefastos de la endogamia. Aunque para algunos era un idiota, en realidad no lo era, pero fue víctima de una herencia física y mental imperfecta.

El padre de Carlos II, Felipe IV, engendró no menos de quince hijos en sus dos matrimonios. De esos hijos, dos murieron antes de nacer, tres no vivieron mucho más después del bautismo y seis sobrevivieron entre dos semanas y cuatro años. Felipe, a quien le decían con justicia el *Rey donjuanescó*\* tuvo muchos hijos naturales que, a diferencia de su descendencia legítima, fueron relativamente sanos. De todos ellos, el más famoso fue el hábil galán don Juan, quien, según se ha dicho recientemente, no fue fruto de los amoríos de la actriz Inés de Calderón con el rey sino con Medina de las Torres, su amante en esa época.

Mientras los hijos naturales de Felipe proliferaban, la línea de herederos legítimos era cada vez más débil. El historiador médico español Gregorio Marañón sostiene que Felipe era sifilítico, que tuvo un ataque grave en 1627 y que en su última enfermedad se evidenciaron síntomas de sífilis. El argumento de que su inclinación a las aventuras haya perjudicado su capacidad para gobernar es dudoso, ya que en la mayor parte de su reinado fue un estadista enérgico que trató de resolver una serie de problemas abrumadores. En cambio, es probable que su salud haya afectado seriamente a su descendencia.

---

\* En español en el original. (N. del T.)

El problema personal que a Felipe IV le costó resolver fue el de la sucesión al trono. Su primera esposa, la princesa francesa Isabel, tuvo varios abortos espontáneos. Sólo sobrevivieron dos hijos, Baltasar Carlos, inmortalizado en el soberbio retrato de Velázquez, y María Teresa, que se casó con su primo hermano, el rey Luis XIV de Francia. De niño, Baltasar Carlos fue prometido en matrimonio a una prima, Mariana, hija del emperador y sobrina de Felipe, pero en 1646, poco después de cumplir diecisiete años, el príncipe contrajo viruela y murió. Su madre, la reina, había muerto tres años antes.

Sin herederos varones legítimos, viudo y envejecido antes de tiempo, el rey se vio en la necesidad de buscar una nueva esposa con el propósito de engendrar al futuro monarca. Se decidió por la princesa Mariana, quien en un principio había estado destinada al hijo de Felipe. La boda se celebró en 1649; ella tenía quince años, es decir, treinta menos que su marido. Ese mismo año, Mariana dio a luz a la que luego sería emperatriz de Austria, Margarita María. Pero Felipe no quería una hija sino un hijo, de modo que el nacimiento de Felipe Próspero en 1656 fue motivo de festejo en toda España. Lamentablemente, la alegría duró poco, porque el príncipe era epiléptico y falleció en noviembre de 1661. A pesar de que creía que las desgracias se debían a que había malgastado su vida y pese a sus recurrentes estados depresivos ante la inminente caída de su imperio, Felipe no se dio por vencido y el 6 de noviembre su esposa dio a luz a quien asumiría el trono como Carlos II.

De modo que, cuando cuatro años más tarde, en 1665, Carlos fue coronado, los malos augurios se cernieron sobre el futuro del país. Antes de morir el 17 de septiembre de ese mismo año, Felipe se despidió de Mariana y dejó a su hijo de cuatro años a cargo de la Orden del Vellocino de Oro. “Sea la voluntad de Dios que seáis más felices que lo que yo he sido”, fueron las sentidas palabras del rey. En cambio, cuando don Juan, de quien tiempo atrás había dicho públicamente que era su hijo, pidió verlo, no lo recibió. “¿Quién le ha pedido que viniera? -murmuró Felipe-. Estoy a punto de morir.”

Algunos pensaban que no sólo el rey estaba a punto de morir sino también el imperio español. Aun cuando hubo algunos signos de una leve recuperación económica durante el reinado de Carlos II, por ejemplo, en el crecimiento de la producción agrícola y la expansión comercial en las costas del Cantábrico y del Mediterráneo, la economía española, en especial la de Castilla, se había debilitado a causa de las guerras constantes. Además, la moneda estaba en una situación crítica, el desarrollo industrial era mínimo y gran parte del comercio exterior estaba en manos de mercaderes extranjeros. El prestigio internacional de España



disminuyó porque tuvo que reconocer la independencia de los Países Bajos, por la pérdida de Portugal y porque la Francia de Luis XIV la eclipsó con su enorme poder. Todos los observadores extranjeros coincidían en que el Estado español ya no era el de antes. El enviado francés comentó en 1689: “Al analizar el gobierno de este monarca, [...] se observa un excesivo desorden”. España necesitaba un capitán hábil que salvara al barco del naufragio. No deberíamos exagerar la importancia de la influencia personal del rey en el gobierno, pero como el reinado de este monarca enfermo física y mentalmente se prolongó en el tiempo, es indudable que contribuyó de alguna manera en el derrumbamiento de España.

Como Carlos era un niño pequeño, Felipe dejó instrucciones en su testamento para que se creara una junta que asesoraría a la reina Mariana, regente del gobierno luego de la muerte de su marido. Mariana era muy religiosa, estrecha de miras, siempre vestía de negro: parecía una monja. Carecía de la experiencia y la capacidad para gobernar y, dedicada por completo a su hijo, no tenía idea de los problemas que aquejaban a su país de adopción. Depositó toda su confianza en su confesor, el jesuita austriaco Everardo Nithard. El testamento de Felipe prohibía a todo extranjero ser miembro del Consejo de Estado, de modo que Mariana movió todos los hilos para que Nithard se naturalizara español y lo nombraran inquisidor general.

Desde el principio, el camino de la regencia de Mariana estuvo plagado de obstáculos, generados, por ejemplo, por el medio hermano del rey e hijo natural de Felipe, don Juan. El hábil, ambicioso y atractivo don Juan logró que desplazaran al favorito de la reina madre; en cambio, permitió a Mariana que otorgara poderes a otro de sus amigos, Fernando Valenzuela. El rey creció en la atmósfera enrarecida de una corte prejuiciosa regida por una estricta etiqueta pero dividida por las intrigas, la desconfianza y las maquinaciones.

Ya de pequeño, Carlos mostró su carácter enfermizo y su retardo mental. La forma en que fue criado no contribuyó a resolver los problemas de salud y de conducta que había heredado, quizá porque en vista de la gravedad de su condición se pensaba que sería inútil. Durante casi cuatro años hubo que amamantarlo, tarea que desempeñaron catorce nodrizas. El raquitismo que padecía no le permitía caminar bien; las piernas no lo sostenían.<sup>1</sup> A los nueve años, todavía no sabía leer ni escribir; su cultura general fue muy limitada durante toda su vida. La primera vez que

---

<sup>1</sup> En “Vida y figura de Carlos el Hechizado”, Ramón García Argüelles realiza una reseña de la salud de Carlos II. *Actas del II Congreso Español de Medicina*, Salamanca, 1965, vol. II, pp. 199-232.

participó de una partida de caza a pie tenía ocho años y medio, y recién en 1671 aprendió a montar a caballo. No obstante, unos años después, la caza se convirtió en uno de sus pasatiempos preferidos porque el sonido rítmico que se usaba para excitar a las presas lo calmaba igual que la música, que al menos por momentos lo hacía olvidar las dificultades en que estaba sumido. En mayo de 1671 tuvo fiebre gástrica, y todos pensaban que moriría de un momento a otro. Casi siempre estaba enfermo. Su mandíbula, típica de los Habsburgo, era tan larga que le costaba masticar.

Unos años después, en 1686, el nuncio papal se refirió de este modo a Carlos II:

[...] más bien de baja estatura, delicado, aunque no deforme, su cara es muy desagradable, tiene el cuello largo, la cara y el mentón son anchos, con el labio inferior típico de los Habsburgo, ojos pequeños color turquesa y cutis delicado. Su mirada es melancólica y tiene una expresión de asombro. Tiene el cabello largo peinado hacia atrás, con lo que enseña las orejas. No se sostiene erguido cuando camina, a menos que se apoye en una pared, una mesa o una persona. Es débil de cuerpo y mente. De vez en cuando, da muestras de inteligencia, memoria y cierta vivacidad, pero no en estos momentos. Por lo general, es lento, indolente e indiferente y siempre parece estar aturdido y somnoliento. Uno puede hacer con él lo que desee, porque no tiene voluntad propia.

“De los cinco reyes Habsburgo -señala Marañón con agudeza-, Carlos V provoca entusiasmo, Felipe II inspira respeto, Felipe III indiferencia, Felipe IV compasión, y Carlos II pena”.

Sin embargo, cuando Carlos llegó a la mayoría de edad, el 6 de noviembre de 1675, sorprendió a todos con un repentino impulso de energía vital y hasta pareció haber adquirido voluntad propia, lo que indica que probablemente con una educación adecuada podría haber progresado. Resentido por el dominio de su madre, escribió una carta secreta a su medio hermano, don Juan -a quien Mariana y el Consejo de Estado habían enviado como virrey a Sicilia-, pidiéndole que regresara a Madrid y lo asistiera en la administración del Estado. “El día 6 [de noviembre] -escribió el rey- me haré cargo del gobierno de mis reinos. Necesito que estéis a mi lado para ayudarme y para librarne de mi madre, la reina. El miércoles 6, a las 10.45, os apersonaréis en mi antecámara”. Cuando dos días antes, el 4 de noviembre, le presentaron un decreto con el que la reina madre y la junta de gobierno pretendían prolongar el ejercicio de sus poderes

aduciendo que el rey no era del todo capaz, Carlos se rehusó a firmarlo. Cuando llegó al palacio, don Juan fue recibido con gran entusiasmo por la multitud. Después acudió junto a Carlos a la celebración de una misa y un Tedeum. ¿La revolución palaciega indicaba que Carlos se haría cargo de la monarquía?

La respuesta es no. Muy por el contrario, la traición sería la más breve de la historia. Después del servicio religioso, Carlos fue a visitar a su madre, con la que estuvo reunido dos horas. Salió desesperado, con lágrimas en los ojos; su rebelión había concluido de una vez y para siempre. “Don Fernando Valenzuela -reza el informe de sir William Godolphin- me dijo al oído que todo el revuelo terminaría en nada”.

El intento del rey por romper los lazos que lo unían a su madre había fracasado, y volvió a depender de ella por completo. Carlos no logró resistir las presiones que Mariana le imponía. De ahí en más, el rey fue un factor negativo para su propio gobierno; rara vez asistía a las reuniones del Consejo de Estado y casi no impartía órdenes. De hecho, las bases sobre las que se apoyó el gobierno de la reina madre eran bastante endebles, a pesar del gran poder que detentaba Valenzuela, nombrado capitán general de Granada y primer ministro. Si bien el rey consintió el nombramiento, muchos nobles no estaban de acuerdo con los favores de que gozaba Valenzuela y se quejaban de su incompetencia para gobernar. En realidad, aunque en apariencia Valenzuela era el que llevaba la ventaja en el juego del poder, era don Juan, el medio hermano del rey, el que tenía el as en la manga. Un grupo de nobles solicitó que éste regresara (su propia firma aparece en undécimo lugar en el petitorio) y que Valenzuela fuese destituido. En la Navidad de 1676, el impopular ministro huyó a los apartamentos reales de El Escorial, pero al poco tiempo fue desterrado y encarcelado en Filipinas.

El regreso de don Juan al poder fue bien recibido por Carlos y por la mayoría de los grandes de España. Quizá pensaran que el medio hermano del rey instrumentaría reformas en el gobierno, asesoraría y formaría al rey para que pudiera ocuparse de sus obligaciones. La reina madre debió abandonar Madrid y fue a vivir al Alcázar de Toledo. Mientras tanto, don Juan emprendió la difícil tarea de intentar que Carlos se tomara más en serio sus obligaciones monárquicas. Trató de enseñarle a escribir con una prosa más elegante e intentó que apareciera más en público y que asistiera a las reuniones de las cortes. El rey no solía salir de Madrid; el trayecto más largo que había hecho hasta el momento había sido a Aranjuez. Su medio hermano le organizó una visita a Zaragoza, el más largo de los tres viajes que emprendería.

Don Juan tenía buenas intenciones, era sensato y hábil. Podría haber dado el estímulo que necesitaba el gobierno para activarse, pero los astros no le fueron propicios. El pueblo recurría a la sátira para quejarse de su lentitud para poner en marcha las ansiadas iniciativas reformistas. En 1677 se perdió la cosecha, el precio del pan subió, hubo una hambruna y don Juan perdió por completo la popularidad que aún conservaba. Además, varias regiones de España fueron diezmadas por la peste, la inflación fue más alta que nunca, y la guerra con Francia terminó con el humillante tratado de Nimega, firmado en 1678.

Don Juan trató por todos los medios de impulsar reformas, pero no le alcanzaba el tiempo, porque estaba continuamente vigilando a Carlos por temor a que se reconciliara con su madre. El primer ministro quería que Carlos se presentara en las cortes de Aragón, Cataluña, Valencia y Navarra; no obstante, salvo por el viaje a Zaragoza, el rey no se movió de Madrid. La residencia de Toledo, desde donde Mariana bombardeaba a su hijo con cartas en las que se quejaba del trato que había recibido, se transformó en el lugar de reuniones de un número cada vez mayor de aristócratas desplazados. Después, don Juan luchó contra una enfermedad durante dos meses y finalmente murió, a los cincuenta años, el 17 de septiembre de 1679. Es probable que haya tenido una colecistitis aguda, ya que la autopsia reveló la presencia de dos piedras del tamaño de una nuez en la vesícula.

Su muerte frenó el impulso reformista y puso fin a la esperanza, por remota que fuera, de que Carlos tomara las riendas del gobierno. Como era de suponer, a los cuatro días de muerto don Juan, el rey fue a Toledo a reunirse con su madre, y el gobierno volvió a caer en manos de los incompetentes de siempre; así, la ineficiencia política inició una pronunciada curva ascendente. Una vez más, la situación financiera estuvo a punto de colapsar, algo que no ocurrió gracias a la administración del dinero por parte de los banqueros. A pesar del esfuerzo, fue imposible revertir el déficit. Entre 1693 y 1699, el Estado se vio obligado a suspender el pago de sus deudas. “Las urgencias de esta monarquía -informó Stanhope- son inconcebibles. Casi todas las solicitudes de crédito enviadas a Flandes fueron rechazadas [...]. No hay en ningún sitio 100.000 ducados disponibles, a pesar de la urgencia de la situación”. Nada podía esperarse del débil monarca, una simple figura decorativa del reino.

Sin embargo, un aspecto de la situación afectaba directamente al rey y al futuro del Estado: su casamiento. En la opinión de los médicos, dadas las características físicas del monarca, era tiempo de que contrajera matrimonio. ¿Quién sería la desafortunada que padecería en los abrazos de Carlos? ¿Una princesa de Austria, otra Habsburgo, como pretendía

Mariana? ¿O una princesa de Francia, tal como lo había sugerido don Juan? Como la candidata de la reina madre tenía sólo cinco años, la elegida fue la princesa María Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV. El rey de Francia, a pesar de que le habían dicho que Carlos tenía un aspecto repulsivo, aprobó la alianza pensando que sería beneficiosa para su país.

Así fue como el endeble rey de España emprendió el segundo viaje más largo de su vida para conocer a su futura esposa, que se encontraba en Burgos. María Luisa, de diecisiete años, era muy vivaz, pero no se sentía cómoda en una tierra cuya lengua no hablaba y cuyas costumbres estimaba que eran muy rígidas. Considerada el símbolo de la influencia francesa, la nueva reina nunca fue querida por los españoles. A pesar de haber hecho todo lo que estaba a su alcance para cumplir con sus deberes de esposa, los resultados no fueron óptimos. Al parecer, por más que el rey trataba de mantener relaciones sexuales, tenía eyaculación precoz y nunca logró llegar a la penetración. El rey de Francia, preocupado por el futuro de la alianza, pidió que lo mantuvieran informado de todos los detalles de la vida privada de Carlos II. El 23 de diciembre de 1688, Rébenec, el embajador francés, escribió una carta dirigida a Luis XIV que decía: “Finalmente, ella [la reina] me confesó que estaba ansiosa por confiarme [...] que ya había perdido la virginidad, pero que creía que nunca iba a tener hijos”. Rébenec se apropió a escondidas de unas ropas íntimas de Carlos y se las dio a unos médicos para que las analizaran y buscaran en ellas restos de esperma, pero los profesionales no se pusieron de acuerdo en los resultados.

La situación de la reina era poco envidiable, pues con excepción del momento en que corrieron rumores sobre su embarazo, nunca gozó de popularidad. Quizá como una forma de compensar la angustia por no quedar embarazada, María Luisa empezó a comer dulces en exceso. Como engordó mucho, su esposo ya no la encontraba tan atractiva. Preocupada, ella le informó a su tío que creía que la estaban envenenando. Tuvo problemas gástricos en agosto de 1687 y otra vez en noviembre de 1688. El 8 de febrero de 1689, sufrió un accidente mientras montaba a caballo y si bien las heridas fueron leves, tuvo que hacer reposo. Aseguró que la habían envenenado, y unos días más tarde, el 12 de febrero, falleció.

Como no había dejado herederos, era necesario encontrar otra candidata lo más pronto posible. El tema preocupaba a España y a los grandes poderes europeos por igual. La madre de Carlos insistió con su idea de casarlo con una princesa austríaca. El hermano de Mariana, el emperador Leopoldo I, tenía una hija, pero de sólo nueve años. La solución vino por el lado de la esposa de Leopoldo: la emperatriz tenía tres hermanas, una de las cuales, Mariana de Neuburg, fue la elegida del rey de

España, sin dudas debido a las sugerencias de su madre. El padre de Mariana era Felipe Guillermo, el elector del Palatinado, quien si bien no era un príncipe rico, tenía una hija emperatriz, y el proyecto de que otra de sus hijas fuese reina de España no era para nada desdeñable, en especial cuando ella dejó en claro que sacaría todo lo que pudiera de su nuevo país de residencia. La familia alemana de Mariana se enriqueció con los objetos de los que ella se apropió. Así fue como Carlos emprendió el tercer viaje más largo de su vida, a Valladolid, donde se encontró con la mujer con la que se casaría el 4 de mayo.

Ella tampoco pudo darle un hijo al rey. Siempre circulaban rumores de embarazo, que probablemente los allegados a la pareja real hacían circular, pero fueron sólo eso: rumores. Aunque la reina no logró darle a España lo que el Estado necesitaba, era una mujer de mucho carácter, decidida a ejercer influencia en el gobierno y a defender los intereses de los Habsburgo de Austria. Aun así, tenía diferencias con su compatriota, la reina madre. Cuando Mariana murió a causa de un cáncer de mama el 16 de mayo de 1696, envuelta en un “halo de santidad no merecida”, como se comentó en su momento, la desaparición de la persona que más influencia había ejercido en la corta vida de Carlos fue el factor que determinó que el rey se convirtiera en presa de los intereses rivales de la corte.

De vez en cuando, Carlos tenía períodos de buena salud y lucidez, pero en líneas generales, como él mismo percibía, iba empeorando con el paso del tiempo. El contenido de las cartas que los enviados extranjeros enviaban a sus respectivos gobiernos variaba según la ocasión. Stanhope le comentó a lord Nottingham en mayo de 1693: “Su Majestad Católica ya se encuentra bien, y para festejar su recuperación, el 18 del presente por la noche, hubo un desfile de máscaras a caballo con antorchas frente al palacio”. Tres años más tarde, el 16 de septiembre de 1696, en otra carta el enviado decía: “Su Majestad Católica ha estado muy enfermo durante siete días, pero gracias a Dios, ahora está mejor debido a la quinina que le administran, pero no tanto como sus súbditos quisieran”. Tres días más tarde, le comentó al duque de Shrewsbury que el rey estaba fuera de peligro, aunque,

como es de contextura delicada y está muy envejecido para la edad que tiene, se teme por las consecuencias que pueda tener una recaída. Le cortaron el cabello al ras, algo de lo que la naturaleza ya se había encargado, pues se ha quedado prácticamente calvo. Tiene un apetito voraz y traga todo sin masticar porque la mandíbula inferior es tan pronunciada que las dos hileras de dientes le quedan separadas; sin embargo, la garganta es muy ancha, lo que compensa

el defecto anterior. Es capaz de tragar enteros un hígado o buche de gallina, pero como tiene el estómago delicado, no los digiere, de modo que devuelve lo que ha ingerido tan entero como lo tragó.

Dos semanas más tarde, el enviado inglés informó que la salud del rey había mejorado. Sin embargo, la recuperación no duró mucho. Al mes, estaba otra vez enfermo y “ha tenido ataques todos los días, y entre uno y otro ataque no está del todo bien”, escribió Stanhope el 14 de noviembre de 1696. En consecuencia, se suspendieron los festejos que se habían organizado para celebrar la recuperación. En su libro *Spain under Charles II (España bajo el reinado de Carlos II)*, Mahon señala:

La aristocracia y los ministros extranjeros fueron recibidos en los aposentos reales el día del cumpleaños del rey, aunque Su Majestad no se levantó de la cama. La ceremonia fue bastante sombría; nadie pronunció ni una palabra [...] a veces lo hacían levantarse contra su voluntad para disimular su estado de salud, pero no le daban las fuerzas. Está muy débil y se muestra melancólico y sin ánimos, lo que se atribuye más que nada a las continuas presiones de la reina, que trataba de torcer la voluntad de su esposo.

Sin embargo, a fines de marzo, salió de caza y mató siete lobos. En octubre de 1697, los reyes acudieron al santuario de San Diego de Alcalá - cuyo cuerpo, como mencionamos antes, había sido llevado a la recámara de Carlos II para que lo sanara-, como años antes habían hecho para ayudar a la recuperación de don Carlos, para darle las gracias por haber salvado al rey de la muerte una vez más.

El estado de salud de Carlos era un tema central en las cortes europeas, en especial en las que tenían intereses en la sucesión al trono de España. Mientras el rey iba a los tumbos -para usar el término exacto- de una ceremonia a otra, empezaron a circular rumores de que su salud, y en particular su impotencia, estaba bajo la influencia de fuerzas sobrenaturales; en otras palabras: el rey estaba “poseído” por el demonio.

En diciembre de 1688, el embajador Rébenec le informó a Luis XIV que “un monje dominico, amigo del confesor del rey, tuvo la revelación de que el rey y la reina estaban hechizados. Me permito acotar que desde hace mucho el rey de España piensa lo mismo”. De hecho algunos teólogos sostenían que la impotencia podía ser un síntoma de posesión demoníaca.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> En esa época se creía que la brujería era la causa de la impotencia, como consta en el texto clásico de los inquisidores dominicos Henry Kramer y James Sprenger, *Malleus Maleficarum (Martillo de brujas)*, publicado en 1487, véase también Uta Ranke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos: Iglesia católica y sexualidad*, Madrid, Trotta, 1994.

Carlos sacó a relucir el tema durante una reunión con el inquisidor general De Valladares en 1696, pero en ese momento el Consejo de la Inquisición decidió no investigar. En enero de 1698, Carlos volvió a sacar el tema, esta vez frente a un nuevo inquisidor general, el austero Juan Tomás de Rocaberti.

En las altas esferas políticas empezaron a preocuparse por la salud espiritual del monarca. Quienes se inclinaban por Francia rechazaban la poderosa influencia de la reina y sus políticas en favor de Austria. Contaban con un vocero hábil, el cardenal Portocarrero, un monje enérgico y ambicioso, recto pero poco instruido; su biblioteca era conocida como una de las tres vírgenes de Madrid, siendo las otras dos la reina y la espada del duque de Medina Sidonia, famoso por su cobardía. El cardenal estaba en contra de la reina y tenía toda la intención de terminar con su influencia. Se pensaba que una de las maneras de lograrlo era cambiar el confesor del rey, el padre Pedro Matilla, en quien Carlos confiaba tanto. Se veía a Matilla como uno de los acólitos de la reina, “ese ejército de gusanos, o mejor dicho, ese batallón de demonios”, en las poco delicadas palabras de don Sebastián de Cores.

Así, el padre Matilla se retiró a su monasterio, donde murió al mes, y fue reemplazado por el confesor real Froilán Díaz, respetable académico y profesor de la Universidad de Alcalá. Su designación repercutió en el rey y el Estado. Díaz, intrigado por la idea de que el rey estaba hechizado y por que esa fuera la razón de su impotencia, acudió a su amigo Antonio de Argüelles, quien había exorcizado con buenos resultados a un grupo de monjas poseídas por el demonio en el convento de Cangas de Tineo, en Asturias, donde se desempeñaba como capellán. Con el apoyo de Tomás de Rocaberti, aunque sin la aprobación del obispo de Oviedo, Tomás Reluz, Díaz le pidió ayuda a Argüelles para tratar de descubrir qué agentes demoníacos habían hechizado a Carlos II. Argüelles aceptó. Sus instrucciones aparecen en una carta en código en la que se refería al inquisidor como amo y a Díaz como amigo. El 14 de marzo de 1698, Stanhope escribió al conde de Portland dando a entender que el rey estaba hechizado:

El rey está muy débil; le resulta difícil levantar la cabeza para comer, y tiene tal melancolía que ni sus bufones, ni los enanos, ni los títeres [...] logran distraerlo de la idea de que todo lo que se dice o hace es una tentación que le envía el diablo y cree que con nadie está seguro salvo con su confesor y con dos frailes que siempre están a su lado, incluso de noche.



El 11 de junio, Stanhope volvió a escribir que el rey casi no hablaba y que las relaciones con su esposa eran tan tensas que, según el autor de la carta, ella tenía planes de matarlo.

Una semana después, el 18 de junio de 1698, sugirieron al padre Argüelles que escribiera los nombres del rey y la reina en un papel que debía doblar y sellar o esconder entre sus ropas mientras exorcizaba al grupo de monjas poseídas por el demonio. Si se le presentaba la oportunidad, el sacerdote debía preguntarle a Satán si alguna de las dos personas cuyos nombres figuraban en el papel era víctima de un hechizo. El demonio le hizo el favor de responder: el rey estaba embrujado y por eso su aparato reproductor estaba arruinado y su capacidad para administrar el reino no era la adecuada.

La poción que causó el hechizo -preparada a la medianoche y muy poderosa si se la ingería en noches de luna nueva- fue administrada al rey en una bebida cuando él tenía catorce años. El padre Argüelles informó a su superior lo que había descubierto, y su sabia recomendación fue que el hechizado debía comer y digerir su alimento con menos premura, que todo lo que comiera y bebiera tenía que estar bendecido y que debía beber un cuarto de litro de aceite de oliva por día. El confesor y el inquisidor general no tenían intención de dejar las cosas así, de modo que se empeñaron en encontrar a la bruja, de nombre Casilda, que había preparado la poción. Argüelles se vio inmerso en problemas cada vez más complejos cuya resolución ya no estaba dentro de sus posibilidades. Decidió informar a sus superiores que las monjas no estaban evolucionando bien y que el demonio, no por nada llamado Belcebú, había confesado que gran parte de lo que había dicho antes era una sarta de mentiras. Lo único que el buen sacerdote podía aconsejar era que siguieran sus indicaciones, entre las que se contaban cambiar las sábanas, los muebles y la ropa del rey, y despedir a los médicos que lo atendían, consejos para nada dañinos. Agregó, además, que sería beneficioso que el rey se mudara. Llamaron a otros médicos para que se hicieran cargo del monarca, quien fue de visita al santuario de San Diego de Alcalá.

En el verano de 1698, Stanhope, que llevaba un diario con detalles sobre la salud de Carlos, confirmó el rumor de que todos pensaban que moriría muy pronto. El 25 de junio, el enviado inglés le escribió a su hijo, James, que según la información que aparecía en las gacetas el rey estaba en perfecto estado de salud, pero que eso era parte de una campaña para engañar al pueblo.

Es verdad que ya no está en cama, pero *haeret lateri lethalis arundo* ("el dardo mortal está clavado en su costado"); le han sanado los

tobillos y las rodillas, tiene los ojos grandes, los labios color escarlata y la cara de un amarillo verdoso. Se le traba la lengua, es decir, habla con torpeza y a los que están en su compañía les cuesta entender lo que dice, de modo que él se enoja y les pregunta si son sordos.

En el informe que Stanhope escribió dieciocho días después, el 29 de junio, figura que el diagnóstico médico fue *alfereza insensata*, algo así como una epilepsia con retardo mental. Esa misma tarde, mientras el rey y la reina caminaban por el jardín, él sintió que tenía la cabeza llena de agua. Cuando se retiró a cumplir con sus deberes religiosos, con desesperación, le dijo al duque de Uceda que estaba a punto de desmoronarse. De inmediato, se desmayó. A este episodio siguieron otros dos. El 9 de julio, Stanhope escribió una carta al ministro irlandés Methuen en la que decía que ya no había esperanzas de que el rey se recuperara y que todos esperaban que la mala noticia llegara en cualquier momento, por más que la reina lo mostrara en público para que le gente creyera que estaba bien hasta que ella hubiese arreglado todo para su propia conveniencia.

Es necesario ubicar todos estos hechos en el marco de la escena internacional, porque en 1698 los grandes poderes se dispusieron a acordar -dejando de lado al demonio- el futuro del imperio español en caso de que Carlos II falleciera. Según el primero de los tratados que se negociaron, adoptado en Viena en 1668, los grandes poderes se constituyeron en una sociedad que decidió que si Carlos moría, el emperador se quedaría con España, las Indias y los territorios españoles del norte de Italia, y los franceses se harían dueños de los Países Bajos, el Franco Condado, las Filipinas, Navarra y Nápoles. Sin embargo, hubo un cambio en el juego del poder europeo, en particular tras el acceso al trono de Inglaterra del enemigo de Luis XIV, Guillermo III, estatúder de las Provincias Unidas de los Países Bajos, de modo que la solución mencionada anteriormente se volvió menos aceptable, en especial desde la perspectiva francesa.

Mientras empeoraba la salud de Carlos, se negoció otro tratado de reparto de la herencia española, pero sin la participación del rey de España. Según este nuevo acuerdo, José Fernando, hijo del elector de Baviera y nieto de la hermana de Carlos II, Margarita, heredaría los dominios españoles de ultramar; el archiduque Carlos, segundo hijo del emperador Leopoldo, se quedaría con Milán, y el delfín, heredero de Luis XIV, con Sicilia, Nápoles y Guipúzcoa. Si José Fernando asumía como rey de España, desaparecería el peligro de que el imperio español se incorporara a los dominios del rey de Francia o a los del emperador de

Austria. Por supuesto, las negociaciones por el reparto de los territorios españoles no tenían en cuenta la voluntad de Carlos. Mientras tanto, la corte española era el escenario de una lucha entre los intereses del partido austríaco de España, con el conde de Harrach a la cabeza y el apoyo de la reina Mariana, y el partido nacional, cuyo portavoz era el cardenal Portocarrero. Los dos partidos querían hacerse de la herencia de Carlos.

En tanto los grandes poderes mantenían negociaciones, los confesores del rey seguían abocados a liberarlo de la posesión demoníaca. La reina, a quien exorcizaron en 1698 para estimular su fertilidad, se irritó cuando oyó el rumor de que ella había sido la responsable del hechizo del rey. La muerte del inquisidor general en junio de 1699 fue la oportunidad perfecta para que Mariana se deshiciera de todos sus enemigos de la corte. Logró que nombraran como nuevo inquisidor general al dócil Baltazar de Mendoza, obispo de Segovia, y con el tiempo, el padre Díaz perdió su puesto de confesor real. Más tarde, la conducta del padre Díaz fue objeto de un interminable proceso de investigación, tras el cual se decidió absolver al clérigo, cuatro años después de muerto Carlos. Para más complicaciones, el duque de Saboya envió a un fraile capuchino, Mauro Tenda, que gozaba de cierta reputación como exorcista, para que descubriera más detalles del supuesto hechizo del rey. El sacerdote llegó a Madrid y allí fue parte de una serie de curiosos incidentes que pusieron al descubierto las supersticiones de los monarcas. Tenda encontró escondidas bajo las almohadas de los reyes bolsas con amuletos, mechones de cabello, trozos de uñas y otros objetos similares. El padre se las ingenió para ganarse la confianza de Carlos, cuya salud mejoró por un tiempo. En un informe escrito en 1699, Stanhope manifestó que el rey estaba sano y fuerte. Cuando los monarcas visitaron los sepulcros de El Escorial, la reina se mostró conmovida ante el cuerpo de la madre de Carlos. Stanhope agregó: "Se dice que ha venido un famoso exorcista de Alemania que ha logrado anular los efectos de varios hechizos de los que el rey ha sido víctima desde niño. Claro está que no ha podido con todos, pero aun así todavía hay esperanzas y con el tiempo Su Majestad no sólo gozará de perfecta salud sino que podrá tener descendencia". Por su parte, el rey le confesó al cardenal de Córdoba: "Muchas personas me dicen que estoy hechizado, y yo mismo creo que es así, a la luz de mis sufrimientos".

Pero la fe en los exorcistas se perdió al poco tiempo, debido, en parte, a un extraño incidente: una mujer desvariada entró sin autorización al palacio y se acercó al rey. Carlos, alarmado por la aparición, sacó un trozo de la cruz sagrada que llevaba siempre consigo para alejar los poderes del demonio. Se ordenó a un empleado real, don José de Olmo, que investigara el paradero de la mujer. Olmo descubrió que la loca vivía junto a otras

mujeres de su misma condición mental, que aseguraban tener al rey encerrado en una caja que guardaban en una habitación. Tenda y Díaz acudieron a la casa de las mujeres para interrogarlas y, de ser necesario, exorcizarlas.

La salud del rey había empezado a deteriorarse de nuevo antes de esos acontecimientos. Las descripciones de Carlos poco después de su nacimiento lo caracterizaban como “un niño de hermosas facciones, cabeza proporcionada, moreno y algo abultado de carnes”, pero a punto de cumplir treinta y nueve años, su figura era escuálida y estaba gravemente enfermo. A poco de nacer tuvo dificultades para moverse, probablemente debido a una enfermedad ósea congénita, la acromegalia, que se origina por una disfunción endocrina hereditaria, en general causada por un tumor hipofisario. Esta enfermedad podría explicar el extraño aspecto físico de Carlos, el enorme tamaño de su cabeza, la exagerada mandíbula de los Habsburgo, la naturaleza de sus extremidades y su impotencia. Además le provocaba mareos y convulsiones de tipo epiléptico.

Aunque tuvo períodos de remisión durante el desarrollo de la enfermedad degenerativa, Carlos nunca tuvo la inteligencia y la voluntad requeridas para manejar el imperio, acerca del que no tenía demasiada idea, ni siquiera sobre sus características geográficas. La forma en que fue criado, la educación inadecuada que recibió, las rígidas normas de etiqueta de la corte, el control de su madre y las creencias religiosas del propio rey fueron todos factores que incidieron en su retardo mental, en su hipersensibilidad y en la formación de un monarca que no era más que una figura decorativa en el vasto imperio, del que era la cabeza solo en teoría. El único tema por el que se preocupó fue el de la conservación de la integridad de sus dominios después de su muerte. Stanhope describe así la impresión que causó el rey durante una procesión de Corpus Christi:

Todos los que lo vieron coincidieron en destacar que no caminaba derecho, que trastabillaba; no podía esperarse otra cosa, ya que había sufrido dos caídas uno o dos días antes en su residencia, cuando se le aflojaron las piernas por lo débil que estaba. En una de esas caídas se lastimó un ojo, que luego se le inflamó y el día de la procesión estaba negro; el otro ojo parecía hundido en el cráneo, ya que, según se dice, los nervios estaban afectados por un desorden neurológico paralizante.

El gobierno de España estaba sumido en un caos antes nunca visto, debilitado por el proceso de descentralización al que el rey había contribuido mediante la creación de una enorme cantidad de títulos de

nobleza y por la incompetencia burocrática. Según la opinión de un diplomático extranjero, el comercio “está muerto. Hay cuarenta mil artesanos sin trabajo, mendigos que se mueren de hambre y todos los días se cometen crímenes en las calles por un mendrugo de pan”.

Detrás de la fachada que se desmoronaba, la corte era el campo donde se desataba una lucha de poder entre la reina y el partido austríaco de España, por un lado, y el partido nacional, dirigido por el cardenal Portocarrero, que apoyaba a Francia, por el otro. El precario equilibrio de poder entre las potencias europeas se vio afectado por la muerte de José Fernando, causada por la viruela en febrero de 1699, cuando tenía sólo siete años. Tras el deceso del sucesor del elector de Baviera, Luis XIV y Guillermo III elaboraron un nuevo tratado de reparto de territorios, que firmaron el 11 de junio de 1699. Carlos, segundo hijo de Leopoldo, el emperador del Sacro Imperio Romano, recibiría la mayor parte del imperio español, y el hijo de Luis, el delfín de Francia, obtendría lo que ya se le había asignado en el tratado anterior, junto con el ducado de Lorena. El acuerdo fue endeble porque no dejó satisfecha a ninguna de las partes, que no se tenían confianza, ni al emperador, quien, como no había participado en las negociaciones, lo consideró injusto porque el rey de España no había sido consultado.

El pobre Carlos estaba ya en la última etapa de su enfermedad. El 28 de septiembre de 1700 recibió la extremaunción y cinco días después, bajo la guía del cardenal Portocarrero, dictó su último testamento, en el que legó el imperio en su totalidad, “sin enajenar parte alguna de la monarquía fundada con gloria por mis mayores”, al nieto de Luis XIV, el duque Felipe de Anjou. La redacción de este último testamento fue quizás el acto decisivo más importante de su vida. Poco antes de las tres de la tarde del Día de Todos los Santos del año 1700, Carlos falleció. A las pocas semanas, Felipe de Anjou fue proclamado rey con el nombre de Felipe V, hecho que significó la ruptura del tratado de reparto de territorios y llevó a Europa a embarcarse en un costoso y sangriento conflicto que duraría trece años, hasta que se reconoció la legitimidad de Felipe.

La afirmación de que Carlos tuvo un impacto superficial y periférico en la historia de España es discutible. Es cierto que en los primeros catorce años de su reinado era menor de edad y que durante las últimas dos décadas no tuvo ninguna injerencia en el gobierno. Incluso si no hubiese tenido una salud tan precaria, no habría sido capaz de resolver los problemas políticos y económicos que había heredado. Y si hubiese tenido mayor fuerza física y mental, el dominio de su madre habría sido menor y Carlos podría haberse ocupado de moderar el poder de la nobleza oligárquica y de iniciar las reformas necesarias en la administración del

Estado. Su medio hermano, don Juan, mostró cierta perspicacia durante su breve mandato, pero la tarea requería una fuerza hercúlea y hasta un príncipe mucho más capaz que Carlos se habría sentido intimidado. Por lo tanto, la delicada salud física y la debilidad mental del rey fueron desastrosas para su imperio, y hasta cierto punto, para toda Europa.

En los años siguientes, la casa real española mostró que el legado de Carlos II no consistió sólo de un conjunto de territorios: el hechizado también pasó a sus sucesores la mala salud, el retraso mental y la actitud melancólica que lo habían caracterizado. Es irónico que después de treinta y cinco años de reinado de un monarca tan deteriorado como Carlos II, España haya sido gobernada durante cuarenta y seis años por Felipe V, que por ser nieto de una hermana de Carlos II, María Teresa, era bisnieto de Felipe IV de España, y por ser nieto de Luis XIV, con quien se había casado María Teresa, era heredero de la Casa de Borbón. Así, por las venas del nuevo rey circulaban los genes y cromosomas “tóxicos” no de una sino de dos casas reales, la de Habsburgo y la de Borbón. Se comprende, entonces, que el rey presentara síntomas de trastorno bipolar de la personalidad, que le impidieron desempeñar con eficiencia sus tareas de gobierno. Hubo épocas en que debido a la enajenación, directamente no pudo ocuparse de sus obligaciones monárquicas. De no ser por su segunda esposa, la brillante Isabel de Farnesio, y por el grupo de hábiles ministros que lo asesoraron, Felipe habría sido un administrador desastroso para el imperio que tuvo en sus manos. La muerte del rey, ocurrida en 1746, no fue el fin de los males, porque su hijo y sucesor, Fernando VI, padeció una enfermedad mental similar. De modo que durante un siglo España no tuvo un monarca cuya salud física y mental estuviera a la altura de las responsabilidades del gobierno.

Transcurrieron trece años de guerra sangrienta antes de que el tratado de Utrecht, firmado en 1713, legitimara el testamento definitivo de Carlos II y aceptara al nieto de Luis XIV como rey de España. Las batallas de Blenheim, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet dejaron un saldo de miles de muertos y heridos; Gibraltar pasó a manos británicas; se vaciaron las arcas estatales y crecieron las deudas nacionales de las grandes potencias europeas.

Felipe V era un hombre serio, sombrío y devoto. Saint-Simon asegura que “no fue dotado de superioridad intelectual y no poseía ni una pizca de imaginación. Era frío, callado, sobrio y taciturno, y no conocía más distracción que la caza; tenía miedo de socializar, nunca se acercaba a nadie y nadie le atraía, de modo que solía estar solo. Era demasiado

presumido y no aceptaba que lo contradijeran”. También le interesaba mucho el sexo, así que iba del confesionario a la cama matrimonial. Durante un tiempo, su primera esposa, la inquieta María Luisa de Saboya, lo distrajo de su grave y ceremoniosa rutina jugando a las cartas o a las escondidas, pero la reina murió joven, a los veintiséis años, en febrero de 1714. “Al rey de España -comenta Saint-Simon- lo afectó la pérdida, si bien a la manera real. Había que convencerlo de que saliera a cazar o a practicar tiro para que respirara un poco de aire fresco. En una de esas salidas, vio la procesión que llevaba el cuerpo de la reina a El Escorial. Siguió el cortejo con la mirada, pero al rato volvió a concentrarse en la cacería. ¿Serán humanos los príncipes?”.

Su período de viudez no duró mucho, porque en 1715 se casó con Isabel de Farnesio, hija del duque de Parma. De fuerte personalidad y con un alto nivel de instrucción, Isabel ejerció una enorme influencia sobre el insulso monarca e intervino de forma activa en el gobierno. Nunca fue popular entre sus nuevos súbditos, porque ajustó la política exterior española para favorecer a su familia, en particular a los hijos que tuvo con Felipe. Pero para su marido, ella era indispensable y rara vez se separaban, ni siquiera de noche, pues dormían juntos en una cama angosta. Es probable que la reina haya asentado la influencia sobre su marido sobre la base de una especie de chantaje sexual. Según Saint-Simon, “La naturaleza del rey le sirvió a la reina como un arma en extremo poderosa que en ocasiones usaba contra su marido. De noche, ella se negaba y el marido entraba en cólera, profería gritos y amenazas, y a veces más que eso. Ella se mantenía firme, lloraba y, si era necesario, se defendía”.

Felipe había recibido un legado de perturbaciones psicológicas. Su abuelo, Luis XIV, le advirtió:

Ningún otro te dirá lo que puedo decirte yo. Tú mismo ves los desórdenes nerviosos que se originan en la indolencia de los reyes, tus ancestros: aprende de su ejemplo y remedia, actuando en contrario, las desastrosas consecuencias que su proceder ha dejado en la monarquía española. Mas con preocupación te confieso que mientras te expones por tu propia voluntad a los peligros de la guerra, careces del coraje para combatir ese vicio detestable que te supera e impide que te dediques a tus asuntos.

El futuro confirmaría que los temores de Luis tenían fundamento.

Felipe se convirtió en una persona profundamente melancólica y era difícil sacarlo de su abatimiento. Tuvo el primer ataque grave de melancolía en el otoño de 1717, cuando manifestó que se sentía como si un fuego

interno lo consumiera, como si el sol diera en su hombro y enviara un rayo penetrante que llegaba hasta el centro de su cuerpo. Cuando los médicos lo revisaron, no hallaron nada concreto y supusieron que deliraba. Con el tiempo, Felipe empezó a alterarse y llegó a decir que sólo la muerte probaría quién tenía razón, si él o los médicos. Estaba convencido de que moriría en pecado mortal. El embajador francés, algo más realista, atribuyó los problemas del monarca a las exigencias de su esposa. “El rey - informó el embajador- está consumiéndose por el uso excesivo que hace de los favores de su esposa. Está agotado”. Los trastornos hipocondríacos y la creencia de que las desgracias eran un castigo que Dios le enviaba por sus ineptitudes personales eran síntomas de que Felipe era maniaco depresivo. Según los comentarios de Alberoni, su jefe de ministros, “durante los últimos ocho meses ha mostrado síntomas de insania, su imaginación lo lleva a creer que está destinado a morir de inmediato y que lo acosan todo tipo de enfermedades”.

Felipe estaba tan convencido de que moriría pronto, que mandaba llamar a su confesor a cualquier hora. Sus ministros propusieron que redactara un testamento en el que nombrara regente a su esposa, Isabel de Farnesio. El rumor de la enfermedad del rey de España corrió por las cortes europeas e indujo a los grandes poderes a tomar medidas para proteger sus intereses si Isabel asumía como regente. Tres médicos franceses, astutos y maliciosos, según el punto de vista de la reina, empezaron a ocuparse de la salud del monarca, pero ella, deseosa de contrarrestar su influencia, persuadió a su padre de que enviara a su propio médico, el doctor Cervi, para que atendiera a Felipe. Sin embargo, lo único que logró que el rey saliera de su letargo fue la guerra contra Francia e Inglaterra, que, inusitadamente, actuaron en forma coordinada contra España.

No obstante, la melancolía introspectiva volvió a apoderarse de Felipe y así se desató una crisis política interna que agotó los recursos de la reina. Los escrúpulos religiosos del monarca reforzaron su creencia de que las desgracias que caían sobre España eran una retribución divina por sus propios pecados. En uno de sus períodos de pesimismo, Felipe llegó a la conclusión de que debía abdicar porque no estaba capacitado para gobernar; una idea que no necesitaba ponerse a prueba divina.

A finales de 1723, en París ya se comentaba que Felipe tenía delirios místicos y que pensaba renunciar a su dignidad de soberano por motivos religiosos. Los más escépticos se preguntaban si no habría otras razones menos sagradas. En el fondo de su corazón, Felipe ansiaba regresar a Francia. La delicada salud del joven rey francés Luis XV hizo renacer en el rey de España las esperanzas de acceder al trono francés, pero como el



testamento de Carlos II prohibía que los tronos de España y Francia fueran ocupados por una misma persona, si renunciaba al primero aumentaría la probabilidad de acceder al segundo.

El 10 de enero de 1724, Felipe anunció su decisión de abdicar en favor de su hijo, Luis. “He resuelto -declaró- renunciar a las obligaciones que exige el gobierno de esta monarquía para poder dedicarme a pensar en la muerte durante el tiempo que me queda de vida y en él rezar por mi salvación en el otro reino, el eterno. Gracias a Dios, ya no soy rey; dedicaré el resto de mis días a servir a Dios en solitario”.

El retiro de Felipe fue más bien una farsa. Por más que se vistiera como un franciscano y anunciara que haría recortes en sus gastos, eligió como residencia el magnífico palacio de la Granja de San Ildefonso, cuya construcción, concluida poco antes, supuso un gasto enorme para el Tesoro español: unos veinticuatro millones de pesos. En la práctica, la sede del gobierno se trasladó a San Ildefonso, pues ni Felipe ni su ambiciosa esposa dejaron de ocuparse de los asuntos de gobierno.

De todos modos, los nuevos monarcas, Luis y Luisa Isabel, no tenían ninguna experiencia. Luis I el Bien Amado era muy popular entre los españoles, conocido por sus habilidades en el deporte y la danza, pero a la vez era torpe, poco instruido, rudo con las mujeres, propenso a vagar por las calles de noche, un joven tosco que hallaba diversión rapiñando su propia huerta. Solía irrumpir en los apartamentos privados de las damas de honor de su esposa. Su fuerte no era el arte de gobernar sino el deporte. Luisa Isabel era tan frívola como su marido en cuanto a gustos, y de modales tan vulgares que Luis llegó a encerrarla por un tiempo.

No es difícil imaginar la reacción que provocó en San Ildefonso la conducta de los reyes. Felipe, escrupuloso como era su costumbre, se preguntaba si al legar la corona a un sucesor tan poco adecuado no había cometido una ofensa contra Dios. Deploraba el comportamiento infantil de su hijo y criticaba más aún a su nuera, y llegó a pensar que si el matrimonio no se había consumado quizá convenía pedir la anulación. En agosto de 1724, la muerte temprana de Luis I, a causa de la viruela, resolvió el dilema de Felipe.

Muerto Luis, su padre debía ocuparse de un nuevo problema: como Felipe había renunciado, para cumplir con las normas sucesorias, la corona debía pasar al hermano menor de Luis, Fernando, opinión que hasta el propio confesor de Felipe compartía. Claro está que la situación no conformaba a Felipe, y menos aún a Isabel de Farnesio, que nunca aceptó la pérdida de poder que trajo aparejada la abdicación. Con el apoyo de su esposa y de Aldobrandini, el nuncio papal, Felipe anunció que retomaría la administración del reino.

El monarca tenía por delante más de veinte años de reinado, pero la que en realidad articuló la política exterior fue Isabel, que trató de favorecer los intereses italianos, en particular los de su hijo, el futuro Carlos III de España. La economía nacional no prosperaba. Mientras tanto, el rey seguía teniendo fluctuaciones entre la manía y la depresión. En sus estadios más severos, los ataques se acercaban bastante a la locura. En la primavera de 1727 estuvo muy grave; a veces caía en el letargo, pero en los momentos de mayor excitabilidad, reaccionaba con violencia contra los médicos y su confesor. Cuando la reina, convencida de que Felipe exageraba en sus devociones religiosas, trataba de que no se ocupara tanto de ellas, él reaccionaba a los golpes. Pronunciaba sus oraciones a los gritos, cantando, e incluso se infligía castigos físicos. Tenía insomnio, había perdido el apetito, y su único alimento eran las golosinas; adelgazó mucho. Empezó a distorsionar la realidad; por ejemplo, decía que no podía caminar porque tenía los pies de distinto tamaño; no se cortaba el cabello, lo que le dificultaba colocarse la peluca, ni se afeitaba. La reina convenció a la corte de que se trasladara de Madrid al Alcázar de Sevilla, en Andalucía, donde permaneció cinco años, desde 1728 hasta 1733.

Felipe seguía obsesionado con la idea de que no estaba capacitado para cumplir con sus obligaciones, lo que le hizo pensar en abdicar otra vez y alarmó seriamente a la reina. Sin que ella se enterara, el rey envió una carta al presidente del Consejo de Castilla en la que declaraba su intención de pasarle la corona a su hijo Fernando. No recibió una respuesta clara y, pensando que el Consejo había aceptado su decisión, le comunicó las novedades a Isabel durante una salida de caza. Ella, preocupada, le solicitó que le facilitara el documento porque creía que había que enmendar las cláusulas referidas a ella y a sus hijos. Una vez que tuvo la carta de abdicación en sus manos, la hizo trizas y comunicó a su marido que estaba en contra de su decisión y que para que la abdicación fuese legal, debía contar con su aprobación.

Como existía el peligro de que Felipe tomara otra decisión apresurada, sus allegados mantenían la pluma y el papel lo más lejos posible de su alcance. Por un tiempo volvió a tener una vida más o menos normal. Hasta dejó que lo afeitaran por primera vez en ocho meses y empezó a ocuparse de los asuntos del gobierno. Ahora bien, si su nueva actitud era favorable a los intereses del país, eso está en duda. En realidad, fue una molestia tanto para sus ministros como para la corte. “Su Majestad Católica - escribió en una carta fechada el 6 de abril de 1731 el enviado inglés sir Benjamin Keene a Waldegrave- en apariencia, está probando si se puede vivir sin dormir”. Comía a las tres de la mañana, se iba a dormir a las cinco y se levantaba para oír misa a las tres de la tarde. Después cambió el

hábito del sueño, entonces se iba a la cama a las diez de la mañana y se levantaba a las cinco de la tarde.

En 1730, llegó a la corte española la noticia de que el rey de Cerdeña había decidido abdicar. La reina y sus consejeros temían que Felipe quisiera seguir su ejemplo, si bien el monarca de Cerdeña había renunciado al trono para casarse con su amante. Trataron de hacerle creer a Felipe que la abdicación del mencionado rey era un acto de locura. A mediados de 1732, Felipe volvió a echarse en la cama. No se levantaba ni siquiera para comer, sólo hablaba con sus sirvientes más cercanos y no dejaba que le cortaran el cabello ni las uñas. El 17 de octubre de 1732, Keene le comentó al duque de Newcastle que “en este momento no hay ningún responsable del gobierno, ninguna forma de gobierno, pues él no ha visto a sus ministros ni a su confesor en los últimos veinte días; por eso no ha habido ningún informe”.

Para la Pascua de 1733, parecía que la situación estaba normalizándose poco a poco. Fernando convenció a su padre de que se afeitara, se cambiara la ropa e ingiriera un emético. Al llegar el verano, el enviado inglés informó que el rey “ha vuelto a dedicarse a sus deberes, de modo que el gobierno está funcionando a pleno; con respecto a su salud, yo nunca lo había visto tan dispuesto y comunicativo”. A pesar de todo, se trataba de una recuperación momentánea.

La corte estaba dividida por las intrigas, y la reina estaba celosa de la creciente influencia de su hijastro, Fernando, sobre el rey. En palabras del incansable enviado inglés:

Creo que la reina habría preferido que el rey no se apoyara tanto en el príncipe, pero el recurso del llanto, por repetido, ya no le daba resultado; en cambio, los lamentos del príncipe eran novedad, de modo que lograban conmover al padre. Además de las precauciones que había tomado para que nadie se acercara a los apartamentos reales, la reina tenía un plan para lograr por la fuerza que el rey hiciera lo que finalmente aceptó hacer, y que para proceder como ella anhelaba debía apartar a todos y convencer al príncipe de que debía obligar al rey a cuidar su salud.

El nuevo período de normalidad fue breve. A comienzos de 1738, corrió el rumor de que tenía un desorden mental. Volvió a mostrarse taciturno, pero había momentos en los que se oían alaridos que venían de sus aposentos, que hacían pensar que el rey deliraba. “Esto debe terminar en una abdicación”, le aseguró Keene al duque de Newcastle, sin embargo, Felipe siguió gobernando bajo el ala de su esposa.

Cuando se retira a cenar -escribió una vez más Keene en una carta dirigida al duque de Newcastle el 2 de agosto de 1738- suelta unos gritos que aterrorizan a todos y que han obligado a los confidentes a alejar a todo el mundo de los apartamentos reales apenas él se sienta a la mesa; y como la reina no sabe cómo actuará su marido, lo deja encerrado, incluso ya no salen a caminar por los jardines de San Ildefonso como antes. Por las noches, se entretiene oyendo cantar a Farinelli [nombre artístico del cantante italiano Carlo Broschi] las mismas cinco arias italianas que cantó la primera vez que actuó frente a él, las mismas que siguió interpretando durante doce meses seguidos todas las noches. Seguramente os causará gracia enteraros de que el rey imita a Farinelli a continuación de cada aria o cuando la música ha cesado, y su descontrol y sus alaridos son tales que se toman todas las precauciones necesarias para que nadie presencie sus locuras. Esta misma semana ha tenido uno de esos ataques, que se prolongó desde las doce de la noche hasta las dos de la mañana. A sus allegados se les ocurrió la idea de bañarlo, pero no se atrevieron a proponer tal remedio.

Farinelli le contó luego al doctor Burney que cantó siempre las mismas canciones hasta la muerte del rey, entre las cuales estaba “Pallido il sole” y “Per questo dolce amplesso”, de Hasse. Se calcula que debe haberlas cantado unas trescientas sesenta noches seguidas.

Así pasaron los años de un rey indolente, devoto y desanimado, aunque fiel a su esposa, quien verdaderamente decidía las políticas del imperio. Fue una tragicomedia marcada por las etapas de depresión y manía de Felipe que terminó con un accidente cerebrovascular el 9 de julio de 1746. Las palabras del marqués d’Argenson sobre la muerte del monarca fueron:

Felipe murió de amargura y corpulencia, que había acumulado por una excesiva indulgencia con su apetito, más desmedido que prudente. Se ocupaba de no hacer nada útil. Ningún hombre ha dado ejemplo de una mala concepción del matrimonio como él, dejando que su esposa lo dominara, que además lo hacía de manera impropia. La reina le impuso que sacrificara el honor y la riqueza de España para conquistar dominios en Italia, y Dios ha decretado que ella no los disfrutaría jamás.

Con la muerte de su esposo y el acceso de su hijastro al trono, el poder de Isabel de Farnesio llegó a su fin.

El reinado de Fernando VI no supuso cambios significativos en el carácter de la monarquía. El nuevo rey, el cuarto y único hijo vivo del primer matrimonio de Felipe, tenía el semblante pálido, poco expresivo, era bajo y fornido. Demostró cierta habilidad política cuando acordó con los ministros que España necesitaba un período de paz y reconciliación. Era perezoso por naturaleza. Su remedio para alejarse de la depresión era ver obras de teatro y escuchar ópera (él y su esposa fueron mecenas de Scarlatti y Farinelli), entre otras formas de diversión. Por lo demás, era malhumorado, desconfiado e indeciso y, como su padre, se deprimía constantemente por temor a una muerte súbita y violenta.

También como su padre fue dominado por su esposa, Bárbara de Braganza, hija del rey Juan V de Portugal. Así la describió el archidiácono Coxe: "Era poco agraciada y la elegancia de las formas se perdía en su corpulencia". En realidad, la descripción era muy benévola, porque Bárbara tenía el rostro picado de viruela y los labios gruesos, y era asmática crónica. La reina, en cuya familia los trastornos mentales no eran la excepción, era tan neurótica como su marido. También se parecía a Fernando en que vivía con miedo a una muerte repentina, miedo que quizá se haya intensificado por los ataques de asma. Tenía temor a quedar en la pobreza cuando muriera su marido; por eso, para evitar esa catástrofe, se volvió muy avara y acaparó tanta riqueza que al morir, el 27 de agosto de 1758, dejó una fortuna considerable a su hermano, Pedro de Portugal.

La muerte de la reina aceleró el proceso de enajenación de Fernando. El rey se recluyó en el palacio de Villaviciosa de Odón, solo, inapetente e insomne. Lo único que ingería era sopa. Allí adoptó la costumbre de castigar físicamente a sus desgraciados sirvientes. Según el embajador inglés, lord Bristol:

Hay en el rey una melancolía imposible de aliviar, y es además taciturno por naturaleza, a tal punto que no da directivas ni órdenes [...]. No se afeita, se pasea con una camisa y una bata como única vestimenta, que, por cierto, no se ha cambiado en un lapso inaudito. Hace ya diez días que no duerme; se dice que desde el día dos de este mes ha dormido cinco horas en total, repartidas en períodos de media hora. Se rehúsa a echarse en la cama porque cree que morirá si lo hace.

Fernando no vivió mucho tiempo después de la muerte de su esposa. Intentó suicidarse con unas tijeras, rogó que le suministraran veneno, pero

finalmente murió de muerte natural a los cuarenta y siete años, el 10 de agosto de 1759.

Ningún monarca español tuvo un aspecto tan decrepito como el de Carlos II ni fue tan depresivo como Felipe V y Fernando VI. De hecho, el sucesor de Fernando, Carlos III, hijo de Felipe con Isabel de Farnesio y, por lo tanto, medio hermano del rey de España, que fue heredero del gran ducado de Toscana y rey de las Dos Sicilias, demostró ser un gobernante hábil e ilustrado. Aun así, en un plano metafórico, los genes de los Borbones siguieron conspirando contra su capacidad de gobierno. Entre los monarcas posteriores, Carlos IV tuvo buenas intenciones pero carecía de la energía que requerirían las circunstancias en que se vería envuelto. Vivía intimidado por su esposa, María Luisa, amante del primer ministro Godoy, que se convirtió en una figura dominante en el panorama político español. Se dijo que Carlos IV nunca maduró lo suficiente; conservó su ingenuidad infantil a tal punto que no era capaz de distinguir a un honesto de un pillo. En su espléndido óleo, *La familia de Carlos IV*, Goya retrató la incapacidad y futilidad simplista de la línea de los Borbones. Fernando VII, hijo de Carlos, fue un reaccionario consumado. La hija y sucesora de Fernando VII, Isabel II, que accedió al trono a los tres años, fue conservadora en la esfera política y piadosa en la espiritual. Trece años después, las manipulaciones diplomáticas la forzaron a contraer un matrimonio no deseado con su primo Francisco de Asís, un afeminado príncipe borbón, joven e inmaduro, a quien le gustaba jugar con muñecas, incluso de adulto, y tan hipocondríaco que se negaba a permanecer cerca de cualquier persona que tuviese un resfriado. La reina estaba muy unida a una monja con quien es probable que estuviera obsesionada, sor Patrocinio, en quien, según se rumoreaba, se habían manifestado los estigmas de las llagas de Cristo. Seguramente la reina buscaba en otras personas una compensación a la infelicidad de su matrimonio. Según el príncipe consorte, “la reina tenía amantes; a algunos se los presentaba su madre, María Cristina, según sus preferencias”. No caben dudas de que durante muchos siglos, además de los efectos nefastos de la endogamia, hubo una racha prolongada de neurastenia en la familia real española, con las consabidas repercusiones políticas.

## Juegos florentinos

Los Medici no eran una familia real como los Habsburgo o los Borbones. Sin embargo, fueron políticos sagaces interesados por la cultura, que gobernaron Florencia en calidad de duques durante cuatro siglos, con excepción de un breve período a comienzos del siglo XVI, desde la década de 1430 hasta la muerte del último gran duque, Juan Gastón, en 1737. Florencia alcanzó su apogeo bajo el gobierno de Cosme de Medici el Viejo, hábil mercader que estableció el dominio de la familia en la ciudad, y el de su nieto, Lorenzo el Magnífico. Gracias a sus numerosos negocios y actividades bancarias, la familia se convirtió en una verdadera fuerza económica y política de Europa occidental. Incluso después de perder parte de su patrimonio, los Medici siguieron siendo una familia poderosa durante muchos años. De su seno surgieron dos Papas, Clemente VII y León X, varios cardenales y dos de las reinas más influyentes de Francia, Catalina y María. El mecenazgo ejercido por la familia y la colaboración de sus seguidores dotaron a Florencia de elegantes edificios y obras de arte. Como grandes duques de Toscana, los Medici fueron autoridades despóticas que presidieron una corte rodeada de lujos.

A fines del siglo XVII, Florencia ya no era tan próspera como antes, pero aún vivía de la reputación y los recursos de un pasado glorioso. La corte de los Medici seguía rodeada de lujos, sus gastos eran exorbitantes y sus miembros financiaban además el mundo del arte y la cultura. Sin embargo, todo no era más que una fachada que intentaba ocultar el declive de la economía y la pérdida de poder político de Toscana. La región ya no era el centro de la actividad industrial, y la producción agrícola no atravesaba su mejor momento. Los ciudadanos estaban obligados a pagar altos impuestos para financiar los gastos de la corte y los subsidios que el gran duque debía entregar a las potencias extranjeras. La carga mayor recaía sobre el hombre común: los granjeros y mercaderes que siempre habían sido el sostén de la economía toscana. El resultado fue un aumento

de la pobreza y el desempleo. A pesar de la celebración de grandes fiestas religiosas y seculares, la ruina económica de la ciudad era evidente.

De hecho, Florencia también había perdido poder político. En sus viajes por el extranjero, el gran duque Cosme III, que gobernó desde 1670 hasta 1723, fue recibido con la pompa con que se homenajeara a los nobles y logró que el emperador le otorgara el derecho a ser tratado de Alteza Real en lugar de simplemente Alteza (título que, para su descontento, el emperador ya había otorgado al duque de Saboya) y a recibir el nombre de *Serenissimo*, pero todos esos títulos eran sólo palabras. Para esa época, Florencia era una potencia de tercera categoría, con un ejército y una armada prácticamente inexistentes, aunque habían sido importantes en el pasado. El hecho de que en la ciudad reinara la paz y no interfirieran las potencias extranjeras se debía a que estas no tenían interés en intervenir. Sin embargo, acechaban como verdaderos buitres a la alicaída línea de los Medici, y Florencia era una presa incapaz de defenderse.

El gran duque Cosme III gobernó Toscana durante cincuenta y tres años. Si bien su administración no se destacó demasiado, se vio afectada por ciertas facetas de la personalidad del duque que resultan de vital importancia para entender la naturaleza de su hijo y sucesor, el último gran duque, Juan Gastón. La madre de Cosme III era muy religiosa y desdichada en su matrimonio con el gran duque Fernando, que gobernó Florencia entre 1621 y 1670 y que prefería los abrazos de su joven y apuesto asistente, el conde Bruto della Molaro. Cosme era un hombre serio y obtuso, un devoto ferviente con más habilidades para la vida eclesiástica que para la secular. Se lo consideraba una persona sumamente piadosa, dominada por una fuerte melancolía que provocaba que nunca sonriera. No hacía más que ir a la iglesia; la visitaba unas cinco o seis veces por día y su mayor alegría consistía en participar en procesiones religiosas. Edward Wright escribió que en sus últimos años, el gran duque tenía un dispositivo en sus apartamentos sobre el que había imágenes de plata con todos los santos del calendario. El dispositivo giraba y el duque elegía la posición para que la imagen del santo correspondiente a cada día del año quedara mirando al frente y ante ella pronunciaba sus oraciones. Su fervor era muy grande, y se ocupaba de ganar prosélitos para la Iglesia de Roma. El momento más feliz de su vida fue cuando el Papa lo nombró canónigo de San Juan en Laterano, un privilegio que le daba derecho a tocar el velo de Verónica con que Jesús secó su rostro camino del Calvario y que, según la leyenda, tiene las facciones de Cristo impresas en la tela. Cosme estaba orgulloso de exhibir el retrato en el que aparecía vestido con las ropas de



canónigo. En 1719, debido a una orden divina, ofreció su país al dominio absoluto de San José, que para él era el santo más glorioso.

Una religiosidad intensa como la del gran duque no era algo fuera de lo común en la sociedad florentina y habría sido inocua si no hubiese quedado plasmada en las leyes. El gran duque era intolerante con la moral y la fe que se apartaban de la ortodoxia. Intentó prohibir que las mujeres actuaran en el teatro y que los hombres visitaran lugares donde hubiese mujeres solteras. Además proclamó una serie de decretos que ponían de manifiesto su intolerancia con respecto a los judíos. El matrimonio entre cristianos y judíos estaba prohibido; es más, los cristianos no podían vivir en casas donde viviesen judíos. Un judío que se acostara con una prostituta no judía debía pagar una multa de trescientas coronas, y la prostituta era azotada, semidesnuda, en público. En noviembre de 1683 se prohibió que nodrizas cristianas dieran de mamar a bebés judíos. El gran duque se ocupó de que en las escuelas y las universidades se eliminara todo contenido que no respetara la ortodoxia y ordenó quitar de la catedral la estatua de Adán y Eva de Bandinelli, por indecorosa.

Cosme se casó con Margarita Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIII de Francia y prima de Luis XIV, una opción matrimonial muy conveniente para la continuidad de la línea de los Medici, tema que preocupaba al gran duque. Le aseguraron que ella le daría muchos hijos que lo acompañarían en la vejez y que prolongarían su estirpe en el tiempo.

En realidad, debe haber pocos ejemplos de incompatibilidad de caracteres como la de Cosme y Margarita Luisa. El marido era austero y lúgubre, tan reacio al contacto físico que se sospechaba que era homosexual. La princesa Sofía de Hannover contó que Cosme dormía con su esposa una vez por semana y que bajo supervisión médica se lo retiraba de la cama por temor a que se arruinara la salud por permanecer allí más que lo conveniente. La esposa, en cambio, era bella, muy enérgica y vivaz, y al mismo tiempo, orgullosa, caprichosa y egoísta, como correspondía a una hija de Gastón de Orleans.

Casada por poder en el Louvre de París, Margarita Luisa se embarcó hacia Italia, donde fue recibida por sus nuevos súbditos con un ceremonial tan espléndido como costoso. Pero ella no se hacía muchas ilusiones. La habían obligado a alejarse de su amante, el príncipe Carlos de Lorena, de París y de la posibilidad de ser reina. No le agradaba su nueva tierra; los florentinos le parecían poco interesantes y su marido, insoportable. El padre de Cosme echó a los asistentes franceses de la joven y se empeñó en hacerla cumplir con sus obligaciones, entre las cuales se contaba dar a luz a un heredero; en efecto, Fernando, el primer hijo, llegó al mundo en 1663.

La futura gran duquesa lamentaba su fortuna. La enviaron a la villa de Poggio a Caiano, donde le comentó a la reina de Francia que no la dejaban hacer nada, que se sentía sola, como una muerta en vida, aunque, en realidad, estaba rodeada de una corte numerosa. La visita de su antiguo pretendiente, el príncipe Carlos, no fue suficiente para paliar la infelicidad matrimonial de Margarita Luisa; además, él se casó con otra y así terminó la relación. Cuando ella descubrió que estaba embarazada de nuevo, intentó provocarse un aborto, pero no lo logró, y en agosto de 1667 nació Ana María. Margarita Luisa ansiaba regresar a Francia. Cuando se negó a compartir el lecho con su marido, Luis XIV le dijo que se comportara como correspondía a una esposa. Cosme emprendió varios viajes al extranjero, seguramente por creer que si él se ausentaba, ella lo extrañaría; aunque no fuese así, la pareja volvió a tener relaciones sexuales y el 24 de mayo de 1671 nació su tercer hijo, Juan Gastón. Por fin, después de algunos años, la gran duquesa logró lo que quería: se fue a Francia el 12 de junio de 1675 y no volvió más.

La tumultuosa relación matrimonial irritaba sobremanera al gran duque, pues lo que él quería era asegurar el futuro de la dinastía. Aunque Cosme vivió hasta una edad muy avanzada, era hipocondríaco y aprensivo; por esa razón, tenía la idea fija de asegurar la sucesión dinástica. La historia, sin embargo, mostró que tuvo tan poca suerte como su padre en los arreglos matrimoniales de su descendencia; en realidad, tuvo menos suerte, porque ninguno de sus hijos dejó herederos. El sucesor de Cosme, el gran príncipe Fernando, estaba casado con una princesa bávara, Violante, pero no se mostraba entusiasmado con su matrimonio. A poco de negociada la unión, el príncipe partió hacia Venecia en busca de una compañía más agradable, fuese ésta femenina o masculina. Enterado de las debilidades de su hijo, Cosme le escribió una carta que decía, sin rodeos:

Prométeme que te abstendrás de toda diversión perjudicial para tu alma [...], que evitarás contactos indecentes con músicos, actores, gente de baja reputación, y que no conversarás ni tendrás relaciones con cortesanías.

Sin embargo, Fernando, un verdadero amante del arte, disfrutaba precisamente de los contactos indecentes con músicos. Su tutor había prohibido la entrada a la residencia al cantante Petrillo, con quien el joven tenía una relación, pero en Venecia Fernando encontró un reemplazante, el *castrato* Cecchino de Castris, que pronto tuvo gran influencia en su amigo. Si Fernando se hubiese conformado con los *castrati*, otra habría sido su

suerte, porque en una de sus visitas a Venecia contrajo sífilis. En esa oportunidad regresó a Florencia en compañía de una cantante conocida por el apodo de “La Bambagia”. Mucho antes de morir -el heredero falleció diez años antes que su padre-, Fernando perdió la memoria y sufrió graves trastornos causados por la sífilis; fue, según el dicho popular, “un mártir de Venus”.

Como pronto se supo que el gran príncipe no tendría hijos, el gran duque se ocupó del casamiento de su hija, Ana María. Los intentos por conseguirle marido en España, Portugal, Saboya y Francia no dieron resultado; en el caso del delfín francés, el fracaso se debió en parte a las maquinaciones de la gran duquesa. Finalmente, por sugerencia del emperador, Ana María encontró un aparente buen candidato, el elector del Palatinado, Juan Guillermo. El elector era viudo; sus hermanas eran la emperatriz, la reina de España y la reina de Portugal, y tres de sus hermanos eran obispos. Pero la vida de Juan Guillermo no estaba libre de males, pues su esposa tuvo un aborto atribuido a las enfermedades de su marido, que si bien la amaba y era generoso con ella, solía buscar distracciones amorosas en otras mujeres. La electora fue a Aix-la-Chapelle para estimular su fertilidad bañándose en sus aguas curativas, pero no tuvo éxito.

Entonces, la única esperanza era el hijo menor de Cosme, Juan Gastón. Su madre no se ocupó de él y además lo abandonó a los cuatro años, cuando se fue a vivir a Francia. Juan Gastón fue un joven solitario y dedicado al estudio; en palabras de Lami, “una persona muy culta [...], lector de los textos filosóficos de Leibniz; no permitía que monjes y sacerdotes lo llevaran de las narices”. Por otra parte, era muy depresivo; siempre triste y taciturno, lloraba a solas en sus aposentos, lo que hacía pensar que quizá tuviese algún tipo de trastorno psicológico.

Cuando Juan Gastón tenía veintitrés años, el padre decidió que ya era tiempo de que se casara y para ello eligió a una viuda adinerada, Ana María, hija del duque de Saxe-Lauenburg y viuda del conde del Palatinado. La mujer era grosera, desagradable, de gustos poco elegantes, aspecto ordinario y piernas gruesas. Sus únicos intereses eran la caza, los caballos y sus propiedades en Bohemia. No le interesaba particularmente volver a casarse ni vivir en Florencia. Una de las condiciones para aceptar al florentino como marido fue que el matrimonio viviera en Bohemia.

Para Juan Gastón, la vida de casado era horrible. En primer lugar, detestaba el campo de Bohemia y su olor a caballo; en segundo lugar, lo espantaba la idea de tener que acostarse con su tosca esposa. Para olvidar esos disgustos, se acercó a uno de sus asistentes, Giuliano Dami, hombre de origen humilde que fue amante del joven florentino, en quien ejerció

gran influencia por el resto de su vida. En 1698, Juan Gastón, harto de la vida en Bohemia, viajó a París para ver a su madre, pero ella no se mostró demasiado interesada en la visita.

Juan Gastón regresó al castillo de su esposa en Reichstadt y trató de convencerla de pasar el invierno en Praga; como ella rechazó su propuesta, se fue en compañía de Dami. Durante su estancia en Praga se olvidó del lúgubre castillo de Reichstadt y de la austeridad de la corte del gran ducado gracias a los placeres sensuales a los que se dedicó. Según un relato de la época:

Praga estaba llena de apuestos estudiantes provenientes de Bohemia y Alemania, con tan poco dinero que iban de puerta en puerta pidiendo ayuda. En ese reservorio amoroso, Giuliano [Dami] siempre conseguía a alguien para presentarle al futuro gran duque. En Praga había además muchos palacios pertenecientes a nobles ricos. Y en ellos abundaban los criados y lacayos de baja condición social. Giuliano alentaba a Su Alteza a buscar entre ellos a quien más le agradara para tener un momento de diversión.

Allí fue donde Juan Gastón adquirió el gusto por un tipo particular de diversión que nunca lo abandonaría.

Las noticias sobre las actividades del marido y las deudas de juego que acumulaba porque su padre no le enviaba lo suficiente, llegaron a oídos de Ana María, que a su vez informó de las novedades a su hermana, la electora del Palatinado. También hizo saber al gran duque en qué ocupaba su tiempo Juan Gastón, pero él siguió adelante con su estilo de vida, deambulando por las calles y bebiendo en tabernas por la noche. Únicamente así podía olvidarse de su repelente esposa y de su rígido padre, solo que el alcohol y el sexo resultaron siniestros para curar la depresión.

De vez en cuando, Juan Gastón volvía a Reichstadt con buenas intenciones aunque enseguida desistía. El 18 de abril de 1699 le escribió a Cosme:

Su Alteza debe saber que diecinueve días después de la boda, si no antes, mi princesa empezó a dar muestras de su carácter: caprichos, caras largas y palabras hirientes. Como yo no quería irme de Dusseldorf, ella me agredía refiriéndose de manera impertinente a mí y a mi pueblo [...]. Es altanera y vanidosa, cree que puede manejar la vida de todos y que es la dama más importante del mundo sólo porque tiene tierras en Bohemia [...]; yo no soportaría estar con ella ni siquiera en el lugar más maravilloso de la

tierra [...]. Según sus sirvientes, ella siempre ha sido igual; así como se comporta conmigo lo hacía cuando era viuda y cuando estaba casada con el conde Palatino, que pasó a mejor vida por el exceso de alcohol, que bebía para olvidar el asco y la furia que le provocaba vivir con ella.

Juan Gastón sabía bien cuál era su situación. Su madre había abandonado a Cosme porque no lo soportaba, y él dejó a su esposa por la misma razón.

Cuando el emperador le insistió para que tratara de superar la aversión que le provocaba vivir con su esposa en ese sitio tan desolador, el joven replicó que lo había intentado, pero que había sido inútil. En verano, Reichstadt era poco atractivo, y en invierno era espantoso.

En octubre de 1703, Juan Gastón se mudó a Hamburgo, donde permaneció hasta febrero del año siguiente. Allí encontraba la diversión mundana que en Reichstadt le estaba vedada. Pero cuando se fue a Praga, entró en un estado de profunda depresión; lo único que hacía era quedarse horas detrás de una ventana. Ni siquiera escribía cartas porque le disgustaba su escritorio. Lo único que lo sacaba de la abulia y la melancolía eran los placeres de la carne. En 1705 ya estaba de regreso en Florencia, donde vivió durante el resto de su vida. La probabilidad de que su esposa fuese a reunirse con él era casi nula, de modo que parecía que Juan Gastón ya no tendría hijos, igual que su hermano y su hermana.

Como un náufrago, el gran duque Cosme se aferró -por así decirlo- a un *junco*, su obeso hermano, el cardenal Francisco María. El cardenal tenía todas las características de que carecía su hermano, ya que era hedonista, comprensivo y sibarita. En realidad, los papeles parecían haberse invertido: el gran duque era prejuicioso, más apto para la vida religiosa que su hermano, a quien la vida secular no le habría sentado mal. El cardenal amasó una gran fortuna pero descuidaba sus obligaciones eclesiásticas. A pesar de que no era muy afecto a la compañía femenina, Cosme trató de persuadirlo de que consiguiera autorización para casarse y así proporcionar un heredero al gran ducado. Se le permitió conservar sus diversas fuentes de ingreso y además, tendría la oportunidad de pasar por la experiencia del matrimonio.

La elegida fue Eleonora, hija de Vincenzo Gonzaga, duque de Guastella. La electora le escribió una carta al cardenal en la que le decía que pensara en la alegría que significaría la llegada de un pequeño príncipe. Aunque el cardenal tenía tan sólo cuarenta y ocho años, era una verdadera montaña de carne, barrigón, con la cara llena de pozos, y afectado por la gota y el catarro. Al principio, a Eleonora le repugnaba su marido y no sabía cómo hacer para evitar el contacto físico. Hizo todo lo

que pudo para alejarse de él, hasta que la suerte y el estado físico del cardenal estuvieron de su lado: su esposo falleció el 3 de febrero de 1711. Para Cosme, en cambio, esa muerte fue un verdadero revés, porque con ella se había ido su última esperanza de tener un heredero directo. Lo único que se le ocurrió fue descargarse con los sirvientes de su hermano, que tan útiles habían sido en otros tiempos, cuando procuraban jóvenes para que acompañaran a su amo, entre otros servicios poco santos. A algunos los echó de la residencia, a otros los mandó a prisión. Eleonora se dedicó a retozar con sus asistentes franceses, a quienes consideraba mucho más seductores que su antiguo marido. Tuvo dos hijos ilegítimos, Mignon y Francisco. Al respecto, Horace Mann le escribió lo siguiente a su amigo Horace Walpole:

Puedes perdonarle que se haya acercado a todos esos jóvenes apuestos mientras el cardenal vivía, pero que quisiera sacar ventaja de Toscana [inventando el nacimiento de un heredero] y que después de quedar viuda se acostara con sus sirvientes y contribuyera a incrementar la cantidad de *innocenti* [niños que eran enviados al orfanato], eso sí que no.

Cuando murió Fernando, Juan Gastón era el único Medici que quedaba. Cosme trató de asegurarse de que si su hijo fallecía antes que él, la electora Ana María fuese la sucesora al gran ducado. Pero el emperador se opuso, argumentando que si las propiedades de Cosme eran parte del imperio, el gran duque no tenía derecho a disponer de la sucesión como planeaba. Mientras tanto, la salud de Juan Gastón se deterioraba. En 1719, el escritor francés Guyot de Merville describió el estado general del futuro gran duque: “Nunca abre la correspondencia para no tener que responder. Con el tipo de vida que lleva podría vivir muchos años si no fuese asmático y no bebiera tanto licor. Hay quienes creen que morirá antes que su padre”.

La vida de Juan Gastón se había desviado un tanto de su camino habitual: “Es un buen gobernante -aseguró Montesquieu, que visitó Florencia en diciembre de 1728-, pero a pesar de ser inteligente, es muy holgazán y afecto a la bebida”. El escritor y jurista francés, si bien alabó su naturaleza bondadosa, advirtió que su indolencia y sus gustos inapropiados lo convertían en presa fácil de aventureros inescrupulosos. Parecía que no le interesaba lo que sucedía a su alrededor.

Finalmente, el anciano gran duque falleció en 1723, y Juan Gastón, en ese momento de cincuenta y dos años aunque bastante envejecido para su edad, se hizo cargo del gobierno. El hombre que alguna vez fue delgado

y atractivo, en ese entonces ya era gordo y desagradable. Si bien no le interesaban los asuntos de gobierno, supo rodearse de ministros competentes, de modo que Florencia estuvo mejor gobernada que durante el mandato de su padre y, por cierto, con tendencias más liberales. La mano dura con que la Iglesia había intentado proteger la moral y la doctrina ortodoxas se ablandó. Mientras que Cosme destinaba grandes cantidades de dinero a cuestiones eclesiásticas, Juan Gastón era más cauto en ese sentido. Abolió el Consejo de los Cuatro y restableció la vieja secretaría. Dejó sin efecto las leyes draconianas promulgadas por su padre, por lo que los jesuitas empezaron a decir que la Universidad de Pisa era un centro de enseñanza hereje. Galileo recuperó los favores perdidos y las obras de Gassendi ya no estaban prohibidas. La carga tributaria disminuyó levemente. Si bien el gobierno de Juan Gastón significó un cambio de rumbo y un acercamiento a la ilustración y el liberalismo, los problemas de Florencia no desaparecieron de un día para el otro. En la práctica, el gran duque era una especie de gran terrateniente que dejaba que otros se ocuparan de sus propiedades. El Estado, observó Montesquieu en 1728, “está regido por una autoridad mesurada. Nadie sabe demasiado del duque ni de la corte. En ese sentido, es un pequeño país que parece un gran país”.

El gran duque era incapaz de poner un poco de orden en su vida. En verano vivía en la planta baja del Palacio Pitti, donde dejaban que el asno en el que le traían duraznos pasara a los aposentos ducales. En invierno se mudaba a un piso superior. El barón de Pollnitz, que estuvo en Florencia en 1731, fue a saludar a la electora, a quien describió como una persona solitaria, dedicada a sus deberes religiosos, y se sorprendió de que el gran duque quisiera verlo, pues sabía que era muy difícil conseguir audiencia con él.

En noviembre de ese año, el barón comentó que encontró al gran duque sentado en su cama, en compañía de varios perros falderos, y que tenía puesta una camisa sin volados, una corbata de muselina ordinaria y un sombrero con restos de rapé. En su opinión, “no hay nada de grandioso en su persona. Al costado de la cama tiene una mesa llena de copas y cubos de plata con varias botellas de licor. Se siente muy a gusto en la cama, pero no se queda allí porque esté enfermo, sino de puro holgazán. Hace veintidós meses que no sale del palacio y más de siete que no se cambia la ropa [...]. Almuerza a las cinco de la tarde y cena a las dos de la madrugada. Siempre come sin compañía, en la cama. Luego pasa dos o tres horas hablando con varios jóvenes conocidos como los *ruspanti*”.

El gran duque se relacionaba con el mundo a través de un cristal opacado por el exceso de alcohol. Bebía demasiado vino, licores fuertes y

también *rossoli*, un licor espeso a base de pasas de uva y otros ingredientes mezclados con azúcar y especias, hasta altas horas de la noche. Después de la cena se lo veía bastante borracho. Cuando bebía mucho, se caía del caballo. En una oportunidad asistió a una recepción ofrecida por su cuñada, la princesa Violante, en la que se embriagó tanto que no paraba de decir obscenidades; después vomitó sobre un sillón.

Los aposentos del gran duque eran el centro de su existencia. Giuliano Dami, que en ese momento era su chambelán, junto con dos asistentes, Gaetano y Francesco Nardini, le consentía todos los caprichos. Los tres hombres sacaban una buena tajada por sus servicios, que consistían en conseguir muchachos de baja condición pero seductores y apuestos. Estos jóvenes eran los *ruspanti*, a quienes se les decía así porque cobraban -todos los martes y sábados- entre uno y cinco *ruspi* por sus servicios. Pollnitz relató que el gran duque tenía ayudantes cuya tarea era acudir cada vez que él los requería, en el momento del almuerzo o la cena. Ellos no usaban librea y se los conocía por su cabello rizado y bien cuidado, algo que, según Pollnitz, contrastaba con la falta de aseo personal del gran duque.

Juan Gastón tenía unos trescientos setenta *ruspanti* a su servicio; algunos eran de buena familia. Entre ellos había algunas mujeres, y todos se ocupaban de satisfacer los caprichos del gran duque. Para ser *ruspanti* era necesario ser apuesto, joven, tener gran interés en el sexo, ser inmune al buen gusto y tener el olfato desensibilizado para soportar la cercanía del amo. Juan Gastón tenía la costumbre de invitar al elegido a su dormitorio; allí le examinaba la dentadura, que debía ser blanca y pareja, y le servía alcohol, *rosoli* en particular. Después le tocaba las partes íntimas para comprobar que estuvieran bien formadas y que se excitarían sin mucho esfuerzo. Cuando la penetración no era todo lo profunda que el gran duque esperaba, pedía a los gritos más. Pasaba del trato de “usted” al de “tú” y finalmente llegaban los abrazos, los besos, el paso de sorbos de vino y bocanadas de humo de una boca a otra. Juan Gastón llamaba a esos jóvenes por títulos de nobleza que inventaba en el momento y decía que eran sus ministros; en cambio, les pedía que se dirigieran a él con las palabras más oprobiosas que se les ocurrieran y que lo azotaran si querían.

Dami y sus compañeros recorrían las zonas más pobres de la ciudad en busca de candidatos para entretener al gran duque, que a veces se excitaba con sólo ver a un joven apuesto mientras caminaba por el palacio o en las pocas ocasiones en que iba de paseo por la ciudad. Cuando se enteraba de que un joven barbero, por ejemplo, tenía una prometida, invitaba a los dos al palacio y los hacía tener relaciones en su presencia.



Sin embargo, a veces obtenía más de lo que tenía pensado. Cuando conoció a Michael Henzchemic, un domador de osos, y a sus dos jóvenes asistentes, se sintió muy atraído por su fuerza y juventud y los invitó a unirse al grupo de *ruspanti*. Una noche, el gran duque ordenó que trajeran de inmediato a Henzchemic. Cuando lo encontraron, estaba muy borracho y al llegar al palacio, siguió bebiendo junto a Juan Gastón, que en un momento vomitó sobre la cara y el pecho del joven. Éste se enojó tanto que le pegó y el gran duque comenzó a gritar pidiendo ayuda. No obstante, Juan Gastón perdonaba a quienes lo agredían y pareció disfrutar del vómito. También le gustaba que le contaran historias subidas de tono. A veces, se reunían más de diez *ruspanti* en los aposentos del gran duque, donde todos participaban en una orgía.

En 1730, el gran duque se torció el tobillo y tuvo que hacer reposo. De hecho, excepto en raras ocasiones, no se levantó de la cama en los siete años siguientes. Una vez salió a las dos de la mañana y se dirigió a los baños públicos de San Sperandino, donde permaneció cerca de cinco horas.

Basándose en los relatos de Pollnitz, el reverendo Mark Noble, un historiador de fines del siglo XVIII, señalaba:

Es imposible reproducir mucho de la vida personal del gran duque, que debido a la indolencia, no se vistió como es debido durante los últimos trece años de su vida ni salió de la cama durante los últimos ocho. Su aspecto era muy extraño; recibía a quienes se animaban a acercársele vestido con camisas simples, una larga corbata de muselina poco elegante y un gorro de dormir, todo con restos de rapé.

El conde de Sandwich comentó que las costumbres “mugrientas” fueron empeorando tanto hacia el final de la vida de Juan Gastón que, para disimular el desagradable olor que salía de la cama, ponían rosas recién cortadas por toda la habitación. Pero el perfume de las flores no alcanzaba para contrarrestar el hedor que se desprendía de la cama -que con frecuencia estaba llena de chinches-, de las sábanas sucias y el olor a tabaco, alcohol y excremento que flotaba en el aire. El gran duque estaba demasiado gordo y ni siquiera se cortaba las uñas. Usaba una enorme peluca con la que una vez se lo vio limpiarse el vómito de la cara.

No podemos tener la absoluta certeza de que esas anécdotas sean ciertas, ya que proceden de alguien que, al escribirlas, tenía en mente los relatos de Suetonio sobre la vida de Tiberio. Aun cuando en algunos aspectos se asemejen al discurso amarillista, en general reflejan bastante la realidad. Cuando el príncipe de Craon, cuyo hijo era en apariencia un

*ruspanti*, fue a verlo en enero de 1737 en calidad de representante de Francisco de Lorena, futuro sucesor del gran duque, encontró a Juan Gastón en un estado lamentable, tirado en la cama, la ropa de cama sucia, mal vestido, sin afeitarse, con la vista deteriorada y la voz débil. El príncipe tuvo la impresión de que a Juan Gastón le quedaban pocos días de vida.

Alcohólico y pervertido, el gran duque ya no se preocupaba por gobernar Florencia. Había cambiado mucho a lo largo de los años. Es probable que haya sido víctima de un desorden de la personalidad agravado por la falta de afecto, la poca relación que tuvo con su padre y un matrimonio infeliz. Su padre era un hombre melancólico, y seguramente Juan Gastón sufría de depresión. Después de regresar a Florencia en 1705, vivió prácticamente recluido. Pasaba las noches mirando la luna. Las extrañas diversiones que buscaba tenían como objetivo hacerle olvidar la depresión y paliar el aburrimiento y la tristeza que le impedían ocuparse de los asuntos del Estado.

¿Cuál fue el destino de Florencia? Como Juan Gastón no dejó herederos, debió ocuparse de la sucesión del gran ducado, igual que su padre. Diez años antes de que asumiera el último Medici, la Guerra de Sucesión española había desestabilizado a Italia, que quedó una vez más a merced de las grandes potencias. Como su padre, Juan Gastón trató de que Florencia se mantuviera neutral, para indignación de las partes interesadas, en especial España y Austria. El padre Ascanio, el embajador español, exasperado, le escribió al duque de Parma el 2 de enero de 1725: “Al aspecto físico lamentable, hay que añadirle que se queda impávido durante horas, como un lunático, y sobre todo, que es estúpido en el terreno político, pues ignora todo lo que sucede en el mundo y en la corte, y piensa que lo mejor es no involucrarse en nada y dejar que el tiempo se ocupe de todo”.

En 1731, las grandes potencias se reunieron en Viena y acordaron que, en caso de que Juan Gastón muriese, el ducado pasaría a don Carlos, duque de Parma, hijo de Felipe V de España e Isabel de Farnesio. Como por las venas de Carlos corría sangre italiana, le causó buena impresión a Juan Gastón. Cuenta el barón de Pollnitz que después de firmar el testamento definitivo en que nombraba sucesor a Carlos de España, el gran duque manifestó que había tenido un hijo y sucesor gracias a su pluma, algo que no había logrado en sus treinta y cuatro años de matrimonio. Sin embargo, a él no le caía en gracia la costumbre de Carlos de disparar flechas a los pájaros dibujados en los elegantes gobelinos que colgaban de las paredes de las habitaciones del Palacio Pitti. De modo que mandó sacar los tapices y reemplazarlos por un tapiz de Damasco con

flecos dorados, con la excusa de que, como se acercaba el verano, temía que los pesados adornos invernales afectaran la salud del príncipe.

Los planes de don Carlos no se hicieron realidad debido al resultado de la Guerra de Sucesión polaca, ya que en el Tratado de Viena se acordó que Carlos sería rey de las Dos Sicilias y que el duque Francisco Esteban de Lorena sería heredero del gran ducado de Toscana. Francisco era esposo de María Teresa, la heredera de Carlos VI, por lo que más tarde se convirtió en el emperador Francisco I. Juan Gastón no tenía la fuerza suficiente para enfrentarse a las grandes potencias. Los florentinos ya no estaban autorizados a celebrar las festividades conmemorativas de los días gloriosos del gobierno de los Medici. La ciudad fue ocupada por tropas extranjeras. A pesar de todo, Juan Gastón le hizo prometer a Francisco Esteban que Florencia nunca se incorporaría al imperio austríaco. Quizás este acto haya sido el más importante de su vida, pues garantizaba la independencia de la ciudad. Además del más importante, fue su último acto, en julio de 1737 ya estaba muy enfermo, tenía un gran cálculo en la vejiga, y falleció al mes siguiente. Sus suntuosos funerales se llevaron a cabo en la catedral de Florencia. Si bien el duque no fue un buen gobernante, el cortejo fúnebre no lo reflejó: fue llevado a la tumba con toda la fastuosidad a la que Florencia estaba acostumbrada.

Ah, sí, es verdad, he oído el triste lamento:  
la semilla del gran Cosme hoy desaparece;  
el fin de tus días, Florencia, se ha decretado.

La hermana de Juan Gastón, Ana María, siguió ocupando el Palacio Pitti durante seis años, hasta el día de su muerte, el 18 de febrero de 1743. Con respecto a su desaparición, Horace Mann le dijo a Horace Walpole: “Se ha acabado la alegría; la electora ha muerto [...]. En la calle, el pueblo piensa que se la ha llevado un huracán. Hubo uno que duró dos horas esta mañana. Ahora el sol brilla más que nunca. Así fue también el día en que falleció Juan Gastón, aunque esa vez el huracán fue más potente”. En su testamento, Ana María legó “para toda la eternidad” todas sus posesiones personales y las propiedades de los Medici a la ciudad de Florencia. De ese modo, la hermana de Juan Gastón trató de reparar las locuras del ex gran duque y así los Medici devolvieron a los florentinos algo a cambio de la lealtad que brindaron a la familia durante casi trescientos años.

## Jorge, el enajenado

En los sesenta años que duró el largo reinado de Jorge III, los períodos de enajenación del monarca fueron bastante breves: desde mediados de octubre de 1788 hasta marzo de 1789, entre febrero y mayo de 1801, de febrero a junio de 1804 y en octubre de 1810. A partir de entonces, entró en un estado de demencia senil que quizás estuviera relacionado con los brotes anteriores. La naturaleza exacta, la etiología y el carácter de la enfermedad desconcertaron a los observadores de la época. Según algunos, se debía a una acritud irritante; otros suponían que se trataba de una forma de delirio o de una peculiaridad constitutiva. Con algunas actitudes, Jorge daba la impresión de ser esquizofrénico o, como Enrique VI de Inglaterra y Felipe V de España, maníaco depresivo. Sin embargo, sus síntomas no encajan bien con el diagnóstico de esas enfermedades. Sea cual fuere la naturaleza de su mal, no cabe duda de que sus actos eran propios de un lunático. En su ataque más severo, el de 1788, los médicos concluyeron que el rey padecía una forma de insania aguda y pensaron que no se recuperaría. El conciso veredicto de Richard Warren, uno de los médicos reales, fue *Rex noster insanit*, es decir, nuestro rey está loco.

En casos anteriores, el desvarío en distintos monarcas apareció como consecuencia de enfermedades orgánicas. Unos veinte años atrás, dos prestigiosos historiadores de la medicina, Ida Macalpine y Richard Hunter, llegaron a la conclusión de que Jorge III nunca tuvo una enfermedad mental propiamente dicha sino que fue víctima de un desorden metabólico congénito: la porfiria variegada. Los síntomas clínicos de esa enfermedad son similares a los de la esquizofrenia o a los del trastorno bipolar de la personalidad. Según los autores, la porfiria afectó en mayor o menor grado a muchos antepasados del rey Jorge, a sus parientes cercanos y a sus descendientes. En el caso de este monarca en particular, entonces, el problema mental fue la secuela de una enfermedad somática. La brillante

explicación de Macalpine y Hunter no puede descartarse de plano, si bien las evidencias no alcanzan para arriesgar un diagnóstico definitivo.

En los primeros veintiocho años de su reinado, no hubo signos suficientes que permitan concluir que Jorge tenía algún tipo de debilidad mental, si bien tenía las características de una personalidad nerviosa. De joven no mostró ninguna debilidad física ni mental importante, pero en 1758, dos años antes de acceder al trono, lord Waldegrave hizo un comentario sobre la neurosis del monarca: había en él “una especie de insatisfacción [...]. Cuando algo lo afecta [...], no habla, se vuelve hosco y se retira a sus aposentos no para recomponer sus pensamientos por medio de la reflexión sino para regodearse en la melancolía de su mal humor. Cuando se le pasa el ataque, algunos síntomas poco auspiciosos suelen volver a manifestarse”.

Después de su coronación, Jorge tuvo unos pocos períodos de mala salud, que algunos historiadores de épocas más recientes no consideraron como antecedentes de su neurosis posterior. En 1762, Horace Walpole le contó a su amigo Horace Mann que “el rey tuvo uno de esos extraños resfríos epidémicos que raramente son fatales; tosía mucho y tenía una opresión en el pecho, que él, igual que yo, trataba de ocultar [...]. Gracias a Dios, ahora está bien, y además hemos salido de una situación confusa por demás [...]. Es que no contamos con ninguna legislación concerniente a la regencia”.

Tres años más tarde, en 1765, enfermó de nuevo. Esta vez los síntomas fueron una tos violenta, fiebre, taquicardia, ronquera, fatiga, insomnio y una picazón molesta en el pecho. Walpole se preguntó si el rey no tendría tuberculosis, y en una carta dirigida a lord Holland se aventuró a arriesgar que no viviría más de un año. “El rey -escribió Walpole en una carta a Mann- ha estado muy grave, con fiebre, tos fuerte y flema. Se le practicaron cuatro sangrías y cuando estuvo mejor, salió a tomar un poco de aire fresco, pero se resfrío otra vez y le han puesto ventosas el viernes”.

No había pasado un mes cuando Jorge contrajo otra enfermedad grave, cuyos síntomas iniciales fueron similares a los de la dolencia padecida en 1762 y 1765: resfrío, fiebre y ronquera. En sus períodos saludables, demostró ser uno de los monarcas británicos más conscientes. Debíó ocuparse de una serie de crisis políticas y personales que por su gravedad podrían haber debilitado a un hombre de constitución menos delicada que la suya. Una de ellas fue la Guerra de los Siete Años; otra, la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos. En la primera venció a Francia y en la segunda sufrió una estrepitosa derrota. Las relaciones con el Parlamento tuvieron sus momentos difíciles, y el problema de tratar de encontrar un primer ministro confiable y competente se resolvió cuando

Jorge nombró al joven William Pitt en 1784. Su esposa, Carlota, era afectuosa con él, pero sus hijos, en especial Jorge, el príncipe de Gales, fueron motivo de preocupación, debido a la vida disipada y extravagante que llevaban. Aunque no hubo causa de tensión ni en lo personal ni en lo político, en 1788 el efecto acumulado de los conflictos de años anteriores se hizo notar.

En los primeros días de junio de ese año, el rey tuvo una complicación hepática con fiebre y fuertes espasmos gástricos e intestinales. En cuanto se sintió mejor, viajó a Cheltenham, una localidad célebre por sus aguas termales, para favorecer la recuperación de su salud. Jorge tenía buen ánimo: disfrutaba en el teatro local con la actuación de Jordan como Roxelana en *El Sultán* y con el Festival de los Tres Coros, celebrado en Worcester. “Ni los niños disfrutaban tanto de sus vacaciones como lo hemos hecho nosotros en nuestra pequeña excursión”, le dijo la reina al príncipe Augusto. Pero un mes después del regreso de la pareja real a Windsor, aparecieron signos que presagiaban el mal futuro de la salud de Jorge. El rey se quejó ante sir George Baker, su médico, de un dolor agudo en la boca del estómago que se irradiaba a la espalda y los costados y le dificultaba la respiración; mencionó además que se le acalambraban las piernas y tenía una erupción en los brazos. Los síntomas desaparecieron antes de que el médico lo examinara. Según Baker, el problema se debió a un enfriamiento causado por usar calcetines húmedos.

El período de buena salud fue breve porque poco después Jorge padeció una enfermedad grave y desconcertante con síntomas físicos y mentales. El rey, observó Baker, tenía los ojos amarillentos, la orina muy oscura y dolor estomacal. Lo peor eran los indicios de la crisis nerviosa que se avecinaba. Le costaba cada vez más concentrarse y tenía ataques de furia repentinos. Parecía otra persona. Baker informó que “en la tarde del 22 de octubre de 1788, fui recibido por Su Majestad de una manera inusual, algo que yo no esperaba. La mirada, el tono de su voz, el porte y los gestos eran los de una persona alterada en extremo por el enojo y la furia”.

Cuando Fanny Burney, una de las damas de honor de la reina, vio a Jorge el sábado 25, su impresión fue la siguiente: “El rey hablaba de una manera tan extraña que parecía que volaba de fiebre. La rapidez con que pronunciaba las palabras, la ronquera de su voz, la locuacidad, el fervor y la vehemencia me dejaron pasmada”. Estaba agitado, ansioso, pero no había perdido su benevolencia. Si bien siempre fue conversador, ahora no paraba de hablar, podía seguir charlando durante horas sin parar. Lord Sheffield escribió: “Ayer habló durante dieciséis horas seguidas y, para distraerlo, lo persuadieron de que se pusiera a escribir, entonces se

dispuso a hacer anotaciones sobre Don Quijote”. Es lógico que la voz se le pusiera ronca. Dormía muy mal, a veces ni siquiera dormía y en una ocasión estuvo despierto setenta y dos horas.

El inicio de lo que en épocas más recientes se denominaría delirio se hizo evidente. Jorge tenía días mejores en los que podía hacerse cargo de algunas de sus obligaciones, pero el deterioro de su salud fue motivo de alarma para su familia y para los ministros. Baker definió el estado del monarca como una alienación que con el tiempo no le permitiría ocuparse de sus deberes. El capitán Payne, auditor de cuentas del príncipe de Gales, anunció que los médicos no creían que viviera mucho tiempo. A fines de noviembre, los médicos pensaron que lo mejor era que se mudara de Windsor, donde al rey le encantaba vivir, y se fuera a Kew, lugar que detestaba. La razón de la mudanza radicaba en que Kew era un sitio más apartado que Windsor y más cercano a Westminster, la sede del gobierno. El rey se mudó de mala gana; la casa era para él como una prisión, fría e incómoda.

Jorge pasó a vivir en un mundo de fantasía, lleno de alucinaciones, aunque a veces se daba cuenta de la situación desesperante en la que estaba sumido. Lord Sheffield advirtió que el rey creía que Londres estaba bajo las aguas y quería ir a la ciudad en su yate. El monarca rendía honores a pajes y sirvientes y escribía cartas descabelladas a potencias extranjeras con motivos inventados. En una ocasión, Greville, su secretario privado, lo vio con una funda en la cabeza, la almohada estaba en la cama, y la llamaba “príncipe Octavio”, porque decía que había nacido ese mismo día. En ocasiones, recurría a un lenguaje obsceno y estaba tan irritable que golpeaba con violencia a los que lo acompañaban.

Además, manifestó una fijación curiosa con la condesa de Pembroke, Isabel Spencer, dama de honor de la reina cuyo marido, a los seis años de casados, en 1762, huyó disfrazado de marino en un paquebote con una tal Kitty Hunter, hija de un noble del Almirantazgo. A partir de esa época, el rey empezó a fantasear con varias damas inferiores a su jerarquía. Creía que estaba casado con lady Pembroke. En una oportunidad, hablando en alemán (otra anomalía característica de su estado) comunicó a su esposa que no le agradaba, que prefería a otra, que ella había estado loca durante treinta años y que estaba decidido, por razones que explicó con bastante poco tino, a no dejarla entrar en su cama hasta 1793. Cuando, el 11 de enero de 1789, la reina le envió de regalo un racimo de uvas, Jorge preguntó qué reina lo había enviado. “¿Ha sido un regalo de la reina Ester?”, preguntó. Dos días más tarde, mientras jugaba a los naipes con uno de sus médicos personales, garabateó sobre una carta:

Oh, adorada Isa [lady Pembroke],  
ama eternamente a tu príncipe,  
quien preferiría morir a no estar contigo.

Jorge decía que ella era su reina de corazones, y cuando le tocaba esa carta, él la besaba. Le comunicó al doctor Willis que había ideado una nueva doctrina de la Trinidad, cuyas manifestaciones eran Dios, el propio Willis e Isabel. Le pidió a Greville que le llevara la *Filosofía* de Paley que estaba en la biblioteca real porque pensaba que allí confirmaría que aunque el hombre podía tener una sola esposa, la naturaleza lo autorizaba a tener más de una. Una vez, mientras daba de comer a la perra de la reina, Badine, le dijo cuánto le agradaba porque ella lo prefería a él en lugar de a la reina, a quien él nunca había querido. “Sea cual fuere la clase de fiebre que padeció Su Majestad -escribió Windham el 26 de noviembre de 1788- ha sido sólo sintomática y de ningún modo la causa de su desorden mental, una locura propiamente dicha cuyos signos han ido incrementándose poco a poco a lo largo de un extenso período”.

Los médicos no tenían en claro cómo tratar la enfermedad del rey. En esa época se sabía que las causas de la locura podían ser orgánicas, cerebrales o psicológicas y que los desórdenes mentales podían deberse a problemas de temperamento, a las tensiones o a factores físicos o a una combinación de ellos. En su tratado de medicina, William Battie explica: “Existen dos clases de causas para el desarrollo de la locura: originaria y ulterior [...]. La primera se debe exclusivamente a un desorden interno de origen nervioso, mientras que a la segunda, [...] que comparte la causa con la primera, [...] se añaden factores extraordinarios”. Se creía que la locura originaria era incurable debido a su naturaleza y que la ulterior, si bien se caracterizaba por la enajenación mental, tenía cura.

Además de vivir en una época en la que no existían los instrumentos clínicos necesarios, los médicos del rey Jorge estaban limitados por las reglas del protocolo, que no les permitía examinar a fondo a su paciente. Las conclusiones a las que llegaron fueron las típicas de la época, como lo demuestra la descripción proporcionada por lord Grenville el 20 de noviembre de 1788:

La causa que todos los médicos coinciden en atribuir es la fuerza de un humor que empezó a manifestarse en las piernas, y la imprudencia del rey hizo que se transmitiera a los intestinos; los medicamentos que debieron administrarle para preservar su vida han provocado que el mal se extendiera al cerebro [...]. Los médicos están



intentando [...] volver a circunscribirlo a las piernas, que es el mejor tratamiento, dada la naturaleza de la enfermedad.

Como parecía que no encontraban la manera de curar a su paciente debido a que la enfermedad se había instalado en el cerebro, los médicos, no sin reparos, accedieron a convocar a un experto en el tratamiento de la demencia, el doctor Francis Willis, a quien sus hijos asistirían en la tarea. Willis fue ordenado sacerdote, estudió primero en Lincoln y luego en el Brasenose College; obtuvo el título de médico en Oxford. Pero todos esos estudios no eran garantía de pericia ni de conocimiento médico acabado. Willis, sin embargo, tenía un interés genuino por la medicina, fue médico clínico del Hospital General de Lincoln antes de abrir su propia clínica en Greatford, cerca de Stamford, en 1776. Allí adquirió una buena reputación. La mayoría de los labradores, trilladores, horticultores y otros trabajadores de la zona acudían a la clínica vestidos con pantalones y calcetines de seda negra y el cabello bien arreglado. Eran los pacientes del médico, que recomendaba la pulcritud y el ejercicio como elementos básicos para tener buena salud, y en cuya prestigiosa clínica se atendía a los enfermos con una combinación de medicina y jovialidad. El doctor Willis había curado a la madre de lady Harcourt, quien lo recomendó a la familia real.

El médico y sus hijos tuvieron mala prensa. El rey conoció a Willis el 5 de diciembre de 1788 y no le cayó en gracia desde el primer momento. “Señor, vuestras ropas y aspecto se asemejan a los de un hombre de la Iglesia, ¿acaso sois clérigo?”, le preguntó Jorge a Willis. “Lo era, pero ya no; ahora me dedico a la medicina”, replicó el médico. “Cuánto lo siento -dijo el rey algo agitado- habéis abandonado una profesión que siempre he admirado y os dedicáis a una que detesto”. Willis le contestó: “Señor, nuestro Salvador se dedicaba a curar a los enfermos”. “Sí, sí -le contestó Jorge con irritación- pero no cobraba setecientas libras al año por eso”. Es cierto que Willis y sus hijos obtuvieron beneficios económicos gracias a la enfermedad del rey. En 1792, el médico recibió la nada desdeñable suma de diez mil libras por el tratamiento de la reina María I de Portugal, cuyo estado mental no mejoró a pesar de la cuantiosa suma.

En cambio, Jorge III quizás haya mejorado gracias a Willis y sus hijos, y no a sus médicos personales. Francis Willis era un hombre formidable, con una mirada penetrante con la que, según se decía, tenía a sus pacientes bajo control. Aplicaba el tratamiento a sus pacientes monárquicos con la misma firmeza que a los enfermos de la clínica. Decidía qué cartas podía leer el rey Jorge y él mismo se encargaba de llevarle los documentos oficiales.

La terapia a la que lo sometió era muy estricta: no faltaron el chaleco de fuerza ni una silla con correas a la que Jorge se refería patéticamente como el trono de coronación. Incluso, a veces, Willis lo ataba a la cama. No obstante, en muchos sentidos, el médico era mucho más hábil que sus contemporáneos en el tratamiento de las enfermedades mentales. Creía en el uso de la disciplina, pero no dejaba de lado la compasión. “Cuando me pidieron que atendiera a Jorge III -explicó tiempo después- la reina desaprobó mi método, pero así como la muerte no distingue la casa del pobre del palacio real, la locura es completamente imparcial con quienes elige como víctimas. Por esa razón, yo tampoco hacía distinciones entre los pacientes a mi cargo: el tratamiento era el mismo para todos. Entonces, cuando mi paciente monárquico se violentaba, mi deber era someterlo a los mismos sistemas de control que habría utilizado con cualquier jardinero del palacio. En pocas palabras, si era necesario ponerle un chaleco de fuerza, se lo ponía”. Por más hostil que fuese Jorge con Willis, el tratamiento funcionó. En una oportunidad, Greville observó que “el doctor Willis fue duro con el rey, lo reprendió con rudeza y sin rodeos, diciéndole que si no se calmaba, le pondría el chaleco de fuerza. Salió de la sala y regresó con uno de esos chalecos, [...] el rey lo miró y, alarmado ante la firmeza del médico, empezó a calmarse. Me impresionó el desempeño de Willis y el lenguaje de autoridad que usó con el monarca”.

No obstante, Willis nunca logró ganarse la confianza del rey, a fin de cuentas era un ser humano que entendía que la demencia no se curaba con métodos violentos ni administrando purgantes. En cuanto el rey estuvo mejor, le dio más libertades; por ejemplo, permitió que él mismo se cortara las uñas y que sostuviera la navaja mientras Papendick lo afeitaba, libertades que los médicos reales no aceptaban, en especial Richard Warren. A pesar del pesimismo de los médicos respecto de la recuperación de Jorge, Willis y sus hijos tenían esperanzas. Cuando el rey volvió a enfermarse en diciembre de 1801, Robert Willis dio un informe a una comisión parlamentaria en el que explicó las razones por las que pensaba que el rey podía recuperarse:

Considero que la enfermedad del rey está más cerca del delirio [...]. En el delirio, la mente se concentra en impresiones pasadas [...]. El soberano presenta además perturbaciones considerables en su disposición general: agitación intensa y falta de sueño y de atención a los objetos que están a su alrededor. En la demencia, no suele haber agitación, y si la hay, es moderada, la mente se obsesiona con una idea fija [...]. En el caso de la enfermedad de nuestro monarca, entonces, yo la catalogaría en un punto intermedio entre la demencia

y el delirio. Y, en términos generales, está más cerca del segundo que de la primera.

En 1788, los médicos se vieron obligados a generar el máximo optimismo posible, porque la enfermedad de Jorge había desatado una crisis política de cierta magnitud. Como el rey era incapaz de asumir las responsabilidades del gobierno, su hijo, el príncipe de Gales, debió hacerse cargo. Como señaló Fanny Burney, “se perdieron las esperanzas, y el príncipe de Gales tomó el gobierno en sus manos”. Ni el príncipe ni su hermano, el duque de York, recibieron ayuda del doctor Warren, que, como apoyaba al partido de los *whigs*, quería aprovechar la situación para favorecer sus intereses. El partido vio en la enfermedad del rey una oportunidad para deshacerse de William Pitt y de los *tories*, que lo apoyaban, y para ganar espacios de poder político.

El príncipe de Gales, cuya extravagancia había generado tensiones en la relación con su padre, expresó su apoyo al partido *whig* y a su dirigente principal, Charles James Fox. Si el rey no podría hacerse cargo del gobierno por un tiempo, muy probablemente por el resto de su vida, sería necesario designar un regente. Para los *whigs*, esa persona era, sin dudas, el príncipe Jorge.

Todo lo que podían hacer Pitt y los *tories*, además de rezar por la salud del rey, era dilatar las cosas y tratar de incluir todas las limitaciones posibles al poder del regente en cuanto el decreto llegara a la Cámara de los Comunes. Los *tories* tenían a su favor la relativa falta de solidez de las bases del partido *whig*. El príncipe de Gales era, en verdad, un aliado dudoso, pero resultaba imposible no incluirlo en los planes porque, si finalmente ejercía la regencia, sería la persona a la que habría que recurrir para obtener favores. Además, el partido *whig* estaba dividido en distintas facciones, y Fox no era un líder confiable.

A pesar de todo, por el momento la situación estaba bajo control. Todos pensaban que el rey no se recuperaría; lord Loughborough, por ejemplo, le aseguró al principal responsable del partido *whig* que no tenía ninguna esperanza de que Jorge sanara por completo en el corto plazo. Por eso, le sugirió a Fox el nombre del príncipe de Gales para ejercer la regencia por legítimo derecho. Aun así, los *whigs* no estaban muy seguros de cuánto poder había que conferirle al príncipe, mientras que para los *tories* la regencia debía tener una duración limitada. La muerte de Cornwall, presidente de la Cámara de los Comunes, ocurrida el 2 de enero de 1789, obligó a acelerar la decisión, porque la designación del nuevo presidente debía ser aprobada por el rey o su representante. El 12 de febrero, el Parlamento aprobó una ley de regencia redactada por Pitt, pero

justo en ese momento el rey mostró signos de mejoría, y pareció que la crisis política estaba llegando a su fin.

Los momentos de lucidez eran cada vez más notorios. El 2 de febrero de 1789, Fanny Burney caminaba por los jardines de Kew cuando vio que el rey se le acercaba, acompañado por dos médicos. “¡Qué miedo tuve cuando oí la voz ronca del rey que gritaba mi nombre! -dejó registrado en su diario-. ¡Cómo corrí! Mis pies casi no tocaban el suelo”. Finalmente, cuando el doctor Willis le pidió que se detuviera, Fanny interrumpió la huida. El rey se le acercó, la saludó con cordialidad y le habló normalmente. “¿Por qué os escapabais?”, preguntó el rey. Después le contó que estaba planeando nuevas designaciones ministeriales.

La recuperación del monarca fue motivo de festejo en toda la nación. Jorge todavía se cansaba mucho, pero el día de San Jorge de 1789 estuvo de pie durante toda la ceremonia religiosa celebrada en la catedral de Saint Paul, que duró tres horas. Le dijo al arzobispo de Canterbury que había leído dos veces el informe médico sobre su caso y que si había soportado eso, estaba preparado para soportar cualquier cosa.

El oficio religioso en la catedral tuvo lugar unos meses antes de la toma de la Bastilla, un acontecimiento que fue el disparador simbólico de una época marcada por revoluciones y guerras internacionales que afectarían la política nacional e internacional de gran parte del mundo. El rey ya estaba en condiciones de manejar la difícil situación en un período de tan intensa agitación política como ese. Estuvo bien durante dos años, hasta que la enfermedad reapareció, probablemente debido al inesperado cambio ministerial de 1801 y a la presentación de un proyecto de ley para eximir a los católicos de los castigos penales que se les impartían, una ley que según Jorge constituía un incumplimiento de su juramento de coronación.

Los antiguos síntomas reaparecieron en febrero de 1801: dolor estomacal, debilidad muscular, ronquera, taquicardia, sudoración, orina de color oscuro, insomnio y delirio. Durante una cabalgata, el rey le contó al general Garth que esa noche no había pegado un ojo y que no se sentía del todo bien. Los médicos pensaron que no era más que un resfriado, pero al poco tiempo se hizo evidente que volverían los síntomas de 1788. Jorge estaba emocionalmente muy inestable: a veces rompía en llanto o se enojaba y siempre estaba nervioso e inquieto. Cuando jugaba a las damas, movía el tablero todo el tiempo sin darse cuenta; al sentarse a la mesa, giraba el mantel porque no podía tener las manos quietas. Había días en que se le ocurría enrollar pañuelos y no paraba hasta no doblar unos cuarenta o cincuenta.

Muy a pesar del rey, volvieron a llamar a los Willis. Thomas Willis se quejaba de que Jorge III tenía un prejuicio contra ellos. Igual que en 1788, esta vez el médico de Greatford y sus hijos fueron optimistas y, en verdad, al poco tiempo el rey se calmó, empezó a dormir mejor y a mantener conversaciones más sensatas. Jorge sabía que había estado enfermo durante mucho tiempo, pero no sabía bien cuánto.

El 14 de marzo de 1801 ya estaba bastante recuperado, incluso pudo recibir a Pitt, y tres días después presidió una reunión de su grupo de asesores.

A pesar de la mejoría, Jorge todavía estaba muy deprimido y, cuando el príncipe de Gales lo vio por primera vez en cuatro semanas, el domingo 19 de abril, el rey no dejaba de decir que le faltaba poco para morir, que quería irse al extranjero y pasarle el gobierno a su hijo. Llevó al príncipe a otra sala, donde permanecería encerrado los últimos años de su vida, y muy apesadumbrado se quejó del tratamiento médico que recibía.

Se suponía que los Willis se irían a finales de marzo, pero la princesa Isabel, preocupada por la salud de su padre, les pidió que se quedaran, lo que provocó la furia del rey. Prácticamente, Willis y sus hijos “secuestraron” a su paciente y lo dejaron encerrado hasta mediados de mayo. Thomas Willis dejó escrito que “sin rodeos, le comunicamos su situación y le hablamos de la necesidad de que estuviese otra vez bajo control. Su Majestad se sentó, se puso pálido [...] y, muy severo, exclamó: ‘Señor, jamás os perdonaré’”.

Así y todo, a principios de junio, el rey se encontraba mejor y ya pudo ir a Weymouth para seguir recuperándose allí. “Los baños de mar -comentó con su amigo, el obispo Hurd de Worcester, el 20 de octubre- me han hecho muy bien, como siempre, y en esta ocasión los he necesitado más que nunca, porque la alta temperatura que me acosó el invierno pasado ha dejado sus secuelas [...]. Ahora ya puedo decir que me siento bien, pero debo cuidarme y evitar la fatiga”.

Tres años más tarde, en febrero de 1804, sufrió un episodio breve, y una vez más los médicos lo atribuyeron a que el rey se había dejado puesta la ropa húmeda y que había tomado frío. Cuando Henry Addington, el primer ministro, sugirió convocar a los Willis, los duques de Kent y Cumberland, hijos de Jorge, rechazaron la idea diciendo que si el rey volvía a verlos, se irritaría tanto que las consecuencias serían irreparables. Entonces llamaron a otro “médico de locos”, Samuel Simmons, que trabajaba en el Hospital St. Luke, una clínica de salud mental. Pero los métodos de Simmons eran similares a los de los Willis y, al igual que ellos, él tampoco le cayó en gracia al rey. El nuevo episodio fue más corto que el anterior, de modo que a fines de marzo se publicó en un boletín, quizás un

poco apresurado, que “Su Majestad ya se encuentra muy recuperado y, en nuestra opinión, en poco tiempo estará completamente sano”.

En realidad, el rey estaba muy irritable. En particular, el “horrible doctor”, como se refería a Simmons, lo sacaba de quicio. Los *whigs* acusaron a Pitt y a los otros ministros de ocultar información sobre el verdadero estado de salud del rey y volvieron a mencionar el tema de la regencia. Pero a finales de julio de 1804, Jorge mejoró a tal punto que se encargó de prorrogar la convocatoria al Parlamento y una vez más se fue a Weymouth. Su médico personal, Francis Milman, creyó que sería mejor que no se bañara en el mar. Las relaciones dentro de la familia real se volvieron bastante tensas. El rey Jorge y la reina Carlota casi no se veían; ella incluso no aceptaba tener relaciones sexuales, lo que hizo que el rey, quizás el más casto de los monarcas de la casa real de Hannover, bromeara acerca de buscarse una amante.

Los ataques dejaron su marca en la salud física y mental del monarca, en especial porque estaba cerca de cumplir setenta años. Sea cual fuese su naturaleza, la enfermedad hizo estragos en el rey, que persistieron después de la aparente recuperación. Se hicieron sentir en Jorge la carga de la responsabilidad y la larga y sangrienta guerra contra Francia, con las significativas consecuencias políticas y económicas que trajo al pueblo británico. El rey empezó a perder la vista y la capacidad de concentración. En 1810, Amelia, su hija preferida, enfermó y murió antes de fin de año.

Poco después de las celebraciones del quincuagésimo aniversario de su coronación, el 25 de octubre de 1810, Jorge volvió a enfermarse. La situación política era sumamente crítica y la probabilidad de recuperación de la salud del rey, muy incierta. Parecía que se repetirían los episodios de 1788 y 1789; tan es así que lord Grenville le comentó a lord Grey en una carta:

El 22 de octubre tuvo un ataque, de modo que el 25° Parlamento se postergó hasta el 20 de noviembre, luego hasta el 23 (...). Cuando tuvieron lugar los episodios de 1801 y 1804, el Parlamento se encontraba sesionando y la situación, de alguna u otra manera, no estuvo tan a la vista, pero en esta oportunidad, como en 1788, no queda otro remedio que dar a conocer lo que sucede.

Dada la avanzada edad del rey, setenta y dos años, la visión disminuida y la salud deteriorada, las probabilidades de una recuperación total eran mínimas. Otro de los médicos personales del monarca, sir Henry Halford, decidió, muy a su pesar, volver a convocar a Simmons, que llegó a

Windsor con cuatro asistentes y pidió ocuparse del rey sin intervención de otros profesionales, solicitud que en principio fue rechazada. El rey tenía actitudes tan violentas que fue necesario volver a usar un chaleco de fuerza. Aun así, tenía momentos más tranquilos en los que tocaba un clavicémbalo que había pertenecido a Händel, pero cada tanto divagaba sin coherencia y volvió a obsesionarse con lady Pembroke, que por entonces era una anciana de setenta y cinco años (que, por cierto, viviría hasta los noventa y tres). El rey se quejaba de que no lo dejaban ir a visitar a lady Pembroke “aunque todos saben que es mi esposa; lo peor de todo es que el sinvergüenza de Halford estuvo presente en la boda y ahora se atreve a negarlo en mi propia cara”. Cinco veces juró sobre la Biblia que sería fiel a su “querida Isa”, que había sido leal durante cuarenta y cinco años. Unos años antes, en septiembre de 1804, lady Bessborough había escrito que “lady Pembroke dice que el rey la persigue con sus cartas de amor y que ella debió pedirle muy seriamente que desistiera. Eso sí, debo reconocer que el rey tiene muy buen gusto: ella es la mujer de setenta años más bella que yo haya visto jamás”. A Jorge se le ocurrió la idea de crear una orden de damas, probablemente algo similar a la Orden de la Jarretera, una iniciativa que para sus contemporáneos era de muy mal gusto.

A esas alturas, era evidente que se precisaba un regente. El primer ministro Spencer Perceval intentó convencer al rey de la necesidad de establecer la regencia diciéndole que él la había aprobado cuando estuvo enfermo en 1789 para garantizar que, cuando se recuperara, todo estuviera en orden. Si bien a Jorge le costaba concentrarse, consideró que la propuesta era sensata. Aconsejado por sir Henry Halford, que le explicó que un cambio en el gobierno podría tener efectos adversos en la salud de su padre, el príncipe de Gales decidió no designar nuevos ministros. Así, en forma gradual, Jorge III dejó de ejercer su mandato.

No hubiese sido mala idea tratar al rey con más consideración, haberle dado los gustos y dejarlo convivir con sus seres queridos, pero como su condición se agravó -al parecer sufría de demencia senil-, lo encerraron y apartaron de su familia. Jorge vivía en un mundo de fantasía y había perdido, como señaló lord Auckland,

todo rastro de capacidad de razonamiento y de memoria, que durante toda su enfermedad habían estado intactas; ahora tiene costumbres de lo más extravagantes. Imagina que ha adquirido el poder de la inmortalidad y que puede hacer revivir de entre los muertos a quien le plazca [...]. En suma, parece que vive en otro mundo y que ha perdido todo interés en este.

El monarca vivió el resto de su vida en ese otro mundo solitario. La regencia se encargó de los asuntos de gobierno de forma permanente. La reina Carlota murió en noviembre de 1818, pero su muerte pasó inadvertida para Jorge, que ya estaba ciego y sordo. Cada tanto, tenía ataques de furia en los que no paraba de hablar; en una ocasión el ataque le duró cerca de sesenta horas, pero, por lo general, su vida era tranquila y su única distracción era el recurso inagotable de su excesiva imaginación. Cuando el duque de York fue a visitar a su padre a fines de noviembre de 1819, observó que se divertía tocando el clavicémbalo y cantando con voz fuerte y clara, pero reconoció que en el último año había desmejorado, que estaba más débil y no se podía esperar que viviera mucho tiempo más. En la Navidad de 1819, tuvo un ataque muy grave, y la noche del 29 de enero de 1820, Jorge III falleció.

¿Es posible sacar alguna conclusión sobre la naturaleza de la enfermedad que padeció antes de caer en las redes de la demencia senil? En esa época, se dieron explicaciones diversas. Hubo quienes llegaron a culpar al agua mineral de Cheltenham, que bebió antes de enfermar en 1788. En el *London Chronicle* se publicó el siguiente comentario sobre la salud del rey: “La reciente enfermedad de Su Majestad tuvo su origen en el agua de Cheltenham”, que según Horace Walpole, “es la más violenta de todas las lociones, incluso más fuerte que la de Madeira y la de Champagne”, capaz de “perturbar el intelecto durante meses”.

Las evidencias son insuficientes para aventurar un diagnóstico, de modo que lo único que podemos hacer es encontrar el equilibrio entre las posibilidades y las probabilidades. Incluso si la causa del problema mental del rey fue orgánica, seguramente hubo elementos psicológicos que hicieron su aporte a la condición general. Bajo la apariencia de un carácter imperturbable, el rey siempre fue una persona nerviosa y tensa. La impresión que dejaron las caricaturas de “Jorge el Granjero” creadas por Gillray contradice el interés del rey por las artes. Jorge era muy sensible y se alteraba con facilidad, aunque no lo demostrara. Es probable que no haya habido una causa puntual que lo llevara al colapso, excepto quizá la angustia que le provocó el tema de la emancipación de los católicos de 1801. Pero lo cierto es que la presión se acumula con el paso de los años y la explosión llega cuando menos se la espera. En 1788, no hubo un único suceso que explicara la enfermedad grave que padeció ese año; en cambio, las dos décadas siguientes estuvieron cargadas de tensiones políticas, de las cuales una de las más graves fue la Guerra de Independencia de los Estados Unidos. Como ya hemos mencionado, existe una relación intangible e indescifrable entre la enfermedad física y la mental, de modo



que no sería del todo inadecuado proponer que en la condición de Jorge hubo fisuras psicológicas profundas.

En los últimos tiempos, se ha propuesto que el rey era maniaco depresivo, y algunas de sus actitudes pueden asociarse con la esquizofrenia. En 1967, tras una exhaustiva investigación, Ida Macalpine y su hijo Richard Hunter pusieron en duda las ideas previas sobre la enfermedad de Jorge III. Según los autores, cuyo trabajo se publicó por primera vez en el *British Medical Journal*, el rey sufría un desorden metabólico poco común: porfiria aguda intermitente. Más adelante, Macalpine y Hunter publicaron su libro *George III and the Mad Business (Jorge III y la locura)*, donde cambiaron su diagnóstico por uno menos auspicioso: porfiria variegada.<sup>1</sup>

La porfiria es una enfermedad poco frecuente. Es endémica en una comunidad de Sudáfrica donde aparentemente fue introducida en 1688 por un holandés que la transmitió a unos ocho mil descendientes, y prevalece en cierta medida en Suecia. Es probable que sus síntomas hayan cambiado con el tiempo, algo que ocurre en otras enfermedades. Entre esos síntomas se destacan: fiebre, ronquera, dolor abdominal, taquicardia, inapetencia, cansancio muscular, insomnio y, en especial, cambio en la coloración de la orina, que luego de la micción se torna rojiza o parduzca. El libro de Macalpine y Hunter abrió un debate en el que expertos en porfiria señalaron que en el pasado la enfermedad era relativamente inocua; provocaba sensibilidad en la piel pero no afectaba la mente de los pacientes de manera significativa. Los cambios negativos que fueron presentándose con el tiempo probablemente se deban a las drogas administradas a los enfermos, en especial a las sulfonamidas, que podrían haber intensificado los síntomas y generado otros más peligrosos, tales como estupor, alucinaciones, brotes maniacos y parálisis en las extremidades. Uno de los expertos estuvo de acuerdo en que los trastornos mentales que sufrió Jorge III pudieron deberse a que el rey padecía porfiria variegada; otros, en cambio, no aceptaron la idea de que la insania del rey fuese una característica de la enfermedad en tiempos pasados.

Para justificar sus argumentos, Macalpine y Hunter consultaron una enorme cantidad de documentos históricos, de los que tomaron evidencias sobre el inicio de la porfiria en María de Escocia y la posterior transmisión a su descendencia. Basándose en los informes detallados de sir Theodore de Mayerne, médico de Jacobo I, los autores concluyeron que el monarca también tuvo porfiria, igual que su madre. Luego siguieron el rastro de la

---

<sup>1</sup> Se ha sugerido recientemente que los síntomas de la enfermedad de Jorge III podrían ser consecuencia de envenenamiento por plomo (saturnismo).

enfermedad y el deceso de algunos descendientes del rey Jacobo: su hijo Enrique, príncipe de Gales, fallecido en 1612; la hermana de Carlos II, Enriqueta, duquesa de Orleans, muerta en 1670 a los veintiséis años, y de María Luisa, primera esposa de Carlos II de España. La última representante de la dinastía Estuardo, la reina Ana, también tuvo porfiria; en cambio, Guillermo, duque de Gloucester, y único hijo que logró vivir algunos años, murió de viruela. La porfiria pasó de la hija de Jacobo I, Isabel de Bohemia, conocida como “la reina de un invierno”, a su hija Sofía, casada con el elector de Hannover. Luego se saltó los dos primeros reyes de Hannover y pasó a Jorge III, bisnieto de Isabel, y a la hermana del rey, Carolina Matilde, reina de Dinamarca. A través de la hija de Sofía, Sofía Carlota, reina de Prusia, o de la hija de Jorge I y esposa de Federico Guillermo I de Prusia, Sofía Dorotea, la porfiria pasó al hijo de Federico Guillermo, Federico II el Grande de Prusia.

La carga genética se transmitió de Jorge III a cuatro de sus hijos: Jorge IV (que a su vez probablemente la haya pasado a la princesa Carlota, que murió a los veintiún años, en 1817, al dar a luz); a Federico, duque de York; a Augusto, duque de Sussex; y a Eduardo, duque de Kent y padre de la reina Victoria. Es probable que Victoria haya sido portadora de hemofilia, pero no parece haber transmitido la porfiria a casi ninguno de sus hijos; quizá sólo a uno de ellos, pues, según Macalpine y Hunter, dos miembros de la familia real de la Casa de Hannover que vivieron durante el reinado de Victoria la padecían. Los autores no dan nombres ni detalles, pero está claro que se refieren a las princesas de Alemania y a un tío de la reina Isabel II.

En principio, es difícil refutar unas conclusiones basadas en el análisis de una gran cantidad de documentos históricos, pero quedan algunas dudas planteadas por ciertos expertos en porfiria. Ellos no están de acuerdo con la idea presentada por Macalpine y Hunter de que, en el pasado, los pacientes manifestaban signos de demencia ni con que tuviesen problemas intestinales. En Jorge III, los cuadros diarreicos frecuentes y la coloración atípica de la orina podían ser consecuencia del exceso de purgantes que le suministraban como parte del tratamiento. Los autores del libro consideran que el cambio de color de la orina es la prueba más contundente para proponer que el rey padecía porfiria. También señalan que la orina de Jacobo I tenía el color del vino de Alicante o del oporto, pero en sí eso no es prueba suficiente de que Jorge III padeciera porfiria variegada, ya que el cambio de color puede derivar de otros trastornos médicos, por ejemplo, las nefropatías o los cálculos renales, que el rey también tuvo. Tampoco se sabe si el color ya era oscuro cuando el rey orinaba o si, como se da en los pacientes con porfiria, cambiaba de

color después de unas horas. Todos estos datos no son suficientes para refutar los argumentos que permiten afirmar que Jorge III sufría de porfiria, pero indican que aceptar esa afirmación sin más sería arriesgado.

La evidencia de la transmisión de la enfermedad entre los descendientes de María de Escocia presentada por los autores es aún más criticable porque no puede asegurarse que la reina y su hijo, Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra, la hayan padecido. Si bien es cierto que muchos de los síntomas observados en Jacobo I podían corresponder a un desorden metabólico, él bien podía haber tenido una enfermedad renal, que también se manifiesta con orina rojiza por hematuria, agravada por la artritis progresiva, como ha sugerido el doctor Mayerne. Es muy aventurado asegurar que la muerte de la hermana de Jorge III, Carolina Matilde de Dinamarca, haya tenido que ver con la porfiria, y lo mismo puede decirse de la muerte de otros miembros de la familia real.

Por otra parte, si la porfiria era en efecto la enfermedad hereditaria que sufría Jorge III, llama la atención que se haya manifestado en ocasiones aisladas a lo largo de trece generaciones. De haber sido ese el trastorno del rey, las casas reales con las que se cruzaron sus descendientes deberían haber tenido mayor frecuencia de expresión del gen porfírico, tal como se observa en el caso de Sudáfrica. La probabilidad de que un gen dominante sobreviva durante tantos siglos sin mutar es mínima. Además, si Jorge III padeció la porfiria aguda variegada, su caso debió haber sido de una gravedad atípica, porque otros casos citados por Macalpine y Hunter de miembros de familias reales no presentan muestras de una agonía mental similar a la de este monarca.

Es complicado avanzar en la discusión, pues se sabe que los síntomas de la porfiria pueden parecerse a los de otros males. No obstante, la tesis de Macalpine y Hunter, si bien es débil en algunos aspectos, no puede descartarse de plano. Tampoco se puede negar que, al menos en parte, la enfermedad de Jorge se haya originado en trastornos psicológicos, ni que el rey haya sido esquizofrénico o maniaco depresivo.

Salvo para los historiadores de la medicina, la naturaleza exacta de la enfermedad de Jorge III no tiene mayor importancia, porque las consecuencias que trajo hubiesen sido las mismas tanto si fue una porfiria variegada como si se trató de un trastorno bipolar de la personalidad. La conducta violenta del rey, su verbosidad y sus alucinaciones son prueba de que no era del todo normal. Durante los períodos en que estuvo enfermo, su incapacidad era tal que no pudo gobernar e incluso hubo que tenerlo bajo control estricto.

En un aspecto, la naturaleza de la enfermedad de Jorge III tuvo influencia en la manera en que los historiadores han interpretado su

reinado. Si fue víctima de un trastorno nervioso y mental que de tanto en tanto le originaba brotes de locura, ese desorden debió haberlo inhabilitado para tomar decisiones políticas durante toda su vida. Si, en cambio, sólo tuvo episodios aislados de porfiria, fuera de esos momentos específicos su razonamiento no debió verse afectado. Algunos historiadores han atribuido al trastorno nervioso del rey sus intentos por recuperar los poderes que la corona había perdido, el trato que daba a los ministros que no eran de su agrado, como Grenville y Chatham, e incluso su responsabilidad en el estallido de la Guerra de Independencia de los Estados Unidos, por su duración y su desastroso final. No obstante, hoy en día ya no se da crédito a ese tipo de interpretaciones, no porque Jorge no haya tenido algún tipo de insania, sino porque los historiadores tenían ideas erróneas sobre sus políticas de gobierno.

Por cierto, y tal como ha propuesto John Brook, biógrafo de Jorge III, deberíamos liberarlo de la imagen de rey loco que lo ha acompañado durante tantos años. Durante la mayor parte de su reinado, Jorge fue un gobernante sensato y responsable. De todos modos, no se puede negar que, por causa orgánica o psicológica, durante algunos períodos el monarca estuvo loco y no pudo gobernar. Si no se hubiese recuperado de los graves ataques de 1789, el príncipe de Gales habría sido regente y el gobierno *tory* de William Pitt habría sido reemplazado por uno *whig*, probablemente liderado por Charles James Fox. Es imposible saber cuáles habrían sido las consecuencias de esa hipotética situación política en una Europa acosada por la revolución y la guerra, pero podría haber tenido derivaciones significativas en Inglaterra. En concreto, nada de eso ocurrió, y si bien los últimos ataques trajeron momentos de angustia a los ministros del rey, no tuvieron mayor importancia. En definitiva, más que una tragedia pública, la locura del rey Jorge III fue una desgracia personal.

## Farsa danesa

En el mismo momento histórico, dos monarcas, Jorge III de Inglaterra y Cristián VII de Dinamarca, quien estaba casado con Carolina Matilde, hermana de Jorge, fueron víctimas de la demencia. Los ataques de locura del inglés, aunque graves, fueron esporádicos; pero Cristián, con algunos períodos de lucidez, fue un demente durante la mayor parte de su reinado. Siempre que aceptemos la teoría de Macalpine y Hunter, la esposa de Cristián, la reina Carolina Matilde, tenía porfiria como su hermano, y murió joven a causa de esa enfermedad.

La dinastía danesa y la Casa de Hannover temen vínculos de parentesco cercano porque la madre de Cristián, Luisa, era hija de Jorge II. Cuando Cristián visitó Inglaterra en 1768, el comentario general fue que el danés tenía rasgos muy parecidos a los de la familia real británica, en particular a los del príncipe Federico Guillermo, el hermano menor de Jorge III, que murió en 1765, cuando tenía quince años. Horace Walpole comentó que el rey de Dinamarca caminaba igual que Jorge II. La princesa de Hesse afirmó que le recordaba más que ningún otro al padre del rey, Federico, príncipe de Gales, aunque con el cabello más abultado. Si dejamos de lado los factores genéticos, aquí termina el parecido, excepto en lo referente a la política, pues mientras que la locura de Jorge III dio origen a una crisis política, la de su cuñado fue además la causa de una conmovedora tragedia personal.

El gobierno danés, a diferencia del de Gran Bretaña, no era una monarquía constitucional sino una autocracia, tal como establecía la *lex regia* de 1665. Por ese motivo, la personalidad del monarca tenía una incidencia fundamental en los asuntos de gobierno, prueba de ello es el reinado de Cristián VI, abuelo de Cristián VII, un hombre bienintencionado pero de pocas luces en quien su esposa, la decidida pieta Sofía Magdalena, tuvo gran influencia. Cristián VI trató de imponer a su pueblo una política dura basada en la ortodoxia puritana: clausuró los teatros y aplicó un régimen sabatario estricto. Federico V, hijo de Cristián VI, un hombre

fornido de cutis rojizo y nariz oscura y llena de marcas, accedió al trono en 1746. De inmediato, dejó sin efecto las medidas inflexibles de su padre, y guiada por él y su encantadora esposa inglesa, Luisa, la corte dejó de lado la antigua actitud taciturna y adoptó costumbres más alegres y coloridas. El segundo heredero de Federico y Luisa, el futuro Cristián VII, nació el 29 de enero de 1749. Dos años más tarde, Luisa falleció, lo que causó gran pena a su marido. Aunque Federico se casó de nuevo seis meses más tarde, esta vez con Juliana María de Brunswick, poco a poco fue dándose a la bebida y así descuidó los asuntos de Estado y su vida personal. Era afectuoso por naturaleza y siempre se preocupó por el bienestar de su pueblo, pero su salud física se deterioró y, antes de morir, perdió el juicio.

Cristián se crió en medio de ese ambiente sombrío, que seguramente tuvo alguna influencia en el desarrollo de los rasgos esquizoides de su personalidad. Su madre murió cuando él tenía dos años, y nunca tuvo una relación muy cercana con su madrastra. Según algunos, la reina Juliana María era fría y calculadora; otros la veían como una mujer callada y devota, pero todos coincidían en que el único depositario de su afecto era su hijo, Federico, medio hermano de Cristián, un príncipe débil y deforme para quien ella tenía pensado un destino ambicioso. Está claro que la infancia de Cristián no fue feliz. Falto de cariño, quedó a cargo de sus tutores, cuyo jefe, Ditlev Reventlow, era un bravucón que se complacía aterrorizándolo. A veces, Reventlow le pegaba hasta que quedaba tirado en el suelo. Se refería a él como “muñeco”: “Vamos a mostrar al muñeco”, decía, serio, mientras lo tomaba de la mano y lo llevaba donde estaba reunida la corte. Asistía a Reventlow en su tarea un adusto pastor luterano, Georg Nielsen. En medio de la humillación y la violencia física, el príncipe tenía la impresión de vivir en una cárcel y no en un palacio real.

La situación mejoró en 1760 con la llegada de otro tutor, un suizo originario de la zona de Vaudois, Elie-Salomon François Reverdil, profesor de matemática de veintiocho años que había llegado a Copenhague dos años antes. Reverdil era un hombre prudente y compasivo que trató de instruir a su alumno en los principios de la ética y la filosofía. Pero la tarea no fue fácil, porque si bien el príncipe tenía facilidad para aprender otras lenguas -además de danés, hablaba francés y alemán-, no era demasiado inteligente y le costaba estudiar, de modo que era poco probable que se convirtiera en un gobernante debidamente instruido. Años más tarde, Reverdil, quien falleció en Ginebra en 1808, el mismo año que su ex alumno, escribió sus memorias, que constituyen una de las principales fuentes de información sobre el joven príncipe danés.

Es justo decir que las opiniones de Reverdil pueden estar teñidas de su conocimiento de los acontecimientos posteriores en la vida de Cristián,

pero aun así, lo que el autor relata en sus memorias deja entrever que ya desde niño el futuro rey mostraba algunos indicios de demencia. Reverdil dice haberse convertido en el más triste de los empleados, en el cuidador de un loco. Según cuenta, el niño era demasiado inseguro, creía que no estaba preparado para ser rey. El miedo fue un rasgo de la personalidad de Cristián durante toda su vida; de adulto, se dejaba presionar por todos los que le parecían más fuertes. Siempre se preocupó por la fortaleza física, porque en realidad era un alfeñique, de baja estatura y muy delgado, así que intentó compensar sus defectos desplegando una imagen muy viril. El físico diminuto puede haber sido un componente significativo en el desarrollo de su personalidad, dado que pretendía que sus actos coincidieran con la imagen idealizada que había inventado para sí. Decía que quería tener un cuerpo perfecto, y a cada rato se miraba en un espejo para comprobar que así fuera. Según el psicólogo William H. Sheldon, “los hombres cuyo temperamento difiere en gran medida de lo que su físico sugiere son proclives a padecer trastornos psicológicos, pues están en conflicto con su propia estructura emocional”.

Para llamar la atención, Cristián hacía las típicas bromas de estudiantes. Se pintaba la cara de negro y se escondía debajo de la mesa a la que estaba sentada su tía, la princesa Carlota Amalia, a quien asustaba saliendo de su escondite a los alaridos. Echaba azúcar en la cabeza de su abuela, la reina Sofía Magdalena, una mujer muy formal. Una vez, un pastor luterano que se retiraba del palacio, sintió que algo le golpeaba la cabeza: el príncipe le había arrojado un pedazo de pan.

Pasó el tiempo y Cristián reemplazó a sus tutores por la compañía más indulgente de su secretario privado, Sperling, que antes había sido su paje, y de Kirchoff, su valet, quienes le hicieron conocer los placeres más sensuales de la adolescencia. Reverdil, escrupuloso, comentó: “No presentaré aquí las faltas que Sperling lo alentaba a cometer”, pero aclaró que fue por ellas que el rey se volvió loco. En 1906, el psiquiatra danés V. Christiansen publicó un estudio sobre la insania de Cristián en el que afirma, aunque hoy en día nos resulte hilarante, que perdió el juicio por un exceso de actividad masturbatoria. El príncipe daba rienda suelta a su agresividad saliendo de noche a recorrer Copenhague con un palo con púas de hierro del que se había apoderado a modo de trofeo durante una pelea en las oscuras calles de la ciudad.

Cuando el joven tenía dieciséis años, se iniciaron las conversaciones para concertar su matrimonio. La elegida fue su prima Carolina Matilde, una adolescente tres años menor que él, hermana de Jorge III. En la perturbada atmósfera diplomática de una Europa de cuyo cielo aún no había desaparecido la sombra de la intensa rivalidad surgida en la época

de la Guerra de los Siete Años, los británicos consideraban que el enlace de Carolina Matilde con el príncipe danés podía favorecer a Gran Bretaña, ya que constituiría un freno a la influencia francesa y una reafirmación del poder británico en el norte de Alemania y el Báltico. El enviado inglés a Dinamarca, Titley, informó con entusiasmo que Cristián era muy amable, estudioso de las ciencias naturales y la teología y que su aspecto era el de un joven varonil, elegante y distinguido. Se impresionó por el parecido de Cristián con el rey inglés cuando era joven. El compromiso se anunció ante el Parlamento británico el 10 de enero de 1765 con la idea de que la boda se concretara dos años más tarde, pero la muerte inesperada de Federico V en 1766 y el acceso del príncipe al trono obligaron a cambiar los planes.

Carolina Matilde fue la hija póstuma de Federico, príncipe de Gales, pues nació cuatro meses después de muerto este, y fue criada por la princesa Augusta, su viuda. Carolina era cándida y atractiva, parecía una muñeca de porcelana. El marido, de ojos celestes y cabello rubio, igual que ella, era bastante apuesto. A primera vista, hacían una buena pareja.

Cuando se enteró de que la boda se adelantaría, la princesa se entristeció, porque, según la costumbre danesa, no se le permitiría llevar consigo damas de honor inglesas, así que el viaje sería una especie de exilio. Según los planes, la ceremonia tendría lugar el 2 de octubre de 1766 a las siete de la tarde en un salón del palacio de Saint James, con el duque de York como apoderado del novio. Sin embargo, eran las ocho de la noche y nada había sucedido aún, dado que la futura reina no se sentía bien y debió quedarse un buen rato en sus aposentos. Carolina Matilde derramó un río de lágrimas amargas cuando dejó su país.

Al llegar a Copenhague, la recibieron con grandes muestras de cariño, y los enviados ingleses a esa ciudad se deshicieron en elogios a los recién casados. Titley comentó que Cristián estaba radiante y Cosby alabó la dignidad con que el rey expresaba sus sentimientos. En realidad, Cristián se cansó de su esposa con una rapidez sorprendente. Según palabras del príncipe Carlos de Hesse, Cristián dijo que la princesa era muy bonita, pero como él cambiaba de parecer con mucha facilidad, cuando se celebró la boda, a los cinco días de llegada la mujer a Dinamarca, ya no estaba de humor. Ogier, el embajador francés, informó a su gobierno que la princesa no llegó al corazón del rey y que no lo habría logrado aunque hubiese sido más amigable. “¿Cómo puede una mujer agradar a un hombre que cree seriamente en que no es de buen gusto que un marido ame a su esposa?”, se preguntó Ogier. Aunque no sintiera nada por ella, Cristián cumplió con sus deberes de marido, de modo que en agosto de 1767 Carolina Matilde estaba embarazada, para gran alegría del pueblo danés. El futuro Federico



VI nació el 28 de enero de 1768. En esa época, el rey ya estaba en los primeros estadios de una esquizofrenia incipiente.

Empujado hacia una posición de poder absoluto tras la muerte de su padre y con la imagen presente de las humillaciones que había sufrido de niño, Cristián estaba decidido a manejar él mismo los asuntos del Estado. El nuevo monarca retuvo al conde Bernstorff, pero descartó al resto de los ministros de su padre; por ejemplo, reemplazó al conde Moltke por el conde Danneskjold. Al poco tiempo de asumir como monarca, no daba la impresión de estar a la altura de sus responsabilidades.

De hecho, el interés del rey en los asuntos de gobierno era bastante acotado. Ya sin tutores, a Cristián lo único que le interesaba era dedicarse a actividades menos formales: la seducción y el sexo. El joven Conrad Holcke, un monigote, según Walpole, fue la persona adecuada para acompañar al rey en sus empresas placenteras, ya que estaba siempre listo para consentirle los caprichos. Holcke fue en realidad el genio maldito que dominó los primeros años del reinado de Cristián. Él le presentó a Anna Catherine Benthagen, o Sløvet Katrine, más sensual que su recatada esposa inglesa.

Sløvet Katrine se convirtió en la amante del rey, lo acompañaba al teatro y ocupaba el palco real. Cuando Reverdil reprendió al joven por su conducta, éste lo mandó de regreso a Suiza. La mujer se vestía de oficial de la armada para ir de parranda con su amante. En noviembre de 1767, en un baile de máscaras en el palacio Christianborg, todo el mundo comentó que el rey bailó con una sola persona durante toda la noche. Cristián le hacía miles de regalos y le otorgó el título de baronesa.

Holcke lo asistía y secundaba en actividades *non sanctas*. Cristián tenía tendencias sadomasoquistas, un indicio de su enfermedad mental progresiva. Le fascinaban las ejecuciones públicas; una vez fue de incógnito en compañía de Sperling a observar la ejecución de un sajón, Moerl, a quien habían condenado por robo. A veces creía que era la reencarnación de Moerl; otras veces participaba en parodias de ejecuciones para las que se había hecho construir un potro de tortura en el que se ubicaba para que Holcke lo azotara.

La extraña conducta del monarca y su caprichosa fascinación con Katrine lo llevaron a distanciarse de su esposa, quien, por su parte, se acercó cada vez más a madame von Plessen, una de sus damas de honor. Von Plessen era muy sarcástica, se refería a Cristián como “el sultán” y tuvo la valentía de decirle al secretario real que el trato que Carolina Matilde recibía del marido era inaceptable para una dama de su rango. Cristián, convencido de que madame von Plessen había erigido un muro entre él y su esposa, la echó. La decisión del rey provocó en la reina una

tristeza enorme por tener que dejar de frecuentar a una de las pocas personas de la corte en quien confiaba.

En sólo dos años, el rey perdió el apoyo popular de que gozaba al asumir. Los daneses estaban furiosos por los desmanes durante sus salidas nocturnas. En una oportunidad en que salió en compañía de Sløvet Katrine, provocó destrozos en un burdel. Los consejeros reales le sugirieron separarse de la amante porque corría el riesgo de provocar una rebelión. Cristián, que en el fondo era un cobarde y que no dudaba en deshacerse de sus allegados si estos constituían una amenaza, envió a su amante a Hamburgo, donde más adelante fue arrestada.

La mala relación matrimonial y la falta de popularidad determinaron a Cristián a emprender un viaje por Europa. Iría a Inglaterra, pero no se le ocurrió invitar a su esposa para que lo acompañara. Jorge III había oído los rumores sobre la conducta de su cuñado danés, de modo que la visita no le generó el menor entusiasmo. El enviado inglés Gunning afirmó que el rey Cristián estaba haciendo todo lo contrario a lo que había prometido y que, si bien podría surgir algún resultado favorable del viaje planeado, eso era dudoso.

Así fue como el rey danés, acompañado por una delegación de cincuenta y cuatro miembros, entre los que se contaban el conde Holcke y el jefe de gabinete, Bernstorff, partieron rumbo a Inglaterra en mayo de 1768. Curiosamente, Cristián viajaba de incógnito, haciéndose pasar por el conde de Travendal. El 6 de junio, el médico Johann Friedrich Struensee se unió a la delegación, que se encontraba en Hamburgo. Alto, de espalda ancha y sumamente inteligente, Struensee era poco convencional, escéptico y liberal, aunque algo egocéntrico. Estaba acostumbrado a leer en la cama a la luz de dos velas que apoyaba en las manos de un esqueleto. El encuentro entre el rey y el médico fue tan ominoso para este como para el futuro de Dinamarca.

Los miembros de la delegación llegaron a Calais y se embarcaron en el buque inglés *Mary*, provisto por Jorge III para el cruce del canal, pero al llegar a Dover el 9 de agosto de 1768, nadie estaba esperándolos, de modo que ellos mismos debieron ocuparse de alquilar carruajes para el traslado. Cristián no estaba de buen humor cuando las autoridades municipales y eclesiásticas lo recibieron en Canterbury, pues le disgustaban las ceremonias formales. En esa ocasión le recordó a Bernstorff que la última vez que un rey danés estuvo en Canterbury dejó la ciudad en ruinas y masacró a sus habitantes.

Jorge III no estaba esperando a Cristián cuando este llegó al palacio de Saint James, cuyos apartamentos, por otra parte, no fueron del agrado de los cortesanos daneses. Jorge, que se había ido a Richmond, fue al

encuentro de su cuñado días después de su llegada, pero la reunión no duró más de veinte minutos y, aunque el monarca inglés desembolsó 84 libras por día para el alojamiento del danés, no le ofreció más agasajo que una cena familiar, un baile y una reunión de despedida en el pabellón de caza de Richmond.

A falta de una bienvenida más cálida por parte de Jorge, la ofrecida por la aristocracia y el pueblo inglés fue muy entusiasta. La princesa Amelia dio una fiesta en Gunnersbury a la que asistieron más de cien invitados que, en la cálida noche de verano, salieron a la terraza a disfrutar un magnífico espectáculo de fuegos artificiales y luego pasaron al interior para la cena y el baile, en el que los protagonistas fueron Cristián y la duquesa de Manchester. Él tenía puesto un espléndido traje de seda bordado con hilos de plata, y si bien no se destacó por su destreza como bailarín, sí lo hizo por su sociabilidad. Sin embargo, no todos lo estimaban: lady Talbot lo apodó “el bribón del Norte”.

Los días posteriores a la fiesta, Cristián estuvo algo indispuerto debido a que había comido mucha fruta, según creyó lady Mary Coke, por lo que debió rechazar la invitación a una cena con el embajador imperial; no obstante, pálido y ataviado con exquisitas ropas de seda azul y blanca, fue a la residencia del diplomático aunque sólo a conversar con las damas. La serie de fiestas y bailes de máscaras siguieron en los días posteriores.

Era asombroso el entusiasmo del pueblo con el monarca danés, en verdad entendible si se tiene en cuenta que Cristián dejaba propinas nada desdeñables financiadas por el Tesoro de su país. El rey disfrutaba de la popularidad de que gozaba y organizó una comida pública en el salón de banquetes del palacio Saint James. Mientras se vestía para la ocasión dejó la ventana abierta para que los transeúntes pudieran observarlo.

En principio, el viaje a Inglaterra tenía objetivos educativos, por lo cual se concertaron visitas a distintas ciudades. Cristián comprobó su popularidad a lo ancho y a lo largo de Inglaterra; en las ilustres universidades de Oxford y Cambridge, por ejemplo, lo honraron con doctorados *honoris causa*.

La opinión generalizada era que el rey, a pesar de su juventud, sabía conducirse con decoro, aunque, claro está, no todas las opiniones fueron favorables. Lady Mary Coke desaprobó las maneras de Cristián cuando él asistió a la ópera a ver *La Buona Figliola*, porque se apoyó con los codos en la baranda del palco e inclinó demasiado la cabeza, y se quedó sólo para el primer acto. Además, según Mary Coke, “se hurgó varias veces la nariz, un gesto nada elegante e impropio de un rey, y también se lo vio bostezar”. Walpole, molesto, le comentó a sir Horace Mann que cuando fue al teatro a ver la comedia *La mujer provocada*, Cristián aplaudió todos los

parlamentos que expresaban opiniones contrarias al matrimonio, actitud un tanto desacertada en vista de que su esposa era inglesa.

Con todo, hubo un costado más sórdido en la visita. Cuando se hacía de noche, Cristián y sus amigos salían a escondidas del palacio de Saint James vestidos de marineros y se dedicaban a explorar los barrios bajos de la ciudad. Según comentarios de Walpole, quien, como ya hemos visto, era afecto a divulgar chismes, “el rey es muy apasionado, pero sus encuentros amorosos son breves, tanto que no da tiempo a las damas a negociar el precio del servicio, que, por otro lado, se ven obligadas a terminar en menos que canta un gallo”. En una oportunidad, llevó a una actriz, o mejor dicho “una desnudista”, a pasar unos días al palacio. El rey y sus acompañantes se comportaron como vándalos en Saint James, donde dañaron los muebles y otros objetos decorativos.

Desde la perspectiva de Cristián, claro está, la visita fue todo un éxito. La despedida fue magnífica. Escoltados por funcionarios locales, los daneses navegaron por el Támesis en la barca oficial desde Westminster hasta la Iglesia de los Templarios. Como durante su visita el rey había repartido innumerables regalos entre ricos y pobres, al irse de Londres el 12 de octubre una multitud salió a las calles y fue detrás de su carruaje hasta las afueras de la ciudad dándole gracias y bendiciones. Los gritos de la multitud reverberaron como un eco en sus oídos durante los años que siguieron, poco interesantes, por cierto.

Cristián y su comitiva no retornaron directamente a Dinamarca. De Inglaterra pasaron a Francia, donde el rey también fue recibido con enorme alegría. Se celebraron numerosas fiestas en su honor. Fue agasajado por la Academia de Ciencias y la Academia Francesa, donde Abbé Voisenon recitó un poema dedicado a él. En este viaje se revelaron algunos aspectos desconcertantes de la personalidad del monarca danés. Luis XV, experto en materia de placeres sensuales, le envió un grupo de actrices para que lo acompañaran, pero Cristián se mostró indiferente y hasta hostil con ellas, probablemente porque, según se dijo, había contraído alguna enfermedad venérea. También se rumoreaba algo más preocupante: en muchos de sus discursos el rey divagaba o era incoherente. Detrás de la fachada se vislumbraban los resquebrajamientos de su salud mental.

Cuando regresó a Dinamarca en enero de 1769, fue recibido por su esposa en Roskilde. Durante un tiempo, la pareja tuvo una relación más armoniosa que antes. Carolina Matilde solía vestirse con ropas de montar masculinas que consistían en una chaqueta roja y pantalones de gamuza. Si bien a los más tradicionalistas el atuendo les parecía inadecuado, al rey le agradaba. Según Reverdil, a Cristián le gustaba todo lo que fuese en

contra de la estricta etiqueta de la corte, de modo que para él la forma de vestir de la reina era inmejorable aunque los demás la criticaran.

En octubre, Carolina enfermó. Según algunos, el problema era que tenía retención de líquidos; según los menos benévolos, su marido le había contagiado una enfermedad venérea. Pero lo más probable es que haya sufrido un colapso nervioso, al que la conducta de Cristián contribuyó en cierta medida. En un informe escrito el 4 de noviembre, Gunning relató que la reina presentaba

síntomas poco auspiciosos [...] sí bien no parecen revestir un peligro inmediato, la condición de la reina de Dinamarca es preocupante y es necesario considerar que pueda empeorar, por lo que el rey debería ocuparse de cuidar a su esposa para que todo tenga un final feliz.

Aunque no fue fácil convencerla, la reina aceptó que Struensee, que en ese entonces se desempeñaba como médico real, la examinara. Ella se resistía a consultarlo porque estaba segura de que el médico le había presentado una nueva amante a su marido, madame Birsette von Gabel, una joven que murió poco después, en agosto de 1769, al dar a luz a un niño muerto. Finalmente, Struensee no sólo curó a la reina sino que la ayudó a recuperar la confianza y el interés por la vida. Además aplicó al príncipe Federico un tratamiento poco convencional contra la viruela que, aunque muy criticado por clérigos y médicos, resultó eficaz. Unos diez años mayor que la reina, Struensee ejerció una poderosa fascinación en ella y se hicieron íntimos amigos.

Este médico era una persona muy contradictoria, un racionalista ilustrado con ambiciones políticas. Con el tiempo, llegó a dominar al rey, cuyos rasgos esquizoides y su carácter influenciado se hicieron cada vez más evidentes. “El rey -le dijo Struensee a Carolina Matilde- necesita que alguien lo guíe. En mi opinión, lo más conveniente es que lo haga usted”. Al principio, parecía que él dominaba por completo a Cristián. Por su consejo, el rey destituyó a sus consejeros y designó al médico como jefe de un gabinete secreto y a Enevold Brandt como su asistente. Struensee promovió la promulgación de una gran cantidad de leyes reformistas con las que la nación cambió radicalmente. Abolió la censura periodística y asestó un duro golpe a los intereses personales que dominaban la administración pública, la Iglesia y el Tesoro. Aplicó medidas para reducir los gastos de la corte y eliminó unos cincuenta feriados religiosos. Era de esperar que se generara una reacción hostil contra un ministro como él, que hacía ostentación de sus nuevos poderes y cuyos criados lucían uniformes magníficos en colores blanco y escarlata.

La validez de la política visionaria pero impopular de Struensee, que modificó el perfil social, económico y religioso de Dinamarca, se basó en la ilimitada autoridad de la corona danesa. Si Cristián lo apoyaba, las medidas del ministro serían incuestionables. El médico ocupó un apartamento en la planta baja del palacio Christianborg como director de solicitudes, un puesto que le otorgaba autoridad suprema en todas las agencias de la administración estatal, cuyos jefes sólo podían comunicarse con el rey por escrito. El 15 de julio de 1771, Cristián firmó un decreto por el que lo designaba ministro del Consejo Real y le confería poderes según los cuales sus órdenes debían cumplirse como si fuesen las del propio rey. El hecho de que Cristián dependiera tanto del ministro es prueba de su propia debilidad.

De hecho, el principal inconveniente era que la salud mental de Cristián estaba en franco deterioro. Tenía alucinaciones, a veces dudaba de su origen, y decía que era fruto de un romance entre su madre y lord Stanhope. Otras veces se creía hijo del rey de Cerdeña o de un consejero parlamentario francés que había conocido en París, y en sus momentos de mayor delirio aseguraba que su madre era la emperatriz rusa o que Carolina Matilde no era su esposa sino su madre. También afirmaba que él no era el verdadero príncipe porque al nacer habían cambiado a un bebé por otro. Federico V, decía Cristián, no era su padre, y por más que Struensee se empeñara en mostrarle el parecido físico, él insistía en que no era el heredero legítimo de la corona. Incluso llegó a imaginar que el Consejo Real proclamaría su ilegitimidad y que el anuncio sería precedido por un trueno o un terremoto. Aunque le preocupaba conservar su dignidad real, aseguraba que no quería ser rey y que le pesaban las obligaciones reales. Durante el viaje por Europa, estando en Amberes, le sugirió a su flamante ministro que huyeran juntos.

El aspecto físico era una verdadera obsesión para Cristián, quien recurría a todos los métodos posibles -algunos ridículos- para fortalecer su cuerpo, como pellizcarse o darse palmadas. Decía que quería tener la impermeabilidad del mármol, ser inmune a los sablazos y los disparos con arma de fuego. Según él, un hombre de verdad debía ser capaz de soportar la tortura hasta las últimas consecuencias. Solía dar saltos en el aire y correr por los jardines del palacio a cualquier hora y golpearse las manos y la cabeza contra las paredes hasta que sangraba. A veces se frotaba el estómago con nieve, hielo o pólvora, y en una ocasión se quemó el cuerpo con brasas incandescentes.

La frondosa imaginación del rey se adueñó de su alma por medio de un verdadero calidoscopio de fantasías, a veces teñidas de violencia. Una forma de descargar la agresión era romper los vidrios de las ventanas y

destruir los muebles de los salones de recepción del palacio. El conde Rantzau le envió una carta a Gahler el 20 de junio de 1771 en la que contaba que “el rey pasó la mañana caminando con sus amigos. Como ya no quedan muebles en su apartamento palaciego, se dedicó a romper los de la habitación contigua. Luego fue de puerta en puerta, y la ronda terminó con el destrozo de dos ventanas. No sabíamos si reír o llorar. El clima que se vivió durante el almuerzo fue espantoso”. Además, Cristián tenía la costumbre de llegar tarde a las comidas o de levantarse de la mesa antes de que los demás terminaran de comer, por lo que los criados tenían órdenes de intentar que permaneciera sentado. En sus vandálicas excursiones, acompañaban al rey un paje negro proveniente de la colonia danesa de la Costa de Oro y su compañera, quien un día arrojó al patio los residuos de una de las habitaciones superiores del palacio Hirschholm. Y ese mismo día, el rey estuvo a punto de lanzar desde lo alto al propio paje, de nombre Moranti, y a su perro, a quienes tenía mucho cariño. El joven monarca disfrutaba jugando con Moranti, con quien se arrojaba al suelo, se pegaban, se mordían y arañaban, pero Cristián sólo recibía golpes si él quería.

El componente sadomasoquista de la personalidad del rey permite comprender un extraño episodio en el que participó Brandt, un colega de Struensee que siempre hacía todo lo posible para satisfacer los caprichos de Cristián. Brandt estaba sentado a la mesa durante una comida cuando el rey le gritó, amenazante: “Voy a azotarte, ¿te queda claro?”. Brandt no respondió, pero una vez terminada la comida, Struensee y la reina se quejaron ante el rey por su ofensa gratuita. “Él es un cobarde -replicó Cristián a los gritos- y voy a hacer que me obedezca”.

Esa misma noche, Brandt se presentó en los apartamentos reales y retó a duelo a Cristián. El rey aceptó el reto con la condición de que no usaran espadas ni pistolas sino que pelearan con las manos, pero la lucha no salió como él esperaba porque recibió tantos golpes que quedó tirado en el suelo, lleno de moretones, aterrorizado, retorciéndose de dolor y clamando piedad. Brandt lo golpeó salvajemente, lo insultó y lo amenazó con rudeza.

Muchas veces la violencia era parte de la imaginación de Cristián. Decía que iba a recorrer el palacio y mataría al primero que se le cruzara. Ofendía a los que encontraba en su camino, los escupía, los abofeteaba o les arrojaba cuchillos o platos. Fantaseaba con correr por las calles rompiendo ventanas y matando transeúntes, con ir a burdeles y pelear con centinelas, o con unirse a gente maligna para dedicarse a las actividades más perversas. Muchas veces, al despertar decía que había asesinado a media docena de personas la noche anterior. Inventó un romance con una

amante a la que llamaba De la Roquer, a quien describía como una mujer alta y robusta, con rasgos masculinos y manos grandes, una borracha perversa con la que, en su imaginación, recorría las calles bebiendo alcohol y golpeando a todo el que se les cruzara. Como Cristián padecía insomnio, pasaba la noche hablando sin parar de sus fantasías. El rey buscaba compañeros parecidos a él: actores, soldados, marineros y otros hombres de baja condición social.

Reverdil, que pasado un tiempo regresó a la corte, en un principio creyó que el rey estaba lúcido, pero luego se dio cuenta de que se había equivocado. El antiguo tutor reprodujo la siguiente conversación entre él y Cristián: “Eres Brandt” me dijo en una oportunidad, y después empezó a decir incoherencias y a recitar pasajes de *Zaire*, obra que habíamos leído juntos hacía unos años. Luego me dijo: ‘Eres Denize, eres Latour’, dos actores conocidos de él, y pasó un rato hasta que me reconoció”.

Reverdil comentó que el humor de Cristián era muy cambiante, que pasaba de un estado de excitación a uno de profunda depresión. En sus momentos buenos, el rey sostenía que los ingleses lo habían tratado como a un dios y creía que era el monarca más grandioso de la tierra, pero cuando se deprimía decía que no valía nada y hasta llegó a pensar en el suicidio. En una oportunidad, mientras Reverdil y Cristián caminaban a orillas del lago del palacio, el rey expresó sus dudas en voz alta: “¿Cómo matarme sin provocar un escándalo? ¿No seré más infeliz si lo hago? ¿Qué es preferible: ahogarme en el lago o golpearme la cabeza contra una pared?”. Reverdil pensó que lo mejor era hacer una broma, de modo que le contestó: “Haga lo que mejor le parezca”. Al día siguiente, fueron juntos a dar un paseo en bote. “Siento deseos de saltar al agua, pero que me rescaten pronto”, dijo el rey con tristeza. Después, hablando en alemán, algo extraño porque normalmente hablaba en francés con Reverdil, confesó: “Me siento raro, no me reconozco, la cabeza me hace ruido”. Cristián le pedía a su antiguo tutor que le leyera en voz alta, pero luego era incapaz de concentrarse. A veces se quedaban sentados uno frente al otro y el rey, mirando fijo a su interlocutor, le preguntaba: “¿Struensee es amante de la reina? ¿El rey de Prusia duerme con Matilde? ¿O es Struensee?”.

Esas fantasías eran parte del problema de identidad que lo acosaba. Si no era en realidad el hijo de su padre, ¿no sería uno de los seis tipos de seres sin moral cuyos objetivos sólo se alcanzaban por medio del libertinaje y la autoflagelación y no porque causaran placer sino porque eran parte del objetivo de su vida? Los hechos de la vida cotidiana y las personas que lo rodeaban eran una ilusión para él. El rey solía preguntarle a Struensee si después de la muerte no habría algo diferente de lo que decía la religión y la filosofía.



Aunque en esencia Cristián era cobarde, hacía ver que era valiente. Creía que un hombre de verdad era aquel que no se detenía ante nada. En algunos momentos parecía normal, pero de pronto se ponía de mal humor y se desahogaba con los más allegados. Era tan desconfiado y se ofendía con tanta facilidad que despedía sin motivo a sus servidores más fieles. No soportaba que lo contradijeran y se enojaba si alguien intentaba hacerle ver que sus impresiones no se ajustaban a la realidad; otras veces se ponía a llorar cuando le decían que inventaba cosas, pero la melancolía no le duraba mucho tiempo. No escuchaba los consejos de su esposa, ni los de Struensee, Brandt o Warenstalt, su chambelán, a quien una noche obligó a acompañarlo a la ciudad, donde se dedicó a romper ventanas, entre ellas, la de su antiguo tutor, el conde Reventlow.

Según Bernstorff, los excesos del monarca se debían a que nunca había madurado, pero Struensee conocía bien el origen del problema, por eso le pedía al rey que se diera baños de agua fría, aunque él no seguía sus consejos. Es probable que de vez en cuando le administraran opio para sedarlo. Antes de retirarse a sus aposentos, Cristián le pedía a su ministro que revisara el lugar para comprobar que no hubiera ningún asesino escondido. A pesar de la confianza del rey en Struensee, este tenía cada vez más enemigos en la corte y fuera de ella, en especial entre quienes estaban recelosos del poder que había adquirido y entre los que se oponían a las reformas que el ministro había introducido en el gobierno.

En realidad, la autoridad de Struensee dependía de la voluntad de un rey cada vez más desquiciado y cuya conducta disipada la reina y los ministros trataban de ocultar, por razones obvias. Ellos intentaban por todos los medios que nadie se diera cuenta de las extravagancias de Cristián, que eran un claro indicio de su deteriorado estado mental. Como sus allegados lo mantenían alejado de la vida pública, los opositores creyeron que el rey se había convertido en un títere de los que verdaderamente ideaban las políticas de gobierno. Incluso corrió el rumor de que lo drogaban. Aun cuando Struensee logró encubrir lo que ocurría realmente en la corte, no supo ocultar sus propios errores, de los que se enteraron todas las cortes europeas. Él tenía una amante, madame von Gahler, casada con el general Peter von Gahler, quien le llevaba veintisiete años a su esposa, pero la reina estaba tan obsesionada con Struensee que, aprovechando la confusión mental de Cristián, abandonó la cautela. Cuenta Reverdil que

la reina no le quita los ojos de encima [a Struensee], le pide que participe en todas las reuniones y le permite tomarse libertades que habrían dañado la reputación de una mujer común, como

acompañarla en su carruaje o caminar a solas por la campiña y los jardines.

El ministro la colmaba de regalos, por ejemplo, unos portaligas perfumados y un camafeo con la imagen de él, que ella usaba durante el día y de noche colocaba entre las páginas de un libro que escondía bajo su almohada. Hizo que el rey creara una orden de caballería especial que llevaba el nombre de la reina.

Sin embargo, mantener esa relación no resultaba nada sencillo, porque abundaban los espías que detestaban a la reina y el ministro. Cuando nació la princesa Luisa el 7 de julio de 1771, hubo quienes dudaron de la paternidad de Cristián. Lady Mary Coke señaló que la conducta impropia de la reina llevaría a sus súbditos a rebelarse y a apoyar la asunción del príncipe Federico.

Reverdil observó que no había danés que no se sintiera ofendido por estar a merced de un poder cuyo único fundamento eran los escándalos de la familia real. La prensa, gracias a la libertad de expresión que el mismo Struensee había promovido, criticó y satirizó al ministro. El médico tenía enemigos en todos los niveles de la sociedad y perdió apoyo por culpa de su arrogancia; hasta sus amigos le dieron la espalda. El 6 de octubre de 1771, sir Robert Murray Keith apuntó: “El pueblo ama al rey, pero no está de acuerdo con que haya delegado poderes en un hombre tan poco decoroso [...]. Hoy en día ya no cuenta con ningún respaldo. Hombres que antes no osaban mirarlo a los ojos, le han perdido el miedo y el respeto, tan necesarios para sostener su autoridad ilimitada”.

Pocas revueltas fueron tan anunciadas como la que intentó deponer a Cristián; tan es así que los gobernantes daneses empezaron a considerar qué harían cuando perdieran el control. Carolina Matilde pensó que podría iniciar una carrera como cantante. Pero cuando se desató la rebelión, fue claro que los conspiradores eran pocos y estaban mal organizados. Cuando el rumor de que Struensee planeaba la abdicación del rey para poder casarse con Carolina y así detentar la totalidad del poder llegó al palacio Frederiksborg -donde vivían la viuda de Federico V, Juliana María, y su hijo, el decadente príncipe Federico-, Ove Guldberg, el tutor de este último, tramó una conspiración para deshacerse del odiado ministro.

Los rebeldes se reunieron el 17 de enero de 1772 en un baile de máscaras en la residencia de Juliana María. Al día siguiente, los principales conspiradores acudieron desarmados a los apartamentos de la viuda en el palacio y luego se dirigieron a los aposentos reales, donde despertaron a Brieghel, el valet de Cristián. Como la puerta estaba cerrada con llave, Brieghel los condujo a una entrada secreta que no pudieron abrir

en un primer intento. En su desesperación, los conspiradores sufrieron algunos incidentes: a Guldberg se le cayó una lámpara al suelo, la reina madre estuvo a punto de desmayarse y su hijo se desplomó sobre una silla. Rantzau, que mantenía la calma, le explicó al valet que su objetivo era proteger al rey de sus enemigos y así se les permitió entrar.

Cuando Cristián los vio, aterrorizado, rompió en llanto y exclamó: “¡Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Qué quieren de mí?”. Su madrastra trató de calmarlo diciéndole que no le harían daño si firmaba los documentos que los rebeldes habían preparado. Subieron hasta los aposentos del príncipe, donde Cristián, confundido y sin saber lo que hacía, firmó las órdenes de arresto de Struensee, Brandt y Carolina Matilde.

El pueblo estaba de acuerdo con la nueva situación. En una carta abierta al rey, Suhm escribió: “¡Qué noche gloriosa! Los Homeros y Virgilio del futuro dedicarán poemas en tu honor. ¡Larga vida a la fortuna de Juliana y Federico!”. El rey sabía de la infidelidad de su esposa, pero, encerrado en su mundo, no reaccionaba. Con el objetivo de tranquilizar al pueblo, los rebeldes llevaron a Cristián, taciturno y con la mirada ausente, por las calles de Copenhague en su carroza dorada. El día que cumplió veintitrés años, el 29 de enero, fue al teatro a ver *L'ambitieux* y *L'indiscret*, dos obras francesas que reflejaban la relación adúltera entre la reina y el ministro, pero había tanto público que el rey se retiró de la sala y Juliana María se desmayó.

Las víctimas del golpe de Estado recibieron un trato bastante rudo. La reina y su hija fueron confinadas en un sitio poco hospitalario en Kronborg. Struensee y Brandt no tuvieron mejor suerte: el ministro estaba encadenado a una pared y no lo dejaban levantarse de la cama. Una comisión investigadora designada por el nuevo gobierno lo acusó por su inaceptable relación con la reina. Además, presentó cargos contra él por no respetar la autoridad real al proclamar decretos sin la firma del monarca, lo que constituía un delito grave según la *Kongelov*, la ley fundamental de la nación. El ex ministro estaba muy afligido, pero halló consuelo en el doctor Munster, un pastor luterano. Cristián no tuvo ningún reparo en aprobar la pena de muerte para sus antiguos colaboradores. La noche previa a la ejecución de Struensee y Brandt, el rey se dedicó a disfrutar una ópera italiana.

Una vez divorciados Cristián y Carolina Matilde, ella fue sentenciada a prisión perpetua, condena que debió cumplir en el castillo de Aalborg. Aunque muchos ingleses, como fue el caso de lady Mary Coke, condenaron la infame conducta de la reina, su hermano, Jorge III, no pasó por alto el maltrato que le daban los daneses. Así fue como el rey inglés amenazó con recurrir a la fuerza si no liberaban a su hermana, quien salió en libertad y

partió hacia Celle, una localidad cercana a Hannover, ya que Jorge no le permitió regresar a Inglaterra. A pesar de que el gobierno británico le asignó a Carolina 5.000 libras al año, el exilio fue tedioso y deprimente. No obstante, hubo quienes la defendieron, entre ellos Nathaniel Wraxall, un joven inglés, a quien alguien apodó “el orangután más puro de toda Inglaterra”, que decidió derrocar a Juliana María y devolver los privilegios a la reina destituida. El plan, noble pero vano, no contó con el apoyo de Jorge III. Además, no pudo llevarse a cabo porque Carolina falleció de tifus o quizá de escarlatina el 11 de mayo de 1775, a los veintitrés años. No hay pruebas concluyentes que demuestren que, tal como afirman Macalpine y Hunter, la porfiria haya sido la causa de su deceso.

La muerte de Carolina Matilde sirvió al menos para disipar la posibilidad de un conflicto entre Inglaterra y Dinamarca. El nuevo gobierno danés se caracterizó por su inoperancia. Walpole no estaba tan equivocado cuando dijo que ni la reina Juliana María ni su hijo eran más capaces que Cristián. Ellos vaciaron las arcas nacionales para recompensar a sus partidarios y eliminaron las reformas de Struensee: se restableció la censura periodística y se aplicaron medidas opresivas y restrictivas, como el vasallaje y el uso de la tortura en los procesos judiciales.

Después del levantamiento, Cristián ya no era el que detentaba el verdadero poder. Vivió recluido la mayor parte del tiempo y apareció en público en contadas ocasiones. Dejó que la reina madre y su hijo hicieran su voluntad no sin criticar lo que habían hecho con él. Se dedicó a pintar retratos, de mala calidad y bastante infantiles, por cierto, entre otros, el de Struensee y el de Brandt. Aseguraba que la decisión de ejecutarlos había sido tomada por la reina Juliana y por Federico y que ni él ni el Consejo de Estado habían tenido responsabilidad alguna al respecto. De hecho, de haber estado en sus manos, los habría salvado. También pintó retratos de su esposa, en los que ella no aparecía muy agraciada; incluso, en algunos la fecha de la muerte era errónea, en otros, la mujer tenía rasgos masculinos y el sexo sólo se revelaba por los aretes. Es probable que Cristián nunca haya comprendido cabalmente que su esposa había estado en cautiverio o que había muerto, porque en una ocasión mandó preparar caballos diciendo que iría a visitarla. El rey se mostraba en público sólo cuando parecía estar algo lúcido y cuando los acontecimientos requerían que apareciera como el jefe de Estado o si se necesitaba su firma para legitimar algún decreto.

En 1784 tuvo lugar una de esas raras apariciones públicas de Cristián, cuando su hijo, el futuro Federico VI, harto del gobierno impopular y reaccionario de Juliana María y su repulsivo hijo, convenció a su padre de que asistiera a una reunión del Consejo de Estado para firmar

un documento por medio del cual se destituiría al ministro. Cristián estampó su firma y salió corriendo del salón. Su medio hermano, Federico, salió tras él. Finalmente, Federico debió ceder y perdió los poderes que había conseguido.

Al rey le quedaban más de veinte años de vida, durante los cuales rara vez se mostró en público. Alguien que asistió a una recepción comentó que lo había impresionado “el venerable aspecto del monarca y el respeto con que lo trataban [...]. Pero cuando lo atacaba su enfermedad parecía otra persona, porque a veces, mientras mantenía una conversación amena y sin ningún trastorno aparente, de pronto empezaba a correr por el salón y abofeteaba a los que se cruzaban en su camino”.

Malthus, el clérigo y economista británico, vio a Cristián durante una revista de tropas en junio de 1799. Sus impresiones fueron las siguientes:

Al terminar la revista, me dirigí adonde se encontraba el rey, así que pude observarlo de cerca [...]. Todos lo tratan como si fuese un idiota. Tienen orden de no responderle cuando hace preguntas. Vi que el rey hacía gestos y hablaba con uno de los centinelas, quien se mantuvo firme y no pronunció ni una sola palabra. Cuando los acompañantes del rey estaban por retirarse, el príncipe salió a toda prisa mientras su padre lo saludaba con una reverencia casi imperceptible.

“El rey -siguió explicando Malthus- disfruta con los honores monárquicos y no tolera que nadie se aparte de las normas del debido respeto. Sólo acepta que lo saluden con una reverencia, una regla muy estricta que debe cumplirse invariablemente”.

A pesar de la demencia de Cristián, Dinamarca tuvo un largo período de gobierno liberal con Andreas Bernstorff como jefe de gabinete. De hecho, el país gozó de paz y prosperidad hasta que las Guerras Napoleónicas pusieron en peligro a la Liga de la Neutralidad Armada, una coalición formada por Dinamarca y otros Estados del norte de Europa. Ante la postura neutral del país y el temor de que éste sucumbiera ante las presiones de Napoleón, la flota británica bombardeó Copenhague en dos oportunidades, en las que hubo muchos muertos; la primera en 1801 y la última en septiembre de 1808.

La sombría existencia de Cristián llegó a su fin el 15 de marzo de ese año mientras se encontraba en Holsten, donde se aterrorizó al ver marchar a las tropas españolas de apoyo. Una curiosa farsa que duró cuarenta años permitió que el rey siguiese siendo la cabeza del gobierno aunque no ejerciera el poder. El príncipe Federico, quien a la muerte de su padre asumió como Federico VI, fue el que detentó el poder durante veinticinco

años, si bien nunca fue nombrado regente. Es irónico, dada la historia de Cristián, que haya muerto el mismo día en que Dinamarca le declaró la guerra a Gran Bretaña, el reino que le había proporcionado una esposa, lo había recibido con gran pompa -al menos en su opinión- antes de que lo afectara una esquizofrenia crónica, y cuatro décadas después, a poco de su muerte, infligía una humillación vil a Dinamarca.

## El rey cisne

Luis II, rey de Baviera desde 1864 hasta 1886, fue el último monarca europeo cuya demencia tuvo consecuencias para la cultura y la política del mundo moderno. Una austera cruz que emerge de las aguas del lago Starnberg señala el lugar donde se encontró el cuerpo de este extraño monarca, que se ahogó -o lo ahogaron- en junio de 1886. Su excentricidad daba que hablar. Era miembro de la familia Wittelsbach, una de las dinastías más antiguas de Europa, que aportó gobernantes al extenso territorio de Baviera, al sur de Alemania, a partir de la Edad Media. Los príncipes, que durante mucho tiempo fueron electores, pasaron a ser reyes en 1806. A su pesar, Baviera pasó a formar parte del II Reich en 1871, pero sus soberanos retuvieron la dignidad real hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando todos los príncipes alemanes fueron destronados. Sin embargo, esos monarcas no cayeron en el olvido, pues ha habido y aún hay muchos bávaros nostálgicos del pasado monárquico de su tierra.

El padre de Luis, Maximiliano II, accedió al trono en 1848, luego de la abdicación de Luis I, cuyas faltas personales y políticas lo obligaron a renunciar a la corona. No hubo indicios en ningún antepasado de Luis II que hicieran sospechar lo que le depararía el futuro; aun así, de niño era extremadamente sensible.

Sus padres no lo veían casi nunca: lo criaron entre niñeras e institutrices. Luis se encariñó con una de ellas en particular, *fraulein* Meilhaus. Fue un niño solitario con una imaginación muy frondosa.

La figura del cisne ocupaba buena parte de la imaginación del niño y lo perseguiría durante toda su vida. El castillo real de Hohenschwangau, término que significa “casa alta del cisne”, ubicado en los Alpes de Baviera, con vistas a los destellantes lagos de montaña de Schwansee y Alpsee, fue reconstruido por el padre de Luis y dedicado a la leyenda de Lohengrin, el caballero del Santo Grial. Las paredes estaban decoradas con magníficos frescos donde se veía un cisne hundiendo el barco donde viajaba Lohengrin, con quien Luis se sentía identificado.

De adolescente, Luis ya sentía la fuerte admiración por Richard Wagner que seguiría sintiendo el resto de su vida. La primera ópera del compositor que vio fue *Lohengrin*, el 2 de junio de 1861; después asistió a una representación de *Tannhäuser*, y en 1863, a la de *El anillo del nibelungo*. Se comentaba -Wagner mismo lo ha dicho- que Luis no tenía oído musical, pero al joven príncipe lo cautivaban los temas que dominaban la obra del célebre compositor, en particular, la legendaria búsqueda del Santo Grial. La música de Wagner despertaría una serie de fantasías que Luis pretendía hacer realidad, a tal punto que finalmente lo llevaron a un fin trágico. “Una lectura básica de la situación -afirmó Ernest Newman, un experto británico en Wagner- sería la siguiente: desde niño, Luis tuvo una visión romántica de sí mismo como rey que guiaría a su pueblo por caminos idealistas. La obra de Wagner llegó en el momento justo, tocó una fibra íntima del joven y así fue como tuvo en él un enorme impacto”. Wagner mismo llamaba Parzival al rey, “mi hijo espiritual”, destinado a revivir la leyenda del Santo Grial.

En 1864, tras la súbita muerte de Maximiliano II, al joven e inmaduro príncipe le llegó la oportunidad de convertir su visión en realidad. Luis era alto e irradiaba un encanto incomparable. Tenía el cabello rubio, abundante y ondeado y siempre lo usaba largo para cubrirse las grandes orejas, tenía una sombra de bigote y ojos sumamente expresivos. Poco después de la coronación, Eduard von Bomhard, el ministro de Justicia, aseguró que Luis tenía una inteligencia superior, pero que en su mente todo se almacenaba en desorden. El ministro manifestó que lo asombraba que de tanto en tanto el rey pasara sin más de la alegría al pesimismo; entonces, serio, miraba a su alrededor con una expresión grave que revelaba que había algo oscuro en su interior que se oponía al encanto vivaz de hacía unos minutos. “Si hay dos naturalezas diferentes desarrollándose en el joven -se decía el ministro en voz baja- como sospecho desde la primera vez que hablé con él, Dios quiera que triunfe la mejor”. Sin saberlo, von Bomhard describió la naturaleza esquizofrénica de Luis.

El tema del matrimonio pronto se transformó en una cuestión fundamental para el futuro del Estado de Baviera y para la dinastía Wittelsbach. El rey disfrutaba de la compañía femenina y tenía amigas que eran sus confidentes, en particular, Elizabeth, la bella emperatriz de Austria, conocida como Sissí, a quien Luis veía como la reencarnación de su heroína, María Antonieta. Luis II fue muy amigo de la actriz Lilla von Bulyowsky durante seis años, pero en el mundo decimonónico un rey estaba obligado a casarse con una princesa. Luis anunció su compromiso con Sofia, la hermana de la emperatriz Elizabeth. El rey, que se refería a sí



mismo como el águila, le escribió a “su paloma” Sofía desde el “nido” de su palacio el 25 de agosto de 1867, día en que él cumplía veintidós años: “¡Oh! Qué bello será el momento en que estemos juntos aquí en el imponente castillo de Hohenschwangau”.

Sólo unos días después, el rey le confió a su antigua institutriz, ahora baronesa Leonrod, que no seguiría adelante con los planes de matrimonio. Le dijo que había roto los lazos que lo oprimían y que había vuelto a respirar aire puro. Según él, no habría sido adecuado casarse con Sofía, porque, cuanto más se acercaba la fecha de la boda, más lo aterrizzaba la idea. Le escribió una carta a su prometida en la que le decía: “Me doy cuenta de que mi amor es sincero y fraternal, y que ese amor está y siempre estará en el fondo de mi corazón, pero también entiendo que no es el amor que se necesita para unirnos en matrimonio”. Lógicamente, los padres de Sofía se escandalizaron ante su actitud. Al final, la joven se casó con el duque d’Alençon y tuvo una muerte violenta. En su diario, Luis apuntó: “Sofía, descartada. Lo sombrío del panorama se desvanece. Necesito ser libre; tengo sed de libertad. Ahora vuelvo a respirar por haber dejado atrás una pesadilla tortuosa”. El fracaso del plan matrimonial fue un mal presagio para el futuro del rey.

En realidad, Luis era homosexual. Sus más allegados eran hombres jóvenes; por ejemplo, el príncipe Paul von Thurn und Taxis. El rey y el príncipe eran íntimos; se escribían efusivas cartas románticas. En una de ellas, fechada el 13 de julio de 1866, Paul expresó: “Que tengas los más dulces sueños y que todo lo que deseas en este mundo esté siempre contigo. Que duermas bien, ángel de mi corazón, y dedícale un pensamiento a tu fiel Friedrich”. Friedrich era el nombre con que Luis llamaba a su amante. El monarca era temperamental, demandante y voluble. El romance terminó cuando Paul, sin el consentimiento de su familia, se casó con una plebeya.

Mucho antes, cuando Luis rompió el compromiso con Sofía, encontró otro amante, Richard Hornig -que acompañó a Luis a París en el verano de 1867-, un joven de veintiséis años, ojos celestes, cabello rubio ondeado y excelente jinete. “Es una pena -escribió el príncipe Hohenlohe el 8 de julio de 1869- que el rey desperdicie su talento y se limite a la mala compañía de un domador de caballos: Hornig”. En 1872, Luis anotó en su diario íntimo: *Vivat Rex et Ricardo in aeternam* (“Eterna vida al rey y a Ricardo”); sin embargo, el casamiento de Hornig pondría punto final al romance.

A esta relación siguieron otras con diferentes hombres: un oficial de la caballería, el barón von Varicourt, el actor Josef Kainz y otros de condición social más baja, como el lacayo Alfonso Welcker. Es imposible saber si esas amistades de carácter romántico incluían o no relaciones sexuales, pero

corrían innumerables rumores en ese sentido. Algunos pasajes del diario íntimo sugieren que Luis se permitía ciertas licencias y que luego tenía sentimientos de culpa y remordimiento.\*

En ese momento, ocurrían sucesos fundamentales para el futuro de Alemania, y a pesar de que las circunstancias requerían que Luis participara activamente en la política, él no le prestaba atención. En la guerra de las Siete Semanas entre Prusia y Austria, Baviera apoyó a Austria. En el transcurso de la guerra, los bávaros sufrieron un gran revés cuando, en la batalla de Kissingen, los prusianos mataron al comandante en jefe de las tropas de Baviera. Luis, obsesionado con el mundo de los caballeros medievales y sin ningún interés en el arte de la guerra moderna, tenía tan poco entusiasmo por ella que llegó a considerar la posibilidad de abdicar a favor de su hermano Otto. En parte, la idea se originó en su deseo de ir a Suiza, donde se encontraba Wagner. El compositor, más patriótico y nacionalista que el rey, le aconsejó que se preocupara por sus tropas. Entonces, el rey acudió varias veces al frente, pero luego regresó con el príncipe Paul a su vida de placeres y juegos de salón en Roseninsel. El día en que se declaró la guerra, el príncipe Hohenlohe anotó en su diario:

El rey no ve a nadie en este momento. Se queda con Taxis y Völk en Roseninsel, donde se dedican a la pirotecnia. Ni siquiera ha recibido a los miembros de la Cámara Alta, que traían un recado. Nadie se preocupa por las niñerías del rey, pues deja que gobiernen los ministros y las cámaras, sin interferir. Sin embargo, esa conducta es imprudente.

Unos meses después, el 18 de agosto de 1866, Hohenlohe hizo el siguiente comentario:

[E]l rey dedica su tiempo a idear la escenografía de la ópera *Guillermo Tell*, ha mandado coser trajes para él y se los pone para pasearse por sus aposentos. Mientras tanto, el tema fundamental es si el reino perderá [como consecuencia de la derrota a manos de los prusianos

---

\* El diario íntimo que Luis llevó entre diciembre de 1869 y junio de 1886 se perdió durante el bombardeo británico de 1944. Algunos pasajes, probablemente transcritos por el primer ministro Johann von Lutz, se publicaron en 1925. Chapman-Huston los utilizó para escribir *A Bavarian Fantasy* (1955). En ciertos párrafos, bastante incomprensibles por lo crípticos, se revela que Luis pensaba que había caído demasiado bajo y que había resuelto vivir una vida más pura.

en la guerra de las Siete Semanas] los treinta mil habitantes de Franconia y los setecientos mil del Palatinado.

En el término de cuatro años, Baviera entró en guerra otra vez, pero ahora del lado de Prusia, que peleaba contra Francia. Luis y sus ministros tenían poco en común con Bismarck y su política de manipulación. De mala gana, el rey aceptó la incorporación de Baviera al recién creado II Reich alemán a cambio de un resarcimiento económico. Guillermo I, el rey de Prusia, fue proclamado emperador en Versalles. Luis seguía ocupándose poco de los asuntos de gobierno. Lo que sí le atraía era el ceremonial: le encantaban los uniformes militares, pero, como comentó un viajero inglés, usaba el cabello demasiado largo para parecerse a un militar. La realeza se transformó en un mero espectáculo que se representaba en la corte.

Así, Luis se adentró en un mundo hecho a su medida, en el que sus preocupaciones eran patrocinar a Wagner, fomentar el teatro y ordenar la construcción de bellos palacios. Si bien no todos los palacios terminaron de erigirse, constituyen el legado que Luis dejó a la posteridad.

Aunque el soberano no tuviera oído musical, la combinación que hizo Wagner de teatro, historia popular y ambientación cautivaron el alma y el corazón del monarca. En su opinión, la obra del compositor revelaba el verdadero genio de la nación alemana. Así justificaba su deber de apoyar al músico, además del privilegio que sentía y el placer que le provocaba hacerlo. El rey le dijo al compositor que había que enarbolar las banderas del arte puro y sagrado en Alemania, para que flamearan en las almenas y así convocaran a la juventud a unirse en torno a él.

Decidido a actuar como mecenas de Wagner, ordenó a su secretario, Pfistermeister, que fuera a buscarlo. El secretario encontró al músico en Stuttgart y le comunicó la voluntad de Luis de darle apoyo ilimitado si él accedía a trasladarse a Munich. El 3 de mayo de 1864, el compositor envió una carta a Luis que empezaba así: "Mi querido y gentil rey, lea estas lágrimas de suprema emoción que le envío para que sepa que la maravilla de la poesía ha venido a mi pobre vida sedienta de amor como una realidad divina. Y esa vida, con toda su poesía y su melodía ahora le pertenece a mi joven y noble rey; ¡disponga de ella como mejor lo considere!". Esa fue la primera de una larga serie de cartas efusivas y cargadas de emoción que intercambiaron Luis II y Wagner. Aun cuando el estilo y el contenido parezcan reflejar una relación homosexual, es poco probable que ellos mantuvieran una relación de ese tipo. Wagner era muy sexual; sus muchos romances fueron heterosexuales, como el que tuvo con la hija natural de Franz Liszt, Cósima von Bulow, veinticuatro años menor que él. Por otra parte, el compositor era treinta años mayor que su mecenas, y no era muy

agraciado; y Luis se mostraba cruel e intolerante con los que para él eran feos y sólo tenía ojos para los hombres y las mujeres bellos.

No obstante, la relación íntima y hasta apasionada que mantuvieron fue muy importante para los dos: a Wagner le permitió vivir y trabajar con comodidad y a Luis le sirvió para descubrir su destino en los mitos que el compositor plasmaba en sus obras. Wagner describió al rey como un hombre tan bello, sutil, espiritual y espléndido que temía que su vida se esfumase como un sueño celestial en medio de este mundo terrenal. Al tiempo, el sueño se transformaría en una pesadilla.

Si bien los bávaros apreciaban la música de Wagner, eran muy críticos de los favores extravagantes que su rey le prodigaba. El compositor vivía en la opulencia como árbitro del arte, para el que tenía planes costosos e innovadores; por ejemplo, la creación de una nueva academia de música y la construcción de un teatro, proyectos para los que el apoyo económico del rey era fundamental. El barón von der Pfordten, jefe del gabinete de ministros, era profesor universitario y abogado. Como hombre conservador, no apreciaba su música ni sus ideas políticas radicales y no aprobaba los excesivos gastos del rey y las consecuencias negativas para las arcas del Estado.

A pesar de la admiración de Luis por el célebre artista, la relación no estuvo exenta de fricciones, porque el músico era artero y deshonesto, mientras que el rey era demandante y temperamental. Sin embargo, siguieron escribiéndose cartas llenas de expresiones apasionadas: “¡Mi artista único! ¡Mi músico consagrado! -exclamó Luis tras presenciar el estreno de *Tristán e Isolda* el 10 de junio de 1865-. ¡Qué felicidad! ¡Es perfecta, deliciosa! Uno se pierde en el placer que provoca esta obra divina de una verdad eterna que trasciende la muerte”. El 21 de junio, Luis escribió en su refugio de los Alpes:

Ha pasado un largo rato desde que el sol desapareció tras las altas montañas; reina la paz en los valles profundos, con el tintineo de los cencerros de las vacas, la tonada del pastor que se eleva y llega hasta mi placentera soledad. El lucero de la tarde alumbra con su tenue luz lejana y enseña el rumbo a los caminantes y a mí me recuerda a mi querido y sus obras divinas. A la distancia, donde termina el valle, se eleva la iglesia de Ettal sobre los verdes pinares oscuros. Se comenta que Luis IV de Baviera [Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico a principios del siglo XIV] mandó construir el templo siguiendo el modelo del castillo de Montsalvat. Al contemplar la iglesia, revive en mí las figuras de Lohengrin y Parzival, el héroe del

futuro, en busca de la salvación, de la única verdad. Mi alma ansía complacerse con las obras que recrean esos espíritus legendarios.

El 21 de agosto, apuntó:

Lo extraño. Sólo cuando pienso en usted y en su obra soy plenamente feliz [...]. ¿Cómo va todo allí, en la alegre cima boscosa? Mi querido, ¡respóndame, por favor! Se lo ruego. Cuénteme sus planes para *Los vencedores* y *Parzival*. Estoy ansioso por saber. ¡Necesito saciar mi sed! ¡Qué mundo tan vacío! ¡Cuántos hombres vulgares! ¡Cuántos desgraciados! Sus vidas giran en torno a la estrecha banalidad de la vida cotidiana. ¡Oh, si tan sólo pudiera dejar el mundo atrás!

El rey estaba obsesionado con su protegido. Cuando Wagner empezó a escribir *Parzival*, como respuesta al pedido del rey, Luis dejó de participar en la vida pública, se negaba a asistir a los actos oficiales con el pretexto de que no estaba bien de salud, pero seguía yendo al teatro. Después de ver una representación de *Guillermo Tell*, de Schiller, viajó de incógnito al lago de Lucerna (de todos modos, no tardaron en reconocerlo) para ver en persona los sitios en los que se desarrollan los acontecimientos de la obra. Es evidente que se identificaba con el héroe de la pieza.

Wagner pasó un tiempo con Luis en Hohenschwangau, al que se refería como “el castillo del Grial, protegido por el amor sublime de Parzival”. Wagner escribió: “Él es como yo pero renovado, más joven y vivaz: mi yo completo, y sólo él es bello y poderoso”. El rey y el músico viajaron juntos al Tirol, y el 14 de junio, Luis le escribió a Cósima, sin saber que ella y Wagner eran amantes (el segundo nombre de Isolda, su hija ilegítima, era Ludovica, en honor al rey). En la carta decía:

Hagamos un voto solemne que nos comprometa a hacer todo lo humanamente posible para preservar la paz que Wagner ha logrado alcanzar, para que no deba preocuparse por nada, para hacernos cargo de sus pesares, siempre que sea posible, y para amarlo con toda la fuerza con que Dios ha bendecido el alma humana. ¡Él es un ser divino, divino! Mi misión es vivir para él, sufrir por él si eso sirve para su salvación.

Tan grandiosos sentimientos no tienen nada de malo, pero reflejan que el rey estaba adentrándose cada vez más en el mundo de ensueño que se había creado. En Baviera, crecía la ola de críticas a la extravagancia de Wagner y la irritación por la intromisión del compositor en los asuntos

políticos. Luis fue incapaz de soportar el huracán. El 1º de diciembre de 1865, Pfordten apuntó: “Su Majestad está en una encrucijada. Debe decidir entre el amor y el respeto leal de su pueblo y la ‘amistad’ de Richard Wagner”. Con todo el dolor de su alma, el rey le ordenó al músico que abandonara Munich y viajara a Suiza. Si Luis se hubiese visto obligado a abdicar, no podría haber ayudado a su amigo, pero si él aceptaba la sugerencia de irse a Suiza, sería mucho más fácil apoyarlo económicamente y, de hecho, así sucedió. Justo antes de la partida, Luis escribió: “Mi amor por ti no morirá jamás, y te ruego que alimentes nuestra amistad por siempre”. Wagner vivía holgadamente con Cósima, quien había abandonado a su marido, en una hermosa villa en Tribschen, cerca de Lucerna, donde Luis lo visitaba. Su creatividad era tan espléndida como siempre. El rey asistió a los ensayos y a la primera función de *Los maestros cantores de Nuremberg* en Munich. Wagner, que estaba sentado junto a Luis en el teatro, se puso de pie y saludó ante el caluroso aplauso del público, conducta que los más conservadores veían como una falta de respeto a las reglas del protocolo. “Yo estaba tan absorto, tan conmovido - escribió el rey en una carta que firmó como Walter, nombre del héroe de la ópera- que ni siquiera atiné a aplaudir para expresar mi admiración”. El 23 de septiembre, día en que Luis cumplió veintitrés años, Wagner le envió una copia del libreto elegantemente encuadernada, con un poema a modo de dedicatoria que mostraba lo cercana que era su relación.

Después, la correspondencia fue menos frecuente, los dos hombres tuvieron algunas diferencias y no se vieron durante ocho años, hasta que estalló la Guerra Franco-prusiana, cuando Wagner, mucho más patriota que su mecenas, le envió a Luis una oda que había escrito como alabanza a Baviera por el apoyo a Alemania durante la guerra. El músico y el monarca volvieron a encontrarse en agosto de 1876 en Bayreuth para el estreno de *El anillo del nibelungo*. La representación tuvo lugar en un teatro cuya construcción fue posible gracias a una generosa contribución del rey, quien posteriormente escribió:

He venido aquí con grandes expectativas, enormes, en realidad, pero han sido plenamente colmadas [...]. ¡Ay!, ahora vuelvo a percibir la belleza de un mundo del que me había alejado; el cielo vuelve a poner sus ojos sobre mí, los valles resplandecen con sus colores, la primavera penetra en mi alma con sus miles de dulces sonidos [...]. Eres un hombre-dios, un artista de verdad que, por gracia divina, ha recibido el fuego sagrado bajado desde los cielos a esta tierra portando la paz, la santidad y la redención.

Al finalizar la representación de *El ocaso de los dioses*, Wagner subió al escenario para saludar al público y allí dijo que el festival de Bayreuth “manifiesta la fe en el espíritu alemán y contribuye a la gloria del rey de Baviera, que no sólo ha sido su benefactor y protector sino coautor de la obra”.

En ocasión de las celebraciones del aniversario número setecientos del reinado de la familia Wittelsbach, el compositor volvió a Munich para asistir a una representación privada de *Lohengrin*. Fue la última oportunidad en que se encontraron Luis y Wagner, porque el monarca no pudo asistir al debut de *Parzival* en 1882 por encontrarse enfermo; de hecho, la primera vez que la vio fue en 1884, y para esa época, Wagner ya había muerto. La noticia de la muerte del músico fue un duro golpe para Luis, quien a pesar de no haber ido al funeral, ordenó colocar un crespón negro sobre los pianos de todos sus palacios. Su muerte quebró en cierta medida el impulso vital del rey, pero en su mente siguieron reverberando los temas de las óperas de Wagner.

Las fantasías de Luis se materializaron en los castillos de cuentos de hadas que mandó construir con los fondos del Tesoro nacional. En 1868, con *Lohengrin* y *Tannhäuser* muy vívidas en su recuerdo, al rey se le ocurrió la idea de construir un castillo que le permitiera materializar en piedra los temas de esas óperas y transformar esos monumentos en escenarios eternos. El primero de ellos, bautizado Neuschwanstein tras la desaparición de Luis, se erigió en la cima de una montaña situada a media hora de Hohenschwangau. “El sitio -le había comentado Luis a Wagner- es uno de los más hermosos que existen en este mundo, un lugar sagrado y apartado, y allí estará el templo que mi amigo divino se merece. Tendrá asimismo elementos alusivos a *Tannhäuser*”.

Con sus almenas y torretas y su imponente ubicación, Neuschwanstein es como un escenario gigante. El rey siguió de cerca el proceso de construcción y volvió locos a los arquitectos con sus cambios de parecer, fundados más por motivos emocionales que racionales. El salón de música fue decorado con murales basados en las historias del Santo Grial relatadas en *Parzival*, el romance medieval escrito por Wolfram von Eschenbach, y el salón del trono constituía un homenaje pictórico a la realeza sagrada. Wagner no llegó a conocer el lugar en el que el rey finalmente permaneció cuando estuvo al borde de la locura.

Poco después de encargar la construcción del castillo, Luis tuvo la idea de levantar otro palacio real, Linderhof, bastante distinto del de Neuschwanstein tanto en lo funcional como en lo arquitectónico. El nuevo palacio era un homenaje al gran héroe del monarca bávaro, Luis XIV de Francia, a quien deseaba emular con sus iniciativas de apoyo a las artes y

al que imitaba a veces en la forma de vestir y de caminar. En ocasiones hablaba en francés imaginando que estaba en compañía de invitados franceses. El 7 de enero de 1869, el rey le envió una carta a su antigua institutriz, la baronesa Leonrod:

Cerca de Linderhof y no muy lejos de Ettal, construiré un pequeño palacio con un jardín de estilo renacentista. En el palacio se respirará la magnificencia y la imponente grandeza del palacio real de Versalles. ¡Ay, cómo necesito crear sitios poéticos para refugiarme en los momentos desgraciados a que me somete la vida!

Linderhof, construido en estilo barroco, con una decoración rica, colorida y elegante, tiene la fachada ornamentada con piedras blancas y, en su conjunto, es una especie de palacio de cuento fantástico hecho realidad. Sobre la repisa de la chimenea colocaron un conjunto de piezas de mármol titulado *La apoteosis del rey Luis XIV de Francia*. En los jardines había algunos rincones extravagantes: un pabellón de caza donde Luis y sus acompañantes se cubrían con pieles de oso y bebían aguamiel, una glorieta de estilo morisco, una gruta artificial en la que un calidoscopio, a la manera de las discotecas de hace unas décadas, bañaba con una luz de figuras de colores cambiantes una cascada artificial y un lago, en el que un dispositivo especial creaba olas artificiales.

El palacio más suntuoso de todos fue el de Herrenchiemsee, situado en la isla de Herren, en el lago más extenso de Baviera, el Chiemsee. Igual que el palacio de Linderhof, el de Herrenchiemsee se inspiró en los castillos franceses de Luis XIV y no en la imaginería alemana de los nibelungos. Es una construcción de gran belleza que se extiende a lo ancho, al estilo del palacio de Versalles. El salón de los espejos es incluso más imponente que el de Francia, unos treinta metros más largo. El palacio no terminó de construirse, en parte por cuestiones de diseño y en parte porque no alcanzó el dinero. La piedra basal se colocó el 21 de mayo de 1878, y el rey sólo permaneció nueve días en el lugar, entre el 7 y el 16 de septiembre de 1885.

Luis mandó construir o remodelar otros edificios, todos ellos exóticos y cargados de simbolismo. Algunos proyectos nunca fueron más allá de la etapa de diseño preliminar ni llegaron a salir del ámbito personal de la frondosa imaginación del monarca. El más imponente fue el de Falkenstein, inspirado en una fábula goda, igual que el de Neuschwanstein. Era una especie de Disneylandia, con sus pináculos y torres erigidos en la cima de una montaña desde la que se divisaba un



paisaje interminable, un homenaje al mundo de fantasía en el que el rey se adentraba más y más.

Con todos esos emprendimientos, Luis aparecía simplemente como un excéntrico, un romántico que intentaba expresar el producto de su imaginación en el mundo real, algo que podía hacer gracias a su situación y su fortuna. Pero detrás de esa máscara se escondían fuerzas peligrosas que evidenciaban la desintegración progresiva de su personalidad.

Al tiempo que su capacidad mental se deterioraba, Luis se volvía cada vez más caprichoso. Se enorgullecía de los ideales de la monarquía constitucional, pero a veces se comportaba como un verdadero déspota. Impartía órdenes ridículas para que castigaran a sus sirvientes por faltas menores, aunque rara vez se llevaban a la práctica. Nadie debía mirarlo a los ojos. Una vez, Mayr, su valet, desobedeció esa orden y entonces Luis lo obligó a usar una máscara negra.

Se ha propuesto que Luis tenía una enfermedad cerebral orgánica que quedó como secuela de una sífilis y que su padre, que murió de fiebre tifoidea, contrajo sífilis en Hungría cuando era joven. Pero no hay pruebas concretas que lo confirmen. No se sabe a ciencia cierta cuán promiscua fue la vida de Luis, de modo que no se puede afirmar con absoluta certeza que haya tenido sífilis.

Los rasgos genéticos de la línea de antepasados del monarca bávaro deben haber favorecido que, dadas determinadas condiciones del entorno, la salud mental de Luis se debilitara. Entre sus ancestros maternos se cuentan el príncipe loco Luis IX de Hesse-Darmstadt, muerto en 1790, y su hija Carolina, que sufría alucinaciones. Del lado de su padre, la princesa Alejandra, hermana del padre de Luis, fue internada en una clínica psiquiátrica cuando creyó que había tragado un piano de vidrio. Y el caso que más cerca está de Luis es el de su hermano Otto, que se volvió completamente loco. En una carta dirigida a la baronesa Leonrod, fechada el 6 de enero de 1871, Luis escribió:

Es muy doloroso para mí ver que Otto empeora día a día. En cierto modo, está más nervioso e irritable que la tía Alejandra, lo que ya es mucho decir. A veces permanece despierto durante cuarenta y ocho horas y pasa ocho semanas sin quitarse las botas. Se comporta como un loco, pone caras ridículas, ladra como si fuese un perro y en ocasiones pronuncia las palabras más indecorosas hasta que vuelve a la normalidad por un tiempo.

A medida que pasaban los días, Otto se ponía peor. El 20 de octubre de 1871, Luis afirmó que “el problema deriva de una excitación patológica del sistema nervioso”. El 30 de mayo de 1875, el encargado de Negocios británico en Munich, sir Robert Morier, informó que Otto sufría de delirio místico, que en la última celebración del Corpus Christi, vestido con una chaqueta de caza y un enorme sombrero, atravesó una fila de soldados y se arrojó a los pies del altar mayor y confesó sus pecados en voz alta hasta que lograron convencerlo de que se retirara a la sacristía. Sir Robert estaba convencido de que Otto necesitaba tratamiento psiquiátrico. Por más que el príncipe se quejara ante su hermano por las limitaciones que se le impusieron, en 1878 ya era evidente que su locura era irreversible y fue confinado en el castillo real de Fürstenried, donde murió treinta y ocho años después.

Mientras tanto, el aspecto físico de Luis había cambiado por completo. Si bien no era lo que puede decirse buen mozo, de joven había sido delgado y encantador, pero al llegar a los treinta años era obeso y desagradable, parecía mucho mayor de lo que en realidad era, estaba perdiendo el cabello y hasta el bigote era ralo. Para alguien que siempre había sido cruel con la fealdad, ver esa imagen en el espejo debe haber sido bastante traumático.

Luis tenía una personalidad que probablemente lo haya predispuesto a la esquizofrenia. Desde pequeño, la línea divisoria entre la fantasía y la realidad fue para él muy difusa. Su médico señaló que, de niño, Luis decía oír voces cuando jugaba al billar. La enorme influencia que tuvo en su mente la leyenda del Santo Grial lo fue llevando al borde de la locura. Como creía que era Lohengrin, usaba el disfraz del caballero cisne. En el lago Alpsee, el rey montó un escenario iluminado en el que príncipe Paul, su amigo, vestido de Lohengrin, era transportado en un barco tirado por un cisne artificial mientras el rey, como espectador, escuchaba la música de la ópera en cuestión.

Poco a poco, el rey fue alejándose cada vez más a su mundo privado. En lugar de acudir a las representaciones públicas en el teatro de Munich, hizo que el teatro se acercara a él por medio de actuaciones en los castillos reales. Además, empezó a vivir de noche. En febrero de 1868 pasó una noche entera cabalgando en círculo. Igual que Felipe V de España, Luis cambió el día por la noche: se levantaba a las siete de la tarde y cenaba por la mañana, para disgusto de cortesanos y ministros, que a esas horas del día iban a consultarlo por asuntos de Estado. Le gustaba pasear en la oscuridad. A veces se lo veía, ridículo con su sombrero bombín, yendo a gran velocidad por la nieve montado en un trineo decorado con una antorcha en la parte delantera y dos hombres de pie tratando de mantener el equilibrio en la parte de atrás.

Su conducta era tan excéntrica que no parecía la de una persona en sus cabales. Dejaba que su yegua estuviese con él durante la cena y que destrozara la vajilla. Le ordenó a Hesselschwerdt, su intendente, que reclutara bandidos italianos para secuestrar al príncipe de Prusia mientras éste pasaba una temporada en Menton. El plan era que lo mantuvieran encadenado y lo alimentaran a pan y agua. Igual de fantasiosas eran las misiones que encomendaba a sus hombres para que encontrasen una tierra o isla encantada, una especie de Shangri-la donde Luis pudiese vivir recluido y dedicarse a la meditación, “sin tener que estar pendiente del paso del tiempo ni ocuparse de nadie ni de nada”, según sus propias palabras. En cumplimiento de las órdenes reales, los funcionarios recorrieron el mundo: Tenerife, Samotracia, Egipto, Afganistán (que como informó Leher, uno de esos funcionarios, tenía un paisaje muy similar al alpino), Brasil, las islas del Pacífico, Noruega... pero Luis no quería un solar que perteneciera a otra persona, quería un territorio independiente que él pudiese bautizar, una tierra como la que había descrito el preste Juan en la Edad Media. Los allegados al rey satisfacían sus caprichos pero no lo tomaban muy en serio, y a veces incluso no cumplían las órdenes que consideraban más ridículas.

Al parecer había dos Luises: uno era encantador y sociable, activo y con conciencia política, preocupado por el bienestar de su pueblo; el otro, en cambio, fantasioso, malhumorado, desconsiderado y retraído, y vivía inmerso en un mundo de fantasía. El problema era que el segundo Luis era el dominante. Según el príncipe Hohenlohe, mientras la corte y los funcionarios siguieran adulándolo, él seguiría creyendo que era un semidiós que podía hacer lo que le viniera en gana y que el mundo, o al menos Baviera, se había creado para complacerlo.

El pueblo se volvió muy crítico del rey al que poco veían, de los extravagantes palacios que mandaba construir, de los romances que, según se rumoreaba, mantenía con los soldados de la caballería, de la extraña forma de vida que llevaba. Los ministros, por su parte, se preocupaban más por los cuantiosos gastos en que incurría el monarca. Aunque Luis recibió un préstamo de Prusia, los proyectos de construcción en los que se había embarcado lo llevaron a una situación financiera desesperante. A comienzos de 1884, debía siete millones y medio de marcos. Gracias a la intervención de Emil von Riedel, el ministro de Hacienda, Luis consiguió que un consorcio de banqueros del sur de Alemania le concediera un préstamo. Pero el rey no tenía interés en dejar de lado sus proyectos edilicios, de modo que al año siguiente la deuda se duplicó. Von Riedel tuvo una fuerte discusión con el monarca cuando éste le pidió que solicitara otro crédito y le explicó que el Estado no podía

afrontar más gastos y que había que ajustarse a los recursos disponibles. Pero Luis, que evidentemente no tenía arreglo, le replicó: “Si no tengo disponible el dinero dentro de cuatro semanas, me confiscarán Lindherhof y Herrenchiemsee. Y si no impedimos esa acción legal, me mataré o me iré para siempre de esta tierra tan maldita que permite que ocurra algo tan abominable”. El 28 de enero de 1886 le propuso al conde Durckheim reunir un ejército por si era necesario defender los intereses reales. Los enviados del rey hicieron todos los contactos posibles para conseguir créditos: se acercaron a un misterioso millonario persa, al duque de Westminster, al rey de Suecia y al sultán de Turquía. El rey en persona ideó un plan para robar el banco Rothschild de Frankfurt. En abril de 1886, la empresa de agua y gas envió un reclamo por cuentas impagas a la corte.

Como último recurso, Luis consultó a Bismarck, quien le aconsejó que informara de sus problemas al Parlamento bávaro, que seguramente haría algo para ayudarlo a salir de la crisis financiera. Los ministros sabían que el Parlamento no haría nada semejante, así que le propusieron al monarca que regresara a Munich, donde de seguro algo podría hacer para resolver el problema. En lugar de seguir sus consejos, Luis decidió echar a los miembros del gabinete, para lo cual recurrió a sus funcionarios -entre los cuales en ese momento se encontraba el barbero Hoppe, quien tenía mucha influencia en la corte-, para que se dedicaran a reunir un nuevo grupo de ministros. Por cierto, el plan quedó en la nada.

La situación ya era crítica. Luis no era solamente un excéntrico al que le interesaba vivir en el lujo sino que constituía además una amenaza política. Había que encontrar la manera de que se fuera. Como su hermano y heredero, el príncipe Otto, estaba loco era necesario establecer una regencia. Lograron convencer al tío de Luis, el príncipe Luitpold, de sesenta y cinco años, de que fuera el regente. En Berlín, el conde Lerchenfeld, ministro de Baviera, le dio detalles de la situación a Bismarck. El canciller estuvo de acuerdo en que si el rey estaba fuera de sus cabales, no había motivo para no arrebatarse la corona.

Los acontecimientos posteriores tuvieron todos los elementos de una tragicomedia, aunque la verdad es que la balanza se inclinaba más hacia el lado de la tragedia. El jefe de ministros, von Lutz, no sabía cómo manejar una situación tan inusual y difícil, así que consultó a un especialista en trastornos mentales, el doctor Bernard von Gudden, profesor de psiquiatría de la Universidad de Munich y director del hospital regional psiquiátrico de la Alta Baviera. El diagnóstico de von Gudden, médico experimentado y benevolente, fue que el caso de Luis se condecía con una paranoia avanzada, si bien nunca entrevistó al paciente.

El informe médico presentado por von Gudden el 8 de junio de 1886 se usó para fundamentar el destronamiento del rey. El médico declaraba que Luis estaba en una etapa avanzada de una insania de carácter incurable y que la condición no le permitiría ejercer su mandato por el resto de su vida. Una comisión integrada por tres médicos sentenció que su capacidad mental estaba tan deteriorada que no era capaz de razonar ni de comprender la realidad que lo rodeaba. En el comunicado emitido, la comisión aseguraba: “El rey tiene la ilusión de que detenta un poder absoluto, se ha aislado por propia voluntad, por lo que es como un ciego al borde del abismo sin nadie que lo guíe”.

Ahora bien, ¿de qué modo había que hacerle saber a ese “ciego” el veredicto? El 9 de junio de 1886 partió con destino a Neuschwanstein la comisión constituida especialmente para informarlo de la noticia, encabezada por el barón von Creillsheim e integrada por otros cuatro dignatarios, el doctor von Gudden y su asistente, y algunos enfermeros. A la una de la mañana, el conde Holnstein, a quien habían designado guarda legal del monarca, descubrió que Fritz Osterholzer, uno de los cocheros reales, preparaba el carruaje. Temiendo que el rey quisiera escapar, el conde le ordenó al cochero que abandonara la tarea y le hizo saber que el nuevo gobernante era el príncipe Luitpold. Osterholzer, fiel a Luis, fue de inmediato al castillo para darle la noticia y lo encontró caminando por la sala de música y recitando versos de Schiller. Cuando Luis se enteró de lo que ocurría, ordenó cerrar los portones del castillo y reforzar la guardia con policías de la cercana localidad de Fussen.

Así fue como, en una tarde húmeda y fresca de verano, al llegar al castillo, la comisión se encontró con los portones clausurados. Nadie podía entrar. Mientras los hombres permanecían sentados en sus carruajes, llegó una admiradora del rey, la pintoresca baronesa Spera von Truchess, quien en su momento había pasado un tiempo en un manicomio. A ella sí le permitieron entrar. La mujer le aconsejó a Luis que se fuera a Munich, pero él se negó. La baronesa permaneció en el castillo unas siete horas (hasta que lograron convencerla de que se fuera) y mientras tanto, los miembros de la comisión regresaron a Hohenschwangau, donde, por orden del rey, fueron arrestados por la policía local. Allí se enteraron de que Luis había dado la orden de que se los privara de la vista, se los azotara y no se les proveyera alimento, pero el secretario de la comisión logró regresar a Munich, donde alertó al gobierno del curso de los acontecimientos. Los ministros ordenaron la liberación inmediata de los detenidos y lanzaron una proclama confirmando la designación de Luitpold como regente.

Si Luis hubiese actuado con sensatez, probablemente se habría salvado, pero no terminaba de decidirse. No quería regresar a Munich,

donde todavía había quienes lo apoyaban. Pensó en quitarse la vida, pero su edecán se rehusó a comprar el veneno.

En la medianoche del 11 de junio de 1886, el doctor von Gudden se apersonó en el castillo, acompañado de su asistente, cinco enfermeros y un grupo de policías. Como se rumoreaba que el rey tenía planeado suicidarse arrojándose desde una torre del castillo, los enviados esperaron escondidos que Luis saliera de sus aposentos y se dirigiera a las escaleras que conducían a la torre. Lo escoltaron hasta su dormitorio. El rey le preguntó con mucho tino a von Gudden: “¿Cómo puede declarar que estoy loco si no me ha examinado?”. El médico, cumpliendo las órdenes que le habían impartido, llevó al rey a Berg, donde llegaron al mediodía del sábado 12.

Luis quedó recluido en su residencia de Berg, situada a orillas del lago Starnberg. El lugar estaba acondicionado de tal manera que el monarca no podía escapar. En apariencia, Luis estaba tranquilo. Von Gudden estaba convencido de que había que tratar compasivamente a los pacientes, de modo que le dio la libertad de salir a caminar por las mañanas, siempre seguido a la distancia por los enfermeros. Si el rey quería salir también a la tarde, von Gudden lo acompañaba. Cuando los otros médicos plantearon sus dudas respecto de esos permisos, von Gudden no les dio la menor importancia.

A las 18.45 de ese mismo día, el rey y el médico salieron juntos a dar un paseo a orillas del lago. Era una pareja digna de ver: Luis era una mole y von Gudden, diminuto. Se hizo de noche y, como no regresaban, un grupo de hombres salió a buscarlos. Estaba oscuro y llovía. Un par de horas más tarde, encontraron la chaqueta, el sobretodo y el paraguas del rey a orillas del lago. Y el cuerpo, boca abajo, en el agua. Su reloj se había detenido a las 18.45. Von Gudden estaba a unos pocos metros, flotando en el agua barrosa.

Qué ocurrió exactamente sigue siendo un misterio. La historia, comentada hasta el infinito, parece un cuento policial. ¿Por qué los objetos del monarca estaban tirados a orillas del lago? Los partidarios de Luis, que no aceptaban la idea de que él se hubiese suicidado, pensaban que quizá lo habían matado, por accidente o con deliberación. Algunos sostenían que el médico, que llevaba consigo un frasco con cloroformo para calmar a Luis, lo había dormido con la sustancia y que éste trató de defenderse pero murió en el intento, ante lo cual el médico sufrió un paro cardíaco. Aun así, dada la juventud y la fortaleza de Luis, la historia es un tanto inverosímil.

Es probable que cuando el rey salió a caminar con von Gudden, se le haya ocurrido escapar. Pero la única prueba que sostiene esa versión es que había un bote abandonado flotando a la deriva bajo la lluvia y que a la

entrada del castillo encontraron huellas de un carruaje. Parece más probable que, con lo perturbado que estaba, el rey haya arrojado las ropas, el paraguas, y haya saltado al lago; y que von Gudden, en un intento por salvarlo de la muerte, también se haya arrojado al agua, donde los dos lucharon y finalmente se ahogaron. Hubo épocas en las que Luis tuvo ideas suicidas, y si bien se discutió la posibilidad de someterlo a tratamiento, el destino de Otto hizo desestimar las esperanzas.

Tras la celebración de un réquiem solemne, el cuerpo de Luis II fue sepultado el 19 de junio de 1886, en la cripta de la iglesia de San Miguel. Más adelante, una vasija con el corazón del monarca fue situada junto a otras reliquias de su antigua familia en la capilla votiva de Alt-Otting.

¿La historia de Alemania se vio afectada por el estilo de vida poco convencional y la mente perturbada de Luis? Si a este monarca le hubiese interesado más la política y si hubiese sido un verdadero estadista, la historia de Baviera podría haber tomado otro curso; quizá, por ejemplo, los planes de Bismarck para la unificación de Alemania se habrían topado con una mayor resistencia. Sin embargo, aun cuando Luis hubiese sido un monarca más normal, los hechos históricos muestran que Bismarck no lo habría tomado más en serio. Lo que no pudo lograr Austria, Baviera tampoco podría haberlo hecho, aunque hubiese contado con dirigentes más fuertes. Loco o cuerdo, Luis no era más que una figura decorativa. Pero sus problemas mentales lo abrumaban cada vez con mayor intensidad y así fue como empezó a habitar un mundo de fantasía muy alejado de su reino verdadero. Como era un monarca con poderes reales, tuvo la posibilidad de reunir en su corte a un grupo de subalternos aduladores, de construir castillos de ensueño a costa del Tesoro nacional y de no ocuparse de los asuntos fundamentales de la dura realidad política de su tiempo. En la búsqueda imaginaria del Santo Grial, se sacrificó en nombre de las ilusiones que poco a poco fueron ocupando la totalidad de su mente enferma.

De todos modos, no fue el último monarca de la dinastía de Wittelsbach, pues por irónico que parezca su hermano Otto, no menos loco que Luis, ocupó el trono, al menos en teoría, hasta que fue destituido en 1913 por su primo, Luis III, el último rey de Baviera. A pesar de su locura, Luis II fue el miembro más trágico y probablemente el más creativo de su familia.

## La enfermedad de los políticos

En la época en que la monarquía era el sistema de gobierno dominante en el mundo, la personalidad y la salud del rey eran fundamentales, porque la clase de hombre que fuera y las decisiones políticas que tomara tenían consecuencias directas en el bienestar o malestar de su pueblo. En cambio, en la época en que prevalece la democracia y la monarquía constitucional, ya no hay lugar para los gobiernos autocráticos, la autoridad del rey es limitada y las cuestiones personales de los gobernantes no tienen tanta relevancia. Si bien aún hay reyes en Gran Bretaña, Holanda, Bélgica, España, los países escandinavos y Japón, el poder real es muy limitado y, en consecuencia, la monarquía es una sombra de lo que fue en el pasado. Hoy en día, los factores genéticos, fundamentales en los tiempos en que los miembros de las familias reales europeas se casaban entre sí, no revisten interés alguno.

El poder real ha pasado a manos de presidentes y dictadores, primeros ministros y políticos presionados por los grupos económicos, entre otros. En los países democráticos, por lo general existen normas constitucionales que regulan el término de los mandatos o los procesos electorales, por ejemplo, y sirven como garantía contra los abusos de poder y el deterioro de la salud mental o física de los dirigentes. En definitiva, son raros los casos de políticos que sufran colapsos nerviosos o muestren indicios de demencia, porque en general se les pide la renuncia antes de que tengan oportunidad de causar daño.

Así, la probabilidad de que exista un político poderoso cuya salud mental sea cuestionable es baja. No obstante, ha habido algunos casos; por ejemplo, el del conde de Chatham, William Pitt el Viejo, que nunca gozó de buena salud y su segundo ministerio concluyó por causa de un colapso nervioso que derivó en una condición maníaco depresiva. Otro caso es el de lord Castlereagh, quien se suicidó en 1822 tras un período de demencia en el que fue presa de alucinaciones.



La historia clínica de Pitt registra diversos problemas: gota -que probablemente heredó de su padre y su abuelo-, ataques depresivos e insomnio. Ni siquiera en sus días gloriosos de ministro británico durante la Guerra de los Siete Años contra Francia gozó de buena salud; en ocasiones las enfermedades afectaron su desempeño como jefe del gabinete de ministros. “No me encuentro del todo bien -escribió en 1754-, me aquejan los dolores y me agobia el encierro. Pensé que el problema de la gota se aliviaría, pero lamentablemente, ha empeorado”. Como solía faltar a las reuniones de gabinete, dio lugar a la intriga entre sus miembros. Pero Pitt tenía tanto prestigio y era un político tan hábil que Jorge III, a pesar del poco aprecio que le tenía, le ofreció el cargo de primer ministro en 1766.

Fue un hecho desafortunado que aceptara el cargo; por más que tratara de disimular su estado físico, cuando se presentaba en la Cámara de los Comunes caminando con la ayuda de un bastón y con las piernas vendadas, era la viva imagen del proceso de deterioro mental que atravesaba. Es probable que tuviese otras complicaciones, entre ellas la enfermedad de Bright, que incidieron en sus dificultades para movilizarse y contribuyeron a la evolución de una condición maníaco depresiva. Su tendencia a la ostentación se volvió tan exagerada que estuvo al borde de la bancarrota: en abril de 1767 le pidió al arquitecto Dingley que agregara treinta y cuatro habitaciones a su residencia y que adquiriera las propiedades que pudieran entorpecer la vista desde aquella. El ministro se recluía cada vez más. Se quedaba sentado en una habitación del último piso de su casa y no hablaba con nadie, ni siquiera con su esposa. Se hacía dejar la comida del lado de afuera de la habitación para no ver a los sirvientes que la llevaban. El duque de Grafton dijo de Pitt que “está muy mal de ánimo y su mente brillante de antaño se ha debilitado a tal punto que el momento de la entrevista fue muy difícil”. Chatham se recuperó gracias al cuidado de su esposa y no tanto por los consejos de su médico, pero la enfermedad fue la culminación de una larga lista de males que lo afectaron durante muchísimos años.

Chatham no fue el único ministro inglés que padeció una enfermedad grave durante el ejercicio de su cargo. El talentoso canciller lord Castlereagh, quien desempeñó un papel fundamental en las negociaciones de paz al término de las guerras napoleónicas, fue presa de una depresión profunda en 1822. La crisis se precipitó por el estrés que le generó su creciente impopularidad y como consecuencia de un escándalo que se había hecho público en ese momento y que involucró al obispo de Clogher. El obispo fue arrestado después de que lo descubrieran en una taberna londinense, White Hart in St. Alban's Place, en Westminster, con los pantalones bajos y en medio de una situación comprometida con un tal

John Moverley, soldado del primer regimiento de guardias. A pesar de que el episodio no tenía vinculación alguna con él, Castlereagh creyó que a él también lo acusarían de cometer alguna infracción relacionada con la homosexualidad. Le dijo a Jorge IV, quien muy sensato no tomó demasiado en serio el comentario, que “huiría de la justicia y se iría al rincón más alejado de la tierra”. El canciller estuvo muy alterado durante varias semanas en las que tuvo momentos de amnesia y su caligrafía era casi ilegible. Los médicos, preocupados por su incipiente locura, ordenaron retirar las navajas de su habitación, a pesar de lo cual, el 12 de agosto de 1822, se cortó la garganta con un cortaplumas.

Los problemas que enfrentaron los políticos y los ciudadanos del siglo XX fueron algo distintos de los padecidos por Chatham y Castlereagh. La mayoría de los dirigentes que ocuparon cargos de importancia no fueron esquizofrénicos ni dementes; como veremos más adelante, los dictadores fueron una excepción. Aun así, el equilibrio mental de los políticos no estuvo exento de verse afectado por problemas de salud, a veces con consecuencias desastrosas.

A lo largo de este libro hemos enfatizado cuán a menudo existe una relación inextricable entre las enfermedades físicas y las mentales, y que considerarlas por separado constituye un artificio en el abordaje del tema. No obstante, es importante reconocer que las enfermedades, sean físicas o mentales, no siempre son obstáculos que impiden el desarrollo de carreras políticas o académicas exitosas. Claros ejemplos son los presidentes norteamericanos Franklin D. Roosevelt y John F. Kennedy, que tuvieron una capacidad excepcional, o el matemático de la Universidad de Cambridge Stephen Hawking, que demuestra que la discapacidad física no necesariamente inhibe la creatividad intelectual. Incluso en el caso de la creatividad artística, la locura no siempre es un obstáculo. Por los casos que hemos expuesto en este libro parecería que el desequilibrio mental tiene efectos desastrosos en la personalidad de los gobernantes y, como consecuencia, en la política. Sin embargo, a veces fomenta el diseño de proyectos interesantes. Nerón, por ejemplo, tenía un costado positivo y creativo de su personalidad. Iván el Terrible y Pedro el Grande fueron en cierta medida estadistas muy productivos. Luis de Baviera tenía cualidades artísticas, producto de su frondosa imaginación.

Sin embargo, si bien admitimos que ni las enfermedades físicas ni, hasta cierto punto, las mentales impiden obtener resultados positivos, por lo general, cuando hay una combinación de ambas en un gobernante, la política pública y las funciones de gobierno sufren un impacto desfavorable.

“A partir de 1908 -escribió Hugh L’Etang en 1969- once primeros ministros británicos de un total de trece, y seis de entre once presidentes estadounidenses padecieron enfermedades durante su mandato que los afectaron en cierta medida”. Sir Henry Campbell-Bannerman, que renunció al cargo de primer ministro en abril de 1908, ya tenía complicaciones cerebro vasculares en el momento de asumir, y sufrió un colapso en noviembre de 1907. A partir de fines de enero del año siguiente, debió permanecer en cama, aislado del mundo. Bonar Law, designado primer ministro el 24 de octubre de 1922, estaba en los primeros estadios de un cáncer de laringe y renunció cuando se enteró del diagnóstico. Ramsay Macdonald, el primer laborista en asumir como primer ministro británico es un buen ejemplo de un político cuyo deterioro físico progresivo incidió en sus procesos mentales. Poco después de la constitución del gobierno que encabezó, en 1931, sufrió un colapso menor y luego, cuando Inglaterra abandonó el patrón oro, tuvo una descompensación más grave. Después de pasar por dos operaciones de glaucoma en 1932, experimentó una leve mejoría, aunque se quejaba por su “fatiga mental”. “Mi problema -escribió el 26 de diciembre- no se debe a un resfriado ni nada por el estilo, sino a que estoy destruido de la cabeza a los pies, por dentro y por fuera”. Al día siguiente anotó: “La depresión es de las peores que he tenido y me ha afectado sobremanera [...]. La tensión se hace notar [...]. Ya he dejado atrás la barrera de la juventud [...]. Camino como un viejo, mi mente funciona como la de un anciano [...]. ¿Cuánto más podré soportar?”.

Macdonald creía que tenía obligaciones con sus partidarios y que era imprescindible, de modo que, actuando con insensatez, decidió no renunciar, a pesar de que tenía insomnio y estaba muy deprimido. “Por las noches, mi cabeza parece una laguna cuyas aguas intentan permanecer inmóviles pero son agitadas por turbulencias que se originan en el fondo”. En una oportunidad, durante una sesión de la Cámara de los Comunes, no cesó de girar la cabeza, nervioso; después explicó que tenía miedo de que un hombre que se encontraba en la tribuna del público pudiera dispararle. En una conferencia sobre el desarme celebrada en Ginebra, perdió el hilo de su discurso y sentenció: “Sean hombres, no maniqués”. Sus discursos, que siempre habían hecho gala de una elegante elocuencia, se volvieron confusos y divagantes. En febrero de 1934, Tom Jones, el secretario de Lloyd George, comentó que el ministro se expresaba de manera sumamente imprecisa. El político británico Clement Richard Attley describió a Macdonald como “un pasajero melancólico en un buque conservador”. El diplomático Harold Nicolson lo juzgó con dureza: “Es un idiota, un viejo chocho”.

A mediados de marzo de 1934, el primer ministro confesó que era como “una máquina inutilizada, con la mente atontada y el cuerpo enfermo”. Con la esperanza de recuperarse, Macdonald emprendió un viaje al extranjero, pero estaba cansado, confundido todo el tiempo, desmemoriado y bostezaba todo el día, según él mismo relató. No podía escribir correctamente, olvidaba nombres, cometía torpes equivocaciones, y su diario estaba lleno de errores de ortografía. Cuando dejó su cargo, en 1935, tenía sesenta y nueve años, y en apariencia padecía Alzheimer.

Winston Churchill, quien estuvo a cargo del gobierno durante los días aciagos de la Segunda Guerra Mundial y llevó a Gran Bretaña a la victoria, tenía una personalidad que no se parecía en nada a la de Macdonald. Era un hombre enigmático que demostró tener más capacidad de liderazgo en tiempos de guerra que en época de paz. Hubo momentos en los que se vio perjudicado por su constitución emocional y mental. Sus padres, una bella dama estadounidense y un político conservador, no se ocuparon de él durante su infancia. Quizás esa desatención haya tenido que ver en la carrera futura del niño. Desde muy joven, Churchill fue arrogante y egocéntrico, y su obsesión fue triunfar en la vida. Las fluctuaciones de su carrera política fueron en parte un reflejo de los traumas de su infancia. Igual que otros miembros de su familia, el primer duque de Marlborough, por ejemplo, Churchill era ciclotímico: pasaba de la euforia a un estado de desesperación, del que tardaba mucho en salir. El primer ministro alcanzó la cima de su carrera política durante la Segunda Guerra Mundial, en que su desempeño fue brillante. En cambio, una vez finalizada la contienda, parecía una ballena encallada en la costa, una ballena vieja, por si eso fuera poco.

Incluso en los años de la guerra, en algunas oportunidades, Churchill presentó signos de cierta lentitud en sus procesos mentales, que por cierto son comprensibles considerando la difícil situación política y los problemas de salud del primer ministro. Entre noviembre de 1943 y agosto de 1944, pasó por tres agotadoras neumonías. Lord Alanbrooke, el militar británico de la Segunda Guerra, anotó en su diario el 4 de diciembre de 1941: “Dios sabe dónde estaríamos si no hubiésemos contado con Churchill, y Dios sabe a dónde nos está llevando”. En marzo de 1944, el primer ministro no lograba concentrarse durante más de unos minutos y estaba muy inquieto. En diciembre de 1947, su médico personal, lord Moran, observaba que el paciente parecía vivir en el pasado, no toleraba los cambios y estaba envejeciendo poco a poco. En abril de 1941, según palabras del médico, “lo encontré deprimido y fatigado, como en estado de coma. Hablaba muy lento y dijo algunas incoherencias. El hecho de que todos lo adularan y que el anciano pareciera no comprender del todo la realidad me hizo pensar

que no ganaríamos la guerra”. Pero Churchill demostró tener una gran capacidad de recuperación, porque, como observó el general Ismay en 1942: “A pesar de haber estado en un pozo, ahora se encuentra en la cresta de la ola. Es muy cambiante: o se deshace en elogios o se pone furioso”. Su tenacidad, su liderazgo carismático y su genialidad le permitieron controlar la depresión y llevar al país a la victoria.

Sin embargo, una vez concluido el conflicto bélico, el panorama no fue el mismo. En las elecciones de 1945, Churchill fue derrotado por el Partido Laborista, pero volvió a ser primer ministro en 1951. Su estado de salud le afectaba los procesos mentales, como comentó lord Moran en su tan criticado libro de memorias. Sufrió una serie de accidentes cerebrovasculares menores en agosto de 1949, febrero de 1952 y junio de 1953, cuyas consecuencias se evidenciaban en cierta debilidad de los músculos de la cara y en la forma de hablar. No entendía bien lo que le decían y le costaba concentrarse y preparar sus discursos. Tuvo el último ataque cerebral el 23 de junio de 1953, durante una cena en honor al primer ministro italiano. A pesar de la gravedad del episodio, los médicos y los dirigentes políticos ocultaron la información al público. Sin embargo, en una nota publicada en el *Daily Mirror* a mediados de agosto de 1953, se planteaba el interrogante de si “sir Winston Churchill está capacitado para dirigir el gobierno”.

Detrás de la fachada, sólo quedaba una sombra de lo que Churchill había sido. No hablaba con claridad y le costaba caminar. No leía más que novelas, pasaba horas jugando a las cartas, le costaba concentrarse y se le olvidaban nombres y fechas. Aunque se daba cuenta de que no estaba bien, se resistía a dimitir, en parte porque desconfiaba de su probable sucesor, Anthony Eden, también un hombre enfermo. Además, le disgustaba acudir a la Cámara de los Lores. Si bien su carrera política estaba en franca decadencia, nadie se animaba a sugerirle que debía renunciar; entonces, durante tres meses Gran Bretaña no contó con un primer ministro ni con un secretario de asuntos exteriores eficientes. Finalmente, la actuación de Churchill en el congreso del Partido Conservador de Blackpool fue tan pobre que sus allegados decidieron pedirle que renunciara en nombre de los intereses de la nación. El 6 de abril de 1955, el primer ministro presentó su renuncia. A pesar de que vivió otros diez años, la vida intensa que había conocido parecía haber concluido.

Las dudas de Churchill respecto de su sucesor eran justificadas, porque a pesar de que Eden era un político muy talentoso, la inestabilidad que lo caracterizaba y las enfermedades que padeció antes de asumir y mientras ejerció su cargo obstaculizaron su desempeño. “El padre de

Anthony -comentó el ministro Richard Austen Butler- era un caballero desquiciado y su madre, una mujer muy hermosa. Así, Anthony era mitad caballero desquiciado y mitad mujer hermosa”. En su juventud, la madre de Eden, Sybil Grey, quería casarse con Francis Knollys, pero el futuro Eduardo VII la convenció de que no lo hiciera. Mujer poco convencional -se rumoreaba que Anthony era fruto de sus relaciones con el político George Wyndham-, era extravagante e impulsiva. La imprudencia y el derroche de Sybil llevaron a Windleston (la casa familiar) a la ruina y eso repercutió en los hijos.

El padre de Eden, sir William Eden, apodado con justicia “el caballero sangriento”, tenía muy mal carácter. Era tan intolerante e impetuoso que algunos lo consideraban loco. “¡Otra vez este cordero de porquería!”, exclamó una vez que le sirvieron lomo de cordero, y a continuación arrojó el plato por la ventana. Era un hombre culto y talentoso, excelente jinete, buen tirador y boxeador amateur. Su hijo Timothy escribió refiriéndose al padre: “La naturaleza lo dotó de innumerables virtudes e igual cantidad de defectos, que aceptó sin desechar ninguno y de los que hizo uso descontroladamente”.

A pesar de los talentos que tenía -inteligencia, capacidad y encanto-, Anthony Eden no logró deshacerse del legado que había recibido de sus padres, ni de los traumas de su infancia, que el estrés y las dolencias físicas no hicieron sino intensificar. En 1952, cuando era secretario de Asuntos Exteriores del gobierno de Churchill, debió ser operado de la vesícula, con tan mala suerte que el cirujano le cortó por accidente el conducto biliar. Eden tuvo mucha fiebre después de la operación. Cuando volvieron a operarlo, estuvo a punto de morir. El especialista norteamericano Richard Cattel juzgó conveniente operarlo por tercera vez para remover la obstrucción biliar. Esa tercera cirugía, practicada en la ciudad de Boston, Estados Unidos, duró ocho horas. El paciente se recuperó, pero la dolencia dejó sus secuelas: una colangitis aguda con picos de fiebre recurrente. Después de asumir como primer ministro, Eden tuvo una salud precaria. En épocas de estrés, se ponía demasiado irritable y desconfiado, y su capacidad de discernimiento se reducía.

Las enfermedades y la tendencia neurótica de Eden permiten comprender su controvertida política de intervención armada durante la crisis del canal de Suez, ocurrida en 1956. Algunos de sus colegas creían que estaba bajo los efectos de las drogas, opinión que no carecía de fundamento, dado que los médicos le recetaban anfetaminas y tranquilizantes, que bien pueden haber sido la causa de sus llamativos cambios de humor. Las secuelas de la obstrucción biliar no fueron algo menor, y la combinación de su mala salud y las tensiones políticas

tuvieron importantes consecuencias en la vida personal y en la política del primer ministro.

La crisis se desató en agosto de 1956, cuando Eden tuvo un pico de fiebre seguido de períodos de lasitud y agitación. “El canal de Suez - expresó su esposa, Clarisa- pasaba por nuestra sala”. Los médicos no estaban seguros de si su paciente estaba enfermo de verdad o sólo sufría las consecuencias de una fatiga aguda. En todo caso, Ian y Ann Fleming invitaron a los Eden a pasar un tiempo en la casa que aquellos tenían en Jamaica para que Anthony se repusiera. Respecto del viaje, una de las personas más repelentes, Randolph Churchill, comentó lo siguiente: “El único paralelo histórico con la situación de las tropas británicas en Egipto es la negativa de Hitler a retirar al ejército alemán de Stalingrado, pero al menos Hitler no se fue a pasar el invierno a Jamaica”. A su regreso, Eden demostró haber perdido la capacidad para cumplir con sus obligaciones. Un funcionario del gobierno contó que “por un momento, me miró directo a los ojos [...] y entonces vi en ellos a un hombre acosado por sus propios demonios”. El primer ministro renunció el 8 de enero de 1957, y su lugar fue ocupado por Harold Macmillan. Debido a las complicaciones de un trastorno de vejiga, Macmillan también abandonó el cargo años más tarde, aunque después se arrepintió de haber tomado esa decisión.

El recorrido que hemos hecho por la historia de algunos primeros ministros británicos revela cuestiones alarmantes. Al parecer, el temperamento de los dirigentes involucrados es tan importante en el acceso al poder y en la toma de decisiones políticas, como los principios a los que dicen adherir, y en algunos casos ese temperamento es un reflejo de sus traumas psicológicos. No se trata exclusivamente de un problema de ambición pura, aunque en algunos políticos pueda ser un factor de peso, sino de la cuestión de en qué medida los problemas personales influyen en la política. Es difícil, si no imposible, ilustrar esa hipótesis por medio de referencias a acontecimientos o decisiones puntuales, pero es indudable que hay aspectos que no están a la vista que a veces dan lugar a cierto grado de incompetencia mental o, al menos, a la disminución de la capacidad de razonamiento.

Suponer que puede juzgarse a los políticos sin hacer referencia a su salud física y mental o a las aberraciones de su vida privada es una idea desacertada. Incluso la capacidad de Lloyd George como primer ministro y líder del Partido Liberal no puede considerarse sin tener en cuenta su conducta sexual. En el caso del primer ministro Herbert Asquith, los rasgos de su personalidad incidieron en el ejercicio del cargo. La ciclotimia hizo que Churchill fuese un excelente líder en tiempos de guerra, aun cuando sus impulsos lo llevaran a equivocarse, y que tuviese poca fortuna

como político en tiempos de paz. La personalidad de Eden, perfilada en parte por su herencia y en parte por su mala salud, hizo que la crisis del canal de Suez fuese una situación problemática tanto en el ámbito personal como en el público.

De nuestro análisis surge la idea de que cuando los políticos ocupan puestos de liderazgo, en especial durante períodos prolongados, se ven afectados psicológicamente, tienden a distanciarse de los ciudadanos y adoptan una perspectiva que distorsiona la realidad política. En el largo mandato de Margaret Thatcher como primera ministra por el Partido Conservador se observa cierta disminución en su capacidad de apreciación de la situación política y un interés exagerado en conservar su autoridad sobre el gabinete, el partido y el país entero.

En Gran Bretaña, tarde o temprano, a los primeros ministros con graves problemas de salud o dificultades psicológicas perjudiciales para su discernimiento se los ha convencido de que dimitieran. Incluso si no lo hicieran, los gobernantes británicos tienen mucho menos poder que los estadounidenses; por eso, en los Estados Unidos la experiencia ha sido menos feliz. El poder que detentan los presidentes norteamericanos aumenta la probabilidad de que el gobierno se vea afectado negativamente, en especial si el titular del Ejecutivo sufre alguna enfermedad física con efectos psicológicos perjudiciales. Los últimos años de la presidencia de Woodrow Wilson son un claro ejemplo.

Hombre temperamental, graduado y profesor de la Universidad de Princeton y con una infancia difícil, Wilson fue un político de grandes ideales y enorme capacidad intelectual, y su presidencia fue muy destacada. Tuvo muchos problemas de salud: entre 1874 y 1910 padeció más de doce enfermedades graves, entre ellas, tres colapsos nerviosos, y además era evidente que sufría una insuficiencia arterial. Cuando Wilson sucedió a William Howard Taft en 1913, Weir Mitchell, médico del nuevo presidente, expresó sus dudas respecto de si podría completar su mandato debido a los problemas de salud.

Aun cuando en los primeros años como presidente Wilson fue muy activo y reformó la legislación nacional, ya mostraba algunos signos preocupantes: fuertes jaquecas, trastornos renales y hemorragia vítrea, síntomas característicos de la hipertensión arterial. El deterioro de la salud acentuó algunos de los rasgos característicos de la personalidad del presidente. La inflexibilidad y la poca disposición a negociar, que habían sido motivo de agrias discusiones cuando era director de la Universidad de Princeton, se intensificaron. En 1917 Wilson llevó a los Estados Unidos a entrar en la Primera Guerra Mundial. El papel que desempeñó en la



Conferencia de Paz de París de 1919 se vio afectado significativamente por su salud y su relativa falta de criterio.

Hacia 1919, el presidente pasaba por un período de cambios cognitivos y emocionales causados por la hipertensión y la isquemia cerebral. Gilbert Close, uno de sus allegados, manifestó que “nunca había visto tan mal al presidente, hasta cuando está en la cama tiene reacciones peculiares”. La irritabilidad, cierta falta de memoria, la estrechez de miras, la petulancia y el hermetismo de Wilson hicieron difícil el diálogo con el francés George Clemenceau y el británico Lloyd George en la Conferencia de Paz de París, lo distanciaron del coronel House, su consejero de confianza, y le impidieron mantener informado al pueblo estadounidense de los planes que tenía en mente. Según Herbert Hoover, “la falta de contacto con el pueblo y los líderes alejó a Wilson de la realidad y del compromiso asumido con ellos”.

En particular el presidente demostró su incompetencia y la imposibilidad de concentrarse en asuntos específicos. Su única obsesión era la preparación del acuerdo fundacional de la Liga de las Naciones y la creación de ese organismo, pues pensaba, no sin cierta ingenuidad, que con él se resolverían los mayores problemas políticos y económicos que aquejaban al mundo. El idealismo del presidente alcanzó una dimensión que le hizo perder contacto con la realidad. Wilson, agotado desde hacía tiempo, empeoró como consecuencia de una gripe o una encefalitis que se diseminó por Europa y América entre 1917 y 1919.

Tras la firma del tratado de paz, regresó muy debilitado a su país. Cuando a fines de septiembre pronunció un discurso en la ciudad de Pueblo, Colorado, le costó mantenerse de pie sobre la tarima y pronunciar algunas palabras, hacía pausas prolongadas y no lograba seguir el hilo de su pensamiento. Fue una parodia de la retórica brillante y la lógica impecable de otros tiempos.

Poco después, sufrió un accidente cerebrovascular grave que le comprometió la vista y le paralizó el costado izquierdo del cuerpo. El sentido común y la agudeza política deberían haberlo hecho renunciar, pero Cary Grayson, el médico presidencial, a instancias de Edith Galt, la segunda esposa de Wilson, mantuvo en secreto las afecciones del mandatario, y así hizo prevalecer la lealtad personal por sobre los intereses de la nación. El pueblo no sabía nada de lo que pasaba. Es probable que el presidente no tuviera plena conciencia de la seriedad de su estado de salud, porque quizá tuviese anosognosia, es decir, negación de la enfermedad, síntoma característico de algunas alteraciones cerebrales como la trombosis del hemisferio derecho.

La decisión de permanecer en el cargo fue trágica, desastrosa en el plano personal y en el político: durante casi dos años, entre octubre de 1919 y marzo de 1921, el gobierno estadounidense no tuvo quién lo dirigiera. El presidente, sobreprotegido por su esposa y su médico, vivió casi aislado, sin contacto con el mundo exterior. Hubo siete meses en los que no asistió a las reuniones de gabinete, un mes en el que le resultó imposible leer los diarios. No podía pensar con claridad. A veces, pasaba horas con la mirada perdida. Según Hoover, cuando, pasado un tiempo, el 13 de abril de 1920, Wilson se reunió con sus ministros, el presidente no había recuperado la energía física y mental de antaño. Además, como consecuencia del deterioro físico, perdió gran parte de su capacidad intelectual. El presidente sufría de demencia, y el daño cerebral se reflejó en su personalidad: se volvió obstinado, quejoso, vulnerable en el plano emocional y perdió contacto con la realidad. Un día de otoño de 1920, mientras Stockton Aston le leía en voz alta, “se le llenaron los ojos de lágrimas sin ninguna razón aparente”. El Senado ya había rechazado la ratificación de la propuesta central de su programa de gobierno: el establecimiento de la Liga de las Naciones.

El presidente no se presentó para un segundo mandato sino que apoyó a su yerno, William McAdoo, pero no fue ninguna sorpresa que Warren G. Harding ganara las elecciones por un enorme margen. Con todo, la presidencia de Harding estuvo signada por la corrupción y el escándalo, que él trató de olvidar jugando a las cartas y bebiendo. No puede asegurarse que su muerte prematura haya sido consecuencia del estrés, pero es probable que haya sido una de las causas de la enfermedad coronaria que le causó la apoplejía y, en definitiva, la muerte, ocurrida el 2 de agosto de 1923. Wilson murió un poco después, el 3 de febrero de 1924. A pesar de que su enfermedad fue una tragedia personal y un desastre para el país, como figura pública y presidente fue muy superior a Harding.

Si bien con el paso del tiempo la salud de Wilson se convirtió en una desgracia, en los primeros años no minó su discernimiento político, algo que tampoco ocurrió en el caso de Franklin D. Roosevelt, en quien la mente obtuvo un triunfo espectacular sobre el cuerpo. Roosevelt nació en el seno de una familia rica y aristocrática. Theodore, su primo lejano, fue presidente de los Estados Unidos en la primera década del siglo XX. En 1905, cuando tenía veintitrés años, Franklin se casó con Eleanor, sobrina de Theodore, una joven atractiva e inteligente. Como abogado y miembro del Partido Demócrata, su carrera política se inició con su elección para el Senado del estado de Nueva York en 1910. De carácter fuerte y enérgico, el apuesto Franklin Delano apoyó al presidente Wilson y se presentó como

candidato a la vicepresidencia en las elecciones de 1920, en las que salió victoriosa la fórmula republicana.

En agosto del año siguiente fue de vacaciones con su familia a su casa de veraneo en la isla de Campobello, en la provincia canadiense de New Brunswick. Una tarde, al regresar de un paseo, colaboró en la extinción de un incendio forestal en una isla vecina. Acalorado por el esfuerzo físico, decidió tomar un baño refrescante en las frías aguas de la bahía de Fundy. A las pocas horas tuvo un pico de fiebre con dolor en las piernas y la espalda, síntomas de poliomielitis, una enfermedad infecciosa viral que ataca el sistema nervioso central. En la zona estaba de vacaciones el prestigioso cirujano, ya octogenario, William W. Keen, quien veintiocho años antes había tenido la responsabilidad de poner a salvo la vida y la reputación del presidente Grover Cleveland.

Keen, quien no sabía mucho de poliomielitis, le diagnosticó una lesión de la médula espinal y recomendó sesiones de masajes: el peor tratamiento posible para la enfermedad que padecía Roosevelt. Dos semanas después, el futuro presidente, muy dolorido y con una parálisis que en lugar de ceder se extendía, consultó a un médico de Boston, Robert W. Lovett, quien acertó con el diagnóstico y ordenó interrumpir los masajes.

La recuperación no fue total. Roosevelt practicó innumerables ejercicios para fortalecer los músculos. Pasaba mucho tiempo en Warm Springs, en Georgia, localidad famosa por sus fuentes de agua termal, cuya temperatura constante de 30° centígrados era perfecta para aliviar el dolor. La enfermedad le dejó secuelas en las piernas, y Roosevelt debió usar aparatos ortopédicos para caminar. En el plano psicológico, enfrentó la enfermedad con mucha entereza y determinación. Eleanor afirmó que “la enfermedad de Franklin fue una desgracia con suerte, porque a partir de ella adquirió una fuerza y un coraje mucho más pronunciados, empezó a preocuparse por los temas fundamentales de la vida y aprendió la lección más grande de todas: la de la paciencia eterna y la perseverancia absoluta”.

En junio de 1924, acudió a la convención demócrata en la que se nominó a Alfred Smith como candidato a la presidencia. El valor de Roosevelt por presentarse a la asamblea en silla de ruedas recibió apreciables elogios y constituyó además el preludio de su nominación para la presidencia en 1932.

Los hitos de la presidencia de Roosevelt fueron el famoso *New Deal*, conocido en español como “Nuevo reparto” o “Nuevo pacto”, que contribuyó a la recuperación de la economía nacional y al apoyo a los desvalidos - fomentado seguramente por la propia condición de discapacidad del presidente-, y la entrada de los Estados Unidos en la Segunda Guerra

Mundial en 1941, durante la cual el mandatario tuvo un brillante desempeño. Sin embargo, era de esperar que en algún momento el problema físico cobrara un protagonismo no deseado. Incluso antes de la poliomielitis, Roosevelt ya había padecido numerosas enfermedades: fiebre tifoidea en 1912, apendicitis en 1914, amigdalitis en 1916 y absceso periamigdalino y neumonía, ambos en 1918. Es probable que la extracción de las amígdalas a la que fue sometido en 1919 debilitara su sistema inmunológico y permitiera, de esta manera, que el virus de la polio lo afectara.

Durante su mandato, Roosevelt estuvo sometido a una gran presión por el enorme volumen de trabajo. Hacia 1943, si no antes, se lo veía menos vital y más indeciso. En qué medida la mala salud influyó en la toma de decisiones antes y después de la entrada de los Estados Unidos en el conflicto bélico es difícil de saber, pero hay algunos indicios de que el presidente estaba perdiendo su capacidad de liderazgo y su iniciativa para resolver los problemas. Prueba de ello es la incoherencia en la política relacionada con Japón antes del ataque a la flota estadounidense en Pearl Harbor, un hecho que le brindó a Roosevelt la justificación que necesitaba para que su país participara activamente en la guerra.

Los signos del deterioro del presidente fueron más marcados tras la Conferencia de Teherán de 1943, en la que estableció lazos cordiales con Stalin que explican en parte la estrategia que adoptó en Yalta dos años después. A su regreso, se notaba su agotamiento. El joven cardiólogo Howard Bruenn, quien lo examinó en el Centro Médico Nacional de Bethesda a fines de marzo de 1944, determinó que el paciente sufría de encefalopatía metabólica por hipertensión, que se manifestaba por medio de episodios momentáneos de pérdida de la conciencia y confusión mental. Roosevelt tenía el rostro grisáceo, los dedos y los labios azulados y presentaba una complicación en las vías respiratorias superiores, síntomas de una enfermedad pulmonar crónica, una insuficiencia cardíaca congestiva e hipertensión. Su médico personal, Ross McIntire, recomendado por Cary Grayson, a su vez médico de Woodrow Wilson, ocultó información en su reporte, de modo que el público no se enteró de toda la verdad, tal como había ocurrido antes con el estado de salud de Wilson.

La encefalopatía y sus complicaciones fueron mermando la capacidad de liderazgo del presidente y afectaron las decisiones políticas y militares que debió tomar. Aunque eran esporádicos, los signos de fatiga, confusión y disminución de la incapacidad intelectual, y las conductas extrañas se hicieron notar. John Bishop observó que, en ocasiones, Roosevelt se quedaba con la boca abierta sin darse cuenta, le costaba hilar los

pensamientos y pronunciaba frases agramaticales. No resulta sencillo dar ejemplos de situaciones concretas que hayan afectado los asuntos públicos, pero uno podría ser el aval que dio el presidente norteamericano al plan elaborado para el futuro de Alemania por Morgenthau, presentado en la Conferencia de Quebec de agosto de 1944. No cabe ninguna duda de que Roosevelt estaba muy enfermo cuando aceptó la nominación para un cuarto mandato consecutivo, hecho nunca visto en la historia de los Estados Unidos. El presidente fue reelegido.

Por lo tanto, en febrero de 1945, cuando Roosevelt asistió a la Conferencia de Yalta, en la que se reunió con Stalin y Churchill, las expectativas no eran las mejores. El doctor Roger Lee, de Boston, observó que el presidente “estaba muy irascible y se irritaba si tenía que concentrarse durante mucho tiempo. Si surgía alguna cuestión que requería una reflexión profunda, cambiaba de tema de inmediato. Además, tenía insomnio”. Lord Moran, quien acompañó a Churchill en el viaje, describió a Roosevelt como “un hombre muy enfermo. Presenta todos los síntomas de un estadio avanzado de aterosclerosis cerebral, así que pienso que le quedan pocos meses de vida”. El político demócrata Jim Farley anotó sus impresiones sobre el presidente estadounidense: “Cordell (Hull) y yo coincidimos en que está enfermo y que no deberían convocarlo para tomar decisiones que afectaran al país o al mundo”. Cuando volvió de Yalta, estaba muy demacrado y cayó en un estado de letargia. El discurso que pronunció ante el Congreso fue lúgubre, confuso, titubeante y, en definitiva, ineficaz.

El tema de que el desempeño y la política de Roosevelt hayan sido una manifestación de su mala salud es objeto de controversia. Desde un punto de vista más actual, su política de temporización con Stalin y la luz verde que dio a Rusia para ejercer el control en el este de Europa parecen inadecuadas, pero en realidad es probable que tuviera en claro lo que hacía, aunque muchos hayan pensado lo contrario. Si bien el trato que le dio a Stalin revelaría su ingenuidad, podría haber gobernado el país un tiempo más de no haber sido por la hemorragia cerebral, a la que su condición de hipertenso lo había predispuesto, que desembocó en su muerte, el 12 de abril de 1945, cuando estaba en su casa de Warm Springs. El lugar destacado que ocupa Roosevelt entre los líderes políticos del siglo XX no está en discusión, pero no se puede negar que su capacidad disminuyó a causa de las dolencias padecidas.

Por alguna extraña razón psicológica, Roosevelt designó para cargos gubernamentales a políticos que, aunque capaces, tenían más problemas de salud que él. Un ejemplo son los hombres que estuvieron a cargo de la Secretaría de Marina durante su presidencia y de su sucesor, Harry

Truman. Claude A. Swanson, en el cargo desde 1933, estaba tan débil que necesitaba ayuda para permanecer de pie, no podía sostener un cigarrillo y hablaba con un volumen tal que resultaba difícil oírlo. Harold Ickes, ministro del Interior, contó que en un evento en la Casa Blanca, a Swanson “le costaba estar de pie. Después se le aflojaron las piernas, se le cayó el bastón y se desmayó”. Más tarde, Ickes reflexionó: “El hecho de que Swanson siga siendo miembro del gabinete, cuando todos saben que no está bien física ni mentalmente, da una mala impresión”. Cuando Swanson murió, en julio de 1939, Ickes escribió:

Durante dos o tres años, Swanson estuvo más muerto que vivo. No asistió a las reuniones de gabinete ni fue a trabajar a su despacho en meses. Incapacitado por completo, permaneció internado varias semanas. No podía entrar al salón de reuniones del gabinete sin asistencia y esperaba sentado hasta que venía alguien que lo ayudara a levantarse de la silla y lo llevara al auto.

A pesar de la debilidad física -o quizá debido a ella-, Swanson era un político activo e influyente, y fue quien le insistió a Roosevelt para que le declarara la guerra a Japón después del ataque al buque cañonero *Panay* en 1937.

Los sucesores de Swanson no estuvieron mejor que él. Frank Knox murió de un paro cardíaco en abril de 1944. Tres años después, Truman designó a James Forrestal para el puesto, quien había causado una impresión favorable en Roosevelt. Antisemita y anticomunista a ultranza, Forrestal sufrió las consecuencias del estrés. El insomnio, los problemas digestivos y la angustia no lo dejaron en paz. Estaba cada vez más paranoico y desconfiado: nadie podía entrar a su despacho sin pasar por una rigurosa inspección previa. Llegó a pensar que hasta las sombrillas de playa tenían micrófonos escondidos. Dubitativo, indeciso y deprimido, se arrojó del piso dieciséis del Hospital Naval de Bethesda el 22 de mayo de 1949.

En 1940, se dijo del secretario de Guerra de Roosevelt que era un anciano en decadencia. Tenía setenta y tres años, era muy inflexible y sufría de insomnio. A pesar de su deterioro físico, ejerció el cargo hasta septiembre de 1945. El secretario de Estado en ese entonces, Cordell Hull, quien se retiró a los setenta y tres después de doce años en sus funciones, padecía fatiga crónica, aterosclerosis y diabetes. Era tan sensible al frío que su despacho estaba siempre cerrado como un invernadero. A pesar de que sus apreciaciones no siempre eran confiables, en la práctica fue el portavoz del presidente.

Harry Hopkins, consejero muy cercano a Roosevelt, era un político con gran influencia en lo referente a los asuntos exteriores. El 20 de septiembre de 1941, Ickes escribió:

Acongojado, Bill Bullitt me hizo saber que creía que el presidente necesitaba tener cerca a alguien que dependiera de él, que estuviese demacrado y débil. Ya había tenido a un hombre con esas características, Louis Howe, y después, a Harry Hopkins. Bill me dijo que según él, los dos eran muy parecidos: encorvados, flacos y con aspecto cadavérico.

Hopkins estuvo muy cerca del presidente desde la época del *New Deal* hasta sus últimos días, y probablemente ejerció gran influencia en las decisiones tomadas en Yalta. Cuando Moran lo vio en Washington en diciembre de 1941, se asustó de su aspecto. “Sus labios son muy blancos - comentó el médico-, como si hubiese tenido una hemorragia interna; la piel, amarillenta, parece un pergamino; los párpados caídos dejan una pequeñísima abertura que permite apreciar el movimiento continuo de los ojos, como si estuviese sufriendo por el dolor”. Hopkins siempre había sido una persona enferma: padeció una úlcera gástrica en 1936, cáncer en 1939, además de esteatorrea y deficiencia proteica. Murió a causa de una hemocromatosis, trastorno metabólico que produce acumulación excesiva de hierro en el hígado. Las enfermedades lo debilitaron mucho y lo convirtieron en una persona irritable e impulsiva.

Cuando John F. Kennedy llegó al poder, muchos pensaron que los Estados Unidos revivirían. Joven, enérgico, apuesto y miembro de una familia acomodada, Kennedy tenía un carisma indestructible. Con el paso del tiempo, parte del brillo fue empañándose. El presidente era muy mujeriego. Un día le preguntó a un sorprendido, por no decir avergonzado, Harold Macmillan: “Yo, si paso más de tres días sin estar con una mujer, tengo unos dolores de cabeza terribles, ¿y tú?”. El asesinato del presidente benefició su reputación como persona y como político, quizá sin que lo mereciera. Detrás de una pantalla de hombre masculino y atractivo, se escondía una debilidad y un dolor agudo que quizás hayan tenido consecuencias en sus decisiones políticas, con frecuencia poco acertadas. En relación con el incidente de bahía de Cochinos, Kennedy estaba convencido de que Cuba, como satélite de la Unión Soviética, constituía un peligro para la seguridad de los Estados Unidos. Sabía que había exiliados cubanos que la CIA adiestraba en Guatemala y, sin aceptar la opinión de los expertos, aprobó la invasión de Cuba. Sin embargo, el desembarco en bahía de Cochinos fue un error fatal: los cubanos interceptaron al ejército

invasor, mataron a muchos de sus soldados y apresaron al resto. A Kennedy le habían advertido sobre el desatino de invadir ese lugar sin calcular las consecuencias. La decisión del presidente de viajar a Dallas en 1963 fue otro error producto de la imprudencia, porque él sabía muy bien que esa ciudad era un foco opositor poderoso y que las visitas del dirigente demócrata Adlai Stevenson y del senador Fulbright habían provocado disturbios callejeros. Antes de viajar, Kennedy le comentó a su hermano que eso haría más excitante la visita.

Kennedy tenía un dolor que lo aquejaba sin pausa, por lo que le administraban esteroides, anestésicos locales y estimulantes. Una hepatitis infecciosa lo obligó a interrumpir los estudios que cursaba en la Universidad de Princeton. En su primer intento por incorporarse al ejército, no fue aceptado, pero más tarde ingresó en la Marina; cuando un destructor japonés embistió el barco en el que se encontraba, se le agravó la lesión causada tiempo atrás, durante un partido de fútbol en Harvard. Como consecuencia del accidente, debió someterse a una operación para reconstruirle el talón del pie izquierdo y luego tuvo que utilizar una ortesis.

Más serio aún es que Kennedy era víctima del mal de Addison, insuficiencia adrenocortical que produce debilidad y afecta negativamente el sistema inmune, y que probablemente haya tenido repercusiones en la capacidad de juicio del presidente. A Kennedy siempre le interesó ocultar las marcas físicas de su enfermedad, así que para disimular los síntomas cutáneos -las características manchas oscuras-, tomaba sol y se aplicaba bronceador. Debido a esa enfermedad, se hacía difícil practicarle la cirugía necesaria para tratar su problema de columna. De todos modos, se operó, pero los dolores no cesaron. Para la época de las internas del Partido Demócrata para elegir el candidato a presidente que se presentaría en las elecciones de 1960, el senador Lyndon Johnson, a cuyo ataque cardíaco Kennedy había aludido en una convención demócrata en Los Ángeles, contraatacó refiriéndose al mal de Addison de su rival. Los partidarios de Kennedy negaron fervientemente que el candidato padeciera esa dolencia, pero la fatiga, la inestabilidad emocional, la depresión y la irritabilidad, síntomas característicos del problema renal, eran imposibles de ocultar. Como parte del tratamiento, Kennedy ingería esteroides, que con frecuencia traen complicaciones psiquiátricas. Además, le administraban anestésicos, como la procaína, y estimulantes, anfetaminas, por ejemplo, sin considerar los efectos colaterales adversos causados por la ingesta prolongada de estos medicamentos.

Max Jacobson, que fue el médico de cabecera de Kennedy, se convirtió en un profesional de moda en ese momento. Atendía a muchos famosos, entre ellos a Truman Capote y a Tennessee Williams. Jacobson, a quien



Kennedy tenía mucho aprecio, acompañó al presidente en su viaje a Viena, donde éste se reunió con el jefe del gobierno soviético, Nikita Kruschev. Hay motivos para suponer que las drogas que Jacobson recetaba tenían efectos nocivos; años más tarde, en 1975, al médico le prohibieron ejercer la medicina en el estado de Nueva York por encontrarlo culpable de cuarenta y ocho cargos de conducta profesional impropia.

Los presidentes norteamericanos más recientes también tuvieron que superar problemas físicos y psicológicos. Richard Nixon, por ejemplo, presentaba los rasgos típicos de un megalómano. “Mira -le dijo a un pasajero que lo acompañaba en el avión presidencial mientras sobrevolaban Washington-, mira todo esto. ¡Es todo mío!”. Por otro lado, la presidencia de Reagan, un hombre muy popular pero envejecido, cuyo control de los asuntos del Estado fue mínimo, puede verse reflejada en la afición de su esposa por la astrología. Hemos dicho lo suficiente para mostrar que incluso en la Tierra de la Libertad, quienes dirigen los destinos del país no están libres de toda mancha.

Los problemas de salud no fueron tema de preocupación para William Lyon Mackenzie King, primer ministro de Canadá, pero él fue, como puede apreciarse en sus diarios, víctima de una aberración psicológica que se manifestó en las creencias y prácticas extrañas (espiritismo, necromancia) que dominaron su vida personal. Si bien se ha argumentado que esas costumbres no afectaron significativamente su desempeño como político, es muy probable que haya habido ocasiones en que se filtraron desde el ámbito privado al público.

Podría afirmarse que Mackenzie King fue el político canadiense más exitoso del siglo XX, pues ocupó el cargo de primer ministro por un período superior a cualquier otro primer ministro de todos los miembros de la *Commonwealth*, sir Robert Walpole incluido. A pesar de las crisis y las divisiones internas del Partido Liberal, Mackenzie King, sin ser un orador brillante ni tener carisma, transformó a su partido en un pilar formidable de la política canadiense. Vista desde afuera, su carrera fue sumamente exitosa.

Con todo, King era un hombre enigmático y complejo. El primer ministro siempre estuvo dominado por la figura de su madre, Isabel Grace, hija de William Lyon Mackenzie, líder de la rebelión de 1837, de quien heredó el interés por las reformas sociales y liberales. Desde pequeño fue muy solitario. No le interesaban las mujeres y, como su par británico William Ewart Gladstone, se ocupó de sacar de la calle a las prostitutas, a cuyas tentaciones debe haber sucumbido muchas veces. Fue amigo íntimo de un compañero de estudios, Bert Harper, con quién mantuvo una relación apasionada, por lo cual, sin embargo, no puede afirmarse que

haya sido homosexual. La muerte prematura de Harper, que falleció ahogado por tratar de salvar a una mujer que había caído al río mientras patinaba sobre hielo, fue una pérdida irreparable para King. A partir de ese momento, el futuro primer ministro tuvo pocos amigos y vivió una vida solitaria, dedicada a la reflexión entre las cuatro paredes de la casa que tenía en las afueras de Ottawa o en su finca de Kingsmere, donde hacía vida de hacendado.

Como político, fue realista e inflexible, pero con el transcurso de los años su entorno fue reduciéndose y el político empezó a tener contacto con el mundo del más allá, habitado por espíritus que invocaba con la ayuda de médiums, numerólogos y guías espiritistas. Cuando pasaba a los asuntos terrenales, se dedicaba a mimar a su perro, un terrier irlandés llamado Pat. “Pat -escribió en 1931- vino corriendo de la habitación y me lamió los pies. Es hermoso, parece humano; sólo le falta hablar. A veces pienso que me lo ha enviado mi querida madre para consolarme”. El día que Gran Bretaña le declaró la guerra a Alemania, en 1939, King anotó en su diario: “Pat es un perro angelical, y algún día será un verdadero ángel canino”. El perro vivió dos años más antes de convertirse en ángel; murió cuando tenía diecisiete años. Mientras el perro agonizaba, King dijo en voz alta, con los ojos fijos en el retrato de su amada madre: “Dios quiera que esté a salvo en los brazos de Jesús”. Después el primer ministro tuvo otro perro al que también llamó Pat. En la Nochebuena de 1944, King escribió: “Antes de irme a dormir, doy un paseo con Pat, a quien llevo en su canasta. Hablamos del Niño Jesús y del pesebre”. Cuando, en 1947, el rey Jorge VI lo honró con la Orden del Mérito, King dejó escrito en su diario que creía que sus perros merecían más ese honor que él.

Su obsesión por el espiritismo se inició muchos años después de que entrara en la vida política. En la campaña electoral de 1925, a los cincuenta y un años, conoció a una médium, una tal señora Bleaney, de Kingston, que ejerció una gran influencia en su manera de pensar. “Hablar con esa mujer -escribió King- es una experiencia singular. Me ha acercado a mis seres queridos que habitan en el Más Allá, que hoy siento como un lugar omnipresente, en el aquí y el ahora”. La señora Bleaney le dijo, con una referencia indirecta a las elecciones: “Usted atravesará sin peligro un camino que termina en un sitio con una atmósfera diáfana. Inmerso en ella, una vez más, respirará el aire puro de la libertad y la justicia después de dejar atrás una lucha intensa”. Según King, esas palabras eran el reflejo de una visión maravillosa de una situación que sólo podía vislumbrarse gracias a un don espiritual.

Siete años más tarde, durante una sesión de espiritismo organizada en Brockville por la viuda de un senador canadiense de nombre Fulford,

King conoció a otra médium, Etta Wright, que también lo puso en contacto con los muertos: su madre, sir Wilfrid Laurier y otros políticos. “No cabe ninguna duda de que las personas con las que he estado hablando eran mis seres queridos y otros que he conocido y que están muertos. Eran espíritus de personas que se han ido al otro mundo”.

A partir de esa época, la comunicación con los difuntos fue una parte fundamental en la vida de King. En sus viajes a Europa, y a Inglaterra en particular, el canadiense consultó a otros médiums que ampliaron la lista de muertos con los que tenía contacto, entre otros se encontraban Leonardo da Vinci, Lorenzo de Medici, Pasteur -quien le recomendó una cura para el problema cardíaco de Pat, el perro-, lord Grey de Falloden, Gladstone y el conde de Rosebery. En enero de 1935 se puso en contacto con el espíritu de su abuelo, quien le aseguró que sería primer ministro en junio de ese año y le recomendó que estuviera preparado para una larga lucha, que se fuera a dormir temprano siempre que pudiera, que fuera frugal en las comidas, que no bebiera y que rezara mucho. La predicción del abuelo se confirmó con las palabras de otro espíritu, el de sir Wilfrid Laurier, quien, sin embargo, no acertó el número de votos por el que ganaría la elección.

Durante un viaje a Europa, King se encontró con Hitler, a quien le vaticinó que si se desataba la guerra los miembros del imperio británico se mantendrían unidos. Pero, por otra parte, tuvo palabras amables con el dictador alemán. El 27 de marzo de 1938, King escribió: “Estoy seguro de que él es espiritista, que tiene una visión de la que está convencido y que el espíritu de la madre es su guía”.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial, no aparecen muchas menciones al espiritismo en el diario del primer ministro, probablemente porque los espíritus no sabían mucho de cómo se desarrollarían los acontecimientos. El padre de King le había dicho que Hitler moriría a manos de un polaco y la madre, que no habría ninguna guerra. De todos modos, siguió adelante con sus experiencias parapsicológicas. En una sesión, sus padres lo tranquilizaron diciéndole que Pat había llegado a salvo al cielo, y que se había encontrado con viejos amigos, entre ellos, Derry, el perro de los Patteson.

Con el fin de la guerra, King se sumergió otra vez en el mundo del espiritismo. En un viaje a Inglaterra, se comunicó con el presidente Roosevelt, que había fallecido hacía poco. King dejó registrado que el estadounidense fue muy gentil: “Usted tiene un temperamento muy escocés. No es inteligente. ¡Es sabio!”. Además, habló con sir Wilfrid Laurier, quien le comentó que Churchill lo apreciaba mucho. El rey Jorge V

le confirmó que la visita de su hijo Jorge VI y la reina Isabel a Canadá se debía a que sentían gran afecto por él.

Se ha repetido muchas veces que King no dejaba que los asuntos del más allá interfirieran en su vida política ni en las decisiones relacionadas con el manejo del gobierno. Joan Patteson, amiga del primer ministro, explicó que “las creencias de King no se entrometen jamás en su vida pública”. En realidad, esas creencias tuvieron tal relevancia en la vida privada del primer ministro canadiense que es imposible que no afectaran de alguna manera su carrera política. Cuando, en 1944, se generó un acalorado debate entre los ministros sobre el servicio militar obligatorio, King comentó que había sido la intervención de “los poderes del más allá” lo que había sacado al gabinete de la crisis.

No se comprende cómo este dirigente político tan poderoso permitió que su vida privada y sus ideas estuviesen dominadas por algo tan frívolo a nivel intelectual y espiritual, que a su vez acentuó su excesivo egocentrismo. Los agentes del más allá le decían lo que él quería escuchar y los mensajes eran proyecciones de sus propios deseos. “La combinación de ingenuidad y egoísmo -manifestó el historiador canadiense Charles P. Stacey- nos deja atónitos [...] porque, sin lugar a dudas, es típica de una inteligencia limitada”. La guía proporcionada desde el mundo de lo invisible se filtró en el inconsciente de King y contribuyó a dar forma a sus opiniones. Mackenzie King fue un gigante de la política, pero sus creencias no tenían ningún sustento. Por fortuna para su país, él no se dejó dominar por completo por la voz de los espíritus.

Como hemos visto hasta aquí, existe una correlación entre la enfermedad física y la incapacidad mental que, en los políticos que ocupan puestos clave en un país, tiene consecuencias perjudiciales para el pueblo. En el mundo del siglo XX, el problema de la incapacidad política se vio agravado por el aumento en la expectativa de vida del hombre, lo que permitió que muchos líderes ocuparan sus cargos siendo ya ancianos. Si bien Gladstone todavía ejercía como primer ministro en 1894, a los ochenta y cinco años, y León XIII fue Papa hasta su muerte, en 1903, cuando tenía noventa y tres, la influencia de los políticos ancianos se ha hecho sentir con más fuerza en el siglo XX que en el pasado. El político polaco Jozef Pilsudski y el presidente alemán von Hindenburg mostraron signos de senilidad avanzada. Konrad Adenauer fue canciller de Alemania en 1963, a los ochenta y siete años. El general Francisco Franco murió en 1975 durante el ejercicio de su cargo, cuando tenía ochenta y tres. El controvertido ayatolá Khomeini, político y guía espiritual de Irán durante la década de 1980, aún ejercía el poder cuando lo sorprendió la muerte, a los ochenta y siete años, en 1989. Hirohito fue emperador de Japón desde

1926 hasta 1989, cuando murió a los ochenta y siete. En 1993, Deng Xiaoping, de ochenta y nueve años, todavía gobernaba China junto con su grupo de políticos ancianos. Ronald Reagan completó su segundo mandato presidencial a la edad de setenta y cinco años. El presidente francés Francois Mitterrand fue reelegido cuando tenía setenta y nueve. Suele decirse que un hombre maduro tiene más experiencia y es más sabio que uno más joven, pero debemos tener en cuenta que la vejez va acompañada de inflexibilidad y de cierta resistencia a adoptar nuevas ideas que podrían ser beneficiosas para el pueblo. Además, es probable que el deterioro físico característico de la edad avanzada traiga consigo una disminución de las capacidades cognitivas.

Por lo general, en la mayoría de los países, el grueso del electorado confía en la capacidad mental y en la aptitud física de las personas a las que votan, confianza que a veces se ve minada por los acontecimientos posteriores. Cuanto más democrático sea el proceso electoral, mayor será la probabilidad de evitar abusos, pero, tal como admite Rousseau, muy a su pesar, la voluntad general no siempre es infalible. La elección popular no siempre es la correcta, porque en ocasiones las personas se dejan llevar por emociones pasajeras o por las opiniones superficiales de los medios de comunicación o de los discursos retorcidos de políticos con una mente no del todo normal. El mejor antídoto contra tales peligros es ser consciente de que el desequilibrio mental y la enfermedad de los dirigentes pueden ser dañinos para el país que gobiernan. Pero no existe nada que garantice que el pueblo elegirá buenos gobernantes o que éstos renunciarán si disminuye su capacidad para ejercer el cargo. El único remedio eficaz es la vigilancia permanente, como sugiere el sabio consejo latino, *caveat emptor*.

## Locos con botas

Más que ningún otro período, el siglo XX fue una época plagada de dictadores que causaron enormes desgracias y sangrientas guerras; ni siquiera Atila o el Gengis Kan fueron tan inhumanos. El fenómeno requiere otras explicaciones además de la histórica.

Esto no significa que los sucesos históricos no hayan tenido un papel protagónico en el surgimiento y la continuidad de los dictadores en el poder. Por cierto, las circunstancias históricas les ofrecieron la oportunidad de acumular poder: la turbulencia de la Revolución Rusa permitió el crecimiento político de Lenin y la brutal dictadura de Stalin; la política errática de la Italia de la década de 1920 allanó el camino al establecimiento de la hegemonía fascista de Mussolini; y las duras condiciones impuestas a Alemania tras la derrota de 1918, con la enorme depresión e hiperinflación que trajeron aparejadas, favorecieron la acumulación de poder por parte de Hitler. Aun así, las explicaciones históricas no alcanzan para comprender los motivos que llevaron a esos dictadores a tener tal sed de poder ni por qué abusaron de él una vez que lo alcanzaron.

La famosa frase de lord Acton -el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente- no siempre puede tomarse como un axioma. En el pasado hubo monarcas absolutistas, como Luis XIV de Francia, o dictadores en el mismo siglo XX, como Salazar en Portugal o Franco en España, que si bien no han beneficiado en gran medida a sus pueblos, no tuvieron una personalidad anormal.

En cambio, los grandes dictadores podrían incluirse en una categoría propia, pues estaban tan obsesionados con el poder que este se transformó en su único objetivo. En esos casos, la psicosis centrada en el poder pervierte y trastoca la personalidad. En el ya clásico libro de Harold Lasswell, *Psicopatología y política*, el autor observa: “La mente patológica es como un automóvil con la palanca de cambios trabada en una marcha; por el contrario, la mente normal tiene la capacidad de cambiar”. Un dictador

es un político cuya mente, enferma de poder, va por un solo carril, y cuyo deseo consiste en imponer su voluntad y sus valores a todos los ciudadanos y eliminar a quienes no los aceptan. La búsqueda y la conservación del poder se convierten en el único objetivo de su existencia.

¿Cuáles serían los rasgos de la personalidad de los dictadores que contribuyen al desarrollo de esas características? Freud explica que las causas de la desintegración de la personalidad deben buscarse en la infancia y que, en algunos casos, la frustración se origina en experiencias prenatales. Los casos que ya hemos comentado en este libro muestran que la neurosis o la psicosis pueden originarse en una infancia desgraciada. La infancia y la adolescencia son etapas cruciales en el proceso de formación de un psicópata o un sociópata, algunas de cuyas características aparecen en la mayoría de los dictadores.

Un rasgo distintivo de la vida de los gobernantes autoritarios es, justamente, que han tenido una infancia y una adolescencia con grandes carencias, no sólo en el aspecto material sino también en el familiar. Hitler, Mussolini y Stalin tuvieron un pasado desgraciado, una madre abnegada y un padre al que detestaban. La rebeldía juvenil los llevó a tener problemas con las autoridades, que generaron en ellos un fuerte resentimiento. Sin afecto, inseguros, humillados en la etapa adolescente, incapaces de mantener relaciones sexuales satisfactorias, los dictadores buscaron compensar su baja autoestima mediante el uso y el abuso del poder.

Por supuesto, sería absurdo suponer que todos los niños desgraciados serán más adelante dictadores, delincuentes juveniles o psicópatas. Sin embargo, en estos casos la semilla del futuro se plantó en un terreno fértil y aguardó el momento en que la inteligencia y la capacidad de los hombres en cuestión propiciaran su germinación. Más adelante, las cizañas invadieron el sembradío.

¿Es posible encontrar explicaciones en el plano físico y el psicoanalítico? Stalin tenía la cara picada de viruela y era algo deforme. Mussolini estaba obsesionado con ofrecer una imagen de macho. Hitler tenía una personalidad muy femenina. Se cree que Mussolini y Hitler tuvieron sífilis, aunque no se sabe con certeza. El médico del *Führer* dijo que en 1942 su paciente padeció una encefalitis que se contagió en Vinnitsa. El tratamiento al que fue sometido le originó una dependencia de las anfetaminas. Es probable que en los últimos años de la vida de Mussolini su equilibrio mental haya sido afectado por problemas de salud. La mala salud física, como hemos visto, puede ser un elemento importante en el desarrollo de las enfermedades mentales. La conducta despiadada del dictador turco Kemal Atatürk tiene su origen en el hecho de que sufría de psicosis de Korsakoff, un trastorno cerebral por deficiencia de tiamina que

puede atribuirse al alcoholismo y cuyos síntomas son la pérdida de memoria y la tendencia a la fabulación.<sup>1</sup> En ciertos casos, los problemas de salud han sido un factor que incidió en la mente de los dictadores, pero en sí no son motivo suficiente para dar origen a personalidades tan perturbadas.

Así, la clave para comprender a esos tiranos se encuentra en el desarrollo de sus tendencias, en cómo las circunstancias les permitieron abusar del poder y perder la perspectiva. Para ellos, el poder se transformó en una obsesión que estaba por encima de todo lo demás y les ofrecía la oportunidad de dar rienda suelta a la expresión de viejos resentimientos, satisfacer ambiciones personales y liberar impulsos inconscientes. De este modo, los intereses privados se convirtieron en asuntos públicos. Los resentimientos personales se mostraban como una ideología pensada para perseguir el bienestar del pueblo, y difundida con gran habilidad para ganar la voluntad pública y el entusiasmo por la política instrumentada. Uno de los aspectos más fascinantes de la psicología de masas es que millones de hombres y mujeres comunes hayan sido embaucados al punto que se comprometieron con una causa no sólo privada sino también descabellada. Para reforzar su imagen, los dictadores necesitaban hacerla aparecer más imponente de lo que era, entonces buscaban la adulación pública, organizaban ceremonias grandilocuentes y fomentaban la construcción de magníficos monumentos. Además, necesitaban acabar con la oposición, fuera esta real o imaginaria. Pero en medio de todas las cortes de sicofantes y la adulación ilimitada, los dictadores estuvieron siempre aislados de la realidad y conservaron su personalidad trastornada, de modo que dentro del autoengaño en que vivían tomaron decisiones que quizás, en última instancia, bien pueden haber sido suicidas o autodestructivas. Stalin, por ejemplo, falleció en su propia cama, pero, como ocurrió con Tiberio, quizás haya recibido un empujoncito para pasar al más allá. Hitler se suicidó en el bunker de Berlín. Mussolini fue ejecutado por partisanos italianos. Ceausescu y su esposa fueron enjuiciados y fusilados. Quizá todos ellos no hayan estado locos, pero su personalidad era tan anormal que se tornó peligrosa.

Si tuviésemos que presentar a uno solo como prototipo del dictador del siglo XX, elegiríamos en primer lugar a Benito Mussolini. De espaldas anchas, musculoso, huraño, de porte napoleónico, el aspecto físico del dictador italiano era la expresión del papel que se forjó, la imagen a la que

---

<sup>1</sup> La victoria de Atatürk contra los griegos es otro ejemplo de cómo la salud mental de un personaje importante afecta el curso de la historia. En este caso se debió en gran medida a que el general griego, neurótico, guardó cama todo el día pues creía que en la batalla se le romperían las piernas, que, según él, eran de cristal.



había que rendir culto. Mussolini se mostraba como un macho, una figura viril, fornida y atlética; aparecía conduciendo autos veloces, montando a caballo o piloteando aviones. Hasta se hacía tomar fotografías posando con el torso desnudo, una costumbre que repugnaba a Hitler. Cuando inspeccionaba las tropas, en lugar de caminar, avanzaba dando zancadas delante de las filas de soldados. Todos los que iban a verlo a su despacho debían entrar y salir corriendo, y en lugar de estrecharle la mano, tenían que hacer el saludo romano, ya que Mussolini sentía aversión al contacto físico.

Si se le dice a alguien que es un genio cien veces por día, terminará creyendo que lo es. Eso fue lo que ocurrió con Mussolini, y de hecho con la mayoría de los dictadores. Las mujeres levantaban a sus niños para que el dictador les diera su bendición. Hasta llegó a decirse que Mussolini detuvo la corriente de lava del volcán Etna gracias a su fuerza de voluntad. Hubo planes de crear una nueva ciudad que se llamaría Mussolinia. Se veía a sí mismo a la par de Napoleón y Jesús. En realidad, fue un excelente ilusionista, capaz de esconder durante años las fisuras físicas y mentales que se abrían bajo la superficie.

¿Cuan significativas eran esas fisuras? Hay quienes piensan que contrajo sífilis en 1905 o 1906, cuando trabajaba como docente en Tolmezzo, en la frontera con Austria, cuatro años antes de que Paul Erlich descubriera un tratamiento eficaz contra la enfermedad que consistía en la administración de compuestos orgánicos a base de arsénico. Mucho después, el conde Ciano, yerno de Mussolini, y el jefe de policía se preguntaron si la sífilis no habría afectado el sistema nervioso central del *Duce*, pero la prueba de Wasserman fue negativa. La salud física de Mussolini fue deteriorándose progresivamente y con el tiempo su capacidad de juicio también empeoró. Sin embargo, la clave para comprenderlo no se encuentra en sus problemas físicos sino en sus trastornos mentales.

El biógrafo británico Denis Mack Smith señala: "Mussolini no estaba loco, simplemente trataba de dar la impresión de que era poderoso". En su compleja relación con el poder hubo elementos que lo llevaron a la tierra de los perturbados mentales. Sea por su megalomanía o su paranoia, era narcisista y egocéntrico a niveles patológicos. Según el embajador británico, para Mussolini, primero estaba él, segundo el régimen fascista y tercero Italia. Su inconsciencia, su visión pesimista de la naturaleza humana, su crueldad y su sensación de soledad indican que tenía algunas de las características típicas del psicópata.

El dictador italiano sobredimensionaba su propia importancia para compensar el sentimiento de inferioridad y la inseguridad que lo

acompañaban desde niño. Nació el 29 de julio de 1883 en Dovia di Predappio, una localidad de la Romagna. Su padre era el herrero del pueblo, un holgazán que sólo trabajaba cuando tenía ganas, era socialista, anticlerical, mujeriego y alcohólico, muy distinto de su esposa, una católica devota que era la que mantenía a la familia y que más adelante se convirtió en una figura de culto en cuyo honor los niños cantaban el *Felix Mater* en la escuela. El ambiente familiar de Mussolini no fue el mejor. Tanto él como Hitler tendieron a exagerar las privaciones sufridas en la infancia, pero, en efecto, el problema del italiano fue su hogar sombrío. La vida escolar no fue mejor, pues el régimen de la escuela de Faenza, dirigida por una orden religiosa, era rígido y austero, y Benito era un alumno violento e indisciplinado. Todos lo veían como un matón. Cuando ganaba una apuesta, pedía que le dieran más de lo que le correspondía, y cuando perdía, se negaba a pagar. Un día, fuera de sí, apuñaló a un compañero durante la cena y lo expulsaron de la escuela.

Las perspectivas no mejoraron con el paso de los años. Se crió en un ambiente socialista y anticlerical. Obtuvo un título docente y consiguió una suplencia, así que ejerció su profesión por un tiempo, antes de mudarse a Suiza, probablemente para no hacer el servicio militar. Permaneció dos años en Suiza, donde vivió en la miseria. Allí, figuraba en los registros policiales debido a su postura socialista radical y a su carácter violento e impulsivo. Era mujeriego como su padre, pero no tenía muchos amigos íntimos. Algunos ya se daban cuenta de que no era una persona del todo normal.

La Primera Guerra Mundial fue la salvación para Mussolini, como lo fue para Hitler. Dejó de lado el marxismo y se transformó en un verdadero patriota; también como Hitler, fue ascendido a cabo y dado de baja en junio de 1917. La guerra lo había colmado de fervor nacional y de desprecio por los políticos italianos. Cuando terminó el conflicto, el descontento y el malestar alentaron sus ambiciones políticas y potenciaron su agresión psicopática.

Aprovechando una situación en la que las fuerzas de la democracia liberal parecían débiles, Mussolini fue adquiriendo poder mediante la intimidación y la manipulación política. Durante veinte años sería *il Duce*. Si bien no puede negarse su capacidad de liderazgo, su inteligencia, vitalidad y sus grandes logros, cuanto más permanecía como jefe de Estado, más adulación exigía y recibía, y más se alejaba de la realidad. Los rasgos psicopáticos de su personalidad se acentuaron cada vez más; se manifestaron, por ejemplo, en la exterminación de los opositores, en el enorme egocentrismo, en su tendencia a considerar la guerra como parte fundamental de su filosofía de vida y su filosofía política. Dadas las

circunstancias -la reestructuración fascista de Italia, el cumplimiento del destino imperial imaginado por Mussolini (del que la conquista de Etiopía era un buen ejemplo) y la alianza con Hitler (que precedió la entrada de Italia en la Segunda Guerra Mundial)-, no era muy evidente que las fisuras se agrandaban debajo de la superficie de la imagen de macho del dictador. Sin embargo, su vida estaba marcada por dos factores: el deterioro de la salud física, con sus consecuencias adversas para el equilibrio mental y la visión política del dictador, y la brecha creciente entre el ícono que había construido de sí mismo y la realidad histórica en la que se desenvolvía.

Mussolini trató de mantener a distancia el estigma de la mala salud. Aunque es improbable que su sistema nervioso central haya sido afectado por la sífilis, su salud estaba en verdad deteriorándose. En 1925 vomitó sangre y se desmayó en el auto debido a una úlcera gastroduodenal grave. Cuatro años después tuvo que seguir un tratamiento para controlar una hemorragia interna: fue sometido a una dieta líquida y debía beber tres litros de leche por día. A causa de estos problemas, comía muy poco, igual que Hitler, y no tomaba alcohol ni fumaba. Cuando estuvo en el norte de África, en 1942, padeció fuertes dolores que, según los médicos, se debían a parásitos intestinales y disentería amebiana, pero lo más probable es que tuviese una úlcera gástrica. En el período más crítico de la guerra, en enero de 1943, vivió a líquido y sedantes.

La realidad se le iba de las manos, lo que sugiere que estaba en los inicios de un proceso de deterioro cerebral. Cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, le costó tomar decisiones y parecía incoherente en un momento en que el país estaba muy mal preparado para afrontar el conflicto. En 1943, durante la reunión que mantuvo con Hitler en Feltre, éste criticó el desempeño italiano en la guerra; Mussolini trató de ocultar sus puntos débiles, pero su actuación fue lamentable. Mientras los dos estaban reunidos, las bombas aliadas caían sobre Roma. Cuando el rey Víctor Manuel, enterado del deterioro del *Duce*, le pidió la renuncia, el dictador no se resistió.

El rey nombró al mariscal Badoglio en lugar de Mussolini y ordenó encarcelar al ex dictador en la isla de Ponza, primero, y en la de Magdalena, después. Mientras estuvo confinado, leyó mucho, en especial la vida de Jesús, y allí encontró una curiosa analogía entre la traición de Judas y la que él mismo había sufrido. En julio, fue liberado por los alemanes, quienes lo pusieron a la cabeza de un gobierno fantasma en el que era un títere de Hitler. La capacidad de liderazgo del italiano se había esfumado con el colapso de sus planes y su limitado control de la realidad. En ese momento estaba mejor de salud, pasaba gran parte del tiempo en el balneario de Gargnano, a orillas del lago de Garda, estudiando alemán,

traduciendo *El anillo del nibelungo*, de Wagner, al italiano y escribiendo notas sobre *La República* de Platón. Lo deprimía la idea de una victoria aliada, pero no podía hacer nada para evitarla: “He desafiado al mundo, pero fue demasiado para mí. He despreciado a ciertos hombres que ahora se están tomando revancha”. En un último intento, se unió a un grupo de alemanes que se dirigía a Austria, pero él y su amante, Clara Petacci, fueron capturados en Dongo, en las proximidades del lago de Como, por un grupo de partisanos italianos que los fusilaron.

En términos clínicos, él no estaba loco, pero su conducta parecía la de un psicópata afectado por un trastorno que lo alejaba progresivamente de la realidad. La carrera de Mussolini fue muy semejante a la de Hitler. Los dos tuvieron una infancia desgraciada y una adolescencia llena de humillaciones. Basaron sus objetivos y su filosofía en la guerra y estructuraron un nuevo orden político para sus pueblos edificado en el terreno del desorden económico y la inoperancia política. Ambos tuvieron problemas de salud y su conducta se volvió más extravagante a medida que pasaba el tiempo.

El historiador británico Alan J. P. Taylor sugiere que Hitler era muy racional en todo lo que hacía; en cambio, después de encontrarse con el dictador alemán el 7 de septiembre de 1938, Neville Chamberlain comentó que no parecía loco pero sí muy ansioso. Las impresiones sobre Hitler no eran homogéneas. En 1930, sir Robert Vansittart lo describió como un demagogo peligroso y medio loco. Ocho años más tarde, el embajador británico, sir Neville Henderson, lo tildó de místico, psicópata y lunático. En el verano de 1942, Albert Speer advirtió que muchas veces Hitler daba la impresión de estar trastornado.

En su caso, igual o más que en el de Mussolini, el ambiente familiar y los primeros años de su vida fueron el medio de cultivo propicio para el desarrollo de una personalidad excéntrica. Su padre, Alois, era un agente de aduanas. Imponía una férrea disciplina en su casa y nunca tuvo una relación afectuosa con su hijo. Era un fumador empedernido, lo que explica que Hitler siempre haya detestado el tabaco. Aunque era un mujeriego, en 1885 Alois se casó con Klara Polzl, a quien le llevaba veintitrés años. Adolf nació cuatro años más tarde, en abril de 1889. Como Alois nunca fue cariñoso con su esposa, ella buscó refugio en la fe. Klara tuvo una vida desgraciada y su única alegría era el amor profundo que le tenía su hijo. Su muerte, debido a un cáncer de mama en 1907, cuatro años antes de que falleciera su marido, fue un duro golpe para el joven Adolf. Hitler fue siempre una persona solitaria que no se acercó a muchas mujeres; los únicos romances que se le conocen son el que tuvo con una sobrina que más tarde se suicidó y con Eva Braun.

De niño prefería estar solo, no tenía amigos íntimos; en realidad, no los tuvo tampoco de adulto. Su compañía era su imaginación. Los servicios religiosos de la iglesia que frecuentaba su madre, donde Adolf cantaba en el coro, dejaron en el niño una impresión imborrable, en especial por la magia y los rituales de la misa, que, según dijo él mismo años después, tenían una majestuosidad embriagadora. Quizás aquí deberíamos buscar el origen de su gusto por el ceremonial y el despliegue de símbolos que utilizó en sus desfiles, que, aunque paganos, evocaban la pompa de los rituales religiosos. En la escuela, Adolf solía discutir y defender sus rígidas ideas. Se podría pensar que su deseo de sobreponerse a las carencias de la infancia fue en parte responsable del rumbo que tomó su vida y, por lo tanto, del enorme impacto que causó luego en el mundo que tan mal lo había tratado años atrás.

En muchos aspectos, no maduró nunca. Se llevaba mejor con los niños (y los animales) que con los adultos. Prefería las cosas típicas de la infancia: los caramelos y los chocolates (tomaba el té con siete cucharaditas de azúcar), el circo y el cine (sus películas preferidas eran *Blancanieves y los siete enanitos* y *King Kong*). Le gustaba leer historias del Lejano Oeste, con indios y vaqueros, en particular las aventuras de Kart May, un alemán que escribía sobre la frontera estadounidense sin haber estado nunca allí. Hitler tenía muchas costumbres y fantasías infantiles que lo acompañaron durante toda su vida.

En la adolescencia se enfrentó con un mundo triste y hostil. Después de la muerte de su madre, se fue a Viena, donde se ganó la vida modestamente vendiendo cuadros que él mismo pintaba. Tenía cierto talento artístico, pero cuando solicitó el ingreso a la Academia de Bellas Artes de la ciudad, no lo admitieron, un rechazo que vivió como una humillación. Llegó un momento en que el dinero casi no le alcanzaba para vivir.

En su incapacidad para encontrar un lugar digno en la sociedad se encuentra la base de su antisemitismo y su fascinación por la música y los temas de las óperas de Wagner. En particular, lo impresionó una representación de *Rienzi* a la que asistió en Linz en noviembre de 1906. Al referirse a la noche en que fueron a la ópera, su amigo August Kubizek comentó que notó algo raro en Hitler, como si otro ser se hubiese apoderado de su cuerpo y lo impulsara a moverse como en éxtasis. De todas las influencias emocionales e intelectuales que contribuyeron a su formación durante los primeros años de su vida, la música de Wagner, con toda su mitología y su neopaganismo germánico, fue una de las más poderosas y duraderas. En 1939 le dijo a *frau* Wagner que su carrera política se había iniciado el día en que escuchó *Rienzi*, cuya obertura se

pasaba en todas las grandes concentraciones nazis. Hitler conservaba como uno de sus más preciados tesoros una carta escrita por el mecenas del compositor, Luis II de Baviera.

Como ocurrió con Mussolini, el inicio de la Primera Guerra Mundial constituyó el primer paso para salir de una vida desgraciada y plagada de fracasos. En ese momento, Hitler se encontraba en Munich, y decidió unirse al ejército de inmediato. La guerra le ofrecía la oportunidad que no había encontrado en tiempos de paz. Sentía que era la ocasión para librarse de los malos tiempos de su juventud. Según sus camaradas, él era serio y no tenía sentido del humor, pero era valiente, prueba de ello es que una vez capturó él solo a cuatro franceses y que recibió dos veces la Cruz de Hierro. Sin embargo, igual que Mussolini, terminó el servicio militar como un simple cabo. El armisticio de noviembre de 1918 fue terrible para él: "Fue la primera vez que lloré desde el día del funeral de mi madre", confesó.

Hitler inició su actividad política al finalizar la guerra, en una época marcada por la derrota y los términos del Tratado de Versalles, que causaron la depresión económica, el desempleo y la descontrolada inflación de Alemania. Según él, la derrota, que veía como una puñalada en la espalda, no se debió a los generales sino a los políticos y a los intereses sectoriales egoístas, en particular de los judíos. El partido al que se unió, que luego fue rebautizado como Partido Nacionalsocialista, intentó, sin éxito, tomar el poder por la fuerza en noviembre de 1923. Aunque el *putsch* concebido en la cervecería de Munich fracasó, le confirió un halo de mártir porque fue enviado a prisión, donde pasó sólo nueve meses, y le dio la oportunidad de divulgar sus planes. Diez años después, se convirtió en el líder indiscutido de su partido, tras deshacerse de la oposición por medios justos y no tan justos, y fue aceptado por el anciano presidente alemán, von Hindenburg, quien lo designó canciller y *Führer*.

La carrera meteórica del *Führer* se apoyó en la desesperante crisis económica y política que atravesaba Alemania. Hitler le devolvió al país la confianza y la prosperidad perdidas. Los males del antisemitismo y el horror de los campos de concentración quedaron ocultos a la vista de un pueblo agradecido. Sus más fieles seguidores aseguraban que Hitler se había visto obligado a declarar la guerra en 1939. El apoyo que recibió de los alemanes puede explicarse por la preocupación que mostró por las necesidades políticas y sociales de la nación, pero la dominación hipnótica que ejerció sobre ellos es desconcertante, si no inexplicable. Es probable que su éxito se haya basado en la psicología básica de su personalidad y en el mensaje evangélico relacionado con ella. El *Führer* era un intérprete genial, que montaba sus multitudinarias ceremonias con una habilidad

magistral, empleando toda la pompa de un rito casi religioso e hipnotizando de algún modo a los asistentes. Hitler cumplió su papel de “Mesías” rodeado de brillo y glamour, de banderas, música y uniformes esplendorosos; además tenía la habilidad de percibir las expectativas del pueblo y de generar reacciones apasionadas en la gente.

Como muchos profetas religiosos, ideó un mensaje simplista, que volcó en su libro *Mi lucha* y que luego expresó con más pericia en la oralidad. En 1938 dijo que creía que Dios había querido que un niño austriaco se convirtiera en líder del Reich y que, como Jesús, él se debía a su pueblo.

Para elaborar su mensaje, se nutrió de la lectura de una serie de textos menores de filosofía e historia y de sus experiencias de juventud, todo ello combinado e interpretado por su mente inestable. Fundamental en su ideología fue la profunda creencia en el destino de la raza aria, pues, según él, en la sangre estaba la fuerza que une a la civilización. Hitler afirmó en Chemnitz, el 2 de abril de 1928: “Toda vida se apoya en tres pilares: la lucha, que es la madre de todas las cosas; la sangre, que es la fuente de la virtud; y el liderazgo, que es primordial para la defensa propia”.

El corolario de su doctrina, que se transformó en la obsesión fundamental de Hitler, fue que el principal obstáculo para el avance de sus grandes designios era la conspiración maligna del judaísmo, a cuya aniquilación dedicó todas sus fuerzas. Para él, los judíos eran la personificación del demonio, la fuente de todo mal, y la mezcla de razas era el pecado original. A Hitler lo preocupaba la posibilidad de tener él mismo sangre judía en las venas, dado que corría el rumor de que su padre era hijo ilegítimo de María Anna Schikelgruber, una criada que había tenido relaciones con un judío de apellido Frankenberger.

¿Existen causas psicológicas que llevaron a Hitler a tan exóticas conclusiones y, en definitiva, a actuar de una manera que causó una desgracia nunca vista en la historia de la humanidad? ¿Habría padecido una enfermedad orgánica que le afectó la salud mental? Como se dijo de Mussolini, de Hitler también se comentó que tuvo neurosífilis, dato que aportó su masajista, Félix Kersten, pero el análisis que le hicieron el 15 de junio de 1940 dio negativo. Aunque el *Führer* tenía gran interés en el sexo, es probable que fuese impotente. Geli, la sobrina con la que tuvo un romance, aseguró que Adolf era masoquista con tendencia a la coprofilia, es decir, disfrutaba cuando le defecaban u orinaban en la cabeza, pero, claro está, esa afirmación es imposible de corroborar. Tampoco es de fiar el diagnóstico de Theodore Morell, médico de Hitler, quien indicó que su paciente era maniaco depresivo como consecuencia de una encefalitis.

Aunque en ese sentido los dichos del doctor Morell sean dudosos, las notas que apuntó en su diario resultan más confiables. Allí figura que Hitler sufrió un trastorno gastrointestinal durante años, probablemente debido a una colecistitis crónica que le provocaba fuertes dolores abdominales. Por esa razón, seguía una dieta vegetariana y consumía de manera compulsiva las píldoras que le recetaba Morell. Éste, su designado médico personal en 1936, era especialista en dermatología y enfermedades venéreas, pero, como bien aseguró Trevor-Roper, era un curandero charlatán. Los medicamentos que le recetaba a Hitler le provocaban reacciones adversas. Morell le aconsejó ingerir hasta dieciséis píldoras diarias de un antifatulento que contenía estircnina y atropina. También le suministraba metanfetamina por vía oral y endovenosa para aliviar el dolor. Además de dos complejos vitamínicos en cuya composición había cafeína y pervitina, que Hitler consumía en grandes cantidades. Si bien algunos de esos productos eran inocuos, el efecto acumulado de las anfetaminas puede haber sido nocivo para el sistema nervioso, ya que estos compuestos tienden a provocar irritabilidad, excitación, hiperactividad, insomnio, tensión, volubilidad, disminución de la capacidad de razonamiento y estimulación de estados de paranoia, rasgos de los que la personalidad de Hitler no estaba exenta.

También existen signos que indican que durante los últimos años de la guerra, la salud de Hitler fue empeorando hasta que al final ya presentaba síntomas de la enfermedad de Parkinson, que probablemente le haya afectado el juicio. En las últimas etapas de la guerra, el *Führer* tomó decisiones inexplicables guiándose por sus impulsos, que tuvieron consecuencias desastrosas para Alemania. Hay estudios electrocardiográficos que indican que quizá también sufriera de una aterosclerosis coronaria progresiva y un bloqueo parcial de la circulación cerebral que pudieron haberle afectado la lucidez.

De todos modos, esos síntomas no son suficientes para explicar los graves problemas de personalidad, la paranoia y la megalomanía, la desconfianza, la crueldad que desplegaba fuera de su círculo íntimo y la creencia de que era un elegido. Por tanto, debemos concluir que su carácter y las decisiones políticas que tomaba fueron la expresión de un trastorno de la personalidad. En un excelente ensayo, Bert Edward Park sostiene que Hitler fue víctima de una epilepsia psicomotriz del lóbulo temporal que explicaría su conducta: miedos, alucinaciones, trastornos del habla, agresividad y paranoia. No obstante, no hay registros electroencefalográficos que justifiquen el diagnóstico y además muchos de esos síntomas son también típicos de otros trastornos de la personalidad.



Es indudable que las humillaciones que sufrió durante la infancia y la adolescencia hicieron que Hitler buscara contrarrestarlas creando un mundo de ilusión. Siempre fue una persona solitaria a la que le costaba construir relaciones de amistad. Se peleó con el único amigo de la juventud, Augusto Rubizek, y ordenó ejecutar a otro amigo, Ernst Rohm. Sus subordinados eran hombres de poca cuantía en el plano intelectual, moral o físico: Goering, responsable de la Luftwaffe, era adicto a la morfina; Himmler, el jefe de la Gestapo, era hipocondríaco; Streicher, jefe del partido y editor de *Der Sturmer*, tenía perversiones sexuales y Goebbels, el ministro de propaganda de Hitler, era renco. Eva Braun, con quien Hitler se casó antes de suicidarse, era como una esponja que absorbía el mal humor de su pareja y la única que podía calmarlo (ella también se calmaba escuchando música de Wagner). Eva, a quien no le interesaba la política, era como un perrito faldero.

Hitler rechazaba toda oposición. Perdía los estribos cuando se enfadaba. Según comentarios del sueco Birger Dahlems, en 1939, cuando éste le advirtió que era muy probable que Inglaterra defendiera a Polonia, Hitler empezó a hablar de manera confusa y parecía fuera de sí. El general Guderian, comandante del ejército alemán, hizo una descripción del *Führer* tras encontrarse con él en febrero de 1945: “Tenía la cara roja, le temblaba todo el cuerpo [...] estaba furioso y había perdido el control. Después de cada ataque de ira caminaba sin cesar por la sala y luego se detenía frente a mí y me lanzaba una acusación tras otra. Hablaba a los gritos; parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas y se le hinchaban las venas de la sien”. Eugene Dollmann, subordinado de Himmler, relató cómo reaccionó Hitler cuando alguien se refirió a Rohm y a su postura disidente dentro del partido: “Hitler saltó de la silla en un ataque de furia, con espuma en la boca y no paró de proponer castigos terribles durante media hora. Todos habrán pensado que estaba loco”.

Como ocurrió con Mussolini, el *Führer* fue perdiendo contacto con la realidad; vivía en un mundo ilusorio. Igual que los emperadores romanos, creía que era un semidiós, la fuerza mística de unión entre el pueblo y el Estado, la encarnación del espíritu del pueblo, que, al comprender esas virtudes, según Hitler, lograría la realización plena. Todas esas ideas eran producto de una imaginación frondosa, la manifestación de una mente enferma y no de un proceso racional. Hitler pasó sus últimos días aislado en el cuartel general del Este, la Wolfsschanze, o en el búnker de Berlín, donde, mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor, se dedicaba a pensar en la reconstrucción de su ciudad natal, Linz.

Aunque no haya estado loco desde el punto de vista clínico, estaba al borde de la demencia, más que Mussolini. Es probable que haya adquirido

los rasgos que caracterizaron su personalidad debido a una conjunción de factores: sus primeros años de vida, los efectos tóxicos de la medicación que ingería, la enfermedad de Parkinson. Robert Waite ha propuesto que muchos de los rasgos de Hitler son la expresión de lo que hoy en día se conoce como trastorno de la personalidad fronteriza. En definitiva, la clave para comprender a Adolf Hitler está en su propio inconsciente.

El tercer gran dictador del siglo XX, José Stalin, era un hombre elusivo, misterioso, poco afecto a las manifestaciones populares y al despliegue retórico. Según Sukanhov, quien luego sería víctima de Stalin, éste daba la impresión de ser una sombra que se acercaba a la gente sin que nadie lo advirtiera y se iba sin dejar rastros. No obstante, como los dictadores de Italia y Alemania, se transformó en la figura central de un culto en el que aparecía como una figura paterna, amable, de gustos sencillos y cariñoso con los niños. Alexei Tolstoi, el novelista ruso, escribió: “Necesito gritar, decir a voz en cuello, vociferar en estado de éxtasis que estamos viviendo una época gloriosa, la época del único, el incomparable Stalin. Aquí tienes nuestro aire, nuestra sangre, nuestra vida están aquí: ¡tómallas, oh, gran Stalin!”. En la escuela, los niños cantaban:

En el Kremlin hay un hombre  
que conoce nuestra tierra y la ama como nadie;  
todos somos felices gracias a él:  
es Stalin, ¡alabado sea su nombre!

Una estatua con la figura de Stalin, de dieciséis metros de altura, montada sobre un pedestal de treinta metros, dominaba la capital de la Armenia soviética.

Stalin tenía la misma capacidad que Hitler y Mussolini para hipnotizar y engañar a su pueblo. Su historial de tirano es el peor en cuanto al terror que instigó, los asesinatos sin motivo, el confinamiento de los opositores en *gulags* o campos correctivos de trabajo que servían de sustento al régimen, y la interminable lista de personas que exterminó (se calculan al menos cinco millones). En diciembre de 1938, firmó tres mil ciento ochenta y dos sentencias de muerte en un solo día. La imagen que daba en público era diametralmente opuesta a la realidad. Es cierto que tenía mucha capacidad organizativa y que era un maestro en la manipulación, pero fue implacable y sus métodos, brutales. En un principio, se sintió atraído por el idealismo de la dialéctica marxista, pero ese idealismo quedó opacado por la sed de poder, el silenciamiento de toda oposición y la aplicación de políticas por la fuerza.

Stalin seguía la línea de Iván el Terrible y Pedro el Grande, a quienes admiraba profundamente. En una conversación que mantuvo con el director de cine Sergei Eisenstein y el actor que caracterizó a Iván en la película, Stalin alabó al zar diciendo que había sido un gran gobernante que supo proteger al país contra la infiltración y la influencia extranjera, y que había intentado unificar a Rusia. Igual que Pedro, se veía como el creador de una nueva estructura social de la que él era la personificación. Los banquetes que organizaba se parecían a los “sínodos de los beodos” de Pedro. A Stalin le agradaban las bromas infantiles; por ejemplo, dejar tomates podridos en la silla de los invitados. Milovan Djilas, el político yugoslavo, contó que en una reunión Stalin ordenó a los presentes que adivinaran la temperatura y amenazó con hacerles beber un vaso de vodka por cada error cometido.

En Iván y Pedro había rastros de neurosis psicótica agravados por una enfermedad orgánica. Stalin parecía normal a primera vista, menos histriónico que Mussolini y Hitler, era un político calculador que quería acumular poder. Se ha propuesto que padecía algunos problemas de salud, entre los que se contaba un hipotiroidismo severo, que a veces se acompaña de cierta lentitud en el razonamiento. También padecía una leve deformidad física, pues el segundo y el tercer dedo del pie izquierdo estaban unidos y tenía rígido el codo izquierdo a causa de un problema sanguíneo, razón por la cual no habría sido aceptado en el ejército en 1916. A pesar de todo, no presentó síntomas físicos ni mentales hasta la última etapa de su vida.

Sus contemporáneos no dudaban de su buena salud mental. Su hija, Svetlana, aseguró que era imposible pensar que su padre fuera neurótico. Sin embargo, años después, Krushev afirmó que Stalin era una persona enfermiza y que en sus últimos años tuvo trastornos mentales cuyos primeros síntomas aparecieron durante la guerra. Para Shostakovich, el dictador no estaba en sus cabales, algo que no le extrañaba, dado que había tantos gobernantes locos, muchos de los cuales habían sido protagonistas de la historia de Rusia. Según De Jonge, uno de los biógrafos de Stalin, aparecen evidencias de su desequilibrio mental en un informe preparado por la Embajada británica, por ejemplo, en una oportunidad en que iban a hacerle un examen médico el dictador ordenó que varios hombres parecidos a él se presentaran ante el facultativo para que no supiera cuál era el verdadero Stalin. No se puede afirmar que estuviese loco, pero la historia de su vida y su uso y abuso del poder dan la impresión de que algo de anormal había y que se asemejaba bastante a una psicosis. En suma, José Stalin puede haber sido un psicópata o un sociópata.

La niñez de Stalin muestra su psicopatía en ciernes. Nacido en 1879 en una casa en ruinas en la pequeña ciudad de Gori, en Georgia, se llamaba en realidad Iosiv Visarionovich Dzhugachvili. Años después Beria, uno de sus seguidores, transformó la casa natal en una especie de santuario de mármol. Igual que Hitler y Mussolini, tuvo una infancia infeliz, un padre al que detestaba y una madre cariñosa. Su padre, un pobre zapatero remendón, se llamaba Vissarion y su madre, Ekaterina Geladze. Se ha dicho que Stalin era hijo del famoso explorador ruso Nikolai Przewalski, quien tuvo un breve romance con la madre del dirigente soviético, pero además del parecido físico no hay pruebas que confirmen el rumor. Vissarion era alcohólico, golpeaba a su esposa e hijo, perdió su negocio y tuvo que ir a Tiflis a trabajar como obrero en la fábrica de cueros Adelhkanov. En 1890, cuando su hijo tenía once años, lo asesinaron de una puñalada en una pelea de borrachos. La madre también le pegaba a Stalin, pero se preocupaba por su futuro, trabajaba como costurera y lavandera y ahorraba todo lo que podía para que el niño fuese a la escuela religiosa de Gori, pues Ekaterina era una cristiana devota. En la leyenda estalinista, la relación entre José y su madre aparecía como un vínculo amoroso, pero quizá sea sólo una leyenda. Cuando Ekaterina murió, su hijo no asistió al funeral ni permitió que colocaran una cruz en su tumba. Sin embargo, fue gracias a ella que Stalin tuvo una educación formal, porque el padre quería que entrase a trabajar en una fábrica. Primero asistió a la escuela parroquial de Gori y luego, a los quince años, ya en Tiflis, fue seminarista. “Qué pena -le dijo la madre antes de morir- que nunca te ordenaste sacerdote”.

Stalin odiaba a su padre. Un compañero de escuela, Josef Iremashvili, escribió que “tanto lo golpeaba el padre sin motivo que finalmente José se volvió un hombre duro e imperturbable, tan cruel como su padre. Consideraba que todos los que tenían algún tipo de autoridad sobre él eran como el padre y eso le provocaba sentimientos vengativos. Desde niño, su sed de venganza fue primordial”. Según Robert Tucker, en cierta forma la fuerza externa representada por su padre se arraigó en él.

El sentimiento de Stalin por la madre fue ambivalente. La única persona a la que adoraba, comentó Iremashvili, era Ekaterina. En realidad, si era así, no se notaba. La mujer se desvivía por su hijo, pero es dudoso que él sintiera un afecto profundo por ella. Sin embargo, es probable que fuese consciente de la fe que ella depositaba en él y que eso lo ayudara a forjarse una férrea confianza en sí mismo.

De su época escolar se sabe poco, lo que sugiere que era solitario y agresivo; según Iremashvili, Stalin era entusiasta y nadie podía detenerlo cuando se imponía un objetivo. Era incapaz de sentir pena por nadie. De

niño, las alegrías y tristezas de sus compañeros no le interesaban. Iremashvili aseguró que nunca lo vio sonreír y que de joven sus únicos amigos eran los que aceptaban su voluntad incondicionalmente. Tenía una imagen idealizada de sí mismo y se identificaba con los héroes de las historias que leía, como Koba, el intrépido bandolero protagonista de la novela romántica *El parricida*, de Alexander Kazbegi, cuyo nombre adoptó por un tiempo.

Aunque el joven seminarista era conocido por su buena voz para el canto y por asistir con regularidad a los servicios religiosos al menos al principio, el seminario no tuvo gran influencia en él, salvo por la estricta disciplina, que le generó un creciente sentimiento anticlerical. Según consta en el informe de un inspector, Stalin les levantaba la voz a los inspectores, era rudo e irrespetuoso con las autoridades y había un profesor al que jamás saludaba. No tardó en perder interés en las actividades del seminario y en sentirse atraído por el discurso más radical de la política. Años después, afirmó que por esa razón lo habían echado del seminario en 1899, pero lo más probable es que fuese por no haberse presentado a rendir un examen. Quizás el tipo de enseñanza que allí se impartía o el aprendizaje de memoria de la doctrina teológica hayan marcado la forma en que aceptó y luego difundió la dialéctica marxista.

Su infancia le dejó un profundo resentimiento por la autoridad y un rechazo al lugar donde había nacido. Nunca perdió el acento de Georgia, y quizá por un resentimiento inconsciente contra las carencias sufridas en su tierra natal, no tuvo compasión por ella, prueba de lo cual es la brutalidad con que reprimió el alzamiento nacionalista de 1921. Su complejo de inferioridad debe haberse basado en su falta de atractivo físico, pues era de baja estatura (no medía más que un metro sesenta) y tenía la cara marcada de viruela. Rancour-Laferrien se refirió a Stalin de la siguiente manera:

[Su conducta posterior] refleja un deseo inconsciente e irracional de calmar la angustia provocada por un narcisismo no satisfecho basado en la marcada disparidad en las relaciones con un padre golpeador y una madre devota, que generó un conflicto inevitable [...]. Sentía por él mismo amor y odio. El amor se reflejaba en la promoción de un culto narcisista y el odio, en la instauración de un régimen de terror, en la manifestación expresa de ese sentimiento, en especial hacia los sujetos que le recordaban su homosexualidad latente.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> En *The Mind of Stalin (La mente de Stalin)*, Rancour-Laferriere sugiere que Stalin sentía una atracción homosexual por Hitler y que es probable que haya tenido una relación íntima con un guardaespaldas, pero todo queda en el terreno de la especulación.

Esa explicación es algo aventurada, pero es probable que la actitud que tenía ante sus camaradas respondiera más a sus experiencias de la infancia y la juventud que a sus ideas marxistas.

Stalin pasó de agitador y preso político a secretario del partido y, sin haber sido nombrado oficialmente, cumplió de hecho las funciones de jefe de Estado tras la muerte de Lenin. Una vez que adquirió poder, que quizá fuese para él una forma de compensar las dificultades de sus primeros años, se convirtió en un político frío, egocéntrico, despiadado y autosuficiente que no tuvo la menor consideración por sus adversarios. Según Bukharin,

Le afecta no poder convencer a todo el mundo, incluido él, de que es superior a todos, y ese quizá sea el rasgo más humano de su personalidad. Lo malo es que por eso no puede evitar vengarse de todos, en particular de los que son mejores que él [...], es un hombre cerrado y malicioso; más que un hombre, un demonio.

Al compararlo con Lenin, Boris Bazhanov manifestó que si bien los dos tenían una sed de poder exagerada, Stalin ambicionaba el poder para explotarlo a la manera de Gengis Kan, sin dedicarse a reflexionar para qué lo usaría.

Desde el inicio de la Revolución Rusa, Lenin y Trotski hicieron del terror un instrumento político tanto para llegar al poder como para conservarlo. La diferencia con el gobierno de Stalin es sólo una cuestión de grado: durante su mandato, Stalin aniquiló despiadadamente a sus supuestos enemigos, a los *kulaks* (campesinos propietarios), a la Iglesia y a sus propios colegas. Shostakovich relató que cuando recordaba a sus amigos, la imagen que veía era la de una pila de cadáveres. Eliminaba a todos los que se interponían -o que él creía que se interponían- en su camino, los enviaba a los *gulags*, o simplemente los torturaba y asesinaba. Todo hace pensar que ya en 1930 tenía problemas psicológicos. El profesor McNeal admite que, dada la falta de evidencias, es difícil demostrar que Stalin estuviera loco a fines de la década de 1930, y al mismo tiempo no es fácil pensar que en esa época haya estado del todo cuerdo.

En el proceso de transformación de Rusia en un Estado aislado, Stalin contribuyó a la ruina económica de la nación, a la instauración de un imperialismo bolchevique que absorbió a los Estados bálticos y a reprimir todo sentimiento democrático genuino, situación que se extendió hasta la década de 1990, cuando se inició la *perestroika*. Es irónico que debido a un error fatal de Hitler haya colapsado el pacto entre Rusia y

Alemania y que Stalin se haya aliado con Roosevelt y Churchill, a quienes engañó y manipuló a su antojo. Ni siquiera la guerra, que fue el escenario donde demostró sus dotes de líder, y el enorme sacrificio del pueblo ruso ante la arremetida alemana obliteraron la enfermedad fatal en que el dictador había sumido al país.

Decidido e inexorable, Stalin no dejaba de sospechar que lo acechaban planes conspirativos para asesinarlo. No comía si antes otra persona no probaba los alimentos que le servían, bebía un té que venía en paquetes cerrados que sólo un sirviente estaba autorizado a abrir. Incluso hacía analizar el aire de su despacho del Kremlin para detectar si había partículas tóxicas.

Incapaz de sentir afecto y compasión y de generar afecto en los demás, se ha dicho, sin embargo, que quiso a su primera esposa, Ekaterina Svanidze, con la que se casó en 1902 y quien murió mientras daba a luz, pero también se sabe que hubo ocasiones en que la maltrataba. En el funeral de Ekaterina, el viudo admitió que ella sabía tranquilizarlo y que cuando murió, todos los sentimientos tiernos que él había albergado se fueron con ella. Según De Jonge, el dictador era una especie de minusválido psicológico porque era incapaz de tener sentimientos y esa falta despertó en él la envidia y el odio.

Volvió a contraer matrimonio, esta vez con su secretaria, Nadezhda Alliluyeva, una comunista a ultranza que se suicidó en 1932, cuando tenía treinta y dos años, probablemente a causa de una crisis depresiva (sus hermanos eran esquizofrénicos). Stalin tuvo otras relaciones, pero ninguna de importancia. El vínculo con sus hijos era distante y hostil. Su hijo Yakov, desesperado por el trato que recibía de su padre, intentó suicidarse y luego se casó con una judía, matrimonio que disgustó a Stalin. Durante la guerra fue capturado por los alemanes y enviado al campo de prisioneros de Sachsenhausen, un suceso vergonzoso, según su padre, y aparentemente, cuando se negó a entrar en la barraca tras el toque de queda, los guardias le dispararon. Es irónico que ese campo de prisioneros haya sido luego utilizado por los rusos como campo de exterminio de prisioneros alemanes. Su hijo Vassili fue una decepción para Stalin, un mujeriego que murió a causa del alcohol. Su hija Svetlana, a quien trataba con cierto cariño siempre y cuando ella lo obedeciera, se rebeló contra él y también se casó con un judío. Stalin no parece haberse interesado mucho por ninguno de sus ocho nietos.

Los principales síntomas del psicópata se corresponden claramente con el carácter de Stalin. Rechazado por el padre, tuvo una niñez plagada de humillaciones. Era capaz e inteligente, no tenía alucinaciones y su conducta era normal en apariencia. Sin embargo, era un perfecto

egocéntrico, nunca sentía culpa ni aceptaba que lo culparan por nada. Manipulaba a la gente según sus propios intereses, pero se esforzaba por persuadirla de que lo primordial para él eran las necesidades de los demás. Nadie era importante para él y todos los que se atrevían a enfrentarlo debían sufrir terribles consecuencias. Este hombre solitario tenía los instintos psicopáticos propios de los asesinos seriales norteamericanos. No establecía lazos afectivos. Su vida sexual era superficial e impersonal. Stalin era incapaz de manifestar calidez o de sentir compasión. Dedicó toda su vida a acumular poder hasta que, en 1952, debido a la hipertensión y sus efectos colaterales, murió por un accidente cerebrovascular.

Por su parte, en Rumania, Nicolae Ceausescu, quien fue ejecutado junto a su esposa, Elena, durante la revolución de 1989, construyó una carrera política que en algunos aspectos recuerda a la de Stalin. De origen campesino y de oficio zapatero, Ceausescu se convirtió en un socialista radical. Detentó el poder supremo durante veinticuatro años en Rumania, donde actuó como un verdadero tirano, sin aceptar ningún tipo de oposición, en nombre del credo marxista (sea lo que significara para él en sus años jóvenes), que usó como excusa para lograr sus objetivos personales. Con el tiempo, cayó víctima de la imagen legendaria que se había construido. Rodeado de un ejército de sicofantes que adulaban a su líder como robots, el *conducator*, como quería que lo llamaran, se transformó en un dios pagano, la personificación de la historia y de la eternidad.

A pesar de que el pueblo rumano vivía en la pobreza, Ceausescu y su esposa llevaron una vida de lujo. Por ejemplo, con el fin de celebrar sus éxitos, ordenaron la destrucción de dieciséis iglesias, tres monasterios y cientos de casas de Bucarest para construir un bulevar en homenaje a la victoria socialista y un palacio más grande y esplendoroso que el de Versalles. Según Ceausescu, los rumanos eran descendientes de los dacios y él era sucesor del emperador Trajano, una elección poco feliz, pues en carácter y desempeño se parecía más al antecesor de Trajano, Domiciano. Megalómano como Stalin, temía que quisieran conspirar contra él. Hacía que otros probaran la comida y se cambiaba la ropa constantemente por miedo a que estuviese impregnada de veneno. También rechazaba de plano las críticas. Es evidente que cuanto más poder acumulaba, más se enfrascaba en un mundo imaginario. No hay pruebas suficientes que permitan asegurar que el presidente rumano haya sido víctima de un trastorno de la personalidad. El psicoanalista inglés Money-Kirley afirma que, como en el caso de Fausto, el demonio evocado por Ceausescu parecía su esclavo y le confería poderes absolutos, “siempre que sus deseos coincidieran con los del agente demoníaco. Si alguna vez el mandatario se



lamentaba de alguna desgracia, el demonio pasaba de esclavo a amo y lo destruía”. En palabras de Eugène Ionesco, el dramaturgo francés, “Ceausescu está loco igual que su esposa, y el hijo es un idiota. Y estos tres desquiciados tienen la libertad de torturar a veintitrés millones de personas”.

La clase de los dictadores, de la cual Mussolini, Hitler y Stalin eran los clásicos exponentes y Ceausescu el ejemplo europeo más reciente, es parte de un fenómeno político característico del mundo contemporáneo. La tiranía también tuvo sus figuras protagónicas en otros continentes. El líder ugandés Idi Amin, de quien se ha dicho que tenía sífilis, mostró muchos signos de desequilibrio mental aunque su crueldad y violencia puedan atribuirse a características tribales primitivas de su gobierno. El dirigente libio Muamar al-Kadhafi sufrió varios colapsos nerviosos y su falta de equilibrio mental se reflejó en sus actos y discursos. El mandatario centroafricano Jean Bédel Bokassa también puede ser tildado de loco, prueba de ello es que creía que era la reencarnación de Napoleón.

Y el ejemplo más reciente de este grupo de personajes extraños es el presidente iraquí Saddam Hussein, quien en su desmedido deseo de poder y su fanatismo árabe se ha llevado por delante los valores más preciados del mundo civilizado. Hussein nació en 1937, en el seno de una familia humilde. Su padre murió joven y su tío, un oficial del ejército, era violento con él y casi no le daba afecto. A Saddam le iba mal en la escuela. Pronto se unió al Partido Socialista del Renacimiento Árabe, más conocido como Baaz, y unos años más tarde las penurias de su infancia y juventud serían ampliamente recompensadas. Igual que Stalin, fue un experto en el asesinato político, con el que buscaba demostrar su valía. Participó en el golpe que derrocó al general y primer ministro de tendencias comunistas Karim Kassem. Agitador político profesional, Hussein siempre logró los objetivos que se propuso. Muchos árabes se sintieron atraídos por su propuesta, que se apoyaba fundamentalmente en el rechazo a todo lo que tuviera que ver con el sionismo y los Estados Unidos. Nunca fue un militar propiamente dicho, pues le negaron el acceso a la academia militar, pero se mostraba como tal. Su objetivo era convertirse en líder de una futura nación árabe unificada, y para ello supo crear la estrategia de propaganda adecuada. Si bien era sunnita, se inventó un origen shiíta, asegurando que descendía del imán Alí, fundador de la secta. Hussein tenía en mente convertir a Irak en el sucesor legítimo de los imperios asirio y babilonio, cuyas ruinas aún están en el desierto iraquí. Como buen dictador, se abocó a la construcción de monumentos para legar a la posteridad; por ejemplo, el Monumento a la Victoria, erigido en Bagdad para conmemorar

los ocho años de guerra contra Irán, que representa a Hussein sosteniendo cimitarras bajo un gran arco.

Las opiniones sobre dictadores vivos son siempre hipotéticas, pues no hay pruebas sobre su salud física y mental que permitan sacar conclusiones definitivas. No es adecuado suponer, sin contar con evidencias que lo sustenten, que todos los tiranos o dictadores están locos. Se podría decir que tienen una personalidad extraña, que son políticos ambiciosos y egoístas capaces de convencer a su pueblo, y de convencerse a sí mismos, de que son la encarnación de los verdaderos intereses de su nación. No obstante, sus actos son perturbadores y aunque no pueda asegurarse que provienen de un desquiciado, indudablemente su conducta revela rasgos psicopáticos distintivos.

Los dictadores tienen una visión simplista y distorsionada del mundo que esconde elementos paranoides. Para ellos, en el mundo hay hombres buenos e ideas valiosas personificadas en el dictador, y también hay hombres malos e ideas nefastas que amenazan su integridad y por eso deben ser destruidos. De hecho, su naturaleza obsesiva y su constante desconfianza revelan un complejo de inferioridad y una sensación de inseguridad. Según ellos, los hombres buenos pueden convertirse en hombres malos en cualquier momento, lo que justifica su aniquilación. Los dictadores se interesan sobre todo por reparar una autoestima deficiente mediante la grandilocuencia, los ceremoniales espectaculares y los monumentos diseñados para la posteridad. Todo eso se refleja en Hitler, que recurría al arquitecto Speer para concretar su sueño de crear una nueva Berlín. Los dictadores racionalizan sus aspiraciones personales y las cubren con el barniz del interés público y patriótico. Como son incapaces de soportar la humillación, la crítica o la insubordinación, amigos y enemigos por igual son el blanco de sus caprichos. Para satisfacer sus necesidades más profundas, durante el camino de acceso al poder y una vez que lo han obtenido, recurren al terror y a la intimidación para liquidar a sus rivales y vencer a sus oponentes. Imponen su voluntad por la fuerza, la propaganda y la astucia argumentativa. Crean para ello una mitología personal diseñada para resaltar sus cualidades heroicas que probablemente sean el fruto de su propia inventiva. Luego sufren las consecuencias del autoengaño, que los llevan a su propia destrucción y a generar sufrimiento en los demás. Los dictadores viven, escribe Money-Kyrle, “en una especie de jungla privada, llena de amigos falsos y enemigos traicioneros que quieren atraparlos, de modo que creen que deben defenderse de ellos sin descanso haciendo uso de su capacidad extraordinaria. La base de su enfermedad es la distorsión conceptual sobre la realidad del mundo”.

La vida de los dictadores del siglo XX sirve para resumir en pocas palabras el tema principal de este libro, es decir, cómo personalidades trastornadas que ocupan puestos de poder toman decisiones e instrumentan políticas que afectan negativamente la vida de millones de seres humanos. Las consecuencias del gobierno de un Hitler, un Stalin u otros personajes nefastos de nuestra época a los que no nos hemos referido, como Mao-tse-tung o el ayatolá Khomeini, son, de hecho, dramáticas.

En los últimos tiempos ha prevalecido la interpretación de la Historia en términos de movimientos sociales y fuerzas externas al individuo; los historiadores no tienen en cuenta los rasgos personales implicados en los procesos históricos. Aun así, cuando un dirigente político al parecer expresa las aspiraciones de un movimiento social, el poder que ejerce tiene la capacidad de cambiar el curso de la historia. Hemos visto que sus decisiones se toman muchas veces sin seguir una línea de razonamiento y sin ser la manifestación de una ideología determinada; en cambio, son la exteriorización de deseos personales que, en ocasiones, son moldeados por una enfermedad física o un desequilibrio mental.

Más desconcertante aún es que los dictadores tienen la habilidad de engañar al hombre común para obtener el apoyo que necesitan para llevar adelante los programas políticos más terribles disfrazados de ideales religiosos o patrióticos, entre otros. No podemos garantizar que en el futuro las multitudes no vayan a aclamar históricamente a otro dictador loco o político inepto que se presente como salvador de los fracasos nacionales.

“¡Loco mundo! ¡Locos reyes! ¡Loca alianza!”, exclama el bastardo en el *Rey Juan* de Shakespeare. ¿Podremos aprender algo de la historia? Aunque los reyes locos sean hoy espectros que han quedado replegados en un pasado distante y olvidado, los trastornos que se adueñaron de su personalidad y en parte dieron lugar a la inestabilidad mental que padecieron no han desaparecido. Aún flota en el aire el olor a pólvora e incluso olores más repulsivos, aún hay políticos que no están en su sano juicio y dan prioridad a sus obsesiones y ambiciones personales bajo la pantalla del altruismo y el patriotismo, aún existen dictadores con inmenso poder que se valen del terror para amedrentar y engañar a pueblos enteros. El terrorismo ciego e irracional se extiende por Irlanda del Norte y las ciudades que alguna vez fueron florecientes en el Líbano, Bosnia y miles de otros lugares del mundo. Si bien el fervor religioso exagerado e irracional ha desaparecido del planeta, con excepción de algunos sectores del Islam, todavía es posible que los asuntos sociales y políticos provoquen reacciones impulsivas. En una época de supuesta tolerancia, somos testigos de la persecución de minorías con pretextos irracionales, sea porque son negros,

homosexuales, judíos o porque no siguen normas de conducta “aceptables”. Aún hoy retumban las palabras del discurso belicista y el mundo olvida un pasado que tantas veces demostró la inutilidad de los sacrificios humanos en una guerra.

¿Cuándo aprenderemos del pasado? En 1831, Coleridge escribió: “Si los hombres quisiéramos aprender de la historia, ¡qué clases magistrales nos daría!, pero la pasión y la parcialidad nos ciegan, y la luz que ofrece la experiencia es una antorcha situada en la popa de la nave que ilumina solamente las olas que dejamos atrás”. Es terrible que aún hoy, igual que en la Roma clásica, los pueblos estén dispuestos a aceptar y aplaudir las promesas superficiales que les presentan sus dirigentes. Quizás individualmente, los hombres no comprendan qué asuntos son parte de su interés genuino y, si lo hicieran, quizá no tendrían el poder suficiente para tomar las medidas que tienden a favorecer su materialización. Hay indicios de que en ciertos aspectos la *perestroika* no ha sido tan efectiva como parecía. El mundo está lleno de lunáticos.

A pesar de todo, no sería adecuado terminar este libro en tono pesimista. Si bien parece que los hombres están atrapados en una historia que no pueden controlar, víctimas de la predestinación secular y no de la divina providencia, hemos dejado en claro que los individuos desempeñan un papel fundamental en el desarrollo de los procesos históricos. Nos reconforta el hecho de que un electorado atento y educado sea capaz de cuestionar el idealismo falso de ciertos políticos egocéntricos y de evitar que esos políticos, que no merecen ocupar puestos de gobierno, engañen a los pueblos con los artilugios de su retórica florida.